

Su Reina SECUESTRADA

Romance Mafia Oscuro Bebé Secreto

RENEE ZARA

SU REINA SECUESTRADA

ROMANCE MAFIA OSCURO BEBÉ SECRETO

RENEE ZARA

ÍNDICE

Copyright

Descripción

1. Sophia
2. Luca
3. Sophia
4. Luca
5. Sophia
6. Luca
7. Sophia
8. Luca
9. Sophia
10. Luca
11. Sophia
12. Luca
13. Sophia
14. Luca
15. Sophia
16. Luca
17. Sophia
18. Luca
19. Sophia
20. Luca
21. Sophia
22. Luca
23. Sophia
24. Luca
25. Sophia
26. Luca
27. Sophia
28. Luca
29. Sophia

30. Luca
31. Sophia
32. Luca
33. Sophia
34. Luca
35. Sophia
36. Luca
37. Sophia
38. Luca

COPYRIGHT

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, ni total ni parcialmente, por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas utilizadas en una reseña literaria.

Maquetado con Vellum

DESCRIPCIÓN

Me acosté con un desconocido.
Tuve un hijo suyo.
Tres años después… me secuestró.

Creí que había enterrado aquella noche.

Al hombre.
El error.
El secreto.

Me equivoqué.

Una mano se aferra a mi muñeca.
Fuerte. Posesiva.

—¿Te acuerdas de mí?
—No sé de qué estás hablando.

Mentira.
Un error fatal.

Sus ojos recorren mi cuerpo—despacio… peligrosos.

—¿Cómo has pasado de ser la ley… a aparecer en sitios como este?

—He cambiado de opinión.

Su agarre se intensifica.

—Esta vez no vas a escapar.

Aun así lo intento.

Disparo. Neumáticos chillando.
Hombres por todas partes.

Y, de repente—
Soy suya.

Me encierra en su refugio.
Duerme en mi cama.
Me vigila como si fuera a matar a quien se acerque a mí.

—Dime lo que sabes.
—Nada.

Da un paso más.
Demasiado cerca.

—Siempre se te ha dado fatal mentir.

Debería odiarle.
Debería luchar con más fuerza.

Pero cuando me toca—
Mi cuerpo lo recuerda.

¿Y Luca Rossi?

Él no comparte.
No perdona.
No deja ir.

El hombre más peligroso de la ciudad ha decidido que soy suya.

Su cautiva.
Su obsesión.

¿Y lo peor?

No tiene ni idea…
de que ya tiene una hija.

1

SOPHIA

Mis botas retumban sobre el asfalto mientras corro, los muslos ardiendo al girar una esquina, una mano en mi pistola.

El sospechoso corre delante de mí, lanzado en dirección al siguiente callejón.

Corro y corro, jadeando, deseando haber desayunado algo más ligero esta mañana mientras mi estómago da vueltas.

El corazón me late con fuerza por la adrenalina.

Por esto hago lo que hago. Para esto he nacido.

Le alcanzo justo cuando intenta empujar los contenedores de basura hacia la valla del fondo del callejón.

—¡Hampton! —ladro, y él se gira hacia mí, el pánico patente en su rostro.

Desenfundo mi pistola. Es la primera vez que me veo obligada a sacarla durante el turno, e ignoro que me tiembla la mano, echándole la culpa a la adrenalina. He entrenado cientos de horas en la galería de tiro... mi cuerpo sabe qué hacer.

Mark Hampton es un mindundi, pero conoce a los peces gordos.

Es solo un intermediario, una pieza menor en todo el asunto.

Se mueve alrededor de la mafia italiana, pero no trabaja para ellos. Pero tiene nombres. Nombres que podrían cambiarlo todo para mi departamento.

Tiene el terror absoluto dibujado en la cara cuando levanta lentamente las manos.

—Mire, señorita, no me dispare —implora—. Tengo mujer e hijos. Sé que no valgo nada para ellos, pero los niños... me echarán de menos.

Vacilo, bajando poco a poco mi pistola, y entonces Hampton se lanza sobre mí, me tira al suelo e intenta empujarme y pasar por encima para escapar. El aire se me escapa de golpe y lucho por poder respirar.

Hampton sonríe, convencido de que se ha salido con la suya.

Se incorpora a trompicones y yo le arreo una patada, dándole en la rodilla.

Se queja y cae al suelo, y enseguida me coloco sobre su espalda para esposarle mientras respiro con dificultad, aún intentando recuperar el aliento.

Por fin consigo llenar los pulmones de aire y aspiro como si saliera de un ahogo.

Scott Baker, mi compañero y mi mejor amigo, me alcanza, los ojos castaños abiertos por el susto.

—Dios, Soph. ¿Estás bien? Le he visto derribarte y pensé... —Hace una pausa y respira hondo—. Voy a avisar a los de emergencias, que te echen un vistazo.

Niego con la cabeza, incorporándome con esfuerzo, todavía respirando con dificultad.

—No. Estoy bien, Scott. Lo prometo. Solo acuérdate de recordarme que coma mejor antes del turno. —Hago una mueca, el estómago revuelto después de toda esa actividad inesperada.

Él se ríe.—No vuelvo a pelearme contigo por los donuts de crema. Arañas.

Gruño mientras Scott levanta a Hampton y lo mete en la parte trasera de mi patrulla.

Scott lleva siendo mi compañero los últimos dieciocho meses, y ya hemos atrapado a unos cuantos juntos.

Hoy, sin embargo, estaba entrenando a un nuevo antes de quedar conmigo—un novato.

Yo también fui una, pero eso no evita que me irriten.

Scott tiene más paciencia para formar a los nuevos de la que tengo yo, lo reconozco. Yo suelo perder los nervios a veces.

Supongo que será la parte italiana que tengo.

Mi padre fue un inmigrante italiano de primera generación, así que hablo el idioma y conozco algo de la cultura. Me ayuda en nuestro trabajo para acabar con la mafia italiana de la zona.

Quiero sacarlos de mi ciudad.

—¿Por qué no me has esperado? —me reprocha Scott mientras volvemos a la comisaría.

Hampton se queja en el asiento de atrás y yo golpeo la ventana que nos separa.

Se calla de inmediato.

Ruedo los hombros, dolorida de pies a cabeza.—Pensaba que podría ocuparme yo sola. De hecho, me he ocupado yo.—

—Sí, pero casi te sorprende. ¿A qué ha venido eso? ¿Te ha soltado alguna historia triste sobre su mujer y sus hijos?

Abro los ojos de par en par. —No me digas—

—Sí. Sin esposa. Sin hijos. Es un solitario, solo cuenta esa historia para intentar librarse de problemas.

—Mierda —murmuro, odiando haberme dejado engañar y quedar como una idiota. Normalmente no soy tan sensible, pero hoy... No sé. He empezado a pensar en la familia, en cómo en realidad no tengo a nadie aparte de mi padre.

Idiota.

Vuelvo a pensar en mi padre, hablándome en italiano en casa.

Mamá hablaba inglés e italiano, pero era irlandesa hasta la médula, pelirroja y de ojos verdes.

Era tan guapa.

El recuerdo de mi madre me atraviesa el corazón y lo aparto de un empujón, toda esa melena roja y rizada con la que jugaba para dormirme, intento dejar a un lado el vacío que dejó cuando murió.

Nunca hubo tiempo para el duelo. Nunca lo hubo.

Echo hacia atrás mis rizos—una de las pocas cosas que heredé de mi madre, junto con mis ojos azules.

Por lo demás, soy el vivo retrato de mi padre: pelo castaño, barbilla afilada.

Inspiro hondo.

—Tranquila, Soph —dice Scott en voz baja, dándome una palmada en la espalda.

Le miro agradecida, dedicándole una media sonrisa débil.

Scott es un hombre guapísimo, con esos ojos marrones llenos de alma, hombros anchos y mandíbula marcada.

Si jugara en mi equipo, ya lo habría pillado hace un año.

Solo puedo dar gracias de que sea mi compañero y no algún novato recién llegado. Scott y yo fuimos novatos juntos, hemos crecido juntos como policías, y siempre quiero tenerle de mi lado.

—Está bien sentir compasión por los delincuentes —continúa Scott, y yo resoplo.

—No por tipos como Hampton, desde luego —hago un gesto de cabeza hacia Hampton en el asiento trasero. Hampton, a su manera, agacha la cabeza.

Scott se ríe. —Sí, quizá no deberías haber confiado en Hampton.

—Puede que tenga algunos hijos por ahí —protesta Hampton—. En algún lugar.

No puedo evitar soltar una carcajada mientras entramos en la comisaría.

Al llegar, Scott empieza a sacar a Hampton del coche, pero nuestra teniente, Francesca Sanchez, nos silba para llamar la atención.

—Dejadlo en el coche patrulla —ladra—. El jefe quiere ver a Bianchi en su despacho. Ahora.

Mierda, mierda, mierda.

Definitivamente me he metido en un lío. Llevo ocho meses patrullando, y nunca he ido tras un delincuente sin apoyo. Hasta hoy.

Pero Hampton se habría escapado, y era clave para el caso de la fiscalía contra una de las mayores organizaciones mafiosas del país.

La última mafia italiana.

Scott me pone cara, encogiéndose de hombros, y yo suspiro con fuerza, dirigiéndome al despacho del jefe.

El jefe Larry Johnston mide algo más de dos metros, de hombros anchos y cabello plateado.

Resulta intimidante incluso detrás de su escritorio. No es que yo tenga precisamente una relación cercana con el jefe, pero en realidad, nadie la tiene.

Esconde sus cartas y, ¿emociones? No creo ni que las tenga.

Es frío, calculador.

Tan implacable como los mafiosos sobre los que estamos reuniendo pruebas.

Y está a punto de darme una buena bronca.

Intento no tragar saliva mientras permanezco de pie frente a él.

—Siéntate. —No es la orden a gritos que me esperaba.

Me siento despacio en la silla frente a su escritorio, con las manos aferradas a los reposabrazos. ¿Preparada para qué? Ni yo lo sé.

—Mire, jefe, *sé* que debería haber esperado refuerzos. Pero Hampton es muy importante para este caso y—

El jefe Johnston levanta una mano.

—Deje de hablar ya antes de meterse en más líos —advierte, con sus ojos azul hielo clavados en mí.

Si soy sincera, me resulta bastante atractivo, pero es que me gustan los hombres mayores. Una pena que esté casado con nuestra operadora, Sharon. Ella es pura dulzura y tan expresiva como él es contenido.

Cierro la boca de golpe, mis dientes chocan con un chasquido.

—Le he llamado para decirle que ha aprobado el examen de detective. —Lanza un sobre abierto sobre la mesa delante de mí y me quedo mirándolo, boquiabierta—. Los resultados han llegado hoy y la quieren como detective. Me fastidia perderla como agente de patrulla, Bianchi, pero…

Se queda en silencio y yo sigo mirando el sobre abierto con los resultados del examen de detective.

No me lo puedo creer. Me presenté al examen por capricho, pensando que nunca lo aprobaría tan pronto en mi carrera. Jamás esperaba conseguir realmente el ascenso.

—¿Va... va en serio, jefe?

—¿Acaso parezco el tipo de hombre que gasta bromas?

Alza una ceja plateada y yo asiento.

—Gracias, jefe.

—El lunes por la mañana te presentarás ante el inspector Gray —concluye—. Te vamos a echar de menos por aquí, Bianchi.

Parpadeo, sorprendida por sus palabras. Normalmente no hace otra cosa que ladrarnos órdenes, así que que diga que me va a echar de menos en la patrulla me conmueve de verdad.

—Gracias, señor.

Me levanto y camino hacia la puerta.

—¿Y, Bianchi?

Me giro para mirarle y él asiente en mi dirección.

—Enhorabuena.

Un escalofrío me recorre la espalda. Esto va en serio. De verdad valgo para ser detective.

No puedo evitar que mis pasos se vuelvan más ligeros al salir de la oficina, aunque intento mantener el rostro impasible.

—¿Te ha echado la bronca? —susurra Scott al pasar por mi lado, pero yo niego con la cabeza—. ¿No?

—Me han ascendido —digo, manteniendo la misma expresión neutral.

Los ojos de Scott, ya grandes, se agrandan aún más, como si fueran a salírsele de las órbitas.

—¿Hablas en serio? ¿Detective?

Mi cara se ilumina con una enorme sonrisa.—Detective.

Scott se tapa la boca con la mano, pero no consigue contener un chillido.

Suelto una risita y le doy un manotazo en la mano, intentando decirle que se controle.

No es que yo lo esté consiguiendo, desde luego.

—¡Baker! ¡Bianchi! —ladra el jefe, asomándose por la puerta de su despacho.

Los dos damos un respingo y nos giramos hacia él.

—¿Sí, señor? —pregunta Scott con cautela.

—Encargaos de tramitar al sospechoso que habéis traído. Después podréis iros a casa a celebrarlo.

Por poco le saludo militarmente, pero me contengo.

Scott se pone a sonreír ampliamente en cuanto el jefe cierra la puerta de su despacho.

—Vamos a quitarnos esto de encima.

Scott obliga a Hampton a ponerse en pie, aunque el tipo protesta, y los tres nos dirigimos hacia la sala de identificación.

Hay un cristal separándonos del vestíbulo, pero no le presto demasiada atención; sólo pienso en el puesto nuevo y emocionante que me han dado.

Llevo queriendo esto desde el primer día que entré en la academia. Miro a Scott, que sigue sonriendo, y entonces me doy cuenta de que pone morros.

Mi sonrisa se apaga.—Eh, ¿qué te pasa, aguafiestas?

—No me llames aguafiestas —murmura él, y yo frunzo el ceño, agarrándole la mano mientras él coloca a Hampton para la foto.

Él se zafa de mí y se pone tras la cámara, tomando la enésima foto policial de Hampton.

—Scott, en serio, ¿qué te pasa?

—No es nada —musita—. Es una tontería.

Frunzo aún más el ceño.—A mí no me lo parece. Eres mi mejor amigo.

Scott me lanza una mirada fulminante.—Ya no vas a ser mi mejor amiga.

—¿Cómo que no? Claro que sí—

Me interrumpe.—Ya no seré tu compañero, Soph. Apenas nos vamos a ver.

—En el trabajo, quizá. Pero fuera de aquí, serás la primera persona a la que llame si quiero salir o simplemente quejarme de la vida.

—Será mejor que sigas despotricando sobre la vida conmigo —dice Scott con tono lastimero, y yo sonrío, chocando mi hombro con el suyo.

—No querría estar en ningún otro sitio.

—¿Podéis acabar de una vez y dejar el drama de culebrón para más tarde? —gruñe Hampton, y Scott le lanza una mirada de odio.

Después de tranquilizar a Scott, puedo volver a fantasear con mi nueva vida. Perseguir a criminales, quizá incluso infiltrarme...

Va a ser mucho más importante que atrapar a matones como Mark Hampton.

Me doy cuenta de que me he quedado absorta, y al volver en mí estoy mirando a través del cristal hacia el vestíbulo.

Hay un hombre vestido con los restos de un traje, la chaqueta tirada a un lado, la corbata torcida. Está impecable a pesar de que el traje le queda descolocado y desaliñado.

Su pelo entrecano parece peinado hacia atrás una y otra vez, un par de mechones caen sobre la frente.

Y tiene los ojos verdes más intensos y hermosos que jamás he visto.

Aparto la mirada en seguida, sorprendida por lo que he visto en su rostro: ni una pizca de miedo.

En esos ojos verdes no hay rastro de temor reverencial a la autoridad.

Lo veo a diario, incluso en los más duros, siempre hay una chispa de modestia.

El miedo a que los pillen.

Pero esos ojos verdes no conocen el miedo.

Implacables.

Un calor súbito recorre mi cuerpo.

No, Sophia. Justo eso no es lo que necesitas ahora.

No vuelvo a mirar al hombre del traje, ni una sola vez, pero puedo sentir cómo su mirada me atraviesa el cristal mientras trabajo.

2

LUCA

Estoy soñando con una hoguera crepitante y un trasero en forma de corazón, mis manos en unas caderas anchas, cuando me sobresalto y me despierto.

—*Caputo* —susurra alguien—. Jefe, por favor. Despierte.

Gruño, molesto por haberme despertado de un buen sueño.

—¿Qué pasa? —murmuro, sin molestarme en abrir los ojos.

Sé por su voz y por la osadía de despertarme que es Diego Conti, mi mano derecha y mi mejor amigo.

Diego duda. *Diego nunca duda.*

Entorno un ojo, con el antebrazo sobre la frente.

—¿Qué *pasa*, Diego? Sabes que no me gusta repetirme.

—Es Matteo —dice al fin, cabizbajo, y entonces todo empieza a encajar.

Me incorporo, pasándome las manos por el pelo para apartarlo de la cara.

Odio cómo me cae en la frente.

Me lo cortaría, pero parece que siempre me crece demasiado deprisa.

Además, no hay muchos hombres en esta ciudad en los que confíe para acercarse a mí con una cuchilla.

—¿Qué ha hecho ahora?

Matteo Ricci lleva una semana de juerga, y no le hemos visto el pelo. No es que la mala conducta sea rara entre mis hombres, pero esto ya es excesivo. Sé que muchos de los míos se drogan, pero cuando se convierte en un problema…

Entonces *ellos* se vuelven un problema.

—¿Dónde está?

—Lo tengo en la habitación del pánico —admite Diego, con la culpa pesando en la voz—. No he conseguido calmarle. Me ha sacado una navaja.

Parpadeo, genuinamente sorprendido. —¿Te ha atacado?

Diego se encoge de hombros, dudando de nuevo. Matteo, Diego y yo hemos sido amigos desde críos.

Yo antes estaba con ellos, bebiendo y esnifando todo lo que pillaba. Pero ahora mi padre es viejo, está muriéndose, y yo soy el *caputo*.

Ya no puedo comportarme así, y tampoco puedo permitir que lo hagan mis hombres de confianza.

Matteo es amigo, y esa es la única razón por la que no están sus sesos esparcidos por mi habitación del pánico.

—Le pillé robando un coche —dice Diego mientras me levanto—. Una tontería. Pero cuando sacó la navaja... solo se estaba defendiendo, *Caputo*. Está fuera de sí, no—

Me quedo quieto, fulminando a Diego con la mirada. Él aparta los ojos.

—No te estoy diciendo lo que tienes que hacer —dice Diego en voz baja—. Pero desearía, por el bien de tu madre, que fueras blando con él.

Mis hombros se tensan. —No hables de mi madre.

—Luca—

—*Caputo* —le recuerdo, entornando los ojos, y Diego vuelve a apartar la mirada.

Esto le ha destrozado de verdad. Lo noto en cómo se le caen los hombros, en que no se atreve a mirarme a los ojos.

—Déjale en la habitación del pánico unos días. Que se desintoxique.

—Caputo…

Suelto un resoplido. —Dale de comer una vez al día. Cuando se le pase, ya veremos cómo está.

Diego me sostiene la mirada. —No sé si va a aguantarlo.

Me duele tener que hacer esto. De verdad que sí, porque ya puedo oír a Matteo gimoteando y suplicando que le saquemos, solo por un chute más. No es la primera vez que hemos tenido que desintoxicarle.

—Puede aguantarlo aquí o puede aguantarlo en la cárcel —digo con firmeza—. Le vamos a dar a elegir.

Diego asiente, y esta vez no aparta la mirada.

Me respeta. No sé si Matteo todavía lo hace, con el cerebro nublado por la droga, y ahí está el problema.

Los hombres que no me respetan suelen desaparecer.

No se trata de violencia ni de odio. Hay muchos hombres que desean hacerme daño a mí y a los míos, muchos hombres que me odian.

Pero no son necesariamente mis enemigos. Algunos incluso son aliados. Tengo que mantener los ojos bien abiertos en esta vida. No existe el blanco y negro.

Solo gris.

Carraspeo y me pongo un traje antes de dirigirme al cuarto del pánico.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí dentro?

—Unas horas. Suficiente para estar enfermo —dice Diego con desazón. No disfruta ni un momento de esto.

Ni yo tampoco. Intento ser un líder benévolo, pero cuando mis hombres se desmadran tengo que dar ejemplo. Aunque también sean amigos míos.

Abro la rendija de la comida y enseguida oigo los sollozos de Matteo.

—*Caputo.* Jefe. Por favor —balbucea, mitad en italiano, mitad en inglés. Le moquea la nariz y los ojos le arden rojos—. Tienes que dejarme salir.

—No tengo que hacer *nada* —le suelto, aunque noto un hueco doloroso en el pecho. Esta vida engulle a las personas y las escupe destrozadas. No quiero que eso le pase a Matteo. Hago esto en parte por cariño, no solo por guardar las apariencias.

—Por favor. —Golpea ambos lados de la rendija con las manos, mirándome con los ojos marrones muy abiertos—. Solo una hora. Volveré, jefe. De verdad.

—Puedes desintoxicarte aquí o puedo hacer que venga un poli a recogerte —le digo, implacable, sin cambiar ni mi expresión ni mi tono.

—No —gimotea—. No, *caputo*, *per favore.*

Le mando callar.—Aquí o allí. Elige.

Matteo vacila, temblando, las mejillas hundidas. Ha perdido demasiado peso, lo que me hace pensar que no es solo la heroína, quizá también la coca. Es peligroso. *Él* es peligroso, y si tuviera valor, le quitaría de en medio.

Pero Matteo Ricci... él me ha salvado el pellejo más de una vez cuando éramos críos, impidiendo que mi padre descubriera que andaba haciendo el loco, probando el alcohol y las drogas.

—Allí —dice por fin, y sé que es porque cree que podrá conseguir algo en la cárcel. Puede que así sea, pero haré todo lo posible para que no lo consiga.

Tengo a muchos policías comprados, también muchos guardias.

Creo que podré mantenerlo limpio el tiempo suficiente para que recupere la cabeza.

Luego, si sigue sin respetarme…

Haré lo que tenga que hacer.

Suelto un suspiro pesado y cierro de golpe la rendija, cortando los sollozos de Matteo.

—No dejes que lo lleven a la cárcel, jefe —Diego extiende las manos como pidiendo clemencia.

Niego con la cabeza.—Él ha tomado su decisión.

—Sabes cómo va a acabar eso, Luca —insiste Diego, la frustración claramente reflejada en su voz—. Allí dentro va a pillar algo—

—No lo hará.

Diego aspira aire de golpe, pero ya no dice nada más. Sabe que no debe insistir.

Mando un par de mensajes cifrados y luego arrastro a Matteo fuera del cuarto del pánico. Babea y llora, pero lo ignoro.

—Contrólate o te meterán con los locos —le advierto, obligándole a ponerse en pie.

Matteo sorbe la nariz.—Gracias, *Caputo*. No te vas a arrepentir de esto.

—No —respondo con firmeza—. No me voy a arrepentir. Porque si no espabilas esta vez, Matteo... se acabó. Estás fuera.

Los ojos marrones de Matteo se agrandan pero no dice nada, se limita a asentir como un muñeco de resorte.

—Voy a llevarte yo mismo —añado.

Diego se tensa y le lanzo una mirada, esperando que le quede claro que no pienso hacerle daño a Matteo.

Todavía no. Le queda una última oportunidad.

Llevo a Matteo hasta el coche y lo meto detrás. Entra sin resistencia, dispuesto a ver si puede pillar algo mientras esté encerrado.

No sabe que le voy a poner muy difícil conseguir colocarse en prisión.

Hago un gesto a Diego con la cabeza, que nos ha seguido hasta el garaje.

—Vamos.

Diego reacciona de inmediato, abre de un tirón la puerta del copiloto y se sienta dentro. Yo me pongo al volante y conducimos en silencio hasta la comisaría de policía.

—Quédate en el coche —ladro a Diego. Él asiente.

Entro con Matteo en el vestíbulo y él se apoya en mí, casi agradecido. No lo estaría si supiera que voy a tenerle vigilado las veinticuatro horas del día.

La recepcionista levanta la vista, los ojos se le agrandan al verme.

—¿Rossi? ¿Por fin vas a entregarte? —murmura con sorna, y se me escapa una carcajada.

—No, hoy no, Rosie. Pero mi amigo aquí presente... —Obligo a Matteo a ponerse derecho y él gruñe—. Tiene una orden de busca y captura. Matteo Ricci.

—¿Fecha de nacimiento?

—Cinco, diecisiete, mil novecientos ochenta y seis.

Es apenas un año más joven que yo.

Ella asiente con brusquedad mientras teclea. Mientras espero, miro a través del cristal donde procesan a la gente y no me sorprende demasiado ver a Mark Hampton.

Es uno de mis conductores, al menos de vez en cuando, y le reconozco al instante. Me devuelve la mirada, desesperado, pero no tengo intención de sacarle de apuros.

Si le han pillado, es su problema.

Así funciona esto.

Dirijo la mirada un poco más allá, hacia el hombre y la mujer que le están procesando. No conozco a ninguno de los dos por su nombre. Deben de ser novatos.

El hombre es alto y desgarbado, no parece una gran amenaza.

La mujer—Jesús bendito, qué caderas tiene. Y un culo redondo y firme. Me recuerda al sueño que he tenido esta mañana.

Me relamo los labios, sujetando a Matteo con un brazo mientras me pregunto cómo sería posar las manos en esas caderas anchas.

Me pregunto si gemiría si deslizo los dedos entre sus nalgas, dejando que la mano baje hasta que…

Matteo se encoge y se agarra el estómago.—Me duele, jefe, por favor…

Ya he dado órdenes estrictas a los guardias que están en mi bolsillo—si alguien le pasa droga a Matteo, tendrá que vérselas conmigo.

No va a conseguir nada.

La policía, que llena el uniforme como nadie, se gira para mirarme y lo único que veo son esos ojos celestes, grandes como los de un cervatillo.

—Joder —digo en voz alta y Matteo deja escapar un ruido desde el fondo de la garganta.

Suena la puerta y un guardia sale para llevarse a Matteo dentro.

—Tres días —le digo, alzando la voz mientras el guardia lo arrastra—. Si aguantas limpio tres días, te saco de aquí.

Matteo asiente, pero sé que solo piensa en su próximo chute. Es en lo único que parece pensar últimamente.

Diego hizo bien en venir a mí con esto.

Aparto la mirada del culo firme de la policía al darse la vuelta y salgo por las puertas. Ya en el coche, Diego me observa.

—*Caputo*—

—No empieces. Tres días es más que generoso.

Diego gruñe a modo de respuesta, y guardamos silencio mientras llegamos a la mansión.

Tres días después, vuelvo a encontrarme en el vestíbulo, mirando a través del cristal y esperando ver a esa policía con el trasero perfecto.

Pero no aparece por ninguna parte y me sorprende sentirme un poco decepcionado.

Las mujeres son cosas que puedo usar, si soy sincero conmigo mismo. No les digo que las amo. No les hablo de un futuro juntos.

Les dejo claro, desde el principio, que esto es cosa de una sola noche.

Que podemos usar nuestros cuerpos el uno del otro esa noche. Si quieren algo más, no lo conseguirán de mí.

¿Pero fantasear con una mujer con la que ni siquiera he hablado? ¿Una mujer que está al otro lado de la ley?

Qué extraño.

Matteo sale con la mirada despejada, aunque nervioso, y le observo detenidamente.

—¿Estás limpio?

—Limpio, *Caputo.* Lo juro.

—Bien.

Le llevo de regreso a la mansión y Matteo me mira, confundido.

—Pensé que me llevabas a casa.

—Supongo que mentí —respondo tranquilo, saliendo del coche. Espero mientras Matteo duda.

—Estoy limpio, jefe, de verdad.

—Lo sé —digo en voz baja, con un deje de compasión. No puedo evitarlo. Matteo es mi amigo—. Pero no te vas a quedar así.

—Jefe… —puedo oír el miedo en ese agudo temblor de su voz.

—Solo una semana, Matteo. Para asegurarme de que sigues limpio. Es tu última oportunidad.

—¿Una semana? *Caputo*—

Le agarro del brazo y le empujo dentro de la mansión, aunque grita y se resiste. Le arrojo al cuarto del pánico.

La trampilla está abierta y él corre hacia ella, mirándome con los ojos castaños muy abiertos. Me ha cubierto más de una vez.

Por eso tiene esta oportunidad.

—¡Luca, por favor!

Cierro la trampilla de golpe.

Una semana en la sala del pánico.

Una semana a solas con sus pensamientos.

Sin drogas, sin nada que le nuble la mente.

Puede que para Matteo sea un infierno, pero es lo mejor para él en este momento.

Como he dicho, soy un líder benévolo.

Cuando puedo.

3

SOPHIA

En casa de Scott, rebusco en la bolsa de deporte con ropa que me había traído, soltando un suspiro.

—No tengo nada que ponerme.

—Te has traído el armario entero —dice Scott riendo—. Seguro que encontramos algo.

Saca un vestido rojo, uno que nunca me he puesto. Siempre he pensado que se me marcaba demasiado el culo con él.

—Con esto, mi trasero se ve desde la NASA —me quejo.

—De eso se *trata*, preciosa —canturrea Scott—. Ahora se llevan los culos grandes.

Ya estoy en ropa interior, sujetador blanco y tanga, así que me meto en el vestido, bajándolo sobre mi trasero y mirándome en el espejo.

—No deja mucho a la imaginación.

—Bien —sonríe Scott—. Dios sabe que te hace falta un buen revolcón.

Hago un puchero.—Tampoco hace tanto tiempo.

—Han pasado meses, Soph.

Parpadeo. ¿De verdad ha pasado tanto?

La última vez, se llamaba Greg o Craig o algo así, era un bombero al que conocí en un bar frecuentado por polis.

Desayunamos juntos y luego no volvimos a hablar.

Así era un poco la dinámica.

No tenía relaciones, así que los rollos de una noche eran la única forma que tenía de desahogarme.

—Bueno, esto desde luego es una manera de llamar la atención —digo con sorna, moviendo el culo para comprobar que el vestido no se subirá cuando baile.

Scott, vestido con una camisa de seda negra y unos pantalones grises hechos a medida, me dedica una gran sonrisa.

—Viene Derek.

Gimo.—No, ¿Derek? ¿*El* Derek? ¿El que tiene…? —Me detengo para indicar que Derek está muy bien dotado, moviendo las manos para mostrar una longitud ridícula.

—El mismo —dice Scott, presumiendo.

Niego con la cabeza.—Tú tienes más posibilidades de comerte un rosco que yo.

Él suspira.—Ya, claro, pero no solo quiero eso. No soy como tú, Sophia.

Frunzo el ceño.—¿No como yo?

—No lo digo en mal plan —añade enseguida, abriendo mucho los ojos mientras me toma las manos—. Es solo que… tú lo haces para desahogarte. Yo quiero algo más. Quiero amor y felicidad.

Le aprieto las manos antes de soltarlas y ponerme unos stilettos negros.

Al principio tambaleo un poco, pero enseguida me sale por pura memoria muscular. Me encantan los tacones y los usaba mucho en la universidad.

Scott encabeza el camino hacia nuestro coche y el servicio de coches nos lleva a una discoteca de la zona.

Es pronto, así que todavía no ha llegado todo el mundo y Scott y yo conseguimos sentarnos en la barra.

—Está muerto esto —se queja Scott.

—Solo porque es temprano —le tranquilizo, pidiendo una ronda de chupitos de tequila y una margarita para cada uno.

Nos tomamos los chupitos con una mueca y me ventilo la margarita de golpe, necesitaba el subidón para animarme. El alcohol me calienta la garganta, pero no me nubla la cabeza como esperaba.

Estoy a punto de pedirme otra copa cuando veo al zorro plateado con el que me crucé en el juzgado.

Joder, tiene los ojos verdes. Verde mar, como el océano, como algas, como algo que podría envolverme y retenerme cerca para no soltarme jamás.

Parpadeo, sacudiendo la cabeza.

¿Por qué de repente pienso en metáforas?

Está bueno, desde luego.

El perfil de su nariz aguileña, su mandíbula marcada, los hoyuelos en sus mejillas cuando le dedica al camarero una sonrisita escueta.

Un tipo así nunca se fijaría en mí, de todos modos.

Soy atractiva, pero no una supermodelo.

Chicos como ese siempre van con rubias palo a su lado.

Me giro para hablar con Scott, pero me doy cuenta de que está ocupado: se ha inclinado y habla al oído de un hombre de pelo oscuro que supongo que es Derek, su ligue de la semana.

Frunzo los labios y me giro en la silla, solo para encontrarme de repente cara a cara con la hebilla del cinturón de ese zorro plateado.

Trago saliva con dificultad, intentando no fijarme en el abultamiento de su polla bajo esos pantalones negros, perfectamente hechos a medida.

En cambio, mis ojos siguen el recorrido ascendente hasta su camisa blanca de botones, con varios desabrochados, como si ya llevara un rato bebiendo.

Sin embargo, sus ojos verdes están claros mientras me mira desde arriba, esbozando una ligera sonrisa de suficiencia.

—Hola —dice, mientras la piel dorada de su clavícula capta mi atención antes de que vuelva a subir la vista hacia él.

—Hola. —Mi voz suena más baja de lo que pretendía. No consigo apartar la mirada de esa intensa mirada suya.

—¿Puedo invitarte a una copa?

Tengo medio margarita en una mano, y su risa oscura cuando me lo bebo de un trago me embriaga más que la propia tequila.

—Sí —susurro cuando termino mi copa, y él llama al camarero. Tiene tatuajes en el brazo derecho, quizá incluso un tatuaje completo, pero no puedo distinguirlo a través de la tela. Aquí dentro hay demasiada penumbra.

Dios, ojalá pueda ver esos tatuajes.

Ojalá me acorrale con sus brazos y—

Mis pensamientos más sucios se cortan en seco cuando él me desliza un margarita, mientras él tiene algo marrón en su vaso.

—Salud —dice con suavidad, y choca su vaso con el mío.

Bebo un sorbo y le veo apurar la mitad del suyo de un trago.

—No suelo hacer esto —admito, dejando mi copa sobre la barra.

Él sonríe, y los hoyuelos en sus mejillas destellan y le hacen parecer más joven.

Casi me deja sin aliento.

—¿Hacer el qué?

Me encojo de hombros. —Beber. Bailar. Ligar.

Él levanta una ceja. —¿Quién ha dicho nada de ligar?

Me sonrojo de arriba abajo, maldiciendo esa herencia irlandesa de mi madre. —Eh, bueno, supongo que lo... asumí.

Se le escapa una risa oscura y me hace mirarle directamente.

—Eres muy mona —dice, con una sonrisa cálida.

—¿Mona? —frunzo el ceño. No creo que nadie me haya llamado mona en mi vida. Al menos, no desde que cumplí doce años. Sexy, sí. ¿Guapa? Un par de veces. Pero nunca mona.

—Mmhm, como un duendecillo. —Se acerca más y baja uno de mis rizos para verlo saltar. Sus dedos se deslizan por la línea de mi mandíbula y eso me hace estremecerme.

—¿Así que dices que no has venido a ligar?

Sus ojos se clavan en los míos, su expresión se vuelve inexpresiva, completamente indescifrable.

—No he dicho eso, ¿verdad?

Trago saliva. —¿Cómo te llamas?

—Luca.

Inclino la cabeza. Hay algo en ese nombre que me resulta familiar.

—Sophia —respondo, y él vuelve a sonreír, solo por un lado esta vez, dejando asomar un hoyuelo.

—Sophia. Pequeña duendecilla —murmura, mientras me toma la mano. Se la lleva a los labios y roza apenas los nudillos con ellos.

Un escalofrío me atraviesa y me inclino hacia él, lo suficiente para percibir el whisky en su aliento.

Sigue sosteniendo mi mano y tira de mí para que me levante. Tambaleo sobre los tacones, pero me recompongo enseguida y sigo sus largas zancadas hasta un coche que parece valer más que mis riñones juntos. Los dos.

La puerta se abre cuando pulsa un botón en el llavero, y me ayuda a deslizarme en el asiento del copiloto. No esperaba que se inclinara dentro, pero lo hace, abrochándome el cinturón. Puedo oler el whisky y el sándalo, y desearía cogerle, besarlo.

Pero no lo hago. Espero, dejando mi bolso de mano y las manos en el regazo en silencio, mientras él cierra mi puerta y se sienta al volante.

—Buena chica —murmura en voz baja, pero lo escucho y un nuevo escalofrío me recorre la columna.

Normalmente, en la cama, me gusta llevar el control. Me gusta tomar la iniciativa, pero la mayoría de los hombres simplemente se dejan. Me gustaría encontrar uno que luchara un poco, que... me quitara el control.

Es una fantasía que tengo desde hace mucho tiempo.

Él extiende el brazo y coloca la mano en lo alto de mi muslo; me deja sin aliento. Instintivamente, separo las piernas.

Él arquea una ceja, y sus dedos se deslizan entre mis muslos. No le detengo; solo me muerdo el labio, mirándole, mientras abro aún más las piernas.

Engancha los dedos en la entrepierna de mi tanga, la aparta y recorre lentamente con ellos mi hendidura húmeda.

Gimo en voz baja.

—¿Aquí mismo, duendecilla? ¿Donde cualquiera podría vernos?

—Donde sea —consigo decir. Y en ese momento lo digo de verdad. Ha pasado tanto tiempo, y los gruesos dedos de Luca jugueteando en mi entrada me calientan como hacía años que no sentía.

Luca deja escapar una respiración temblorosa y me introduce dos dedos hasta el fondo. Se me escapa un gemido, pero enseguida los retira, llevándoselos a la boca.

Chupa mis jugos como si fueran un manjar y sonríe de oreja a oreja cuando ve cómo le miro.

—¿En tu casa o en la mía?

Aquí, quiero decir. Aquí y ahora, donde cualquiera puede vernos.

Pero en vez de eso, reprimo mi deseo.

—En la mía.

Tengo más control si él viene a mi casa. Y parece un hombre que quiere tener el control. A mi cuerpo le encanta eso, pero mi cabeza… me dice que es una mala idea.

Y puede que lo sea, pero voy a hacerlo de todos modos.

Al fin y al cabo, ¿qué daño puede hacer una noche?

Llegamos a mi casa en cuestión de minutos y él aparca detrás de mi coche. Trasteo con las llaves, pero no porque esté borracha.

Estoy demasiado excitada y embriagada por la necesidad que recorre mi cuerpo.

Sus manos se posan en mis caderas mientras abro la puerta principal, su boca en mi garganta en cuanto entramos en mi piso.

Dios, sus manos.

Tan grandes.

Por todo mi cuerpo.

Apretando mis nalgas, subiendo por mis costados para abarcar mis pechos.

—Luca —suspiro, y él me gira para que le mire, sus ojos verdes clavados en los míos.

—Sophia —gruñe, besándome con fuerza, sus dientes casi chocando con los míos, su lengua explorando mi boca.

—Fóllame —digo, y quiero que suene a orden, pero se me escapa como una súplica.

—¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer, pequeña duendecilla?

Hay casi una advertencia en su voz, y eso hace que me estremezca.

—Estoy suplicando —admito al fin, desabrochando mi vestido. Él no pierde el tiempo y me ayuda a quitármelo de los hombros.

Cae al suelo en un segundo mientras él ataca, mordiéndome y lamiendo mi garganta mientras sus manos desabrochan mi sujetador en un instante. Me lo quita y me toma los pechos, uno a uno, su boca cubriendo mis pezones duros.

Estoy empapada, siento cómo me resbala por los muslos y gimo, colocando su mano entre mis piernas.

Sé que bajo su palma estoy caliente y resbaladiza, y hay un atisbo de sorpresa en sus ojos verdes cuando me mira.

—Lo quiero. Te quiero —suplico, ya desesperada, deseando sentirle más cerca, deseando que me llene.

—Joder —maldice Luca, sus ojos bajando hacia mis pechos que suben y bajan, mis piernas abiertas.

Aparta su mano solo para agarrarme de las caderas, lanzándome prácticamente a la cama.

Reboto sobre el colchón, riendo, y él me dedica una sonrisa ladeada.

Mis dedos ya han desabrochado la mitad de su camisa y él termina el trabajo, se la quita y deja al descubierto un abdomen marcado, con una línea de vello que baja de su ombligo hacia la cintura.

Veo su erección, larga y gruesa, ceñida a un lado. Alargo la mano para tocarle ahí, abarcarle con mi palma, y sus caderas tiemblan un instante mientras se impulsa ligeramente hacia mi mano.

—Sophia —dice con voz entrecortada, aunque en ella suena igualmente a advertencia.

—¿Sí? —pregunto, mi voz también tensa mientras le desabrocho los pantalones. Bajo sus pantalones y calzoncillos, y su erección salta, pegándose a su vientre.

Nunca he pensado que los penes sean especialmente atractivos, pero este es *precioso*, curvado y marcado en los lugares exactos.

Se me hace la boca agua al mirarlo, cerrando una mano alrededor de la base.

—Sophia, *joder* —ruge casi, apartando mi muñeca y quitando mi mano de él—. Ten paciencia, duendecilla.

Gimoteo pero me dejo caer de espaldas en la cama, jadeando mientras él termina de quitarse la ropa.

—Normalmente te haría rogar, duendecilla. Normalmente te comería ese coño rosa tan bonito hasta que suplicaras por él.

Se me corta la respiración en la garganta. —No me amenaces con un buen rato.

—Pero ahora, con lo desesperada que estás ya por una polla —comenta en voz suave, esbozando una sonrisa de satisfacción—. Creo que puede que te la dé tal cual.

—Por favor —suplico, ya sin pizca de dignidad. Ha pasado tanto tiempo, y él es tan atractivo, y esto es solo por esta noche.

Él aferra su erección por la base y se guía dentro de mí, y juro que veo estrellas cuando llega hasta el fondo.

—Grande —balbuceo, agarrándole las caderas y acercándole aún más mientras él gime hondo, desde el pecho.

—Tan jodidamente estrecha para mí. —Aprieta la mandíbula, los dientes apretados mientras embiste dentro de mí.

Echo la cabeza hacia atrás, perdiéndome en el momento.

No pienso en mi ascenso. No pienso en nada que no sea cómo se siente dentro de mí.

Una noche. Puedo permitírmelo, ¿no?

4

LUCA

Se aferra a mí como un torno, ya temblando, a punto de correrse solo con sentir cómo me deslizo dentro de ella.

Suelto una retahíla de palabrotas en italiano y sus ojos azules se abren de par en par, pero no dice nada.

Ella misma parece italiana, salvo por esos ojos imposiblemente azules, su piel bronceada, su melena larga y oscura, con las puntas rizadas.

Me mira con esos ojos azules, las pupilas dilatadas, la boca entreabierta mientras mueve las caderas, intentando saltar sobre mi polla.

—Mírate —murmuro—. Tan desesperada por mi polla. ¿Era esto lo que querías, duendecilla?

—Sí —consigue responder, clavando las uñas en mis hombros. Me rodea la cintura con las piernas, apretando los muslos para acercarme todavía más.

—Vaya, sí que eres una fiera, ¿eh? —pregunto, y ella se muerde el labio, apartando la mirada.

—Es que lo deseo demasiado —susurra, y no puedo evitar soltar una carcajada, encontrándola adorable y tremendamente atractiva al mismo tiempo.

—Yo también te quiero —admito, y normalmente no lo haría. Normalmente la haría seguir suplicando, pero no puedo evitar que mis caderas sigan empujando hacia delante.

Gime desde lo más hondo de su garganta, casi enronquecida, mientras redoblo las embestidas. Sus caderas se mueven buscándome, sus muslos gruesos tiemblan cada vez que entro y salgo de ella.

—Jodidamente perfecta.

Ni siquiera me doy cuenta de que lo he dicho hasta que ella gime, mirándome con esos ojos azules llenos de urgencia.

—Luca —gimotea—. Estoy a punto. Muy cerca.

—Lo noto. Siento cómo te aferras a mí, duendecilla. Corre para mí. Déjate llevar. Te tengo.

Metiendo las manos bajo su espalda, la levanto mientras sigo embistiendo. Ella me rodea el cuello con los brazos, jadeando mientras se agarra a mí.

Siento cómo se contrae a mi alrededor al correrse, quedándose laxa en mis brazos, los ojos en blanco, y mis huevos se tensan.

Inhalo entrecortado, intentando resistir. Tengo autocontrol. Siempre lo he tenido, por eso no me preocupa follarme a esta pequeña detective sin condón.

Pero estoy acercándome sin remedio al orgasmo.

—¿Tomas la píldora? —pregunto, ronco, mirándola con urgencia.

—DIU —responde, apenas capaz de articular las palabras mientras siento cómo vuelve a correrse sobre mí.

—Bien —gruño, y la penetro hondo, corriéndome dentro de ella sin poder contenerme.

Le echo la culpa a que tenga mi tipo de cuerpo perfecto: pechos pequeños, un culo ancho y generoso…

Y esos ojos azules tan intensos que se ablandan como los de un ciervo cuando la beso.

Es policía. No debería estar aquí.

No debería estar atrayéndola hacia mí en brazos, pegándola a mi cuerpo, besándole la clavícula. Tomándola una y otra vez hasta que se queda rendida y sin fuerzas en mis brazos.

Me acurruco en el hueco de su cuello, y ella se ríe suavemente. Algo me da un vuelco en el pecho.

Mi polla, exhausta, se estremece, preguntándose si podría tenerla de nuevo antes del amanecer.

—Te he visto —dice ella, y me quedo helado, los músculos se tensan al instante. Aun así, no aparto los labios de la base de su garganta.

—¿Mmm? —murmuro contra su piel. Ella se estremece, la piel se le eriza en un instante.

—En el vestíbulo. En comisaría. Tú también me viste.

—Te vi —admito.

La había visto en el bar, temiendo por un momento que estuviera con su compañero en más de un sentido. Pero cuando apareció el novio de él, sentí cómo algo se aflojaba en mi interior. Como si una parte de mí se volviera suave.

No pude evitar acercarme a ella. Culpo a ese maldito vestido rojo, ese que apenas le cubría el culo.

No quería que nadie más la viese así, y me asustó un poco.

Pero soy territorial. Siempre lo he sido. No significa nada.

¿O sí?

—¿Me reconociste? —pregunta ella.

—Por supuesto. No eres una mujer fácil de olvidar.

—Así que sabes que soy policía.

—Lo supuse —respondo, arrastrando las palabras—. Por el uniforme y todo eso.

Ella suelta un suspiro, apartándose el flequillo del rostro de un soplido.—Y tú eres…

No le doy una respuesta.—Estaba ayudando a un amigo.

—¿Delatándolo?

Me encojo de hombros.—Quizá así consiga limpiarse.

—¿Lo logró? —pregunta, mirándome, y le sonrío mientras la observo.

—Sí, de momento.

Ella asiente despacio.—No siempre es fácil. Mi padre solía drogarse cuando era joven.

—¿Ah, sí? —rozando mi nariz por su cuello—. ¿De qué tipo?

Se encoge de hombros. —No lo sé. Nunca me lo dijo, pero siempre trabajaba, así que supongo que era algo para estar despierto.

Asiento, besándole la sien. —Estoy bastante seguro de que mi padre lleva tomando estimulantes toda su vida.

—¿Es mayor?

—Sesenta y seis —admito. Es lo más que he hablado de mi padre en años, así que no me sorprende que me ponga tenso y mi

expresión se cierre en banda.

Ella percibe el lenguaje corporal. Es una duendecilla lista, eso tengo que reconocerlo.

—Mi padre solo tiene cincuenta y cinco.

—Eres joven —digo con naturalidad. Probablemente me saque unos veinte años, lo cual no suele ser para nada mi tipo.

—Tampoco tan joven. —Levanta la barbilla, pareciendo aún más una duendecilla.

Me río y le beso la punta de la nariz. —Calla y descansa un poco.

Niega con la cabeza, pero no hace ademán de levantarse ni moverse.

—Deberías irte. Llama a un taxi.

—Son las dos de la mañana —le recuerdo.

Cuando se incorpora y se sienta en el borde de la cama, la rodeo por la cintura y la hago volver a la cama. Ella chilla pero se ríe cuando la atraigo de nuevo hacia mí, tapándonos a los dos con la colcha.

—Y además, quiero volver a tomarte antes del amanecer —susurro cerca de su oído, y ella emite un sonido bajo, derritiéndose contra mí.

Dios, su cuerpo es perfecto. Mi mano encaja en su culo a la perfección. Aprieto esa carne, preguntándome cómo sonaría si le diera una palmada ahí, si estrellara mi mano contra ese trasero perfecto.

Se apoya en mi tacto, sus manos extendiéndose sobre mi pecho.

—O quizás te tome de nuevo ahora mismo —mascullo, lamiéndole la concha de la oreja antes de girarla y levantarle una

pierna sobre mi bíceps. Me deslizo dentro de ella sin dificultad; sigue húmeda y preparada de antes.

Hace un gemido que le sale del fondo de la garganta y me hundo con más fuerza, adorando cómo se estremece alrededor de mi polla.

—Tan mojada —la elogio—. Tan apretada.

—Tan grande —gime, y no puedo evitar esbozar media sonrisa. No es la primera vez que oigo esa frase, pero hay algo distinto en cómo suena con ella. Real. Brutal.

No como con otras chicas, como si recitaran un guion.

—¿Te gusta duro, duendecilla?

—Por favor. Haz que duela —suelta en un gemido profundo y yo inspiro de golpe, la espalda cosquilleándome por sus palabras, la polla latiéndome mientras la penetro, una y otra vez.

No pierdo el tiempo, la follo fuerte y rápido, brusco, justo como ella quiere, y Sophia no decepciona. Los sonidos que salen de su boca son de los que creo que jamás olvidaré.

Gemidos, suspiros entrecortados, quejidos, y finalmente casi no se la oye, solo algún gruñido aquí o allá mientras noto cómo se contrae a mi alrededor. Se corre, retorciéndose bajo mí, y solo hacen falta un par de embestidas más antes de perderme de nuevo dentro de ella.

Bendito sea el DIU.

Sigue completamente laxa mientras le voy besando la cara. Frunzo el ceño y la recojo en mis brazos. —¿Estás bien?

Me mira, con una sonrisa bobalicona y los ojos muy abiertos.

—Nunca he estado mejor.

Le respondo con una sonrisa y ella apoya la cabeza sobre mi pecho. Normalmente no soy de acurrucarme después, la verdad. Aguanto algunos mimos porque, bueno, es lo que se considera adecuado. Pero tener a Sophia entre mis brazos se siente bien, de una forma que no consigo entender.

Es como si hubiese nacido para estar cerca de mí.

—De verdad, deberías irte —murmura, sin moverse ni lo más mínimo.

—¿Seguro que te funcionan las piernas?

Gime. —La verdad, no mucho.

Me río. —Entonces probablemente es buena idea que me quede. Ya sabes, para protegerte.

—¿Protegerme?

—Como no te funcionan las piernas —digo como si nada.

Ella ríe y ese sonido me hace palpitar el corazón.

Sophia se da la vuelta, poniéndome una mano en el pecho. —Esto es solo una noche, ¿verdad?

Parpadeo, un poco sorprendido. La mayoría de las mujeres esperan al menos alguna promesa de futuro. Y a diferencia de otras, no le he soltado mi discurso sobre que no quiero compromisos. Aún no.

—Si eso es lo que quieres.

—¿Es lo que *tú* quieres? —me pregunta, mirándome con sus ojos azules, llenos de sinceridad.

—Claro —respondo, solo para ponérselo fácil. Fácil para ella. Fácil para mí. Porque si fuera sincero, con ella y conmigo mismo, habría dicho *ni de coña*.

Ella sonríe. —No pareces del tipo que quiere una novia.

—No soy ese tipo —respondo. Es la verdad. No sé por qué quiero volver a ver a Sophia. Por qué estoy casi desesperado por volver a verla.

—Ni yo. Al menos ahora no —reflexiona Sophia.

—¿Por qué no ahora? —pregunto en voz baja, enredando uno de sus rizos oscuros en mi dedo.

—Estoy subiendo puestos. Me han ascendido —dice distraída.

Murmuro algo afirmativo. —¿Ascendida, eh? ¿Así que vas a encerrar a todos los malos?

Me mira por encima del hombro, sonriendo. —Por lo menos a la mayoría.

—¿Y si resulta que yo soy uno de los malos?

Su sonrisa se ensancha. —Pues también te encerraré.

Resoplo. —Puedes intentarlo.

Ella responde con un murmullo incoherente, quedándose dormida sobre mi pecho. ¿Qué demonios me pasa? ¿Por qué me angustia tanto que desaparezca?

Aprieto mi abrazo alrededor de ella.

Poco a poco me duermo. Cuando me despierto, Sophia se ha ido y la casa está vacía.

Me quedo una hora o dos, resistiendo la tentación de rebuscar entre sus cosas. Sé dónde vive. No puede desaparecer del todo.

No pienso dejar que desaparezca. Cuando quiero algo, voy tras ello.

Y quiero a Sophia.

5

SOPHIA

TRES AÑOS DESPUÉS

—Por favor, no lo hagas —suplico, rogando, prácticamente de rodillas.

—¡Esas no! —grita Rosa, pataleando y chillando en la silla del coche, lanzando su pequeño cuerpo de un lado a otro.

—¿Las rosas? —pregunto desesperada, y Rosa grita asentimiento, algo que ni siquiera habría creído posible hasta hoy.

Cojo a Rosa, la meto bajo el brazo aunque siga gritando y retorciéndose, y subo a por sus zapatos de charol rosa.

Los negros han sido sus favoritos durante meses, pero por lo visto eso ya se acabó. El rosa es lo que se lleva ahora.

En cuanto le cambio los temidos zapatos negros por los codiciados rosas, Rosa está tan contenta, se abrocha sola en su silla con una media sonrisa.

La llevo a casa de la tía Agnes, justo al final de la calle.

—¿Aggie? —Rosa señala la pequeña casa, y yo sonrío y asiento con la cabeza.

—Hoy te vas a quedar con Aggie y quizá también esta noche.

—Quizá esta noche —repite Rosa, y yo me giro para mirarla, sus ojos verdes brillando intensamente mientras me observa.

Dios, a veces se parece tanto a su padre.

Me sacudo esa sensación de vacío en el pecho, salgo del coche y ayudo a Rosa a salir de su asiento.

Subo con ella y Agnes nos recibe en la puerta. Tiene sesenta y cinco años y un punto hippie. Cree en los cristales y en la astrología. Le hace carantoñas a Rosa y el olor a algo parecido al pachuli me invade la nariz.

Sin embargo, a Rosa no parece importarle, prácticamente se lanza a los brazos de Agnes.

—¡Aggie! Aggie, mis zapatos —dice con tono caprichoso y Agnes no hace más que elogiarla.

—Tus zapatos son preciosos.

—Esta mañana ha venido con una actitud... No te lo puedes imaginar.

—¿Mi Rosa? ¿Con esa actitud?

Rosa sonríe y frunce la nariz.

—Supongo que será tu ascendente en Géminis haciéndose notar —le dice Agnes, tocándole la nariz con la punta de la uña.

Rosa ríe y se acurruca en Agnes.

—Que tengas buen día en el trabajo, Sophia.

Asiento, exasperada. Rosa solo parece querer dar guerra cuando estoy a punto de llegar tarde al trabajo.

Que, siendo sincera, es casi en cada turno.

Empiezo a volverme escéptica, supongo.

Cumplo con mi trabajo, localizo al sospechoso, lo llevo a comisaría. A veces no consigo atraparles del todo y me reconcome durante días.

A veces suplican. A veces me cuentan sus historias y siento empatía. Demasiada empatía.

Pero todavía no he hecho ningún trabajo de infiltrada.

Bueno, no de verdad. He estado en la brigada de antivicio alguna vez y me he hecho pasar por prostituta yonki, pero no me han encargado ninguna misión importante.

Parece como si el teniente solo me utilizara por mi memoria fotográfica, más que por otra cosa, a estas alturas.

Le doy un beso en la punta de la nariz a Rosa.

—Te quiero, Rosita.

—Yo también, mamá —responde ella, casi con naturalidad, y no puedo evitar sonreír.

Por difícil que sea, es la luz de mi vida.

Agnes me sonríe y me da un abrazo de lado. —Tienes mala cara. ¿Estás bien?

Asiento, forzando una sonrisa. —De maravilla, Agnes. No te preocupes.

Agnes está a mi lado desde que me quedé embarazada. Antes éramos vecinas puerta con puerta, pero tuve que mudarme cuando nació Rosa.

No tenía a nadie más, salvo el apoyo incondicional de mi padre, y Agnes estuvo conmigo siempre, sin hacer preguntas, en cada toma

nocturna, en cada crisis. Conoce a Rosa tan bien como yo.

Me despido de Agnes y de Rosa y subo al coche.

Voy hasta la comisaría, aunque en realidad no tengo ganas de estar allí.

La ausencia de Scott ha sido más dura de lo que esperaba, y el hecho de no ver a mis otros compañeros me ha hecho pensar.

Todo es distinto en este departamento, desde el edificio al que entro hasta el uniforme—si es que llevo alguno.

Y, después de tres años, no he conseguido encontrar el ritmo.

Me hace pensar que quizá nunca lo consiga.

Exhalo profundamente mientras dejo el bolso sobre la mesa.

La teniente Rodriguez arquea una ceja gruesa y oscura al mirarme.

—¿Estás cansada, Bianchi?

—Soy madre soltera. Siempre estoy cansada —contesto con cara de póker, y sus labios se curvan levemente en una especie de sonrisa.

—Pues deberías prepararte para dormir todavía menos, detective —dice, y yo me vuelvo lentamente hacia ella, abriendo mucho los ojos.

—No lo dice en serio.

Ahora sí sonríe, tan fugazmente que quizá ni lo habría notado si no la estuviera mirando.

—Tienes una misión, Bianchi. —Lanza un montón de carpetas manila sobre mi mesa—. Revísalo bien. Es un trabajo grande, Bianchi. Importante.

—¿Y me lo confía a mí? —No puedo evitar el tono incrédulo de mi voz.

—Llevas aquí tres años. Creo que puedes con ello. ¿No te parece?

Asiento, atónita, dejándome caer en la silla de la oficina mientras ella se aleja.

Abro el dossier, hojeando la primera página. Quieren que pase por Angela Ricardo, la seguidora de la mafia local. Su objetivo en la vida es cazar a uno de los grandes jefes de alguna de las familias importantes—Rossi, Cortado, Vitale.

Supongo que es un objetivo tan válido como cualquier otro. No es muy distinto a las chicas que hacen cola detrás del escenario en un concierto, imagino. Aunque puede que esto sea más peligroso.

A los hombres que dirigen esas familias no les importan las groupies.

A menudo no les importa tu vida *ni* la suya, y eso puede ser un subidón. Supongo que por eso las chicas lo persiguen.

Persiguen a la mafia.

No puedo evitar pensar en Luca. Daba el pego, desde luego: su pelo entrecano peinado hacia atrás, unos pantalones imposiblemente a medida, un coche que parecía costar más que mi piso.

Probablemente formaba parte de ese mundo, pero yo no había hecho preguntas.

No había hecho mucho más que gemir, si soy sincera conmigo misma.

Respiro hondo, profundizando en mi personaje.

Angela era una niña rica, de esas a las que "papá les da todo lo que quieren", y aunque no me identifique exactamente, sé lo que es ser una niña de papá. Siempre he estado muy unida a mi padre. Él es la razón por la que hago todo esto.

Podría haber sido un mafioso.

Podría haber abrazado esa vida, pero no lo hizo. Me eligió a mí.

Paso las páginas del primer expediente y el siguiente es mi objetivo: los Rossi. Se supone que soy Angela, incluso el curro incluye una peluca rubia, barata y apoyada en el borde de mi escritorio. Probablemente me limite a cortarme y teñirme el pelo. Ya va siendo hora, en realidad.

No es que me haya esmerado mucho con mi aspecto últimamente.

He engordado un poco desde lo de Rosa, pero creo que me sienta bien, todo en las caderas y con una pequeña tripa en la cintura.

No he cuidado el pelo ni las uñas porque, en fin, ¿quién tiene tiempo?

Pero ahora que soy Angela...

El siguiente dossier es más grande, repleto de páginas, y lo miro con morritos, esperando que pueda esperar hasta después de comer.

Me pongo un poco ocupada con el papeleo de otros trabajos y, para cuando termino, Scott ya ha cruzado desde el otro edificio.

Me mira desde arriba, con sus ojos marrones brillando.

—¿Cómo estás, Bianchi?

—No empieces tú también. Al menos podrías llamarme Soph, como siempre. —Sonrío, me pongo la peluca y doy una vuelta en la silla de la oficina—. O *Angela*.

Pongo morros de broma y cara de pato, y Scott resopla.

—Por favor. Esa peluca es horrible.

Me echo a reír, quitándome la peluca—. Lo sé. Mejor me corto y me tiño el pelo.

—Te ayudo si quieres. ¿Tipo pixie?

Me quedo helada al oírlo y un escalofrío me recorre la espalda. Por segunda vez hoy, no puedo evitar pensar en Luca, el hombre con el que estuve solo una noche pero que cambió mi vida para siempre. No dejaba de llamarme duendecilla.

Él me dio a Rosa, al fin y al cabo.

—¿Soph? ¿Tierra llamando a Soph? —Scott chasquea los dedos delante de mi cara y me sobresalto—. Estás hoy en las nubes, ¿eh?

—Perdona —murmuro, poniéndome en pie y cogiendo el bolso. Meto el dossier en la bolsa, pensando leerlo mientras como—. Es que acabo de recibir mi primera misión de infiltrada de verdad, y estoy un poco empanada.

Scott sonríe—. ¿Te han dado una misión de infiltrada? Por fin.

—Por fin, sí. Llevo trabajando con mindundis todo este tiempo y ahora por fin me junto con los peces gordos. —Hago girar la mala peluca en la mano antes de tirarla a la papelera.

—¿Así que Angela es tu nuevo nombre? Deberías hacerte llamar Angel. Impone más.

—Buena idea —reflexiono mientras entramos en la cafetería y nos sentamos en nuestro sitio de siempre, cerca de la ventana. Yo pido patatas caseras con salsa ranchera y beicon, y Scott una hamburguesa. Él me roba la mitad de las patatas y yo me como media hamburguesa suya.

Tenemos nuestro sistema, ¿ves? Y nos funciona.

—Oye, hace siglos que no te veo —dice Scott poniendo morritos—. ¿Dónde te has metido? ¿Te has echado un novio mafioso?

—Todavía no —murmuro—. Ni novios, ni nada.

Me mira parpadeando—. No me digas que la última vez que echaste un polvo te quedaste embarazada.

—Pues es más o menos… cierto —admito, haciendo una mueca. No he estado con nadie desde aquella noche, desde Luca.

Supongo que me da miedo volver a quedarme embarazada, o quizá me asusta que cualquier otra cosa me sepa a poco comparada con esa noche tan ardiente con Luca, un hombre al que apenas conocía.

Solo sé cómo es, cómo se siente dentro de mí y su nombre de pila. Y que quizá tiene una relación complicada con su padre.

Eso es todo.

Y daría cualquier cosa por tener una última noche.

Ni siquiera le contaría lo de Rosa. Al fin y al cabo, ¿y si *es* un mafioso? Si pertenece a ese mundo, no puedo confiar en él para que sea buen padre.

Solo sería sexo, pasión desenfrenada y justo lo que necesito.

—Tuvo que ser una noche de infarto —dice Scott riéndose, y yo no respondo, limito a negar con la cabeza y sonrío levemente.

Scott no tiene ni idea. Ni siquiera se la he contado con detalle como otras veces, entre risas y copas de vino. Aquella noche me la guardé para mí, la llevé siempre cerca del corazón.

Tengo que creer que Rosa fue concebida por algo más que el deseo. Por lo menos pasión. Luca y yo teníamos de eso, ¿verdad?

Pero quedarme soñando sobre el pasado no va a acercarme nada a convertirme en Angela Ricardo, la acompañante de los mafiosos de la familia Rossi.

—Supongo que ha llegado la hora de conocer a mi primer objetivo —le digo a Scott, y abro el dossier. Lo primero que veo es una foto enorme, un perfil de un hombre fumando, el humo flotando a su alrededor.

Tiene nariz romana. Mandíbula afilada.

El corazón me late a mil. No puede ser. Es solo que todos los italianos de esta ciudad tienen ese aspecto, visten así—

En la siguiente foto mira directamente a la cámara, media sonrisa, barba de dos días. Jamás olvidaría esos ojos verdes, ni aunque viviera cien vidas.

—Sc-Scott —balbuceo, agarrándole del brazo por encima de la mesa.

Scott me mira, ladeando la cabeza como un cachorro curioso.

—¿Qué pasa, Soph?

—Voy de infiltrada —susurro.

—¿Sí?

—Para acabar con los Rossi.

—¿Sí? —Scott sigue mirándome a los ojos y de vez en cuando alarga la vista a mi mano apretada sobre su antebrazo—. ¿Y cuál es el drama?

No puedo apartar la vista de los ojos verdes de Luca. Recuerdo cómo brillaron cuando me agarró del brazo, la intensidad de su mirada cuando se inclinó para besarme.

Scott sigue mirándome y luego baja la mirada a la página, soltando un silbido.

—Está *buenísimo* —murmura, y en ese momento le odio. Odio mi trabajo y me odio a mí misma.

—Voy de infiltrada para acabar con *Luca Rossi* —digo sin fuerzas, al fin, cuando se me cae encima toda la realidad—. El padre de mi hija.

6

LUCA

—Vuelve a mentirme y te arrepentirás —gruño, fulminando con la mirada a Nico Rossi, mi hermano pequeño y la mayor fuente de mis desgracias.

Nico levanta las manos en gesto defensivo, pero veo perfectamente la pistola en la cintura y el mango del cuchillo asomando por la espalda.

—¿Quién está mintiendo? —responde con desdén, imperturbable —. Si alguien está llevándose dinero de las peleas de Hillside, a mí ni me va ni me viene.

—¿Ah, sí? Eres tú quien supervisa el asunto, Nico. Padre va a—

—Padre no va a tocarme —espeta Nico, engreído, inclinándose hacia delante. Entorno los ojos, tratando de averiguar si sus pupilas tienen un tamaño normal o no.

A mi hermano no le tiembla el pulso para usar todo lo que tiene a su disposición siendo el hermano pequeño del jefe mafioso Rossi.

Claro que, oficialmente, Padre sigue mandando, aunque en secreto, soy yo quien maneja todo en la sombra. Incluidas las peleas

de Hillside, ese tinglado en el que Nico nos metió hace ya unos años. Daba mucho dinero, sí, pero ¿a qué precio?

Tuvimos que tener policías en nómina para que funcionara, seguridad, un montón de gastos generales. Y ahora alguien está sacando tajada. *Odio* a los mentirosos, y si Nico vuelve a mentirme...

—Tú—

—No estoy consumiendo —dice Nico de repente, sin venir a cuento, y le tuerzo otra vez la mirada.

—Más te vale que no, Nico. Sabes bien cómo se pone Padre con las drogas.

—Sí, sí. Lo sé, lo sé. Y tú, Luca, cada vez suenas más a él con la edad.

Empujo a Nico, le pongo las manos en el pecho, pero sin fuerza. Tropieza hacía atrás, soltando una carcajada. Yo sé que va colocado, pero no lo puedo demostrar.

Ni falta que hace. Nico hará lo de siempre y se perderá durante una juerga. No daremos con él en días, y Padre me echará toda la culpa a mí.

Porque Nico Rossi jamás hace nada malo a ojos de mi padre.

Y yo también lo consiento, no puedo engañarme. Es lo único que nos queda de mamá.

Encima, tiene sus ojos, marrones suaves con motas verdes.

Respiro hondo. —Solo mantén la cabeza fría, Nico. Y revisa las cuentas. Les he dado mil vueltas, me da que es alguien de dentro.

Nico parpadea, por primera vez con una pizca de preocupación.

—¿Crees que tengo un topo?

Suelto un suspiro. —Al menos uno. Con la manera en la que llevas las cosas, yo...

Me detengo. De nada sirve sermonearle, no cuando Padre irá por detrás y le conseguirá todo lo que quiera.

—Lo tengo controlado, hermano. Te lo prometo —dice Nico, y su voz suena sincera.

Le observo un momento más, antes de suspirar y alzar las manos.

Hará lo que le dé la gana, porque Nico siempre lo hace. Y Padre tapará lo que haga falta.

—Vale, de acuerdo, pero esta noche yo superviso la fiesta.

—Vale. ¿Me puedo ir ya? —pregunta Nico, rebotando sobre sus talones, y asiento con brusquedad. Ya se está yendo mientras levanto la vista.

Le acompaño con la mirada demasiado rato, mordiéndome el interior de las mejillas hasta hacerme sangre.

Tengo que hablar con Padre. Ya antes hemos metido a Nico en una rehabilitación discreta, cuando las cosas se pusieron feas. Me preocupa que esté volviendo a ir a peor.

Pero pasarán semanas antes de que Padre me crea.

Así que, lo mejor es simplemente salir ileso de esta fiesta. Y mantener a Nico alejado de problemas. Me visto bien, pero no tan elegante como podría. La clientela aquí es distinta a la de una fiesta mafiosa, en la que el precio de tu traje puede dejar claro cuánto vales como hombre.

Los que vienen a esta fiesta tienen hambre de sangre y relevancia. De vez en cuando se cruza alguien interesante, pero por lo general son solo los del pueblo, que quieren probar un poco de nuestro estilo de vida.

Así que me pongo un pantalón hecho a medida, una camisa negra abotonada y unos zapatos que cuestan más que todo el conjunto.

Entro al coche y Diego sale delante de mí, ejerciendo de seguridad esta noche. Mantengo a Diego cerca, y no solo porque sea mi mejor amigo. Es también mi mejor hombre, el más rápido, el más astuto.

Dios los cría y ellos se juntan, que dicen.

Salgo por el camino de la casa, tomando las carreteras secundarias sin mucho cuidado hasta dar con la autopista. Pongo el control de velocidad y bajo el techo solar, disfrutando de la brisa en el pelo.

Llego y aparco, caminando despacio hasta la reunión. Es una simple sala de conferencias de hotel, nada del otro mundo. Hemos alquilado medio hotel también, pero ¿quién lo lleva la cuenta?

Enzo Vitale me recibe bajo la arcada, ofreciéndome los brazos para un abrazo. Me inclino, arrugando la nariz por el olor a porros y whisky que impregna su ropa.

Parpadea al soltarse. —Luca. ¿De verdad eres tú? Ha pasado una eternidad.

—No tanto —le recuerdo. Aunque bien pensado, iba tan borracho en el último evento en el que coincidimos...

Se encoge de hombros. —Estas cosas al final se mezclan en la cabeza.

Con las drogas que tomas y el alcohol que bebes, suerte tienes si te acuerdas siquiera de venir.

Pero no lo digo, mantengo las apariencias.

Asiento. —¿Verdad que sí?

—¿Nico no ha podido venir?

Observo a Enzo de arriba abajo. Es unos cuantos centímetros más bajo que mis casi dos metros, pero no baja la mirada cuando me enfrenta, y eso es más de lo que puede decir la mayoría.

—Vendrá más tarde —respondo sin entrar en detalles.

—Vigílale de cerca —advierte Enzo, y otro lo tomaría como un desafío.

Pero yo no. Enzo siempre ha sido aliado, como ya lo fue su padre antes que él.

Simplemente asiento con firmeza y Enzo se marcha, caminando de vuelta hacia la barra donde pedirá más whisky del que debe y habrá que llevarlo en volandas hasta el coche.

Supongo que cada uno tiene su propia manera de sobrellevar las cosas. La mía es el trabajo, y hay de sobra por hacer, desentrañando al topo en la organización de Nico.

El único flujo de dinero en efectivo que dejamos que gestione Nico es el ring de peleas de Hillside. Incluso mi padre sabe que no es precisamente estable, así que no le da demasiada responsabilidad.

Si Nico está celoso, no lo demuestra.

Él es simplemente… Nico, y bien podría haberse llamado Problemas de segundo nombre.

Le veo frenar de golpe en su última adquisición, un deportivo azul eléctrico que se vería desde el espacio. Mi hermano nunca ha destacado por la discreción.

Pongo los ojos en blanco y me adentro todavía más en el bullicio, siguiendo el olor penetrante del alcohol en el aire. Necesito una copa si quiero mantener la calma en este entorno. Y más aún con Nico aquí, seguramente colocado de a saber qué.

No es como si mi padre me permitiera pegarle. Aunque a veces lo deseo tanto que hasta me duelen los nudillos.

Aprieto los dientes y me dirijo a la barra. Pido un whisky con hielo, y tiene un hermoso color ámbar cuando el camarero me lo desliza, el hielo tintineando en el vaso.

Cuando lo pruebo, el alcohol florece caliente sobre mi lengua, deslizándose por mi garganta. Cruzo la mirada con una rubia de ojos azul oscuro. Me observa, con algo parecido a un interés tenue en la cara.

Parece no ser de las que se dejan llevar por las emociones, pero yo soy bueno leyendo a la gente.

Hace una seña al camarero y casi pierde el equilibrio sobre los tacones. Recorro con la vista su cuerpo delgado. Está borracha. No es que se vaya a caer al suelo, pero quizá sí lo suficiente para que se le suelte la lengua.

Podría llevármela a casa, si quisiera.

Eso ya lo noto. Incluso si consigo lo que quiero de ella—información—podría además aprovecharme de su cuerpo. Ella me dejaría. Debería emocionarme la idea, pero en cambio, no siento nada.

Llevo tres años así, al parecer.

No desde…

Un destello de ojos azul intenso, cabello que se enroscaba en las puntas, danzando alrededor de su cintura.

Inhalo mientras la mujer de ojos de otro azul me dedica una leve sonrisa.

—Me llamo Maria.

—Luca. —No le doy el apellido, pero tampoco hace falta. Todo el mundo me conoce por aquí, y resulta cada vez más evidente que

acabo haciéndome con el imperio de mi padre.

Pero mi padre no quiere anunciarlo públicamente. Todavía no. Espera su momento. ¿Para qué?

Que conserve sus secretos. Es lo último que le queda para sentirse al mando.

Fuerzo una sonrisa al mirar hacia abajo, hacia la rubia. En realidad no es rubia natural, lleva las raíces negras, pero bien teñido, nada de tinte de supermercado. Es un rubio miel, no ese rubio blanquecino tan de moda.

Es guapa, dentro de lo que cabe. No especialmente italiana, pero eso no es un problema para mí. Me gustan las mujeres, y algo tan simple como la etnia o el color del pelo no me influye. Y la verdad, hace tiempo ya...

Tres años.

Recuerdo haberlo intentado una noche solitaria, borracho, llevándome a un par de mujeres a la habitación del hotel. Bebí demasiado y las eché fuera. Casi me sentí mal después. Su único delito era no ser ella.

Sophia Bianchi. Fue la única pista que tuve mientras intentaba dar con ella. Pero una semana después, se marchó de su piso, el único vínculo que tenía con ella. No dejó ninguna dirección donde localizarla.

Chicago es una ciudad enorme, pero una parte de mí seguía esperando encontrármela por ahí. Seguramente habrá ascendido, ¿no? ¿Teniente? ¿Sargento?

Si algún día la encontrara, sería una muy mala noticia, pero sé que una parte de mí sólo sentiría emoción.

—Pensaba que era tu hermano el que llevaba esto —la voz de Maria es plana, con muy poca expresión.

—¿Estás decepcionada? —pregunto, esbozando una media sonrisa por encima del borde del vaso mientras bebo mi whisky.

Ella se enrolla un mechón de su rubio miel entre los dedos perfectamente cuidados, regalándome una de esas sonrisas perversas que parecen de manual.

—No diría tanto —responde arrastrando las palabras al acercarse más.

Huele a flores, por todas partes. Un aroma casi empalagoso de rosas y lavanda.

Podría llevármela a casa. Sería fácil. Simple. Y no parece de las que quieren desayunar después.

Miro su silueta delgada y de pronto, en mi mente, hay unas caderas anchas entre mis manos.

—Luca —gime, girando la cabeza para mirarme, la frente perlada de sudor, los labios carnosos entreabiertos. Estoy hundido en su interior hasta el fondo, y aprieto los dientes con tanta fuerza que creo que se me van a romper.

Lo único que quiero es vaciarme en ella pero, al mismo tiempo, quiero seguir, quedarme dentro de ella tanto tiempo como pueda, sentir esto el mayor tiempo posible.

Maria frunce el ceño y parpadeo, negando con la cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta, y asiento con firmeza.

—Sí. Bien. Sólo necesito socializar. Ya sabes cómo es esto.

Me mira de arriba abajo, procesando el rechazo evidente con poca emoción. Se encoge de hombros.

—Quizá en otra ocasión, entonces.

—Quizá.

Pero no habrá otra ocasión. Mi mente, mi cuerpo, mi alma… sólo tienen espacio para Sophia. Una mujer con un solo nombre. Una maldita poli.

Han pasado tres años. ¿Cuándo conseguiré superarlo?

Me abro paso hasta el baño, aunque en realidad no tenga ganas de ir. Es una excusa para alejarme de Maria, para escapar de la multitud. Al deslizarme entre la gente, me fijo en unas caderas anchas.

No me detengo en seco, pero sí me resulta más sugerente que la figura delgada de Maria, así que miro. Soy un hombre de carne y hueso, ¿por qué no?

No le veo la cara, y su pelo no es el correcto, es rubio oscuro y lleva un corte pixie en vez de largo y oscuro, pero su cuerpo… Dios, me recuerda a Sophia.

Me hundo profundamente en ella, y es la cuarta o quinta vez que la despierto para tener sexo, pero no puedo evitarlo. Me despierto duro contra su trasero y tengo que poseerla.

—¿Otra vez? —jadea, y dejo escapar una risa ronca mientras me hundo aún más.

—Te quiero tantas veces como tú me dejes, duende.

—Puedes hacerme lo que quieras —susurró, con palabras entrecortadas por gemidos mientras sigo follándola.

Gimo, echando la cabeza hacia atrás.—No me digas eso.

El recuerdo es tan vívido que empiezo a ponerme duro y aclaro la garganta, me meto en el baño y me lavo la cara.

Me miro en el espejo.

No es ella.

Nunca es ella.

7

SOPHIA

Scott me sirve una tercera copa de vino y niego con la cabeza.

—Estoy de servicio, ¿recuerdas? Necesito mantener la cabeza despejada.

Él resopla.—Vas a ir de fiesta con mafiosos. Deberías llevar ventaja ya.

Sonrío, pero estoy nerviosa, siendo sincera. Me quedo mirando mi reflejo en el espejo.

—Sigo sin entender cómo se te da tan bien el pelo. Parezco otra persona.

Él sonríe.—Soy increíble. Pregúntale a Derek.

Levanto la mirada hacia él.—¿Derek? ¿Sigues viéndote con ese chico?

La sonrisa de Scott se ensancha.—Por supuesto que sigo con él. Puede que hasta me case con él.

—¿*Derek*? ¿En serio? ¿Esto es solo porque tiene un buen—?

Scott estalla en carcajadas.

—Para ya. No es por eso. Aunque tampoco molesta. —Hace una pausa.—A no ser que yo quiera que me moleste.

Suelto una carcajada.—Pensaba que le daba miedo comprometerse.

—Le da más miedo perderme. Dice que va en serio —dice Scott con orgullo.

Me apoyo en él, terminando casi el maquillaje.

—¿Y te trata bien?

—Como si fuese oro puro.

—Me alegro por ti, Scott. De verdad.

—¿En serio? ¿Aunque tú no hayas tenido nada desde tu loca noche de pasión con tu gran amor verdadero? —me pincha, y yo pongo morritos y le doy una palmada en el hombro.

—Vete a la mierda. No he dicho que fuera mi gran amor.

—Pero así es como se siente, ¿verdad? ¿En el fondo? —pregunta, mirándome curioso.

Respiro hondo.

—No quiero hablar de esto.

Scott gime.—Llevamos hablando de esto *tres años*, Soph. Es el padre de tu hija. ¿No quieres decírselo? —Frunce el ceño.—¿Dónde está mi chica Rosa Elena, por cierto?

Sonrío. Scott siempre usa su nombre completo cuando pregunta por Rosa. Le encanta cómo suena.

—Está con Agnes, por supuesto. Está emocionada por tener su primera fiesta de pijamas.

Scott arquea una ceja.—¿La dejas pasar la noche fuera?

—Claro que sí. No sé qué va a pasar esta noche.

—¿Como que a lo mejor te vas con alguien? ¿Quizá con Luca? ¿Vas de "cebo"?

Le lanzo una mirada asesina.—Te odio. No soy el cebo de nadie. No voy a esto para acostarme con nadie, voy por *trabajo*. Y Luca no estará allí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es el evento de su hermano —resoplo. No quiero hablar de Luca. Hemos pasado toda la hora de la comida hablando del hecho de que Luca Rossi es el padre de mi hija, cómo demonios no lo supe hasta ahora y qué complicaciones puede traer eso para mi misión.

—¿Entonces por qué vas vestida así?

Gimo, paseando con mis tacones por la habitación. Llevo un vestido dorado que resalta todas mis curvas, de espalda descubierta. Es aún más atrevido que el que llevaba cuando conocí a Luca.

—Porque ahora soy *Angela*. Y Angela es una tía peligrosa que quiere presumir de curvas. Además, ¿cómo se supone que voy a hacerme pasar por fan de mafiosos si no?

Scott ladea la cabeza.—Supongo que tienes razón.

—Por supuesto que tengo razón —murmuro, y desearía poder tomarme esa tercera copa de vino. Estoy hecha un manojo de nervios y ni siquiera puedo pillar el punto.

¿Y si me descubren? ¿Y si saben enseguida que soy poli de alguna manera? ¿Lo llevo tatuado en la frente?

—Soph. —Scott me toma la cara entre las manos, y me centro en él, vuelvo en mí.—Tranquila. Lo vas a hacer genial y vas a sacar un montón de información.

Asiento.—Tienes razón. Lo haré.

—Siempre tengo razón.

Le lanzo una mirada de escepticismo.—Eso está por ver.

—Ojalá pudiera ir contigo. Suena más interesante que la cena con los amigos de Derek.

—¿Te ha presentado a sus amigos? Debes de gustarle mucho —digo entusiasmada, contenta de que haya encontrado a alguien. Scott se merece que le traten como oro puro.

Scott sonríe.—Sí, le gusto. No debería quejarme. He conseguido justo lo que quería.

—¿Pero ahora?

Hace un puchero.—No sé. Creo que es solo... tú.

Parpadeo y me llevo la mano al pecho teatralmente.—¿Yo? No me digas que de repente te has dado cuenta de que eres bisexual.

Scott suelta una carcajada.—Nada de eso. Es solo que este trabajo... parece tan emocionante. Echo de menos ser patrulla contigo, tú persiguiendo a los malos y yo paseando a tu lado.

Me apoyo en él mientras estamos ante el espejo del baño.

—Podrías presentarte al examen de detective.

Él resopla.—¿Yo? ¿Detective? Cariño, eso implicaría trabajar más de lo que hago ahora. Y estoy bastante bien así.

Me río.—Bueno, pues toca cena con Derek.

—¿No se supone que no empiezas la misión hasta el lunes? —pregunta Scott, entrecerrando los ojos.

Me balanceo sobre los talones.—*No* estoy empezando la misión. Solo estoy echando un vistazo.

—¿Ah, sí? ¿Eso es esto? —pregunta Scott incrédulo.—Estás convirtiéndote en Angela, no solo "echando un vistazo".

Me aparto el flequillo de la cara.—Necesito meter un pie en la puerta. No puedo presentarme sin más. Ya tengo mi historia preparada.

—¿Cuál es?

—Mi madre era una rica heredera italiana. Vino aquí y se casó con mi padre, y me tuvo a mí, y aunque mi familia no está metida en ese mundo, yo lo conozco. Salí con algún mafioso. Mencionaré algunos nombres, de tipos que ahora están en la cárcel.

—Parece que lo tienes todo bajo control —farfulla Scott—. Pero no vas a tener ningún apoyo.

—Sí que lo tendré —respondo alegremente.

Él alza una ceja en respuesta.

—Tú —digo con entusiasmo—. Te escribiré a medianoche y te diré dónde estoy. Por si acaso.

Los hombros de Scott se relajan. —Vale. Así está bien. Pero Soph, hablo en serio, nada de tonterías. Ten cuidado.

—Tendré cuidado —prometo.

Scott me mete en un taxi media hora después, y hago ejercicios de respiración durante el trayecto. Es una nave industrial abandonada, pero la música retumba por cada ventana.

Es grande y no sé exactamente a dónde me dirijo.

Llamo a la puerta trasera, y al momento la puerta se entreabre. No veo a nadie dentro, solo una mano grande en la puerta.

—¿Qué quieres? —ladra el portero.

—Eh, mi nombre es Angela. ¿Angela Ricardo? —improviso, sabiendo que esta es la noche inaugural de un ring de boxeo clandestino—. Soy una de las modelos, debería estar en la lista. *Sé* que llego tarde, pero…

—¿Angela, eh? —se asoma, y un par de ojos oscuros recorren mi cuerpo de arriba abajo. Me siento utilizada y asqueada, pero me mantengo quieta, aguantando—. Bien. Puedes pasar.

Abre la puerta apenas lo justo y tengo que deslizarme junto a él, algo que parece disfrutar. Me dedica una media sonrisa que me pone la piel de gallina.

—Soy Oscar.

Le miro parpadeando. Seguro que no es Oscar Cortado. ¿No estaría él en la puerta, verdad?

Pero encaja perfectamente en el papel. Ojos azules penetrantes, pelo oscuro repeinado hacia atrás. Una sonrisa de diablo. Oscar Cortado es el mayor mujeriego de las tres familias, y además tiene el atractivo y el encanto suficiente para permitírselo.

—Encantada —digo como una tonta, y Oscar suelta una carcajada.

—Eres nueva aquí, ¿verdad, Angel?

Extiende la mano como si fuera a apartarme el flequillo de la cara, pero al retroceder yo, se detiene, mirándome con la cabeza ladeada.

—*Muy* nueva —corrige.

—Sí —susurro—. Es mi primera noche.

La verdad, estoy aterrada. No consta que Oscar haya agredido nunca a una mujer, pero…

Oscar asiente. —Entonces te enseñaré cómo va esto. —Lanza unas llaves tintineantes a otro hombre que está cerca—. Quédate en la puerta hasta que llegue Nico.

El otro hombre asiente con decisión y se planta ante la puerta.

Oscar sale del pequeño cuarto y yo le sigo, sin saber qué otra cosa hacer.

Me guía entre el gentío hasta la barra.

—Antes de trabajar, querrás tomar algo. Hazme caso. ¿Cuál es tu perdición?

—Chardonnay —respondo, y él se ríe, dándome la copa cuando el camarero la sirve.

—Qué sofisticada —reflexiona.

Tarareo mientras observo el ambiente. A parte de los gritos y los golpes, la verdad es que… está bastante tranquilo.

La música suena fuerte, pero la gente baila o socializa. No hay peleas ni carreras a la barra ni nada. Es menos peligroso que muchos clubes en los que he estado.

—He oído que esta es la gran noche de Nico —digo, queriendo mencionar nombres para que Oscar crea que estoy metida en el entorno, o al menos cerca.

Nico es también la razón por la que me he atrevido a venir. Si Luca estuviese al mando, no podría arriesgarme a que me viera.

Oscar me mira de reojo, sin girarse del todo. Ahora me resulta menos repulsivo, pero está claro que le intereso; me mira las piernas.

He leído su dossier. Oscar Cortado, cabeza de la familia Cortado. Apenas pasa de los treinta y cinco, pero su padre murió en un "accidente" y desde entonces dirige el cotarro.

Le encantan las mujeres y el dinero y no lo oculta. Trafica con drogas y armas y jamás le han pillado. Es intocable, como el resto de los líderes.

—Nico vendrá, pero él no organiza esta noche —dice Oscar distraídamente.

¿Por qué no?

Pero cierro la boca a tiempo. No quiero hacer demasiadas preguntas tan pronto. Quizá acercarme a Oscar sea inteligente.

—Ah —digo, inexpresiva.

—¿Te gusta Nico? —pregunta Oscar sin mirarme, pidiendo un bourbon para sí mismo y dándole un sorbo.

Niego con la cabeza. —No, solo había escuchado que estaría aquí. En realidad… soy fan, supongo.

Oscar ahora sí se gira hacia mí, con los ojos azules más brillantes. —¿Ah, sí?

Ya está captando la idea. Pensando que soy una más de las fans a las que se lleva a la cama cada semana.

Pero no llegaré tan lejos. No pienso acostarme con nadie por información.

Pero sí haré que *crea* que lo haría.

Me acerco un poco más, batiendo las pestañas azules.

—Eso es. Me pone —susurro cerca de su oído.

Oscar emite un murmullo gutural, inclinándose hacia mi voz.

—Apuesto a que yo podría ponerte aún más.

Le sonrío y luego me aparto, coqueta, pero algo llama mi atención.

Es el dorado de un reloj de pulsera, uno que seguro vale más que toda mi vida, y recorro con la mirada su brazo hasta llegar a su cara. Se me queda la boca abierta.

Joder.

Es Luca, parece salido directamente de su informe: camisa abotonada y pantalones a medida. No me está mirando, menos mal.

Puedo escapar. Solo tengo que alejarme de Oscar y…

Luca se gira, cruza su mirada con la mía. Sus ojos verdes se abren y sé que me ha reconocido.

Me vuelvo de inmediato, dándole la espalda a Oscar.

—Baila conmigo —le digo apresurada.

Él sonríe. —Vaya, eres decidida.

Inclino la cabeza. —¿Es un no?

Oscar se ríe. —Ni de broma.

Se levanta y me coge de la mano, llevándome a la pista de baile.

Nos dejamos llevar por la música, y él no me toca, baila detrás de mí, dejándonos guiar por el ritmo.

Después de unos instantes sin ver a Luca, me giro hacia Oscar.

—Me tengo que ir —digo apresurada y le beso en la mejilla.

—Eh —empieza él, frunciendo el ceño, pero me escurro entre la multitud en dirección al baño.

Tengo que alejarme de Luca. Me desenmascarará delante de todos.

8

LUCA

Me aburro mortalmente, charlando sin ganas con modelos y otros listillos, bebiendo mi whisky y preguntándome por qué demonios decidí hacer esto.

Podría haber dejado que Nico se encargara, ver cómo fracasaba. Quizá entonces Padre vería realmente qué clase de hombre es. Quizá Nico aprendería la lección. Pero en vez de eso, aquí estoy, haciendo de hermano mayor como siempre.

Suelto un bufido. Y para colmo Nico ni siquiera está aquí. Alzo la mirada y me quedo helado a mitad de un trago.

Ojos azules. Ojos azul cielo, grandes como los de un cervatillo, que me miran fijamente. Pero enseguida aparta la vista. Lleva el pelo distinto. Rubio donde antes era oscuro. Corto donde antes lo tenía largo. Y ha ganado algunos kilos, sobre todo en el culo, las caderas y los muslos—justo donde debe, en mi opinión.

Sophia.

No es ella, me recuerda mi cabeza. Nunca es ella.

Me abro paso entre la gente, dejando plantada a la modelo con la que estaba hablando. Me da igual. ¿Y si sí es ella? ¿Y si por fin ha venido?

Localizo a Oscar en la pista de baile. Le pedí que vigilara la puerta hasta que llegara Nico; no quería que algún portero dejara pasar a uno de los amigos idiotas de Nico. Le di los nombres de quienes debía vigilar.

—No estás en la puerta —digo, sin rodeos, y Oscar parpadea.

—Me estoy tomando un descanso.

No puedo hacer nada. Oscar no es uno de mis hombres. Es un amigo, pero se mueve por su cuenta. No tengo ningún poder real sobre él.

—¿A quién has dejado entrar? —pregunto, y Oscar ladea la cabeza.

—A ninguno de los amigos de Nico.

—No es eso lo que te he preguntado —mi voz sale tensa, con un matiz de advertencia. Los ojos azules de Oscar relucen.

—No me trates como a uno de tus hombres solo porque te he hecho un favor, Rossi.

Aprieto los dientes. No tengo el carácter explosivo de Nico, pero ahora mismo lo parece.

Tengo que encontrarla.

—Por favor. Es importante.

—Se llamaba Angela. Ricardo, creo que dijo que era su apellido. Solo es una modelo —se encoge de hombros.

¿Angela? ¿Me habré vuelto loco? ¿Estoy borracho? Miro el vaso que tengo en la mano y me doy cuenta de que es solo el segundo.

Es un nombre falso. Tiene que serlo. Pero solo la vi un segundo…

—¿Dónde ha ido? —Oscar no responde y le cojo del brazo—. Oscar. ¿Dónde ha ido?

—Joder, sí que te ha calado esa chica. Me dejó tirado en la pista de baile, ¿vale? No sé adónde se ha ido —dice Oscar, soltándose de mi agarre—. Ni idea de dónde está.

Asiento, encaminándome hacia los baños para encontrar a Sophia. Sé que es ella. Solo la vi un instante, pero lo *siento*.

Lo noto, en mis huesos, y no podría explicárselo a nadie, pero no importa. La he visto.

Está aquí.

Intento no pensar en que probablemente Oscar ha intentado ligar con ella y me abro paso entre la multitud. El pasillo de los baños está menos concurrido, solo un par de chicas haciendo cola y…

Sophia. Quiero gritar su nombre, pero algo me detiene. Ese vestido dorado no deja mucho a la imaginación, y pienso en cómo le rebotaría el culo si le diera una palmada, cómo se vería con el culo en pompa, a cuatro patas, enseñándomelo todo.

No puedo contenerme, no pienso con claridad. Solo actúo, lo cual no es propio de mí.

Ya está apoyada contra la pared, así que la arrincono allí, con las palmas a ambos lados de su cabeza, sujetándome al ladrillo.

Me mira con esos ojos azules, abiertos y asustados.

—Te has cambiado el pelo —es lo único que consigo decir mientras aparto sus flequillos de la cara con una mano.

Ella tiembla, pero no se aparta.

—Aléjate de mí. —Suena débil y pequeña—. No sé quién eres.

—Chorradas —maldigo, acercándome más a ella—. Sabes perfectamente quién soy. Y yo sé quién eres tú.

—No lo sabes —susurra—. Ya no.

Me inclino aún más, tan cerca que podría bajar un poco la cabeza y rozar sus labios con los míos.

—¿Y de quién es la culpa?

Ella suelta un largo suspiro.—Ya no soy esa persona.

—¿Y qué? ¿Ahora eres *Angela*? —me burlo—. ¿Te cortaste el pelo y crees que eso te convierte en otra persona?

No responde. Sigo mirándola, con la mente a mil. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Está encubierta? ¿Sale con otro mafioso?

Casi gruño al pensarlo. Prefiero que esté encubierta a lo segundo.

—¿Por quién has venido? —exijo saber, mi voz suena alta incluso por encima de la música.

Ella se estremece.—No he venido por nadie.

—¿Estás trabajando?

Sus ojos se clavan en los míos.

—Por supuesto que no. Ya no hago eso.

—Chorradas —recojo de nuevo, fulminándola con la mirada—. ¿O qué? ¿Te estás tirando a alguno de ellos? ¿A cuál? No es Oscar.

—¿Cómo lo sabes? —responde de inmediato, dejando entrever, por fin, algo de carácter, y no puedo evitar la sonrisa torcida que se dibuja en mis labios.

—Porque no te atreverías ni de coña.

—No te he visto en tres años, Luca.

—No importa.

Y no. No importa, porque fue mía en cuanto puse los ojos en ella aquella vez, en la comisaría. No sé por qué ha venido ahora, pero pienso averiguarlo, cueste lo que cueste.

—Entonces ¿por qué no dejas de preguntarme con quién me acuesto?

—Porque si te estás tirando a alguno de ellos, lo mato —digo, y voy absolutamente en serio. Yo nunca mato sin motivo, jamás, pero esto sería motivo de sobra para mí.

Ella pone los ojos en blanco.—Territorial.

—Y tanto —replico, y el hecho de que no me mire me pone *de los nervios*. Le cojo la barbilla, le aprieto la mandíbula hasta que la boca se le abre de golpe.—¿Qué demonios haces aquí, duendecilla?

—No me llames así.

—No te importaba cuando estaba metido hasta el fondo, ¿verdad?

—¿Nueve pulgadas? No te flipes tanto —bufa, y yo suelto una carcajada ronca.

—Te lo recordaré —murmuro, cerca de su oído.—¿Angela? ¿Ahora es así como quieres que te llamen?

—Te lo he dicho, soy otra persona.

—¿Ah, sí? —pregunto.—¿Cómo has pasado de ser la ley a venir vestida así a un sitio como este?

Ella aparta la mirada, girando los ojos mientras sigo sujetándola por la barbilla.

—Mataron a mi compañero. Lo dejé, ¿vale? ¿Ya estás contento?

Suelto su barbilla, bajo las manos a los costados, impactado.

—Yo... Lo siento.

Ella se encoge de hombros.—Es lo que hay. Él está muerto y yo... me las apaño.

—¿Apañándotelas yendo a garitos de la mafia? —pregunto, incrédulo. Me empieza a hervir la sangre. Porque si no está aquí por trabajo, de verdad ha venido por alguien, y pienso descubrir quién es, aunque nos vaya la vida en ello.

—Tengo que irme —susurra, intentando alejarse.

La bloqueo, rodeándola con mis brazos de nuevo.

—No vas a irte a ninguna parte, duendecilla.

Me mira con los ojos muy abiertos y acto seguido me suelta una rodillazo en la entrepierna.

Me doblo, jadeando. El dolor me sube hasta el estómago, pero intento no perderla de vista mientras se abre paso entre la multitud con ese vestido dorado.

Intento incorporarme y el dolor me revuelve el estómago; el whisky que he bebido da vueltas en mi interior. Me la ha jugado bien.

Respiro con dificultad, tratando de aliviar las náuseas, y la veo escabullirse hacia la puerta trasera.

Me giro, por fin consigo enderezarme, y entonces una mano se posa sobre mi hombro.

Me doy la vuelta de golpe, dispuesto a soltarle un grito a quien pretenda detenerme.

Oscar me mira con furia, sus ojos azules chisporroteando de rabia.

—Tu hermano capullo acaba de entrar dando tumbos, por si te interesa. Yo no pienso vigilar la puta puerta ni un minuto más.

—Si él está aquí, no hace falta que vigiles la puerta —escupo entre dientes. Oscar me cae bien, pero ahora mismo me está

sacando de quicio. Necesito llegar hasta Sophia, conseguir que admita que aquella noche hubo algo entre nosotros, y que todavía lo hay.

—No soy tu puto criado, Rossi —su pecho se infla, los hombros hacia atrás, como si estuviera listo para pelear.

No tengo tiempo para esto.

—Oscar, lo hablamos luego. Estoy ocupado.

Oscar parpadea.—¿Ocupado? ¿Ocupado haciendo *qué*? Has estado en la barra toda la noche mientras yo me he pasado horas de maldito *portero*. No sé ni por qué acepté en primer lugar. Vosotros los Rossi sois...

Se queda callado.

Entrecierro los ojos y avanzo un par de pasos.—¿Los Rossi somos *qué*, Oscar?

Mi voz es calmada, baja.

Oscar aprieta la mandíbula, sin ceder ni un ápice.

Mierda. Voy a tener que pelearme con él. Aquí mismo, en el almacén, delante de todos. La gente verá que hay tensiones entre las tres grandes familias y...

Bueno, va a ser un desastre.

Respiro hondo. No puedo actuar como Nico ahora. No puedo hacer esto y buscar a Sophia al mismo tiempo.

Le poso una mano en el hombro a Oscar y él se sobresalta.

—Mira, tío, lo siento —digo en voz baja, apenas audible bajo la música, sin querer que nadie escuche.

Los jefes no piden perdón.

Oscar me mira como si de pronto me hubiera salido una segunda cabeza.

—Ya sabes cómo es Nico. Él es...

—¿Un capullo?

Suelto una carcajada sorprendida ante las palabras de Oscar.

—Sí. Iba a decir 'que lo está pasando mal', pero... tienes razón. Nico tiene sus problemas. Pero es mi hermano, y yo me encargaré de él. ¿Vale?

Los hombros de Oscar se relajan y me doy cuenta de que no va a pegarme. Gracias a Dios.

No tengo tiempo para una guerra de mafias en toda regla.

—Está bien —dice al fin.

Asiento y él asiente también, y con eso basta.

Conozco a Oscar, y sé que pronto se le pasará. No guarda rencor.

Rebusco entre la multitud, desesperado, con los ojos en todas partes, y por fin distingo algo dorado deslizándose entre la gente.

Tengo que encontrarla. Necesito saber por qué está aquí. Porque si ha venido por otro, cometeré un asesinato, y si está aquí encubierta...

Bueno, no sé qué haré si está aquí encubierta.

Podría gritar su nombre, pero si de verdad *está* encubierta y la descubro, podría ponerse en peligro. La sola idea de que corra peligro me aprieta la garganta.

Avanzo entre la gente, apartándolos casi a empujones, y ella está deslizándose por la puerta trasera antes de que logre alcanzarla.

No importa. Voy a encontrarla.

No se va a escapar de mí.

No otra vez.

9

SOPHIA

No corro, pero camino a toda prisa intentando escapar. No puedo quedarme aquí. Todo está jodido. Aún no me han descubierto, y espero que siga siendo así si logro marcharme.

¿Qué *narices* está pasando ahora mismo? Él no debería estar aquí. Se suponía que iba a ser Nico Rossi. Ya es bastante complicado tener que infiltrarme para conseguir información sobre su hermano, ¿pero con el propio Luca?

Esto es una estupidez. Esto es peligroso. Scott tenía razón.

Scott.

Busco a tientas en mi bolso, saliendo al callejón, y de repente una mano áspera me agarra del brazo, haciéndome girar.

Suelto un jadeo, chocando contra un pecho duro.

Alzo la vista y me encuentro con unos ojos verdes, los mismos que veo cada día en mi hija.

Joder.

—No te vas a ir.

Frunzo el ceño y aparto la mirada de él.

Me aprieta contra la pared con su cuerpo. Está tan cerca. Su aliento se desliza por mi pelo y me hace estremecer.

—Tengo que irme. Me están esperando en otro sitio.

—Estás aquí conmigo —dice él, con esos ojos verdes encendidos.

—Luca… Fue… solo una noche. Estuvo bien —empiezo a decir, y él resopla, frustrado.

—¿Bien? ¿Eso es lo que dices? —Desliza su nariz por mi cuello, rozándome mientras se me eriza la piel—. Conseguí que gritaras mi nombre en menos de media hora. ¿Y a eso le llamas *bien*?

—Vale, fue más que bien —admito, soltando un gruñido—. Fue increíble, pero Luca, tienes que dejarme ir.

—No puedo —dice, con la voz tensa.

—Tengo que hacer una llamada —suplico, poniéndole las manos en el pecho.

Se le tensa el cuerpo al contacto, soltando el aire de golpe.

Luca deja escapar un murmullo ronco—. ¿Solo una llamada? ¿Y luego volverás?

Parece casi desesperado, suplicante, y no se parece nada a lo que he leído en el expediente.

Él es reservado, decidido—implacable.

Entonces, ¿por qué me mira con esos ojos verdes como si me necesitara?

Inspiro hondo—. De verdad, debería irme.

—No —dice con firmeza, retirando mis manos de su pecho y colocándolas a los lados—. No te vas. No otra vez.

—Luca…

—He intentado encontrarte —murmura, y suelto un chillido cuando sus labios rozan mi cuello—. Puse a un hombre vigilando tu piso. Pero te fuiste. Te fuiste y no pude encontrarte.

Dejo escapar un suspiro tembloroso mientras sus manos suben por mis brazos, en caricias ligeras. Debería irme. Debería apartarle, debería volver a darle en sus partes como la otra vez, pero no logro moverme.

Dios, hacía siglos que nadie me tocaba así, bueno, desde Luca. Lo sabía, cualquier otro hombre me parecería poca cosa.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, sus labios dibujando un sendero por mi cuello.

—Te lo dije. Solo quería salir una noche. He cambiado.

—Has cambiado —repite, incrédulo, apartándose para mirarme. El roce de sus labios sigue quemando en mi cuello cuando se aleja.

—La gente puede cambiar —insisto, y Luca me observa desde arriba.

—No, no pueden.

Me aparto el flequillo de la cara soplando suavemente.

—Perdí a alguien. Eso me cambió, ¿vale?

En realidad, no puedo ni *imaginarme* perder a Scott. Eso sí que me cambiaría, y seguramente para peor. Por eso se me ocurrió esa coartada.

Él se pasa una mano por la cara.

—Ojalá pudiera creerte, duendecilla.

—No me llames así.

Él esboza una leve sonrisa, casi amarga.

—¿Por qué no? Ahora tienes el pelo perfecto para eso —me aparta unos mechones del rostro, mirándome con una ternura inesperada.

¿Qué está pasando? Aquella primera noche sí que fue apasionado, desde luego, ansioso, pero nunca pensé que seguiría interesado.

—Luca, no pensarás de verdad que después de dos años—

—Tres. Casi tres —me corrige.

Le miro, intentando descifrar su expresión.

—¿Por qué te importa tanto?

—¿Por qué *estás* aquí? —vuelve a preguntar.

—¡Que te lo estoy diciendo! Oí hablar de la fiesta y vine con idea de beber hasta olvidar. Pero contigo aquí, eso ha sido imposible —mascullo.

Niega con la cabeza. —Mientes.

—Ni siquiera me conoces —murmuro.

Me sujeta la barbilla con la mano, obligándome a mirarle de nuevo.

—He estado dentro de ti. ¿Crees que no te conozco, hada?

—Estás loco —digo, incrédula, con el corazón desbocado. No puedo negar que me gusta que me toque, que me desee tan claramente, pero no puedo hacer esto.

Es un criminal. Un depravado. Según leí en el dosier, trafica con armas, drogas y, a veces, con mujeres. Mujeres que, por lo que dicen las fuentes, consienten y todo está bajo control, pero eso no significa que no sea incorrecto.

Años trabajando como detective me han hecho ser más indulgente con ciertos asuntos, sobre todo los que no dañan a nadie.

Pero Luca hace daño a la gente. Y mucho. No lo han detenido, pero corren rumores de que quienes se cruzan en su camino desaparecen.

Probablemente sea un asesino. Casi seguro.

Y estoy mojada. Calada.

—Puede —dice con naturalidad, y rodea mi cuello con su mano.

Mis ojos buscan los suyos, pero no aprieta, sólo acaricia el punto donde late mi pulso.

—Pero lo deseas —continúa con voz grave, haciéndome estremecer —. Me deseas, hada. No puedes negarlo.

—No te deseo —le espeto, apartándome de él todo lo que puedo. Retira la mano de mi cuello pero no se aleja—. Por favor, necesito hacer una llamada.

—Haz tu llamada —responde, y siento un alivio inmediato—. Pero estaré vigilando.

Gimo por dentro, pero se aparta lo suficiente para que pueda sacar el móvil del bolso.

Llamo a Scott, pero no contesta. Ya es casi medianoche y seguramente siga bebiendo y charlando con los amigos de Derek.

Le mando un mensaje: *Ayúdame* y luego vuelvo a mirar a Luca.

No me cree. Lo veo claro en la intensidad de su mirada, en la tensión de sus hombros. No va a dejarme ir, y no puedo decirle que estoy infiltrada.

Estamos en un punto muerto, y lo sabemos ambos.

—¡Luca!

Una mujer rubia, delgadísima, se acerca tambaleándose y le pone la mano en el hombro a Luca.

Luca aprieta la mandíbula, claramente molesto, mientras se gira.

—Estoy ocupado, Maria.

Parpadeo. Así que la conoce. Por su nombre. Genial.

Siento un acceso de celos y es ridículo. No le conozco. Pero hay una parte de mí que siente que sí. No solo por aquella noche, sino por leer su dosier. Sé que su hermano, Nico, lleva años siendo una espina clavada en su costado. Sé que Nico está muy metido en drogas y trata de blancas. Sé que Luca le ha protegido, le ha encubierto.

Sé que Luca no es un mujeriego, no de verdad. No tiene relaciones, pero tampoco va cambiando de chica cada semana ni nada por el estilo. Sé que su relación con su padre es complicada, que este prefiere a Nico.

Sé muchas cosas de él. Pero él no me conoce a mí, aunque diga que sí.

Así que no hay razón para estar celosa. Pero aquí estoy.

Miro el pequeño cuerpo de Maria y frunzo el ceño. ¿Eso es lo que le gusta? ¿Eso le atrae? Entonces, ¿por qué me querría a mí? Yo soy curvilínea, blanda donde ella es angulosa. Y encima he engordado al menos siete kilos desde que tuve a Rosa.

Y son tan *cercanos*. Su mano en su hombro, la forma en que pronuncia su nombre.

La rubia sonríe. —Siempre estás ocupado. Pero Nico quiere hablar contigo.

—Hablaré con él luego.

—Te necesita ahora.

Luca deja escapar un resoplido brusco. —Puede esperar. Yo he esperado a que llegara, ¿no?

Su voz destila irritación. Quizá Maria no le interesa. Siento alivio y me odio por ello.

Sólo le conocí una noche. Ahora sé que es un criminal. Un asesino. Entonces, ¿por qué quiero que solo piense en mí?

Maria se encoge de hombros. —Yo solo soy la mensajera. ¿Seguro que no quieres largarte de aquí?

La rabia me recorre de arriba abajo y quiero interponerme entre ellos y decirle que se aleje de una vez de Luca.

¿Qué me pasa? Todo esto se ha ido de las manos y tengo que salir de aquí.

Me deslizo despacio por la pared mientras Luca está pendiente de Maria. Mis estúpidos tacones suenan al andar y Luca vuelve a mirarme de golpe.

Le miro como una cierva atrapada en los faros durante un segundo y entonces... echo a correr.

En tacones de aguja.

Salgo disparada, cruzando el aparcamiento y bajando a la calle. Sé que al principio me sigue de cerca, así que me cuelo en un callejón, jadeando, con el pecho agitado.

Dios, ¿qué *ha sido* eso? La forma en que me ha tocado... me ha besado el cuello... Mi cuerpo aún arde. Podría haberle empujado, intentar huir, pero no he podido.

Quería que me tocara. Quería que me besara.

Quiero a Luca Rossi, uno de los tres grandes capos mafiosos de Chicago.

Algo no va bien en mí, está claro.

Me asomo fuera del callejón y veo a Luca dando zancadas, claramente buscándome.

Contengo el aliento y me adentro más en el callejón, enviando a Scott mi ubicación mientras avanzo hacia la calle siguiente.

No ha contestado.

Miro la hora: faltan dos minutos para medianoche.

¿Llegará Scott a tiempo?

10

LUCA

Aparto a María de un empujón cuando veo a Sophia corriendo, casi tirándola al suelo.

Me lanzo por el callejón, intentando alcanzarla, pero es *rápida*. Incluso con tacones. Casi resulta admirable. A lo mejor se lo digo cuando la tenga sobre mis rodillas. Le daré un poco de reconocimiento antes de castigarla.

Porque no va a escaparse de mí. Nunca más.

Niego con la cabeza para despejarla, pero no sirve de nada. Nunca antes me había sentido tan salvaje por una mujer. Pero hay algo en esa noche—algo en Sophia—que me hace sentir como un animal. Es como si tuviera una colmena de abejas zumbando en mi cerebro, como si no pudiera relajarme hasta saber dónde está. Hasta que esté conmigo.

Miro en una calle y no está. La recorro arriba y abajo, asomándome al callejón, pero no hay nada. Seguro que ha cruzado la calle.

El pánico me sube al pecho, haciéndome sentir una opresión. Si se me escapa…

Al menos ahora sé con qué nombre va. Quizá ese era el motivo por el que no conseguía encontrarla antes. Si realmente ha cambiado de nombre de forma oficial, mis esfuerzos de búsqueda habrían sido inútiles.

Además, Chicago es una ciudad enorme, y yo tenía otras responsabilidades. No podía poner mi vida en pausa por una mujer con la que solo he estado una noche, por mucho que lo deseara.

¿Por qué estoy tan trastornado por una poli menuda? Ni idea.

Me repito que es porque podría estar encubierta. Porque tal vez busca información, quiere derribar mi imperio. Es mi enemiga.

Pero, en el fondo del pecho, sé que es más que eso. Lo ignoro, pero sé que está ahí, como aquella garrapata que se me clavó en la nuca cuando era niño.

Casi tiro a Nico cuando me lo cruzo de bruces. Está de pie en uno de los callejones, apoyando una mano en el ladrillo.

—Luca —jadea, con la voz pastosa—. Justo el hombre al que necesitaba ver.

Frunzo la nariz. Huele a tequila y a porros.

—Qué detalle aparecerte. Estoy ocupado, luego hablamos —digo deprisa, intentando esquivarlo, pero me agarra del brazo, casi cayéndose en el intento.

—Ocupado —murmura—. Ocupado ocupándote de *mi* pelea.

Exhalo largamente.—Nico, no es el momento.

—Creo que sí lo es. —Se yergue un poco más, tambaleándose apenas.

Quiero poner los ojos en blanco. Quiero empujarlo y seguir, seguir buscando a Sophia. Pero entonces Nico le contará a Padre, y tendré que enfrentarme a eso. El viejo está ya cerca de los setenta,

pero está más despierto que un lince. Lo único es que ya no puede encargarse de la parte física de este trabajo.

Quiere a Nico, lo quiere más de lo que nunca me ha querido a mí, pero sabe que yo soy la opción acertada para heredar el imperio. Puede que se ponga sentimental, pero tonto no es.

Y Nico lo odia. Me odia a mí.

—Ahora no te conviene buscarme las cosquillas —digo en voz baja, incapaz de contener la rabia. Había planeado calmarlo, pero lo que sale de mi boca es puro veneno—. Vete a casa y duerme la mona.

—¿Que me vaya a casa? Esta es mi pelea.

Le lanzo una mirada fulminante.—La pelea ha terminado, Nico. Te la has perdido, joder.

Parpadea.—Ah. Bueno, aún puedo encargarme de las cuentas.

—A duras penas te mantienes en pie. No seas imbécil.

Endereza los hombros, y sus ojos se centran un poco más en mi cara, en lugar de quedarse perdidos por culpa de la borrachera.—No me llames así.

—No *lo he hecho*—

Nico me lanza un puñetazo.

Falla, por supuesto, le pasa de largo, y yo retrocedo un paso. Tiene que sujetarse para no caerse.

—Vete a casa —ladro, y Nico me mira con un odio puro en los ojos.

No digo ni una palabra más, intentando sacudírmelo de encima y buscando a Sophia. Recorro la calle como si fuera a matar a alguien. La gente que sale del edificio tras la pelea me deja pasar bien lejos.

La encuentro en la calle de al lado, de pie en la esquina, agachándose para hablar con un tipo en un sedán azul. Me suena de algo.

¿Quién coño es este? ¿Algún novio?

La rabia me invade, haciéndome arder la cara.

Me acerco lentamente, para poder oír lo que dicen.

—Lo siento —le suplica ella—. Tenías razón.

—Por supuesto que tenía razón —responde él, con un sarcasmo en la voz, pero casi puedo oír que sonríe. Se la está tirando. Lo sé, lo presiento.

No estoy *celoso*. Solo estoy cabreado. Ella desapareció hace tres años y ahora reaparece, se mete de nuevo en mi órbita, con algún capullo de novio y la intención de mandarme a la cárcel. La odio, solo es eso.

Pero hay un picor en la nuca, un vacío donde antes estaba mi corazón. Intento quitármelo de encima, intento controlarme, pero vuelve a pasar. No pienso, actúo. Ya es una costumbre cuando se trata de Sophia.

Saco la pistola de la parte trasera del pantalón, grito un —¡Eh!— y me acerco más.

Solo pasan unos segundos hasta que el novio de Sophia saca su arma, y ella simplemente se da la vuelta y me mira boquiabierta, con esos enormes ojos azules llenos de sorpresa. Después de un instante con mi pistola apuntándola, mete la mano en el bolso.

—Ah, ah, ah —entono, sin tener muy claro siquiera qué palabras van a salir de mi boca. Es como si no pudiera controlarme, y no estoy seguro de que me guste.—No te atrevas.

—Luca —titubea ella, dejando caer los brazos a los costados. La corto en seco negando con la cabeza de manera tajante.

—Ni te muevas. —Lanzo una mirada desafiante al hombre al volante del sedán, que tiene una mano en la manilla de la puerta y la otra en la pistola, apuntándome, inmóvil. En su rostro no hay sorpresa, solo determinación.

Por ella se la jugaría. Lucharía por ella.

Interesante.

Solo consigue que la sangre me hierva aún más.

—Déjala o le disparo a ella.

El hombre aprieta la mandíbula, mirándome fijamente durante un instante. Debe de ver algo en mi rostro que le advierte de que voy en serio, porque baja el arma poco a poco.

—Las manos sobre el salpicadero.

Sophia inspira bruscamente antes de intentar echar a correr, pero la atrapo por la cintura con una mano cuando pasa junto a mí. Grita, pero el estruendo de la música que sigue retumbando desde el almacén la acalla. Por supuesto, hay una fiesta posterior para los mafiosos y luchadores, y estoy seguro de que Nico estará allí en vez de en casa, como le dije.

—¡Suéltala! —grita el hombre, y yo suelto una carcajada seca.

Aprieto a Sophia contra mi pecho, sujetando su suave vientre con el antebrazo. Forcejea, pero mi agarre es mucho más fuerte que ella.

—Jamás —musito, sin saber siquiera si él llega a oírme. De todos modos, no importa, porque ¿qué estoy diciendo?

Debería matarla aquí mismo. Padre lo haría. Nico también.

Pero yo no mato mujeres. Y esto me dará tiempo para interrogarla. ¿Qué sabe ya? Estoy seguro de que no es la primera vez que se infiltra entre la mafia. Probablemente tampoco soy el primer mafioso al que ha seducido.

La idea de ser solo un trabajo para ella, un objetivo, hace que el vacío en mi pecho se abra aún más, pero lo ignoro.

—¡Diego! —grito, sabiendo que estará cerca. Suele quedarse a mi lado en eventos como este, vigilándome. No es exactamente mi guardaespaldas, pero cumple con el trabajo.

Siempre me cubre las espaldas.

Diego aparece de las sombras como si hubiera estado esperando que lo llamara, y probablemente así sea. Sabe que me gusta ocuparme personalmente si puedo. No soy de esos mafiosillos que nunca manchan sus manos, pese a mi posición de jefe.

Tiene la pistola desenfundada y apunta directamente al novio de Sophia.

—Pon las manos sobre el salpicadero —ordena, y el otro hombre, aunque pone mala cara, obedece despacio.

—No vais a salirte con la vuestra.

Quizás no.

Es arriesgado hacer esto tan a la vista, incluso para mí. Lo sería para cualquiera. Pero los polis de la zona saben que se celebra este evento y están en nuestro bolsillo.

Aun así. No es nada propio de mí. Es… inquietante, la verdad, pero decido dejar esa preocupación para más tarde. Ahora lo que importa es llevar a Sophia a un lugar donde pueda hablar con ella.

Obligarla a hablar conmigo.

Por cualquier medio necesario.

Diego mantiene los ojos fijos en el novio, sin inmutarse, ni siquiera pestañear. Diego estuvo en el ejército antes de meterse a mafioso. Pasó dos misiones de combate en activo al cumplir los veinte. Antes de que su hermano pequeño muriera por una mina terrestre, era un soldado ejemplar. Después, perdió el rumbo. Nos

criamos juntos, aunque tomamos caminos distintos. Cuando lo devolvieron a casa, encajó en mi vida como si nunca se hubiera ido.

Ahora mismo le estoy agradecido. Sin él, Sophia probablemente habría conseguido escabullirse, pero ahora está inmóvil, temblando, asustada por su novio, lo cual me dan ganas de gritar.

Diego no habla, solo sigue apuntando con el arma.

—Tira y lárgate —le ordeno con un gruñido, ya puedo guardar la pistola a mi costado y arrastrar a Sophia de vuelta cruzando la calle, sus tacones chirriando contra el asfalto.

Abre la boca como para gritar, y yo le aprieto la cadera hasta que se le escapa un gemido de dolor.

—Si gritas, le ordeno a Diego que le vuele la cabeza a tu novio —siseo, y ella cierra la boca de golpe, apretando los dientes.

Tengo el pecho oprimido, el estómago revuelto. Se ha callado rápido cuando la he amenazado. ¿Hasta qué punto va en serio esta relación? No llevaba anillo, pero parece muerta de miedo ante la idea de perderlo.

—Vete, Soph —dice el novio, su tono sereno y cálido—. No te enfrentes a él. Te encontraré, ¿vale? Te lo prometo.

Suena sincero, cargado de azúcar, y casi me revuelvo por dentro. He de contenerme para no ordenar a Diego que le dispare de todas formas.

—Llévatela —ladro, y Diego toma a Sophia de mis manos. Yo levanto el arma cuando ella forcejea, le da una patada y uno de sus stilettos sale volando calle abajo.

Diego ni se inmuta, sus brazos parecen de hierro mientras la arrastra hacia su Escalade.

Sus gritos se van apagando y, poco a poco, bajo mi arma.

El novio mantiene las manos en el volante, pero no aparta los ojos de mí.

—Te encontraré —advierte.

—Eso espero —respondo con sinceridad. Solo necesito una excusa para meterle una bala en la cabeza.

Quita el pie del freno y se larga.

Lo observo marcharse durante un instante, intentando grabar la matrícula en mi memoria. Pero es inútil, se pierde al instante. Una lástima. Me habría gustado saber más sobre él, averiguar cómo se relaciona con Sophia.

Supongo que tendré que lograr que ella misma me lo cuente.

Me encamino al aparcamiento donde sé que Diego ha dejado el coche. El mío está en el aparcacoches, pero creo que esta noche lo dejaré allí y regresaré con Diego. No pienso volver a perder a Sophia de vista.

Es demasiado escurridiza. Duende. Poli.

Elige la que quieras.

Diego espera fuera del Escalade. Los cristales traseros están demasiado tintados para ver nada, pero la oigo revolverse dentro.

Me mira con sus ojos oscuros, curiosos.

—¿Quién es? —pregunta simplemente.

No puedo decirle quién es realmente.

—Angela —digo, dándole su nuevo nombre falso—. Se presentó en el club fingiendo ser modelo, pero hablé con Nico y no estaba en la lista.

Sólo es en parte mentira. Ahora usa el nombre de Angela, y sí, hablé con Nico, aunque estaba demasiado borracho para darme

información sobre la lista aunque se lo hubiera preguntado.

Él resopla—. ¿No crees que sea—?

Niego con la cabeza—. Lo dudo. Probablemente sea alguna grupi intentado sumar otra muesca en su cabecero.

—Seguro que podría haberlo conseguido.

Me crispa ligeramente la idea de que Sophia pudiera acostarse con cualquiera.

—Ya, bueno, no me gusta que la gente aparezca sin invitación en las peleas. Ni siquiera las grupis. La interrogaré, y si todo está bien, la dejaré ir.

Esa última parte me suena a mentira, pero Diego no parece notar nada raro. Sabe que los interrogatorios son menos violentos si se trata de una mujer, así que no pone pegas.

Se limita a asentir—. Muy bien, *Caputo*. Tú mandas. Yo solo sigo las órdenes.

Gracias a Dios que Diego es tan leal. Nunca me ha cuestionado, ni una sola vez, y nunca le he estado tan agradecido.

Porque lo necesito. Llevo casi tres años necesitando esto.

—Llevémosla al piso franco.

11

SOPHIA

Cuando el hombre de Luca me arroja dentro del Escalade, en seguida me abalanzo sobre los tiradores de las puertas, pero no hay ninguno.

Gritando de frustración, me echo hacia atrás y golpeo la mampara. Ni siquiera hay cristal. Parece hecha de algo parecido al acero. Quizá sea a prueba de balas. Está claro que este vehículo es un encargo especial, hecho a medida para secuestrar personas.

Dios, ¿en qué estaba pensando? ¿Por qué he hecho esto? Debería haber escuchado a Scott. Dijo que necesitaba apoyo y tenía razón. Estaba tan convencida de que Luca no estaría allí. Según el expediente, nunca iba a los combates de Nico.

¿Por qué estaba allí? ¿Y cómo he podido ser tan estúpida de dejarme atrapar?

Creo que he reconocido al hombre que me lanzó al asiento trasero. Diego Conti.

Antecedentes en el correccional, delitos menores. Agresión simple tras una pelea en una cancha de baloncesto, robo de vehículos por dar una vuelta con uno ajeno.

Marine Corp, Boinas Verdes. Dos misiones, una en Afganistán y otra en Irak, respectivamente, en su juventud. Licencia honorable, pero con reservas; lo metieron en el calabozo dos días después de su última misión. Se quedó allí setenta y dos horas.

Ni siquiera el Departamento de Policía de Chicago pudo sortear los trámites para averiguar por qué, eso sí.

Había visto los documentos militares, casi todos tachados en nombre de la seguridad nacional. Las entrevistas con sus antiguos compañeros de armas eran breves, torpes. Incluso recuerdo algunas de las cosas que decían de él, todo elogios y admiración.

El hombre más valiente que he conocido.

Un auténtico pitbull.

El mejor soldado que jamás tuvo la Marine Corp.

Cuando les preguntaron por qué metieron a Conti en el calabozo, todos respondieron de manera similar. *Sin comentarios.*

Pero el ejército lo licenció justo antes de finalizar su tiempo de servicio, así que era sospechoso. Entonces Conti volvió a casa... de nuevo a la refriega. Por entonces, Chicago era un nido de mafiosos, que resurgían mientras la generación anterior comenzaba a quedarse obsoleta. No le han detenido nunca, no desde que regresó, pero es porque es escurridizo como una anguila.

Le había gritado, le había dado patadas, le había suplicado. Él no dijo ni una sola palabra. Era como si apenas respirase, callado, frío.

Aterrador.

Pero Luca no es diferente. Debería estar aterrada de él, no excitada por él.

Las piernas empiezan a dolerme de estar encogida y de tanto dar patadas. Estoy sudando y jadeando cuando al fin me doy por

vencida. Pruebo la ventanilla, pero he perdido ambos tacones y con los pies descalzos no logro darle una buena patada.

Me dejo caer, agotada, en los asientos de cuero.

No puedo hacer nada. Estoy atrapada. Me ha secuestrado el padre de mi hija. Eso me hace pensar en Rosa, esperando en casa a que vaya a recogerla por la mañana, y empiezo a llorar desconsoladamente.

Joder.

Me seco las lágrimas furiosa. Odio llorar. Cuando estaba en la academia de policía, siempre corría a algún sitio apartado si sabía que iba a hacerlo. Si alguno de mis compañeros hombres me hubiese visto…

Y ahora he echado a perder mi gran oportunidad de trabajar de incógnito. Supongo que ya da igual. ¿Quién sabe si siquiera saldré de aquí con vida?

No hay constancia de que Luca haya sido violento contra mujeres, pero eso no significa que no haya sucedido nunca. Además, puede que simplemente ordenase a Nico hacerlo. Dios sabe que Nico tiene suficientes antecedentes de violencia contra mujeres como para tumbar un caballo.

Cierro los ojos con fuerza y las lágrimas siguen saliendo. No sé si volveré a ver a Rosa. La desesperación amenaza con arrollarme. Pero tengo que recomponerme. Tengo que intentarlo. Tengo que luchar con todas mis fuerzas para volver con ella. Mi pequeñita Rosie.

Respiro con dificultad y, de repente, el coche se detiene. Siento que han podido pasar seis minutos o sesenta, así que no tengo ni idea de dónde estamos. Los cristales están tan tintados que no puedo ver nada.

La puerta se abre bruscamente y espero ver a Luca o a Diego, pero en su lugar aparece un hombre al que no conozco, con el pelo oscuro y rizado y los ojos marrones. Aprieta los labios, delgados, mientras se agacha para cogerme.

—Dile a Luca que haga su trabajo sucio él mismo —escupo, y el hombre gruñe en respuesta mientras me retuerzo, tirando de mis brazos hacia la espalda.

No puedo golpearle, no puedo arañarle.

—Puedes decírselo tú misma —murmura.

Me da la vuelta, haciéndome mirar hacia Luca y Diego, con una casita a su espalda.

Luces de hadas, tenues y cálidas, recorren la parte superior de la casa, y junto a los escalones hay un pequeño parterre de rosas. Probablemente es el lugar más acogedor que he visto en mi vida, y probablemente será donde muera.

Tropiezo cuando el hombre me empuja hacia delante. Luca y Diego caminan delante de nosotros, dirigiéndose a la puerta principal. No me queda mucho tiempo.

Me dejo caer, peso muerto, y él lucha por sostenerme. Maldice en italiano, distraído, y yo vuelvo a la vida y le piso el empeine con todas mis fuerzas.

Grita y me suelta, y yo salgo corriendo, descalza sobre la grava del camino de entrada, en dirección a la pequeña carretera que, con suerte, me llevará hasta la autopista.

Los pasos retumban, el hombre jadea tras de mí—no sé cuál de ellos es. El corazón me va a mil y no puedo respirar, un flato arde en mi costado. Soy atlética, tengo que serlo por mi trabajo, pero desde luego no soy una corredora.

Unos brazos fuertes me agarran por la cintura, tirando de mí hacia un pecho duro. Un aliento caliente jadea junto a mi oído.

—No vas a ninguna parte, no hasta que sepa lo que sabes.

—No sé nada —suplico, y no estoy exactamente mintiendo. Sé lo que sabe el resto del Departamento de Policía de Chicago. Intentaba averiguar más, pero ahora solo intento seguir viva—. Te lo he dicho; ya no estoy en el cuerpo.

—Estás mintiendo —gruñe, y odio que la fuerza con la que me sujeta haga que mi cuerpo vibre de excitación.

—¡No es verdad!

No responde, simplemente me arrastra de vuelta al jardín. Me entrega a Diego, que me sujeta con fuerza entre sus brazos. Ni siquiera me molesto en intentar resistirme. Ya estoy agotada, y sé que no llegaría lejos aunque lograra escapar.

Luca se acerca rápidamente al hombre de pelo rizado, que está saltando sobre una pierna.

—Creo que me ha roto el maldito—

Luca le suelta un puñetazo en la cara. La nariz del hombre empieza a sangrar y yo ahogo un grito, sorprendida.

—Has dejado que una niñata te inutilizara —se burla—. ¿Recuérdame por qué trabajas para mí?

—Lo siento, *Caputo* —dice el hombre de pelo rizado, la voz tensa y nasal mientras lleva la cabeza hacia atrás, apretándose la nariz para cortar la sangre.

La muestra de violencia no debería sorprenderme, pero no puedo evitar sentir cómo la sangre se me va del rostro. Si es capaz de eso con los suyos, ¿qué posibilidades tengo yo?

Luca escupe al suelo delante de su hombre, claramente furioso, y me agarra bruscamente del codo, apartándome de las manos de Diego y metiéndome en el refugio.

Los demás hombres se quedan fuera, y eso me asusta.

—Luca, por favor, te lo he dicho, no sé nada. Ya no soy policía. No soy nadie.

No responde. Es como si ni siquiera me hubiera oído.

Es una casa pequeña, quizá de dos habitaciones o de una con despacho. ¿Por qué tendría un mafioso como Luca un sitio así? ¿Solo para interrogatorios? ¿Quizá como refugio?

Me empuja dentro de la habitación y creo que se va a marchar, quizá a cerrar la puerta con llave. Entonces podría intentar encontrar una salida. Pero entra detrás de mí, cerrando la puerta con el pie.

Retrocedo hasta dar con la cama de matrimonio.

—No —suplico—. Para.

Creo que va a preguntarme de nuevo, sobre lo que sé, sobre por qué estaba allí, pero solo aprieta la mandíbula, los ojos verdes sin acabar de enfocarme.

—¿Cómo se llama tu novio?

—¿Qué?

Mi voz rezuma incredulidad y estoy segura de que los ojos se me han abierto como platos.

Da un paso más y tiemblo. Me pone las manos en los brazos y me mira al rostro.

—Sophia.

La forma en que pronuncia mi nombre me eriza la piel de los brazos y la nuca—y no es solo por el miedo.

—¿Cómo se llama?

—¿De quién hablas siquiera? —le miro, verdaderamente desconcertada.

Gruñe en lo más hondo de la garganta, visiblemente frustrado. Me sacude, pero no con fuerza, casi con suavidad.

—El hombre del coche. Ese imbécil larguirucho que me apuntó con su pistola.

Cierro la boca a cal y canto. No puedo decirle el nombre de Scott. Jamás.

—No es nadie. Un tipo al que llamé para que viniera a recogerme. ¿Te importa?

Aprieta los dientes, un músculo le salta en la mandíbula.

—Porque me sacó una jodida pistola.

—Solo intentaba protegerme.

Sus gruesas cejas se elevan.

—¿Pero es solo un tipo cualquiera? Odio a los mentirosos, duendecilla, y creo que lo sabes.

—¿Cómo se supone que voy a saberlo? —le suelto, a la defensiva—. No te conozco. Pasamos una noche juntos hace tres años.

Aspira una bocanada de aire, corta y brusca.

—Dime su nombre —dice con firmeza, aunque sus manos empiezan a deslizarse por mis brazos, resbalando por las curvas de mi cuerpo.

Me estremezco—. No.

—Si solo es "un tipo cualquiera", entonces por qué, duendecilla. Dímelo, ¿por qué?

No respondo y sus manos bajan hasta mis caderas, aferrándose para acercarme más a él. Apoya su frente contra la mía, respirando hondo. Yo ni siquiera puedo respirar. Siento la garganta atascada.

—Es porque te acuestas con él, ¿verdad? ¿Te quiere? ¿Tú le quieres?

Sus palabras suenan suaves, tranquilas, pero su agarre en mis caderas se hace más fuerte.

—Si te doy su nombre, lo vas a matar —digo, odiando que me tiemble la voz.

Me fulmina con la mirada, pero no responde, sus labios gruesos se afinan.

—Es tarde —dice al fin, como si fuera una niña a la que tiene que llevar a la cama.

La rabia me invade.

—Sí, porque me has secuestrado a medianoche, Luca.

—No es como si pudiera dejarte ir —responde con desgana, y el miedo sustituye a la rabia. Si no puede dejarme ir, ¿no significa eso que va a matarme?

Sus manos siguen asidas a mis caderas, su frente sigue presionada contra la mía. Está tan cerca, tan íntimo, que cuando mueve una mano para rodearme el cuello, mi cuerpo y mi mente se enfrentan.

Mi mente me grita que salga corriendo, que rompa la pequeña ventana de la habitación si hace falta, pero mi cuerpo empieza a calentarse, una oleada de calor se instala en mi vientre.

Va a matarme y estoy húmeda.

¿Pero qué demonios me pasa?

—Podría partirte el cuello por mentirme —musita, y el miedo y el deseo me inundan por igual.

—No lo harías —susurro.

—¿Y por qué no? —Aprieta la mano, cortándome la respiración y trato de jadear. Me suelta y respiro hondo—. Sería tan fácil.

—Porque no matas a mujeres —respondo con voz áspera, jadeando tanto de miedo como de excitación. La mano que no está sobre mi garganta sube a mi pecho, acariciando el pezón endurecido por el aire frío.

Tengo que luchar para no gemir.

Inclina la cabeza—. ¿Y cómo lo sabes?

Mierda.

—Porque te busqué después de aquella noche —miento—. Eres famoso en esta ciudad, al menos en ciertos círculos.

—¿Así que me buscaste, eh? —Su voz sigue calmada, suave. Es el interrogatorio más extraño al que me han sometido jamás—. Podría hacer una excepción.

—No lo harás.

—¿Eso crees?

Sus manos suben por mi espalda, y como mi vestido no tiene espalda sus palmas desnudas me hacen arquearla. No debería desearle. *No debería, no debería, no debería.*

Cuando habla, me saca de golpe de mis pensamientos.

Sonríe de lado—. ¿No tienes miedo, duendecilla?

—Por supuesto que tengo miedo.

—No lo parece.

—Fui policía. Aprendí a ocultarlo —le suelto, y él da un solo paso atrás, soltándome.

Siento las piernas flojas, como si fuera a caerme en la cama, pero permanezco de pie, mirándole hacia arriba.

—Fuiste —repite, y sé que no me cree. Dios, ojalá se me diera mejor el póker—. ¿Por qué crees que no podría hacer una excepción?

Alzo la barbilla, intentando ignorar la sensación de calor entre las piernas y el latido acelerado de mi corazón.

—Porque me deseas —respondo en voz baja, esperando que su deseo por mí juegue a mi favor. Sé que me desea. Tan evidente como su nariz romana.

Me dedica media sonrisa, dejando ver un hoyuelo que, en otras circunstancias, me habría hecho las piernas aún más débiles. Dios, a punto está de lograrlo incluso ahora.

—Tú también me deseas, duendecilla. No puedes negarlo.

—Lo que quiero es irme a casa —digo seca, soltando el aire con tal fuerza que el flequillo se me despeja de la cara.

Me sostiene la mirada un momento más.

—Me contarás lo que quiero saber. Todo. O si no…

Entonces sale de la habitación, dejándome sola. Oigo el chasquido del cerrojo echado y sé que por ahí no podré escapar.

Se me caen los hombros, pero avanzo descalza y con los pies fríos hacia la ventana, intentando forzarla. Al no conseguirlo, la golpeo, la pateo hasta que me quedo sin aliento, sudando.

Nada.

Estoy atrapada aquí. Tal vez para siempre, con un hombre que me asusta tanto como me excita. Un hombre con el que tengo una hija secreta.

¿Volveré a ver a mi Rosie alguna vez?

12

LUCA

Me paso la mano por el pelo por centésima vez esta noche. Seguramente lo tengo hecho un desastre y desaliñado, y odio estar desordenado. Odio sentir que pierdo el control, y desde que volví a ver a Sophia me siento… inestable.

Debería matarla. Debería volver allí mismo y meterle una bala en la cabeza, pero no puedo. Puedo decirme a mí mismo que es porque no mato mujeres, por mucho que lo desee, pero sé que es algo más. Es porque es *ella*. Si fuera cualquier otra…

Me recompongo, arreglándome las mangas de la camisa, antes de salir fuera para reunirme con los demás.

Alfonso, el que dejó escapar, se acerca a mí con el pecho hinchado. —¿Quién coño es esa zorra?

Mi mano sale disparada y le suelto una bofetada tan rápido que hasta *yo* me sorprendo. El chasquido resuena demasiado fuerte en el silencio de la noche. Lo cierto es que no estoy seguro de que le hubiera pegado si no llega a llamar "zorra" a Sophia.

Se tambalea, llevándose la mano a la mejilla y mirándome con los ojos oscuros muy abiertos.

—¿Alguna vez os he dado la impresión… —hago una pausa, extendiendo las manos y señalando a todos— de que *alguno* de vosotros puede cuestionarme?

Nadie dice nada.

—Largaos. Todos. —ladro. Alfonso es el primero en irse, con el rabo entre las piernas, sube a su coche y desaparece rugiendo en la distancia.

Todos se van, tal como he ordenado, salvo Diego.

Está apoyado en el Escalade, los brazos musculosos cruzados. Me mira mientras los coches se alejan, sus ojos oscuros inexpresivos. Pero claro, siempre es así. Diego tiene un maldito rostro de póker. La única razón por la que sé que tiene curiosidad es por la tensión de sus hombros, la forma en que una ceja se le arquea apenas.

Cuando llevas tanto tiempo de amigo con Diego como yo, aprendes a captar esas cosas.

—No empieces —murmuro, y él levanta las manos.

—No he dicho ni una palabra.

—No hacía falta.

Saca un paquete de cigarrillos del bolsillo trasero, enciende uno y da una calada. Me tiemblan las manos. Me muero por uno, pero lo dejé hace años.

Ya hay suficientes maneras de morir en este negocio sin que yo me busque más.

Me conformo con oler el tabaco. Me resulta curiosamente reconfortante, ya que he estado rodeado de él toda mi vida. Me recuerda a cuando Diego y yo éramos niños, robando los puros de mi padre y los cigarrillos de su madre.

—Échalo por la ventana, idiota —me quejaba yo, y Diego soplaba el humo directamente en mi cara.

Me abalancé sobre él y estuvimos forcejeando hasta que mi padre nos oyó y vino a buscarnos. Diego tuvo la lucidez de tirar el cigarrillo por la ventana abierta.

Yo, en cambio, me quedé clavado, aterrado, porque mi padre no se cortaba a la hora de usar el cinturón. Me conozco la marca de la hebilla de memoria.

Los pasos de mi padre retumbaban cada vez más cerca y yo seguía allí, congelado.

Diego me arrebató el cigarrillo de los dedos justo cuando mi padre abrió la puerta.

Miró a mi padre directamente a los ojos mientras daba una calada, y mi padre le dio una paliza brutal por ello.

Diego no dijo ni una palabra.

—¿Quién es ella? —pregunta Diego en voz baja, sacándome de mis pensamientos. Da otra calada.

Les había dicho que no me cuestionaran, pero Diego sabe que él se ha ganado el derecho a hacerme preguntas. Los demás no. Además, algunos están sisando dinero de las peleas de Nico. Lo sé. Solo que aún no los he castigado. Se supone que eso es trabajo de Nico, pero últimamente está demasiado borracho y colocado para hacerlo.

—Te lo he dicho. Simplemente apareció fingiendo ser una modelo.

—Tengo que decirlo, *Caputo*. No te creo.

Suelto un gruñido y me paso una mano por el pelo otra vez antes de poder contenerme.

—Vale. Bien. Es una chica que conocí hace tiempo.

Diego esboza una ligera sonrisa, arqueando una ceja. —¿Ah, sí? ¿El jefe por fin va a empezar a pillar cacho?

Me burlo. —Ya lo pillo.

—No mucho. Pero supongo que hay algo más en esta historia, si no, te la habrías llevado a casa en vez de ordenarme a mí que la cogiera.

Le miro durante un largo instante.

—No puedes decírselo a Padre. Ni a Nico —le advierto.

Diego hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera. Ha sido una advertencia estúpida. Sé que Diego no dirá nada. Sé que es leal. Pero tenía que asegurarme. Porque si esto se descubre... no tendré que preocuparme de si voy a matar o no a Sophia. La decisión se tomará por mí.

—Es policía —digo en voz baja y Diego no reacciona más que abriendo los ojos desmesuradamente.

—Joder —responde, y yo asiento, suspirando profundamente.

—Eso mismo, joder.

—¿Y qué, tienes sentimientos por ella o algo así?

Me enervo. —No. Por supuesto que no. ¿Por qué preguntas eso?

Me mira incrédulo, descruzando los brazos y dejándolos caer a los lados.

—¿Porque has dejado que una poli vea nuestro piso franco? ¿Porque te la has llevado?

Gruño. —No eres tú quien puede decirme lo que debo o no debo hacer, Diego. Puede que seas mi amigo, pero sigo siendo—

—Sigues siendo *Caputo*, lo sé —dice rápidamente, frunciendo el ceño—. Pero al mismo tiempo, cuando nos pones a todos en

peligro—

—¡No nos estoy poniendo a todos en peligro! —insisto, alzando la voz—. Nadie conoce este piso franco excepto tú y yo.

—Y ahora dos más —señala—. ¿Sabes si puedes confiar en ellos?

—Confío en todos mis hombres —digo, aunque incluso para mí suena poco convincente. Diego sabe que últimamente se me notan las grietas.

—Ellos reportan a Nico, ¿no?

Inspiro hondo. —¿Qué se supone que significa eso?

Diego niega con la cabeza. —Nada, *Caputo*. Solo... ten cuidado. Con esa poli, con Nico... con todo.

Sus palabras son crípticas, pero sé exactamente a qué se refiere.

—Nico es mi hermano. Es leal —afirmo, y eso sí lo sé. Nico no se volvería contra mí, pase lo que pase. Solo está distraído por las drogas.

Todos hemos experimentado, pero para Nico se está convirtiendo en un problema. Es algo que ojalá pudiera conseguir que nuestro padre entendiera.

—Puedo encargarme del primer turno —se ofrece Diego, y yo niego con la cabeza.

—No. Este lío lo he montado yo. Lo arreglaré yo —le digo—. Averiguaré qué sabe.

—¿Y después qué?

Me froto la cara con una mano. —Después me ocuparé de ello.

Diego me observa un momento más y luego se encoge de hombros. —Confío en ti, *Caputo*. Llámame si me necesitas.

Se sube al Escalade y se marcha, dejándome solo allí con Sophia.

Me estiro los hombros, sintiendo la tensión, y regreso a la casa, cogiendo una silla de la cocina y plantándola justo delante de la habitación de Sophia—la única habitación. La otra estancia de la casa se utilizaba como despacho cuando mi madre vivía aquí.

Mi madre y mi padre vivieron separados toda mi vida, y nunca me pareció raro hasta que empecé a dormir en casa de otros niños. Ella vivía en la casita, y Padre residía en la mansión. Nico no se acuerda, pero pasábamos los veranos en esta casita. De aquí solo guardo recuerdos felices.

Y ahora todo eso ha cambiado. Ahora puede que tenga que matar a una mujer que yo…

Frunzo el ceño ante mis propios pensamientos. ¿A una mujer que yo *qué*?

No estoy enamorado de ella. Sería absurdo. Pero no puedo negar que siento algo por ella, aunque esté hecho un lío.

Pero por ahora, cruzo los brazos, observando la puerta. Haré guardia, no voy a dormir. Es la única forma de asegurarme de que esa duendecilla escurridiza no intente escaparse.

Me fío del cerrojo, lo instalé yo mismo, pero aun así, ¿quién sabe qué trucos tendrá bajo la manga? Al fin y al cabo, es policía.

Tengo que descubrir qué sabe. Y después de eso… intentar vivir con lo que tenga que hacer.

13

SOPHIA

Doy vueltas por la habitación durante lo que me parecen horas, intentando no arrancarme el pelo. Siento el pánico ascender por mi garganta. ¿Y si no consigo salir nunca de aquí? ¿Y si me mata y no vuelvo a ver a Rosa? Al principio, Agnes no dará señales de que pasa algo malo. Pero poco a poco, según vaya pasando el tiempo, Agnes se irá preocupando más y más y Rosa lo notará. Se dará cuenta.

Mi Rosita es tan lista.

El corazón se me encoge al ver su carita en mi mente, notando las lágrimas pinchando en mis ojos. Tengo que hacer algo. No puedo limitarme a dar vueltas sin más. Tengo que luchar por volver con ella.

Después de dar unas cuantas respiraciones profundas para calmarme, acerco la oreja a la puerta. Un ruido de roce me asalta los oídos y caigo en la cuenta de que alguien está colocando una silla delante de la puerta. Está montando guardia.

—¡Eh! —grito.

No recibo respuesta.

—¡Holaaaa! —llamo, alargando la palabra y elevando la voz todo lo que puedo.

—¿Qué? —ladra Luca al otro lado de la puerta. Sé que es él por lo grave y áspera que suena su voz. Jamás olvidaré esa voz, la forma en que murmuraba al oído, todas las cosas sucias que decía.

Sacudo la cabeza bruscamente para despejarme. No debería estar pensando en eso ahora. Ni ahora ni nunca debería pensar en él de ese modo.

Él me dio a Rosa, y hasta ahí llega todo.

—Tengo hambre. Y tengo que ir al baño.

De nuevo silencio al otro lado de la puerta. No estoy mintiendo. Tengo hambre de verdad. Había saltado la cena para entrar en este vestido ridículo. Y de verdad tengo que ir al baño. Cruzo las piernas e intento no pensar en el agua.

Pasa tanto tiempo en silencio que me preocupo porque voy a tener que hacerlo en la esquina cuando la cerradura suena.

Me pongo derecha, o tan recta como puedo, teniendo en cuenta que sigo aguantando las ganas de hacer pis.

Luca abre la puerta, pero no me deja ni hablar. Me agarra de la muñeca y me arrastra a un cuarto de baño pequeño que solo tiene ducha, váter y lavabo. Ni siquiera hay ventanas.

Me quedo de pie delante del váter, con la vejiga doliéndome.

Él simplemente me observa.

—¿Puedo tener algo de intimidad? —pregunto.

—Nada que no haya visto antes.

—Hace tiempo de eso —murmuro.

Luca suspira, pero se da la vuelta, cruza los brazos y sigue ahí, plantado en el umbral. No sé cómo se imagina que voy a escaparme de un cuarto sin ventanas, pero en fin. Supongo que podría ser peor. Me ha amenazado con muchas cosas, pero al menos no se aprovecha de mí cuando estoy vulnerable. Eso es algo, al menos.

Me recojo el vestido alrededor de las caderas y bajo la tanga, suspirando al fin cuando por fin vacío la vejiga. Cuando termino, apenas me ha dado tiempo a lavarme las manos y ya me vuelve a agarrar.

Me arrastra de vuelta a la habitación, me empuja dentro y cierra la puerta. La cerradura suena. Me invade la rabia.

Me quedo allí un rato largo, mirando la puerta atónita.

—¡Eh! —grito al fin, dándole una patada a la puerta. He estado aterrorizada todo este tiempo, pero ahora solo siento rabia—. ¡Sigo teniendo hambre, pedazo de hijo de—!

La cerradura suena de nuevo y él abre la puerta, tendiéndome un plato de cerámica con un bocadillo y patatas encima.

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo? —le exijo, arrebatándole el plato. Me voy a la cama y me siento con las piernas cruzadas, metiéndome patatas en la boca.

Él suelta una risa sin pizca de humor.—¿Por qué crees? Yo estaría cabreado con cualquiera que intentase fastidiar mi imperio. No eres especial.

Exhalo ruidosamente, pero sigo comiendo, muerta de hambre. Luca solo me observa con esos ojos verdes impenetrables.

—¿Cuánto tiempo llevas siguiéndome?

—*No* te he estado siguiendo —digo, con la boca llena. Mastico y trago antes de terminar—. Ya te lo he dicho, solo quería divertirme un poco.

—¿Y resulta que apareciste por casualidad en la pelea de mi hermano? —Alza una ceja—. ¿De verdad esperas que me lo crea?

Mis hombros se desploman—. No. Pero es la verdad. Ya no soy policía.

—Mentirosa —inclina la cabeza hacia mí, acercándose a mi oído—. Dime lo que sabes.

Alzo la barbilla, mirándole. Ahora está cerca, demasiado cerca. Mi piel empieza a arder y me bajo de la cama para alejarme, dándole la espalda.

—¿Cuál es tu historia, duendecilla? ¿Quieres que me crea lo que me has contado? ¿Que sólo eres una puta de matones y criminales?

De repente, es la rabia y no el deseo lo que me enciende la sangre, y me giro de golpe, lanzando la mano para abofetearle.

Él me agarra la muñeca para detenerme y, cuando intento golpearle con la otra mano cerrada en un puño, también me sujeta esa muñeca, rápido, tan veloz como una serpiente.

Maldición. Ahora vuelvo a estar excitada. Me empuja de espaldas contra la pared del fondo, inmovilizándome las muñecas por encima de la cabeza. Jadeo mientras le miro.

—Ni se te ocurra —escupo mientras él se fija en mis labios.

Se ríe en voz baja, un sonido que me recorre la piel como la miel.

—No te emociones. ¿Crees que iba a besarte? ¿Que te concedería eso, después de todas las mentiras que me has contado esta noche?

—¿Concederme eso? No te vengas *tú* tan arriba.

—Sigue diciéndote que no me deseas, duendecilla. —Masculla algo en italiano que no consigo entender del todo.

—¿Qué has dicho?

—Me sorprende que hables el idioma. Pensaba que sólo fingías serlo.

—Mi padre es siciliano-americano de primera generación —digo con orgullo.

—¿Y qué? ¿Crees que eso significa que sabes cómo funciono? —pregunta de forma despectiva. Es tan *cruel*, pero noto su erección dura contra mi cadera mientras se pega aún más a mí.

—Sé que me deseas —susurro, y me repito que intento seducirle para poder largarme de aquí. Para que, quizá, baje la guardia lo suficiente como para que pueda escapar. Pero, en el fondo, sé que no es verdad. Sé que probablemente podría empujarle, esperar otra oportunidad.

Pero, Dios, quiero que me bese. Sin embargo, no lo hace, tampoco desmiente mis palabras, solo me mira fijamente con esos intensos ojos verdes y respira con dificultad.

Me inclino para besarle y él aparta la cabeza.

Siento un extraño pinchazo en el pecho, pero en vez de tensarme le beso el cuello. Aspira una bocanada de aire, rota, como si le doliera.

Alzo la cabeza y sus labios caen sobre los míos con ansia. Su lengua forcejea en mis labios hasta que los abro con un gemido suave. La desliza en mi boca, haciéndome gemir más fuerte. Mientras su lengua explora mi boca, me suelta.

Pero en lugar de golpearle o apartarle, en lugar de pelear, rodeo su cuello con los brazos y me fundo con él.

Sus manos atrapan mis caderas, me levanta y me vuelve a estampar contra la pared con su cuerpo. Eso solo hace que le bese todavía con más furia, nuestros dientes chocando en la urgencia.

No puedo pensar. Apenas puedo respirar, porque esto es todo lo que he deseado durante casi tres años. Debería odiarle, pero la forma en que me besa, en que me toca…

No puedo resistirme.

Mi cuerpo vibra mientras él mece sus caderas, el bulto de su erección en los pantalones presionando contra mi centro. Estoy tan mojada que estoy empapando el tanga.

Él también lo nota, lo siente. Lo sé por la sonrisa de superioridad que siento en sus labios.

Luca baja sus labios a mi cuello, besándome la mandíbula y luego regresando al hombro.

Dejo escapar un gemido bajo y él muerde esa zona, empujando sus caderas hacia delante y obligándome a jadear su nombre.

De repente, levanta la cabeza, con esos ojos verdes primero desenfocados, luego nítidos. Se abren cuando me mira.

No. No, no, no. No quiero que esto termine. Solo un poco más. Echo tanto de menos el tacto de un hombre, sólo eso. O al menos, eso es lo que quiero hacerme creer.

Se aparta, devolviéndome al suelo. Retrocede unos pasos.

El pecho me sube y baja mientras intento inhalar profundamente. No puedo apartar la mirada de su expresión fulminante. Parece dolido, casi enfadado.

—Luca… —empiezo, pero él alza una mano y aparta la mirada.

Me muerdo el labio. Le deseo. Lo deseo con locura, incluso ahora, incluso después de… todo.

Le habría dejado tomarme contra la pared de mi celda.

Abro la boca para hablar de nuevo y Luca se da la vuelta y sale de la habitación, cerrando de un portazo.

El clic del cerrojo me dan ganas de gritar.

14

LUCA

No duermo; simplemente me quedo sentado en la silla de la cocina, mirando la puerta cerrada del dormitorio. Me pregunto si se habrá desnudado para dormir, si quizás su vestido está tirado en el suelo en vez de envolver sus curvas.

La imagen de ella desnuda bajo las sábanas en las que yo he dormido hace que se me remueva algo por dentro y gruño, frotándome la cara con las manos. Estoy agotado cuando amanece, y lo único que he hecho en toda la noche es romperme la cabeza intentando averiguar cómo demonios salir de esta.

No quiero matarla. Quiero que diga la verdad. Pero incluso si lo hace…

No quiero dejarla marchar.

Diego aparece poco después de las nueve. Seguro que lo achacará a que quiere asegurarse de que Sophia sigue controlada, pero sé que está viniendo a ver cómo estoy yo. No es tonto. Sabe que esto me tiene hecho un lío.

Por ella.

Se adentra en el pasillo y yo le miro.

—Tienes una pinta horrible —dice sin rodeos.

Suelto un bufido.—Gracias. No he pegado ojo.

Diego asiente.—Me encargaré yo del turno de día para que puedas descansar un poco.

Siento cómo el alivio me recorre el cuerpo y los músculos tensos de mis hombros se aflojan. Necesito dormir, aunque ni siquiera estoy seguro de que vaya a poder, con esta maraña de emociones dentro y los pensamientos acelerados en la cabeza.

Me levanto, estirándome y bostezando.—Vale. Volveré en unas horas.

Me suena el estómago. Anoche le di de cenar a Sophia, pero yo no comí nada. Buscaré algo para comer de camino al ático, bajando las persianas, y trataré de descansar como pueda.

Diego ocupa mi sitio en la silla, cruza las piernas y saca de su bolsillo trasero un libro de bolsillo gastado, y me quedo tranquilo de que Sophia no va a escaparse con él de guardia. Además, agradezco que no insista, que no me haga más preguntas.

Ni yo mismo sé explicarlo, mucho menos a Diego.

Llego hasta el coche antes de que el agotamiento me derrumbe, y me quedo en el asiento del conductor, con la cabeza echada hacia atrás y los hombros caídos. Ha sido una noche larguísima. El móvil vibra en mi bolsillo y suelto una maldición al sacarlo.

Nico.

Justo la persona de la que menos quería saber. Nico solo me llama cuando necesita algo.

—¿Qué? —ladro al descolgar.

—Joder, ¿quién te ha amargado el desayuno? —protesta.

Me aprieto el puente de la nariz con el pulgar y el índice.—¿Qué *quieres*, Nico?

—¿Quién dice que quiero algo? ¿No puedo llamar a mi hermano para charlar un rato?

Me quedo en silencio, esperando sin más.

—Pero ya que lo preguntas…

—Venga, dilo ya, Nico.

—Necesito algo de dinero.

Por supuesto. Me hice cargo de las finanzas de mi padre en cuanto le diagnosticaron el cáncer. Padre insistió, sabía que su deterioro podía ser rápido, aunque le dieron seis meses y ya casi han pasado dos años. Si le conozco, vivirá eternamente solo por llevar la contraria.

—¿Para qué?

Nico resopla.—¿Qué más da? Soy tu hermano pequeño, préstame algo.

—¿Cuánto?

—Veinte.

—¿*Mil*? Para nosotros no es nada, pero no hay motivo para que Nico necesite tanto dinero salvo que esté metido en un lío. ¿A qué prestamista tienes que pagar ahora?

—No es un prestamista —murmura.

—Sácalo de tu fondo fiduciario.

—Lo estoy guardando. Para el futuro.

¿Qué futuro? No creo que ninguno de los dos lleguemos a los cincuenta tal y como vivimos, y con lo imprudente que es Nico, seguramente ni siquiera llegará tan lejos.

Suelto un suspiro.—Vale. ¿Dónde estás? Te lo llevo.

—Estoy en la mansión. ¿Dónde demonios estás *tú*? ¿Por fin has echado un polvo? —bromea Nico, pero no estoy para bromas.

—Estoy trabajando. Algún día podrías probarlo tú también.

—Anoche intenté trabajar —murmura—. No me dejaste.

—Porque apenas podías tenerte en pie —le espeto, y Nico calla.

Normalmente me discutiría, me soltaría alguna crueldad, pero necesita los veinte mil. Padre se lo habría dado sin preguntar, pero ya no tiene acceso a las cuentas offshore, ni siquiera a la montaña de dinero en efectivo que yo guardo en la biblioteca de la mansión.

Así lo quiso él.

—No quiero volverme senil y pulirme todo nuestro dinero —me dijo, entregándome un libro de cuentas con todas nuestras cuentas anotadas. Al principio Nico se enfadó, quería manejar él mismo el dinero, pero incluso Padre sabía que eso era una mala idea.

Su favoritismo nunca incluyó el trabajo. Sabe que siempre he sido el responsable, además, le saco diez años a Nico. El imperio me pertenece por derecho de sangre, aunque ya ni siquiera estoy seguro de quererlo.

He pasado toda mi vida trabajando para mi padre. Apenas tuve tiempo de llorar a mi madre, me metí de lleno en esta vida a los quince años. La primera vez que maté a un hombre, mi padre estaba de pie a mi lado, ordenándolo. Yo tenía diecisiete.

—Estaré allí en una hora —le digo, frustrado, soñando con mis sábanas de algodón de mil hilos.

—Estaré aquí. Nico cuelga sin siquiera dar las gracias, y yo pongo los ojos en blanco, por fin pulsando el botón de arranque de mi coche y saliendo marcha atrás del garaje.

Espero que mi padre esté dormido, porque si no lo está, me interrogará sobre la pelea de anoche. Lleva días obsesionado con el dinero que falta de los libros, aunque apenas supone calderilla comparado con nuestros otros negocios. Quiere que Nico triunfe, y no puede admitir que eso, sencillamente, no está ocurriendo.

Yo también quiero a Nico y deseo que le vaya mejor, pero empiezo a pensar que no lo conseguirá. Al fin y al cabo, roza los treinta y cinco. Ya no es ningún crío, y se está jugando todo intentando seguirle el ritmo a las chicas de diecinueve o veinte años con las que siempre va del brazo.

Tecleo el código en la verja de la mansión en menos de una hora, subo hacia la casa principal y aparco detrás de Nico. Espero entrar y salir de aquí lo más rápido posible.

Cecilia, el último capricho de mi padre, abre la puerta. Tiene veinticinco y parece una modelo sueca aunque mi padre jure que tiene sangre italiana.

Delgadísima, rubio platino, labios rellenos, personalidad vacía. Todo lo que detesto de las mujeres de este mundillo.

—Luca —gorjea, rodeando mi cuello con sus finos brazos—. Hace tanto que no vienes a verme.

Arrastra las palabras y hay una botella de vino vacía en la mesa del salón, probablemente mezclada con un puñado de pastillas.

—Hola, Cecilia —murmuro, soltándome de ella con delicadeza, apartándole los brazos. No la odio. Se ha dejado arrastrar por este modo de vida y no puedo culparla. Mi padre le compra todo lo que quiere, la mantiene a base de vino y pastillas. Lo que no me gusta de ella es la forma en que se comporta como si fuera mi madrastra.

Parte de mí quiere decirle que no es más que una pasajera en la puerta giratoria de mujeres a las que mi padre cuida, pero no soy tan cruel.

—Tu padre está en el comedor, desayunando.

—He venido por Nico.

Ella pone morritos. —Pásate a ver a Lorenzo, al menos. Te echa de menos.

Ya será menos.

No creo que a mi padre le importara no volverme a ver nunca, siempre y cuando yo siguiese ocupándome del negocio. Es a Nico a quien quiere, a quien espera que triunfe. Yo solo hago el trabajo duro.

En vez de contestar, asiento y le beso la mejilla. No odio a Cecilia. Más bien me da lástima, atrapada aquí por el alcohol, las drogas y el lujo. Detesto cómo mi padre trata a las mujeres desde que murió mi madre, pero a ella no la odio.

Me dedica una enorme sonrisa acuosa y paso a su lado, subiendo las escaleras en busca de mi hermano.

Lo encuentro en la biblioteca, tirando libros por encima del hombro, claramente buscando mi alijo. Cruzo los brazos sobre el pecho y suelto su nombre en tono seco.

Nico se queda petrificado y se gira despacio con una sonrisa avergonzada.

—Buscaba un libro —se justifica, aunque yo no le he preguntado nada.

—No sabía que supieras leer —farfullo, y él suelta una risotada.

—Sí, sí. ¿Tienes mi dinero?

—Tengo *mi* dinero. Te lo dejo, y espero que me lo devuelvas en un mes. Con intereses.

Se lleva una mano al corazón, exagerando. —¿Le cobras intereses hasta a tu propio hermano?

—Diez por ciento. Mejor que lo que te cobrará Joey Stacks.

Stacks es el usurero al que recurre casi toda la mafia. Yo nunca lo he hecho, pero sé cómo se las gasta, y si no le pagas ese cuarenta por ciento de intereses, lo compensa con tu cuerpo. O con tu familia.

Nico gruñe. —Vale. Me parece justo.

Alzo una ceja mientras él no deja de mirarme. —¿Te crees que llevo veinte fajos en la cartera? Sal, deja que lo coja.

—Debería saber la combinación de la caja fuerte —murmura.

Inclino la cabeza. —Quizá deberías. Pregúntale a papá.

Nico hace pucheros. Sabe perfectamente que ha sido por orden de nuestro padre que *no* tiene la clave. Puede que mi padre prefiera a Nico, pero no es idiota. No le va a dar la combinación de la caja a un adicto, aunque sea su hijo.

Se escabulle fuera y espero unos segundos antes de acercarme a la estantería más grande, empujándola lo justo para poder deslizarme detrás. Tecleo el código... el cumpleaños de mamá, pero con un número cambiado. Si Nico no tuviese el cerebro tan arrasado, ya lo habría averiguado.

Saco exactamente veinte fajos, sin intención de darle ni un céntimo más de lo que ha pedido. Ni siquiera quiero darle esto. Sospecho que va a organizar otra partida de póker pronto, una de la que no quiere que me entere.

Vuelvo a colocar la estantería en su sitio tras acabar y salgo de la biblioteca.

Nico está en el pasillo, balanceándose sobre los talones. Está desesperado por el dinero. Quizá demasiado.

Alarga el brazo para cogerlo y yo se lo quito de golpe, levantándolo por encima de mi cabeza. Nico es unos centímetros

más bajo que yo y siempre lo ha odiado.

—Venga ya, que esto no es el escondite, Luca. Somos adultos.

—¿Ah, sí? ¿Lo eres *tú*? ¿Para qué lo necesitas?

Nico se muerde el labio. —¿Importa?

Lo mantengo sobre mi cabeza un instante más, pero luego cedo y me relajo. Ya averiguaré para qué lo quiere. Pondré fin a lo que esté tramando. Nico cree que sus actos no tienen consecuencias, pero va a descubrir que no es así.

—Está bien. No te lo fundas todo en el mismo sitio.

—Gracias, abuela —ironiza él, contando el dinero.

Pongo los ojos en blanco y bajo de nuevo las escaleras. Por desgracia, mi padre ha acabado en el salón, sentado en el sofá con Cecilia encaramada en su rodilla. La sujeta de la cintura mientras ella se tambalea. Tiene la mitad de su edad y va colocada hasta las cejas.

Es repulsivo y no quiero tener nada que ver con ello.

—Adiós, Cecilia —digo, dándole una palmada en la cabeza. Ella me mira con esos ojos oscuros y húmedos.

—¿No te vas a quedar a desayunar? Seguro que Nina ha cocinado algo que te gusta. Se sabe todas tus cosas favoritas.

Niego con la cabeza. —No tengo hambre.

—Siéntate un rato, muchacho —ordena mi padre, y me quedo helado porque sigue siendo reflejo de cuando era niño.

—Un minuto —accedo, pero me siento rígido en el sillón frente a él y a Cecilia.

—¿Cómo fue la pelea? —pregunta con curiosidad.

—No estoy seguro. No estuve mucho tiempo —admito. Ya habrá oído que me marché temprano, con Deigo y un par de mis otros hombres.

—Te fuiste antes.

No es una pregunta, solo una afirmación, y no pienso negarlo ni disculparme por ello. Soy un hombre hecho y derecho, y era responsabilidad de Nico llevar las cuentas de esa pelea. No mía.

Pero, para suerte de mi padre, Oscar estuvo pendiente de los libros esa noche. A mi padre no le gustaría, no querría que colaborase con los Cortados, pero llevamos aliados desde jóvenes.

Oscar es un buen tipo, dentro de lo que cabe, y no le veo problema a trabajar con la competencia si es para un objetivo común.

—Sí. Tenía unos asuntos que atender.

—¿Qué clase de asuntos?

—Surgió algo —respondo con calma, sin revelar más de lo que deseo.

Padre *no* puede enterarse de lo de Sophia. Ordenaría que la matase de inmediato, y yo no puedo. No creo que pudiera hacerlo.

—Dijiste que te harías cargo por Nico.

Asiento.—Sí, pero surgió algo. Es mayorcito. ¿No se ocupó él mismo?

Padre aprieta los labios en una fina y dura línea y no responde.

—¿Ha habido algún problema con los libros? ¿Algo no cuadraba? —pregunto, fingiendo curiosidad. Ya he recibido el informe de Oscar de que todo está en regla. Quien haya estado sustrayendo dinero, o no estuvo allí o tuvo demasiado miedo de hacerlo conmigo presente.

—No —responde secamente, y casi parece que le cabrea no poder echarme una bronca por algo.

—Voy a ponerte un plato —dice Cecilia, haciendo además de levantarse; le cojo la muñeca y niego con la cabeza.

—Estoy bien, Cecilia. Me tengo que ir.

—Tú y Nico ya nunca os quedáis a hacerme compañía —dice, con un leve sollozo, y yo gimo para mis adentros. Está en esa fase melancólica de la borrachera de vino y casi parece que cree que nos ha dado a luz, a pesar de que solo tiene un par de años más que Nico.

Nico baja las escaleras con una sonrisa de idiota en la cara y yo me relajo, mirándole hacia arriba.

—Nico y yo vendremos a cenar el domingo.

—¿Que haremos qué? —Se queda pálido, pero yo continúo, poniéndome en pie.

—Puedes ayudar a Nina a cocinar —le sugiero a Cecilia.

Se ríe.—Creo que quemaría la casa, ¡pero puedo decorar!

Salta para ponerse de pie, tambaleándose apenas, y me abraza.—¡Nos vemos el domingo! A las ocho en punto, ¿vale?

Nico me lanza una mirada asesina mientras Cecilia se dirige a abrazarle; él se deja, pero no la corresponde.

Padre gruñe y se incorpora con esfuerzo. Ahora el cáncer se le ha extendido a los huesos y le cuesta incluso ponerse de pie. Cecilia se instaló originalmente para ser su enfermera, tiene el título de auxiliar, pero ahora es… lo que sea que es para él.

Suena el timbre y voy a abrir. Es Felicity, la enfermera de cuidados paliativos que viene a vernos dos veces por semana. Oigo a padre refunfuñando sobre ella mientras la dejo entrar, dedicándole una sonrisa a modo de saludo.

Aprovecho para escabullirme, con Nico a pocos pasos detrás de mí.

—No me creo que me hayas metido en esa cena —murmura.

—No te va a matar descansar una noche de tus juergas.

Nico me lanza una mirada de resentimiento, pero no discute. Sabe que, si nos peleamos, le gano, siempre lo hago. Y él no lo sabe, pero le vigilo de cerca. Si se gasta ese dinero en apuestas, en drogas o en ambas cosas, me enteraré.

Y habrá consecuencias.

Se mete en su coche, esperando con impaciencia a que yo salga primero porque le bloqueo la salida. Me tomo mi tiempo solo por fastidiar, pero al final arranco, salgo por la verja y vuelvo a la autopista.

Estoy apenas presente mientras conduzco de vuelta a la cabaña. El cansancio amenaza con arrastrarme.

Cuando llego, Diego sigue sentado en la silla, leyendo su libro.

—Se acabó el turno —le digo.

—Aún es casi mediodía. Deberías irte a casa a descansar.

—Descansaré aquí —mascullo. No puedo explicarle por qué quiero estar aquí. Por qué necesito tenerla siempre a la vista. Ni siquiera puedo explicármelo del todo a mí mismo.

Porque, por mucho que quiera creer que es porque sabe algo, porque necesito averiguar el qué, es algo más. Mucho más.

Diego se encoge de hombros y se levanta, guardando el libro de bolsillo ajado en el bolsillo.—Llámame si me necesitas.

Asiento con firmeza y él sale de la cabaña sin decir nada más.

Me quedo mirando la puerta cerrada del dormitorio durante un momento. Podría tirarme en el sofá. No tengo por qué hacerlo así. Pero entonces respiro hondo, descorro el cerrojo y entro, cerrando de nuevo por dentro.

Sophia está tumbada en la cama, mirando la puerta, y se incorpora de un salto al verme entrar. La línea larga de su muslo hace que se me haga la boca agua y procuro no mirarla.

Es jodidamente guapa. Y letal.

Como una rosa con todas sus espinas.

—Estoy cansado —digo sin rodeos.

—Yo también estoy cansada —responde enseguida, frunciendo el ceño—. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Voy a echarme una siesta. —Empiezo a desabrocharme la camisa, teniendo que ocultar una sonrisa al notar cómo me observa.

—¿Aquí? —Me mira incrédula, los ojos azules abiertos de par en par.

—¿Dónde si no? Alguien tiene que vigilarte.

—Supongo que tienes hombres que pueden hacerlo.

Y acierta. Tengo a Diego. Pero eso no importa.

—No me fío de que cualquiera no te deje escaparte —digo, y es de lo más sincero que le he dicho nunca.

—¿Dónde se supone que debo dormir si duermes aquí?

Me encojo de hombros.—No es mi problema.

Me quito la camisa y la dejo sobre una silla cercana, metiéndome después en la cama y bajo las sábanas.

—No puedes tenerme aquí encerrada para siempre —dice, y yo ya estoy empezando a dormirme.

—Ya verás —musito, y me pierdo en un sueño sin recuerdos.

15

SOPHIA

Sigo sentada en la cama, observando a Luca. Está profundamente dormido, de lado. Intento desviar la mirada de los músculos de su espalda, del tatuaje en su omóplato. ¿Por qué tiene que ser tan atractivo?

Es mi secuestrador, pero también el padre de mi hija, así que, como poco, mi cuerpo está totalmente confundido. El peso de él en la cama me resulta dolorosamente familiar—aunque aquella noche no dormimos mucho, precisamente.

Niego con la cabeza para despejarme. Aquí tiene que haber alguna oportunidad. Su móvil asoma a medias del bolsillo trasero y me da una idea. Siempre ha dormido como una piedra. Lo recuerdo bien de la noche que pasamos juntos, y la forma en que ahora ronca me hace pensar que está en sueño profundo.

¿Pero y si está fingiendo? ¿O si las cosas han cambiado desde aquella noche hace tres años? Me muerdo el labio, pero lo que me decide es la imagen de Rosa en mi mente: el pelo oscuro y rizado, sus ojos verdes. La echo tanto de menos que duele, y sólo ha pasado una noche. ¿Volveré a estar con ella algún día?

Sería tan fácil llamar a la policía, pero algo me lo impide. Sé que Scott debe de estar buscándome. Estoy segura de que se lo habrá contado a todo el mundo. Quizás no a Agnes. Puede que prefiera mantener a Rosa ajena hasta encontrarme, para no preocuparla. Le quiere tanto, es su tío en todos los sentidos menos en la sangre.

Deslizo su móvil fuera del bolsillo con muchísimo cuidado y Luca se mueve. Me quedo helada, el corazón disparado, pero sólo murmura algo ininteligible y se da la vuelta, quedando boca arriba, una mano en el pecho, la cara girada hacia mí. Dios, ese pecho ancho, ese vello bajando por el vientre hacia el pantalón....

Niego otra vez con la cabeza para despejarme.

Tienes que hacerlo, pienso, algo que mi padre solía repetirme siempre que tenía que enfrentar una tarea que parecía insuperable.

Inspiro hondo y rodeo la cama hasta cogerle la mano. Ni siquiera se inmuta cuando le presiono el pulgar contra el sensor y el móvil se desbloquea. Suelto el aire temblorosamente y corro a la esquina de la habitación, lo más lejos de él posible.

Me encojo en el rincón, con los ojos fijos en su figura dormida, mientras marco el número de Agnes con las manos temblorosas. El teléfono da tono una vez, dos, tres veces.

—¿Hola? ¿Quién es? —contesta ella y suelto un suspiro de alivio.

—Agnes, soy Sophia —susurro.

—¡Ay, hola, cariño! —exclama alegre, y me doy cuenta de que tenía razón. Scott no le ha contado toda la verdad—. Scott vino a casa y dijo que igual no volvías en unos días. ¡Debajo de incógnito, qué emocionante!

—S-sí —tartamudeo, procurando que mi voz salga lo más baja posible—. Lo es. ¿Cómo está Rosa?

Intento que las lágrimas no se noten en mi voz. El simple hecho de oír a Agnes contestar al teléfono me parte el corazón. Echo de

menos mi vida anterior. Echo de menos a Scott y a Agnes. Echo de menos a Rosa con toda mi alma. Cuando tienes un hijo, es como si tu corazón se pusiera a andar por ahí en otro cuerpo.

—Está tan feliz como unas castañuelas. Disfrutando de la fiesta de pijamas.

—¿Puedo hablar con ella?

—¡Por supuesto! ¡Rosa! ¡Rosie, ven!

Los ruidos de pasos me llenan los oídos y, de repente, escucho la vocecita más dulce del mundo.

—¿Mamá?

Cierro los ojos con fuerza para aguantar las lágrimas, pero acaban cayendo igual.

—Hola, mi Rosie. ¿Te lo estás pasando bien?

—¡Muchísimo! ¿Tú te lo estás pasando bien en el trabajo?

—Muchísimo —repito, temblorosa—. Pórtate bien con Aggie, ¿vale?

—Aggie me ha enseñado a jugar a las tabas.

—¿A las tabas? ¿Con la pelota pequeña?

—¡Sí! ¡He hecho dos seguidas!

No puedo evitar reírme, pero entonces Luca se da la vuelta y yo me llevo la mano a la boca para no hacer ruido.

Tras un momento angustioso, su respiración vuelve a acompasarse.

—¿Mamá?

—¿Sí, mi Rosie?

—Tengo que irme. Quiero jugar.

Sonrío. Mi Rosie mandona.

—Vale, cariño. ¡Pórtate bien y pásatelo genial!

—Vale. Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero —mi voz se quiebra, y durante los siguientes instantes deseo con todas mis fuerzas contárselo a Agnes. Quiero esperar a que vuelva a coger el teléfono y contárselo todo, enviarle mi ubicación, hacer que detengan a Luca. Scott vendría a buscarme, lo sé, aunque no le hubieran asignado la misión.

Podría dejar que Scott apareciera como mi caballero de reluciente armadura y volver junto a mi chica Rosie. Pero en realidad no sé mucho más ahora que al principio. Además, todo esto ha sido sin autorización. He venido por mi cuenta, no por órdenes. Cuando regrese, tendré problemas, pero si tengo información…

Si me rindo ahora, los cargos no se sostendrán, y quién sabe lo que haría Luca. Seguramente iría detrás de mí, y entonces descubriría lo de Rosa. Se parece tanto a él. En cuanto la vea, lo sabrá, y *¿entonces* qué?

Cuelgo el teléfono y borro el registro de llamadas, caminando despacio de nuevo hacia él. Como está boca abajo, me resulta más fácil deslizar el móvil en su bolsillo.

Dios, la echo de menos. Los sollozos me ahogan y permanezco acurrucada en la esquina mientras lloro, los hombros temblando mientras las lágrimas me devoran.

Al cabo de unos minutos, me recompongo, inspirando profundamente por la nariz y soltando el aire por la boca.

Exhalo un suspiro de alivio, pero entonces una oleada de agotamiento amenaza con arrastrarme. Apenas dormí la noche anterior, mi mente y mi cuerpo en guerra constante. No es que eso haya cambiado, pero hablar con Rosa y saber que está bien me ha hecho mucho bien.

Creo que en realidad puedo dormir unas horas. Pero no puedo dormir junto a Luca. Cojo una manta y una almohada. Las coloco en el suelo y me tumbo de lado, pero la tarima me duele en la cadera. Gruño y me doy la vuelta, pero entonces es la espalda la que se me queda tiesa, de algún modo.

Tras lo que me parecen horas dando vueltas, me levanto con un quejido y vuelvo a la cama. Que le den. Está tan dormido que no hará nada, y supongo que tampoco lo haría. La última vez fue él quien se apartó. Yo había estado dispuesta a dejarle hacerme lo que quisiera.

Frunzo la nariz, asqueada conmigo misma, y me giro hacia la puerta, alejándome de él todo lo que puedo. Los párpados me pesan al cerrarlos y me quedo dormida en cuestión de segundos.

Cuando me despierto, no entra nada de luz a través de las persianas, y Luca Rossi, ese gran y temido jefe mafioso, está enroscado a mi alrededor como un koala, la cara pegada a la nuca.

Suelta un gruñido mientras yo me muevo, y sus brazos se aprietan aún más en torno a mí. Tardo unos momentos, medio dormida, en darme cuenta de que la dureza que siento contra mi trasero es su polla. Me sonrojo entera, maldiciendo de nuevo mi herencia medio irlandesa. Al menos sigue dormido y no puede ver cuánto me afecta esto.

Su aliento caliente contra mi cuello me pone la piel de gallina y vuelvo a moverme, tratando de liberarme de su abrazo. Nada. Ni se inmuta.

—Luca —susurro entre dientes, empujando sus brazos.

Él murmura algo contra mi piel y tengo que contener un gemido cuando mueve las caderas. Mi vestido se ha subido hasta las caderas mientras dormía, y entre su polla y mi tanga y las nalgas desnudas solo está la tela de sus pantalones.

Podría subirme la pierna, liberarse y prácticamente deslizarse dentro de mí. Dios, cómo lo deseo. Le deseo, pero esto es absurdo. Me ha secuestrado. Me odia. Estamos en bandos opuestos.

Tiene que ser cosa de hormonas. Algún tipo de instinto biológico. Mi cuerpo sabe que juntos hemos tenido una hija perfecta como Rosa, y nada más. *Tiene* que ser eso.

Porque no estoy tan loca como para enamorarme de un mafioso. No después de cómo me criaron.

—¡Luca! —digo de nuevo, más alto, y él se sobresalta y se aparta de mí como si se fuera a quemar. Es casi ofensivo.

—Joder —maldice él, la voz ronca y espesa por el sueño, haciendo que un escalofrío me recorra la espalda—. ¿Qué hora es?

Trago saliva con dificultad, ignorando el calor que tengo entre las piernas.—¿Cómo quieres que lo sepa? Me quitaste el móvil.

Gruñe y se incorpora. No puedo verle, solo noto el movimiento del colchón. No me atrevo a darme la vuelta. Se me notaría en los ojos.

Luca se levanta y se pone la camisa, abrochándola a medias mientras mira su móvil. Ni siquiera me mira.

—¿Te vas?

—Son las nueve de la noche. He dormido todo el día. Tengo trabajo.

—Pensaba que habías dicho que no te fiabas de nadie para vigilarme salvo tú.

—Solo necesito un par de horas. Diego vendrá.

Diego. Le recuerdo. Impasible, aterrador, con los brazos rodeando mi cuerpo mientras me arrastraba hasta aquel Escalade. Genial.

Abro la boca para soltarle otra pulla, pero entonces él descorre la cerradura, abre de golpe la puerta y se marcha. El clic del cerrojo me llena de rabia.

¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a tumbarse aquí, luciendo como lo hace, apretando su erección contra mi trasero? Sé que no debería desearle, pero él sabe que sí le deseo. Me ve a través. Pero me odia. Y yo le odio a él también.

¿O no?

Me digo a mí misma que estoy enfadada porque escapar con Diego es casi imposible. Pero en el fondo, ¿realmente estoy enfadada porque él jamás podría desearme tanto como yo a él?

16

LUCA

En lugar de pasarme la mano por el pelo, me la llevo a la cara. He dormido como un tronco junto a Sophia, y prefiero no pensar en la razón de eso. Tenía que largarme de allí a toda costa.

Su generoso culo apretándose contra mi polla... Tenía que saber lo que me estaba haciendo. Debería haber dormido en el sofá, o incluso en el suelo del dormitorio. ¿En qué demonios estaba pensando?

En que querías estar cerca de ella.

Ignoro esa voz en el fondo de mi cabeza. No puedo pensar en eso ahora. No quiero pensar en cómo el vestido se le subió por encima del trasero, en cómo podía notar cómo temblaba contra mí. Podría haberme deslizado sin problema, haberle besado el cuello o pasado la mano por su garganta y...

Tengo que dejar de pensar así. Es policía. Me odia a muerte.

Ya ni siquiera puedo mentirme a mí mismo sobre si la odio. No, no la odio. Siento algo por ella que jamás he sentido por ninguna otra mujer, aunque me dé miedo averiguar exactamente qué es.

Respiro hondo y reviso mis mensajes, casi todos en clave.

El gallo vuelve al gallinero en los árboles a medianoche.

Eso me lo envió Arturo Colombo, mi principal contacto cuando se trata de seguirle la pista a Nico. El motivo por el que confío en él no es porque sea un hombre de fiar. Lo es, desde luego, pero no es esa la razón por la que le encargo esta tarea.

Le confío esto porque odia a Nico más que nadie que haya conocido, y eso tiene mérito con lo divisivo que es mi hermano. Una vez pilló a Nico con su exmujer, y tuvimos que intervenir mi padre y yo para que no lo matara. Arturo y Olivia llevaban cinco años divorciados, pero eso no cuenta para los mafiosos. Cuando una mujer es nuestra, lo es para siempre.

Y Nico lo sabía. Pero padre consiguió que no afrontara ninguna consecuencia por sus actos. Nico no lo sabe, pero llevo meses siguiéndole la pista, desde que empezó a comportarse de forma extraña y supe que había vuelto a las drogas. Padre lo mandaba fuera, allí lo limpiaban, y volvía aparentemente bien, pero solo tenían que pasar un par de meses para que recayera. Un círculo vicioso, año tras año.

El gallo es Nico, por supuesto, y eso de volver al gallinero de los árboles significa nuestros almacenes de Oak Street. Sé que buena parte de mi equipo está pinchado por los federales, así que no hago negocios por mensaje ni en mi móvil principal salvo que sea en clave.

Le envío a Arturo un pulgar arriba para avisarle de que vamos a aparecer. No me ha dado detalles todavía, pero quedaré con él cerca de Oak Street y ahí urdiremos algo. No pienso darle a Nico la oportunidad de perderme ni un solo céntimo.

Le mando un mensaje a Diego para que venga a ayudar, seguro de que entenderá lo que quiero. Casi son las diez cuando llega, y suelto un resoplido.

—Ya era hora.

—Estaba fuera de la ciudad. No siempre estoy a tu entera disposición, *Caputo* —murmura, y me sorprende y me da un poco de curiosidad lo que habrá estado haciendo. Pero al final, no insisto. Él tampoco lo haría conmigo. Salvo que se convirtiera en costumbre.

—Solo necesito que la vigiles unas horas. Ni se te ocurra tocarla.

—Por supuesto que no —dice, con gesto casi ofendido.

—Ya lo sé. Pero había que decirlo.

Asiente, seco. —¿Supongo que te has enterado de la noche de póker de Nico?

—¿Tú ya lo sabías? —No sé por qué me sorprendo. Diego se entera de todo lo que pasa en el mundo de la mafia.

Sonríe. —Yo lo sé todo.

Se sienta en la silla frente a la habitación de Sophia, sacando otra vez su libro de bolsillo.

—Volveré antes del amanecer.

Él asiente y salgo de la casa, me subo al coche y cojo la autopista. Para llegar a Oak Street en la ciudad hay una hora y media de camino. Yo lo hago en una hora, y cuando aparco a unas calles de Oak le envío la ubicación a Arturo.

Llega en cuestión de minutos, y ya son casi las once y media cuando nos encontramos, los coches en fila a un lado de la acera. Me quedo en la acera mientras él baja del coche, observándole.

—¿De verdad vamos a hacer esto? —pregunta Arturo, apartándose un rizo oscuro de la cara. Lleva una sonrisa casi salvaje y levanto la mano para frenarlo.

—No te emociones tanto. Solo vamos a acabar con la partida de póker, no a matar a mi hermanito.

—Qué pena —responde enseguida, pero no lo tomo como algo personal. Si Nico hubiera ido a por *mi* exmujer, seguramente yo también querría matarlo—. Pero puedo darle una paliza, ¿no?

—No —contesto, y pone morros como un niño pequeño—. Ya me encargo yo. Tú distrae a sus esbirros. Alfonso y Johnny estarán pegados a él como lapas.

Arturo asiente, crujiéndose los nudillos. Está casi demasiado excitado, pero es lo que tengo a mano. Necesito a Diego con Sophia, así que no puedo contar con él, y no estoy seguro de quién más de mi entorno es leal a Nico y no a mí. Pero eso va a cambiar. Esta noche, todos verán por qué deben ser leales a mí y solo a mí.

Me he dormido en los laureles, dando por hecho que mis hombres me seguirán solo porque ya seguían a mi padre. Pero cuando hay un cambio de poder, siempre hay bajas. Puede que algunos de mis hombres sean esas bajas.

—Entramos justo a medianoche —le digo a Arturo mientras nos acercamos a Oak Street. El almacén que tenemos allí está bajo tierra, y empiezo a notar el latido de la música retumbando bajo mis pies a medida que nos acercamos.

Bajo yo primero las escaleras y, cuando la puerta se entreabre, Joey Stacks está allí, parpadeando mientras me clava sus ojos grises.

—¿*Caputo*?

—¿Qué haces rebajándote a portero? —pregunto distraído, y él traga saliva de forma visible. Sabe que no debería estar aquí, que no tendría que saber nada de esto.

—Eh, solo… quería algo de acción, jefe.

—Acción no autorizada —le recuerdo, y Joey levanta las manos en señal de defensa.

—No lo sabía.

—Odio a los mentirosos, Joey. Lo sabes. —Me abro paso a empujones y él retrocede, tambaleándose cuando le golpeo el hombro.

Los otros hombres de la sala están distraídos, bebiendo y charlando, pero algunos me miran con los ojos abiertos, asustados, mientras avanzo más adentro del almacén. Arturo va detrás de mí, cubriéndome la espalda, y la gente empieza a apartarse a nuestro paso como si fuésemos Moisés abriendo las aguas. Muchos incluso se van, saliendo en tropel del almacén.

Me acerco por detrás a Nico justo cuando esnifa una raya de coca, la mano abandonada sobre la mesa. Rendido. Ya, y el juego apenas había empezado.

—¿Cuánto dinero mío has perdido esta noche?

Nico se gira, la sonrisa desaparece y la nariz le brilla de coca.

Emito un sonido despectivo desde el fondo de la garganta.— Límpiate. Espérame fuera.

—Luca... —empieza, pero ya le estoy dando la espalda.

Por el rabillo del ojo veo cómo Johnny lanza un puñetazo a Arturo. Arturo lo esquiva, sonríe y me mira buscando permiso. Cuando asiento, su sonrisa se ensancha y toma posición, soltando un gancho que probablemente le rompe la mandíbula a Johnny Marco.

No es que me importe. Johnny y Alfonso ocupan los últimos puestos en mi lista de hombres preferidos, especialmente por su cercanía con Nico y su obvia adicción. Empiezan a volar los puñetazos y no me sorprende demasiado cuando encajo uno perdido, alguien me suelta un puñetazo a traición en la mandíbula.

Aprieto los dientes y me giro, solo para encontrarme con la mirada oscura de Nico, ojos abiertos y desenfocados.

—Ahora sí que sé que has perdido completamente la cabeza —gruño, avanzando hacia él, y Nico suelta un chillido, retrocediendo hasta pegarse a la pared del fondo mientras me acerco.

—Joder, Luca, lo siento, no debería—

—Has tenido los cojones de pegarme a traición —siseo, y Nico se acobarda como el cobarde absoluto que es en cuanto levanto el puño.

Lo bajo despacio mientras él gime. No merece la pena. Cualquier satisfacción de romperle la nariz me la quitarían las broncas de mi padre, el desprecio que me mostraría.

Me giro resoplando.—Espérame fuera.

—No puedes controlarme.

La mezcla de drogas que Nico tiene en el cuerpo le ha nublado el cerebro y parece que también le ha dado valor, porque se lanza a por mí, rodeándome la cintura y derribándome al suelo. Forcejea, gritando, y siento que el corte sobre mi ceja izquierda, de su puñetazo traicionero, empieza a sangrar como un condenado.

No veo nada, y esa es la única razón por la que consigue darme un par de golpes. Soltando lo que suena como un grito de guerra desde el pecho, le aparto de un empujón, logrando colocarme a horcajadas sobre su abdomen.

No puedo evitarlo, y empiezo a repartirle puñetazos en esa cara de imbécil y engreído. Él gime, la nariz le sangra a borbotones, cuando Arturo por fin consigue apartarme de él.

—Ya está fuera —dice Arturo, y efectivamente, al mirar a Nico, escupiendo sangre en el suelo del almacén, mi hermano está inconsciente.

Maldito cabrón.

Padre va a cabrearse, a ponerse de su parte, y no me apetece nada lidiar con eso. Pero no podía permitir que me faltara al respeto de esa manera, aunque sea mi hermano. Me limpio la sangre de los ojos y Arturo me ayuda a arrastrar a Nico hasta dejarlo sentado mientras los demás abandonan el local a toda prisa.

Algún idiota seguramente ya habrá llamado a la policía, y tampoco me apetece lidiar con ellos, así que será mejor largarnos de aquí cuanto antes.

Arturo coge un vaso de whisky abandonado y se lo arroja a la cara a Nico. Este tose, respirando con dificultad, y se despierta.

—No puedes controlarme —repite, arrastrando las palabras, y yo pongo los ojos en blanco.

—Puede que no, pero tienes que entender que tus actos tienen consecuencias, Nico. ¿Esa nariz sangrando? Es tu consecuencia.

Gruñe en respuesta, pero deja que Arturo y yo lo levantemos y lo saquemos del almacén. Afuera le espera Alfonso, y los dos desaparecen en el deportivo de Nico antes de que pueda decirle nada más.

Joder. Una parte de mí se siente culpable, aunque no debería. Padre tampoco había autorizado la noche de póker. No es que yo me saltara sus órdenes. Padre *quiere* que mantenga a Nico a raya, simplemente no le gusta el modo en el que hay que hacerlo.

La única cosa a la que Nico presta atención es la violencia.

Arturo tararea.—Supongo que mi trabajo ha terminado. ¿Todo bien, jefe?

¿Qué cara debo de estar poniendo para que me lo pregunte?

Asiento con brusquedad.—Bien. Gracias por tu ayuda. Mantén los ojos puestos en él.

—Y te aviso antes de hacer nada. Lo tengo claro, *Caputo*.

Me dedica un saludo rápido antes de volver a su coche. Le sigo, esperando a que se marche antes de irme yo. No quiero que nadie me siga hasta la casa de campo.

Odio que hayamos llegado a esto, que al final haya tenido que pegarme con mi propio hermano. No me gusta resolver todos mis problemas a golpes. Pero es lo único que entiende Nico, y supongo que no debería sorprenderme, sabiendo en el ambiente en que ha crecido.

Se merece consecuencias. Lo que odio es tener que ser yo quien se las dé.

17

SOPHIA

Miro con hostilidad la puerta cerrada, como si mirarla bastara para que se derritiera de las bisagras. No debería estar molesta porque Luca se apartara, porque no aprovechara la situación. ¿Qué clase de hombre sería si lo hiciera?

Y por mucho daño que me haya hecho, no creo que Luca *sea* el tipo de hombre que haría algo así. Su expediente decía que los hombres que han trabajado para él contaron a la policía que tiene un código: ni mujeres ni niños. Pero supongo que no debería creerlo tan fácilmente. Al fin y al cabo, desde luego no sabía que iba a secuestrarme. Nunca se me habría pasado por la cabeza algo así.

Me sorprende que siquiera se acordase de mí. Seguro que solo fue porque era una novedad, la única policía con la que se había acostado. No podía haber otro motivo.

Me ruge el estómago. No he comido nada desde aquel bocadillo que me preparó Luca y estoy muerta de hambre. Pienso en las chuletas de cordero que hace Agnes, las que me manda a casa, y solo con recordarlas se me hace la boca agua.

—¡Eh! —grito, esperando que Luca me escuche—. Tengo hambre.

Oigo un gruñido desde la puerta, pero no distingo palabras. Me acerco y apoyo la cabeza contra la puerta.

—¿Qué has dicho?

La puerta se abre y me tropiezo hacia delante, poniendo las manos sobre un pecho firme... que no es el de Luca.

Levanto la vista y me encuentro con Diego.

—He dicho, ¿qué quieres?

Doy un respingo y me enderezo—. Eh... lo que sea. ¿Dónde está Luca?

No contesta, simplemente me coge de la mano y me lleva hasta la cocina con una fuerza de hierro. Le sigo sin rechistar. No voy a buscar problemas, no con Diego. Me da miedo de una forma en la que Luca no lo hace. Y sé que debería temer a los dos, pero hay algo en Diego, esa manera de ser tan callado...

Me planta frente a la isla de la cocina y abre la nevera, señalando todo lo que hay dentro.

—Puedo preparar cualquier cosa que haya. Así que repito: ¿qué quieres?

—¿Chuletas de cordero? —pregunto con esperanza, y él se agacha y saca un paquete de carne de la nevera.

—¿Puré de patatas de acompañamiento te vale? —me pregunta, y dirijo una mirada fugaz hacia la puerta principal antes de poder evitarlo. Me pilla enseguida y niega con la cabeza—. Nada de eso. Tendré que pegarte un tiro, y no creo que ninguno de los dos lo quiera.

Trago saliva con dificultad. Sólo por cómo lo dice sé que lo dice en serio.

—Sí, vale. El puré de patatas está bien.

Diego cocina con eficacia, como si fuera un experimento científico en vez de una comida, pero cuando coloca las chuletas sobre el fuego, huele a gloria.

—¿Dónde aprendiste a cocinar?

—Mi madre —responde, pero no añade nada más.

Coloca dos platos en la mesa, uno delante de mí. Come de pie, probando un bocado de puré de patatas casero.

—Pruébalo —me anima al ver que solo le observo.

No me ha dado cuchillo, por razones obvias, así que cojo la chuleta por el hueso y le doy un mordisco; abro mucho los ojos—. Oh, está riquísima.

Quizá incluso mejor que las de Agnes, pero eso no se lo pienso decir.

Como con voracidad, sin saber cuándo tendré otra comida así de grande, así de buena.

Él se ríe por lo bajo—. Se nota que te gusta.

—Ya te digo, está buenísima. —Hago una pausa, sabiendo que al menos debería intentar sonsacarle algo—. ¿Dónde has dicho que estaba Luca?

—No lo he dicho.

—Podrías decírmelo.

—Podría. Pero no lo voy a hacer.

—O mejor aún, podrías dejarme marchar —sugiero, pensando que por intentarlo no pierdo nada.

Diego esboza una sonrisa que le quita veinte años de encima.

—Eso no va a ocurrir, me temo. *Caputo*—

—Luca —digo, y él deja escapar un murmullo gutural.

—Quiere que estés aquí. Así que aquí te quedas. Hasta nuevo aviso.

—¿Nuevo aviso? —me estiro, arqueando la espalda y soltando un gemido—. ¿Te importa si damos una vuelta? Llevo mucho tiempo encerrada en esa habitación.

Diego me observa con una mirada astuta, tanto tiempo que empiezo a sentirme incómoda. Pero luego se encoge de hombros.

—No hará daño. Podemos salir al balcón a tomar el aire.

Camina cerca de mí pero no me toca, guiándome por la parte trasera de la casa hasta el balcón. Desde allí se ve un pequeño jardín de margaritas y varias flores más. Es bonito.

—No es exactamente lo que esperaba —comento.

Diego ladea la cabeza, confundido.

—Este lugar. No es precisamente lo que uno imagina como un refugio de la mafia.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿No te lo dijo? Antes era policía.

Diego mira al frente, hacia el jardín.—Supongo que esperaba que mintiera.

Me aclaro la garganta.—¿No te gustan los policías?

Me mira, con los ojos vacíos, casi muertos.—¿Tú qué crees?

Un escalofrío me recorre el cuerpo. No querría tener a Diego en mi contra, porque incluso cuando es educado, da un poco de miedo.

—Crecí aprendiendo a venerar a los policías —admito—. Mi padre es italiano de primera generación, pero adoraba a los policías. Sobre todo a los irlandeses.

—De esos hay de sobra —responde Diego arrastrando las palabras, pero yo me pierdo en mis pensamientos, apenas le oigo.

—Había un policía que patrullaba por nuestra zona. Mi madre se puso enferma. Muy enferma. Y un día, un hombre, haciéndose pasar por vendedor, intentó entrar.

Me estremezco al recordarlo, los ojos fríos y diminutos de ese hombre. Solo tenía diez años, vigilando a mi madre un rato mientras mi padre bajaba a la esquina a por leche.

Aquel hombre me sorprendió y grité, y el agente O'Hara me escuchó.

—Déjame adivinar. El policía te salvó.

—Sí —admito—. Apareció como un héroe y arrestó al hombre. Se quedó conmigo hasta que mi padre volvió a casa. Desde entonces, mi única meta era ser policía.

—¿Y tu madre?

Frunzo el ceño, echándole un vistazo.—¿Qué pasa con mi madre?

—Dijiste que estaba enferma. ¿Se recuperó?

Aprieto los labios, que se me afinan.—No.

—Lo siento.

—Hace mucho tiempo de aquello.

Tres días antes de mi undécimo cumpleaños, llegué del colegio y entré en la habitación de mi madre para encontrarla fría. Mi padre se sentó en la encimera de la cocina hasta que llegó la ambulancia. Sin sirenas. Sabían que no las necesitarían.

—Yo también perdí a mi madre cuando era joven. No tan joven como tú, pero sí. Nunca se supera.

—Imagino que no —musito.

—Supongo que eso es algo que Luca, tú y yo tenemos en común.

—¿Madres muertas?

Diego suelta una carcajada.—Supongo que se puede decir así.

Leí en el dosier que la madre de Luca murió cuando él era adolescente, pero no sé cómo. Podría preguntarle más a Diego, pero casi me parece una falta de respeto hablar de algo tan personal sin Luca delante.

¿Por qué? ¿Pero qué demonios? ¿Demasiado personal? Estoy intentando derribar un imperio aquí.

—¿Así que entraste en la academia de policía para hacer sentir orgulloso a tu padre? —pregunta.

—Sí. Sí, supongo que sí.

—¿Funcionó?

—Durante un tiempo —reflexiono. Sale como una verdad porque lo es. Mi padre estaba orgulloso… al principio. Pero había grietas en la armadura del departamento de policía de Chicago. Mi padre lo sabía, veía las noticias, leía los artículos. La corrupción está tan presente ahora como siempre.

Pero solo soy una mujer. No puedo salvar yo sola el cuerpo de policía de la corrupción, ¿verdad? Siento que mi padre piensa que sí puedo. Como si eso es lo que espera de mí. Una vez me dijo que estaba orgulloso de mí, pero no de mis compañeros, cuando salieron a la luz más informes de brutalidad policial en Chicago.

¿Y sinceramente? Tenía razón. Yo misma he notado cómo la mayoría de los policías se comportan como figuras de autoridad sin ningún límite, en vez de como los salvadores que se supone que deben ser. Scott no es así. Yo no soy así. La mayoría de los policías que conozco tampoco lo son, pero hay muchísimos que están en el bolsillo de la mafia. Hay tantos que, por órdenes de la mafia, le dan una paliza a un detenido.

—¿Ya no eres policía? —pregunta Diego.

—No —miento, la primera mentira que le digo a Diego. Parece del tipo de persona que podría detectar una mentira al instante, por eso lo he evitado siempre. Pero tengo que mantener mi versión. No puedo dejar que Luca note ninguna fisura. Ya apenas me cree.

Si es que lo hace.

Diego arquea una ceja. —No sabía que se pudiera dejar de ser policía así como así.

—Ya, bueno. Se puede dejar cualquier cosa —mascullo—. Después de que mataron a mi compañero, ya no me apetecía seguir.

—¿Lo viste? —pregunta Diego.

No le miro, no quiero que me vea la mentira en la cara.

—No. Pasó cuando no estaba de servicio.

Él emite un leve murmullo. —Mejor. Ese tipo de cosas te marcan. Ver cómo matan a un amigo.

Dada su experiencia militar, él debe saberlo mejor que nadie.

—Puedo imaginármelo.

Guardamos silencio un instante, y casi me sobresalto cuando vuelve a hablar.

—¿Y cómo conoces al jefe?

Dios, vaya preguntita. No puedo decirle: «pues fue un rollo de una noche y después me quedé embarazada y ahora lo deseo tanto que no puedo ni conmigo misma», ¿verdad?

Murmuro en lo más profundo de mi garganta. —Pasamos una noche juntos.

—Debió de ser una noche tremenda.

Empiezo a asentir, pero entonces me doy cuenta de que la voz es más grave, y ronca. Me giro y veo a Luca de pie detrás de mí, con

la cara recién lavada pero un corte en la ceja derecha. Se nota que ha tenido algún altercado.

—Luca.

Diego nos mira a los dos durante un largo segundo y luego Luca hace un gesto con la cabeza. Diego le obedece como un perro fiel, haciendo exactamente lo que Luca quiere y marchándose de vuelta a la casa. Luca tiene poder, incluso sobre sus amigos más leales, y sé por el dossier que han sido amigos de toda la vida.

Luca me mira desde arriba y no puedo evitar alzar la mano para tocarle la cara, preocupada por su herida. Él se aparta bruscamente.

Frunzo el ceño. —Estás herido.

—No es nada.

—¿Alguien se ha atrevido a hacerte daño? ¿Al jefe? —pregunto, incrédula, con el miedo acelerando mi corazón. En la comisaría se rumoreaba que Luca estaba perdiendo poder, que su hermano estaba moviendo ficha, pero yo no lo creía. Ahora empiezo a hacerlo.

Vuelvo a alzar la mano y Luca me agarra la muñeca, rodeando mi cuello con mis propios brazos. No me aparto, aunque debería.

—Asuntos de familia. Nada de lo que deba preocuparse tu linda cabecita —bromea él, aunque hay un matiz cortante en su voz. Se nota que tiene un humor de perros.

—¿Quién dice que me preocupo?

Él sonríe con arrogancia. —Se te nota. Lo tienes escrito en la cara. Ya ves, para haber sido policía, tienes una expresión horrible para el póker.

—Ya no soy policía.

—Eso dices tú.

—¿Cuánto has escuchado? Mientras hablaba con Diego.

—He oído que hablas mucho más con él que conmigo —masculla, frunciendo el ceño. Casi parece que esté celoso.

—Tal vez es más fácil hablar con él.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Porque no me paso el día queriendo tirármele encima.

Me encojo de hombros. —No lo sé.

Sus manos se acercan a mis caderas, sin llegar a tocarme, quedándose apenas suspendidas mientras yo mantengo mis brazos alrededor de su cuello.

—Pixie. Sophia.

—¿Hmm? —Estoy perdida en sus ojos verdes, derritiéndome contra él.

—¿Piensas hablarme algún día?

Suspiro. —Ya te lo he contado todo.

—Te he pedido que no me mientas.

—Ya, bueno, ¡yo te he pedido que creas lo que te digo! —La voz me tiembla de frustración, no de tristeza. Intento apartarme de él, pero no me deja, tirando de mí hasta acercarme más. —¿Qué puedo hacer para que me creas?

—No lo sé —responde casi en un susurro, y entonces se inclina y me besa con hambre, su lengua se abre paso entre mis labios.

Gimo en su boca, entrelazando los dedos en su nuca mientras le devuelvo el beso con fuerza, mordisqueando su labio inferior cuando intenta apartarse.

—Joder, Sophia —maldice, gruñendo al levantarme por las caderas y estrellarme contra la puerta del balcón, que se ha cerrado

suavemente por la brisa. Este vestido absurdo vuelve a subirse por mis caderas. Me había quitado el tanga antes, porque no quería llevar la ropa interior sucia.

Mueve sus caderas contra las mías, y sus ojos se abren y se clavan en los míos al darse cuenta de que no llevo bragas. Abre la boca como si fuera a regañarme, pero le beso de nuevo, introduciendo mi lengua en su boca. La atrapa y la chupa, haciéndome temblar las rodillas.

—Luca, por favor —suplico, pidiendo por fin lo que quiero, dejándole ver que no se está aprovechando, que yo también lo deseo. Probablemente más que él.

Sus ojos verdes se clavan en los míos, su pecho sube y baja con fuerza.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad quieres—?

—Te quiero a ti —susurro—. Quiero que me folles, Luca, por favor.

¿Se lo puedo dejar aún más claro?

18

LUCA

Su lengua está en mi boca, sus dedos tiran del cabello largo en la nuca, y no querría estar en ningún otro lugar del mundo. ¿Qué dice eso de mí?

Estoy metiendo la lengua en la boca de una poli, por el amor de Dios. ¿Qué demonios estoy haciendo?

—Para —jadeo contra su cuello, apartándome—. No aquí fuera.

—¿Por qué no?

Porque no quiero que Diego se entere. Porque no quiero que *nadie* lo sepa. Porque no debería estar haciendo esto.

Echo un vistazo detrás de nosotros hacia la casa y me doy cuenta de que Diego no está cuando oigo el motor de su coche rugir. Se está largando de aquí, y si tuviera un poco de sentido, haría lo mismo.

Miro sus labios y la vuelvo a besar. Nunca he presumido de ser un genio.

Gimo contra sus labios, llevándola adentro al dormitorio. La dejo sobre el suelo y ella deja caer los tirantes de su vestido, dejando al

descubierto esos pechos pequeños y perfectos que tiene. Gimo, sintiendo cómo la garganta se me cierra, mis manos se dirigen a acariciarles con delicadeza.

Cuando paso mis pulgares por las puntas de sus pezones, prácticamente solloza mi nombre.

—Eres muy sensible. ¿Te excitas así cuando tu novio te toca?

Las palabras salen de la nada. Me sorprende que hayan salido de mi boca, pero supongo que quiero saberlo. *Necesito* saber quién más la ha tocado, a ser posible para romperles los dedos a todos.

Ella niega con la cabeza.—Solo tú.—

Suelto una risita.—Claro. Seguro que se lo dices a todos.—

Sophia frunce el ceño, pero sigue sin responder del todo, ¿verdad?

—Quiero que me cuentes todo sobre tu novio mientras te hago correrte —murmuro muy cerca de su oído, cubriendo su cuerpo con el mío. Ya ha desabrochado la mitad de mi camisa, así que me la quito, haciendo saltar el resto de los botones.

—No, Luca, solo te quiero a ti —gime ella, y sé que es mentira, probablemente todo lo que ha dicho desde que nos reencontramos sea mentira, pero, joder, quiero creerlo.

Quiero creer que me desea solo a mí porque no tengo suficiente de ella. No puedo dejar de pensar en ella. Ha ocupado mis pensamientos cada segundo desde que volví a mirar en esos ojos azules suyos. Siempre está en algún rincón de mi cabeza.

—Mentirita bonita —murmuro entre dientes, y me enderezo.

Ella separa las piernas con descaro, y cuando miro hacia abajo veo su sexo reluciendo. Está húmeda y lista para mí. *Solo* para mí.

—Por favor —suplicó, rogando ya, rogando por mí, y me duele el sexo solo de verla. Su espalda se arquea fuera de la cama, y es tan

menuda comparada conmigo que mi mano cubre la mitad de su cintura.

—Todavía no, duendecilla. Ten paciencia.—

Me llevo el índice y el corazón a la boca y chupo los dedos, mirándola. Sus ojos azules están muy abiertos, las pupilas dilatadas de deseo.

Cuando creo que están lo bastante húmedos, los retiro y los introduzco despacio en su sexo, resoplando al notar el calor que casi quema. No habría hecho falta mojármelos: ella ya está suficientemente húmeda, lista, hinchada. Para comérsela.

Pero no debería hacer eso. Eso es… íntimo. Algo que no siempre hago con las mujeres que traigo a casa o con las que tengo rollos, por mucho que sea uno de mis pasatiempos favoritos.

Ella tiembla bajo mi tacto y yo jadeo, la lengua humedeciendo mis propios labios. Los pongo en su cuello, mientras muevo dentro y fuera mis dos dedos. Los curvo hacia arriba cuando se retuerce bajo mí. Un pequeño quejido surge de lo más profundo de su garganta, desembocando en un largo gemido.

Sus paredes se cierran alrededor de mis dedos.

—¿Tan cerca ya, duendecilla? ¿Vas a correrte en mis dedos antes siquiera de que pueda estar dentro de ti? Qué chica más ansiosa.—

Sophia jadea y se atraganta de placer, llevándose las uñas a mis hombros. Las tiene cuidadas pero cortas, y arañan mi espalda, doliendo deliciosamente. El mejor escozor, uno que me encantará notar después en la ducha.

—Ya casi —consigue decir—. Casi casi casi.—

La acompaño hasta el orgasmo, soltando un bufido al notar la intensidad con la que se aprieta alrededor de mis dedos, una y otra vez, y cuando la guío hasta el segundo clímax, los retiro.

No quiero que se corra más veces sobre mis dedos. Quiero que lo haga en mi polla, una y otra vez, tanto como consiga aguantar.

Su quejido se convierte en gemido cuando desabrocho a toda prisa el pantalón y libero mi erección. Lo mira con hambre, relamiéndose. Sonrío de medio lado, triunfante.

—Tienes hambre, preciosa —murmuro con suavidad. Ella pone morros y se incorpora, abriendo la boca, ansiosa.

El placer me recorre la columna. Es un demonio, una espina clavada, pero en la cama es tan buena, tan obediente.

No puedo evitar guiar mi polla hasta sus labios, diciéndome que solo será un instante, solo para sentir su boca. Pero *joder*, es tan bueno, *ella* es tan buena, caliente y húmeda, sin dientes, solo el deslizamiento mojado empujando hasta el fondo de su garganta.

Se atraganta, pero incluso así resulta preciosa, mientras me mira con sus ojos azules llenos de lágrimas y la boca ocupada por mi polla.

—Estás preciosa así —susurro ronco, enredando los dedos en su pelo corto de duendecilla.—

No la empujo, solo la guío tirando de su pelo. Ella hunde las mejillas y yo cierro los ojos con fuerza para que no me vea ponerlos en blanco.

Tengo que apartarla de mí a tirones porque está ansiosa, moviendo la cabeza de nuevo en cuanto consigo recomponerme. La aparto y gime bajito, haciendo un puchero.

—¿No te ha gustado?

Dejo escapar una carcajada. —¿Gustarme? Muñeca, por poco acabo corriéndome en tu garganta.

Ella sonríe. —Podrías haberlo hecho, ya lo sabes.

—Oh, lo sé —murmuro—. Apostaría a que me dejarías hacerte lo que quisiera ahora mismo, ¿verdad?

—Sí —susurra ella.

—Si me corro en tu garganta, no voy a notar ese coño apretado envolviéndome.

Me recoloco, le cojo los tobillos y enrosco sus piernas en mi cintura. Me tomo a mí mismo con la mano y ella gime anticipándose, se muerde el labio y sube las caderas.

Me abro paso dentro de ella, despacio al principio, y luego más rápido mientras grita mi nombre, arañándome de nuevo la espalda. Pequeño demonio. Pixie es el apodo perfecto para ella. Está claro que tiene que ser de otro mundo.

Salgo casi del todo y embisto de nuevo, observando cómo se derrumba, los pezones duros e hinchados. Está a punto otra vez, lo noto por cómo se pone tensa, por lo apretada que empieza a sentirse a mi alrededor.

—¿Tan lista para correrte otra vez? ¿Qué eres, pixie?

—Tuya —jadea—. Soy tuya.

Un placer brutal me atraviesa al oírla, haciendo que se me encojan los huevos.

—Eso es, *bellissima* —la alabo entre dientes apretados, tan cerca de la cima tras unas pocas embestidas que parece un delito. Pero el modo en que suena, cómo se ve, cómo se siente a mi alrededor…

Pero entonces una voz resuena en mi cabeza. *No es tuya. Nunca lo ha sido. Estás haciendo el imbécil, Luca.*

Esa voz se parece sospechosamente a la de mi padre. Me desconcentra y pierdo el ritmo de las caderas, pero solo un segundo. Vuelvo a fijarme en la cara de Sophia, en esos ojos enormes de

cervatillo, en su expresión extasiada, y eso me ayuda, pero también hace que esté aún más cerca del orgasmo.

—Joder —es lo único que consigo decir antes de perder el control, derramándome dentro de ella y gimiendo contra su cuello mientras me inclino, moviendo solo las caderas.

Sophia deja escapar un gemido bajo cuando me retiro despacio. Me siento mal porque no ha llegado a su segundo orgasmo. Suele ser casi una competición, para mí, a ver cuántas veces consigo que una mujer se corra antes de alcanzar mi punto culminante.

Ella vuelve a hacer un puchero y yo suelto una risa ronca, el sudor brotando en mi frente por el esfuerzo. Me deslizo por su cuerpo, paso la lengua por su ombligo, beso a lo largo de sus caderas antes de abrirle los muslos con ambas manos, bruscamente.

Ella jadea cuando le paso las rodillas por encima de mis hombros, presiono el rostro contra su sexo e inspiro. Joder, cómo huele. Y cómo sabe.

Así que tanto por no cruzar esa línea con ella.

Le paso la lengua por el clítoris durante unos segundos y ella se retuerce, subiendo las caderas para frotarse contra mi boca. Gimo contra su cuerpo, sacando la lengua mientras se restrega en mi cara.

Mi polla da muestras de interés a pesar de estar exhausto. Sophia no se sacia nunca, y eso me altera de algún modo.

Le paso la lengua por la raja, entrando en su interior y saboreando su humedad. Zumbó contra su clítoris, lo atrapo con la boca y acaricio el botón sensible con la lengua.

—Oh, Luca, *joder* —consigue decir, con la voz tensa y jadeante. Está a punto otra vez, lo noto por los gemidos dulces que suelta, por cómo se aprieta cuando le meto dos dedos hasta los nudillos. —Me corro, me corro…—

Grita mi nombre cuando se corre, restregando las caderas contra mi cara y lo único que puedo hacer es gemir, mi polla volviéndose medio dura solo de probar su sabor. Sigo, atrapando su clítoris entre mis labios y ella gime bajito, hundiendo los dedos en mi pelo y tirando de mi cara hacia arriba.

La miro, jadeando, y me dedica una sonrisa tonta.

—Demasiado sensible —murmura.

—Si apenas acabo de empezar.

Ahora soy yo el que quiere poner morros. Quiero más de ella, quiero quedarme enterrado entre sus muslos durante horas. Pero algo me hace parar en seco. No sé si es la fuerza con la que me agarra del pelo o las ganas obsesivas de seguir dándole placer, pero algo me hace reaccionar.

Me aparto de ella enseguida, el corazón desbocado. No puedo dejarme arrastrar otra vez por esto. No he podido quitármela de la cabeza en meses, *años* después de que se marchara. Sin mencionar que sigue pudiendo ser policía, que quizá quiera atraparme.

No puedo confiar en ella, y tampoco puedo fiarme de mí mismo para no acabar tan borracho de sexo que pierda de vista lo importante.

Descubrir la verdad. ¿Qué sabe ella? ¿Cuánto tiene contra mí?

Concéntrate, Luca, me digo mientras miro su boca haciendo pucheros, su figura desnuda y curvilínea. *Tienes que mantenerte centrado.*

—¿A dónde vas?

Me burlo. —¿Qué pasa, querías acurrucarte después?

El rostro se le cae y siento un pinchazo en el pecho. Está herida, y hay algo en eso que me incomoda aunque no debería. Es mi enemiga, maldita sea. Tengo que recordármelo una y otra vez.

—Todavía no confías en mí.

—Por supuesto que no.

—Entonces ¿por qué te has acostado conmigo?

—No hace falta confiar en ti para follarte, preciosa —mascullo, y ella resopla, apartándose el flequillo de la cara. Mira a otro lado y yo me levanto y empiezo a vestirme, ajustándome la ropa.

—¿Eso es todo, entonces? —pregunta ella, y yo la miro, ladeando la cabeza, curioso.

—Me da curiosidad. ¿Qué esperabas?

Mis palabras suenan aún más frías de lo que pretendía, y no puedo mirarla, no puedo enfrentarme al destello de dolor de sus ojos azules.

Salgo de la habitación, echando la llave tras de mí. Apoyo la frente en la puerta y exhalo un largo suspiro.

¿Qué demonios me pasa? ¿Por qué me siento culpable si ella es la que está infiltrada, intentando derribar mi imperio? Ese que he construido con tanto esfuerzo desde los quince años.

Tengo que centrarme. Y el primer paso es mantenerme tan lejos de Sophia como pueda.

19

SOPHIA

Pasan dos días y no veo a Luca en absoluto. Es Diego quien me da de comer, tortillas que saben a chorizo, bocadillos con rodajas gruesas de tomate. No debería echar de menos a Luca.

El segundo día, Diego me entrega una toalla y un chándal con una camiseta.

Alzo una ceja al ver el jabón que dejó encima de la ropa.

—¿Intentas decirme algo? —pregunto.

Él se encoge de hombros.—Solo he pensado que quizá querrías cambiarte. Ese vestido no puede ser cómodo.

No lo es, y probablemente ya empiezo a oler fatal, teniendo en cuenta que no me he duchado en dos días.

—Gracias —digo simplemente, cogiendo el montón de ropa que me ofrece. Me guía hasta el dormitorio principal, que está lleno de material de oficina, cajas repletas de papeles por toda la habitación.

Hace un gesto con la cabeza hacia el baño, donde hay una gran bañera con patas.

Casi gimo al verla, con los músculos suplicando hundirse en un baño caliente.

—Estaré justo fuera, así que no se te ocurra nada raro —advierte, pero en realidad no lo dice con dureza.

Sé que Diego no me dejaría escapar, pero tampoco se lo tomaría a pecho. Simplemente me devolvería sin miramientos a ese cuartito. Sólo de pensarlo me recorre un escalofrío, y me quito el vestido contoneándome, dejándolo caer al suelo. Si no vuelvo a ver ese vestidito dorado, será demasiado pronto.

Desnuda y de pie ante el espejo, me toco los moratones con forma de huella dactilar que Luca me dejó en los huesos de la cadera. También tengo un chupetón en el cuello, tan evidente que no puedo creer que Diego no haya hecho ningún comentario. Quizá es simplemente demasiado educado.

No me puedo creer que Luca me follara de forma tan brusca y sucia y luego se fuera sin decir una palabra más. No es que pueda ofenderme. Al fin y al cabo, le estoy mintiendo. Pienso en Rosa y el pecho me duele. Espero que esté bien. Sé que Agnes jugará con ella, la distraerá para que no se pregunte dónde estoy.

Dios, ojalá pueda volver con ella. Algún día.

Pero hoy no será ese día. Hoy sólo puedo permitirme los pequeños placeres que haya—buena comida, un baño caliente.

Abro el grifo tan caliente como puedo soportarlo, y cuando la bañera está llena, me dejo resbalar dentro emitiendo un leve siseo. No puedo evitar soltar un suspiro al notar cómo el agua caliente envuelve mis músculos doloridos. Los muslos me duelen de intentar huir y, probablemente, también del sexo, y los hombros los tengo tensos.

Empiezo a relajarme en el agua caliente, dejando que la mente vague. Pienso en Rosa primero, en sus ojos verde intenso mirándome. No puedo dejar de sentirme culpable por lo frustrada

que estuve con ella la última vez que pasamos tiempo juntas. ¿Por qué me importaron esos estúpidos zapatos? Debería haberla abrazado más fuerte, haberle dicho otra vez que la quería.

Pienso en Scott, que probablemente se esté volviendo loco buscándome. A estas alturas seguro que ha tenido que informar al cuerpo y *todo el mundo* estará en alerta. No sé cómo piensa Luca que va a salir impune de esto. Tengo que conseguir que crea que no soy policía y asegurarme de que mantengo lo de Rosa en secreto.

No puedo confiarle esa información. Jamás será ningún tipo de padre para ella. No me arrepiento de no haberle contado a Luca que estaba embarazada, no después de lo que sé ahora. Es un matón. Un delincuente.

Y también es el padre de mi hija. Pero eso nunca lo sabrá.

Me hundo aún más en el agua, disfrutando del calor. Estar limpia me está haciendo sentir más persona. Llevar ese vestido de discoteca sucio durante dos días era asqueroso.

Antes de poder evitarlo, mi mente vuelve a Luca. La forma en que me tocó, tan brusco, solo para luego comerme con la boca como si fuera algo valioso.

¿Cómo se supone que debería sentirme? Tendría que avergonzarme por dejar que me tocara después de secuestrarme, pero lo único que he querido todos estos años es volver a sentir su contacto.

Es difícil de explicar, incluso para mí misma. Que le deseo aunque no debiera, aunque es peligroso, aunque estamos en bandos opuestos de la ley.

La ley.

¿De verdad me importa ya como antes? Pienso en mi padre, en esa sonrisa grande y orgullosa cuando me gradué en la academia.

Cierro los ojos con fuerza para contener las lágrimas repentinas. Estaba tan orgulloso. ¿Qué pensaría si supiera esto?

Inspiro temblorosa. Lo odiaría. Me odiaría. O peor, se sentiría decepcionado de mí. Ojalá pudiera hablar con él. Pero él quiere que repare todas las injusticias del sistema policial defectuoso. Está convencido de que puedo cambiar las cosas desde dentro.

Pensaba que dejaría de buscar su aprobación cuando obtuviera el puesto de detective, pero da la impresión de que sus expectativas no han hecho más que crecer. No basta con ser policía—tengo que ser una *policía perfecta*, y nadie puede estar a la altura de eso. Al menos, no siempre.

Pero quizá consiga destapar por completo este caso. Puede que logre información para encerrar a Luca, no solo por unas noches, sino durante años. Si al menos consiguiera la localización de uno de sus envíos, algo que lo vincule con ellos…

Tengo que centrarme. Necesito que Luca se mantenga alejado de mí para poder concentrarme. Porque mientras siga delante de mis ojos, soy incapaz de pensar en otra cosa que no sean sus manos recorriéndome entera.

Habría ayudado que el sexo esta vez hubiera sido malo, o al menos no tan demoledor como la primera noche. Pero, por supuesto, fue increíble. Una experiencia que me ha cambiado la vida. El motivo por el que no he estado con nadie más desde entonces es porque temía que fuera tan bueno de nuevo.

Es difícil olvidar un sexo así de bueno, aunque haya venido de un criminal. Mi enemigo.

Gimo en voz baja y deslizo las manos bajo el agua, sobando mis muslos. Un calor intenso me recorre mientras tomo la esponja y me froto, repasando los pechos, rozando un pezón endurecido. ¿Por qué sigo tan alterada? Si sólo han pasado dos días.

Parece toda una vida. Recuerdo sus manos sobre mí, cómo me abrió los muslos con rudeza antes de lanzarse a comerme. Su lengua, cómo gemía cuando yo movía mis caderas contra su cara.

Sí, otros hombres me han hecho eso antes que él. Pero siempre lo hicieron como si fuera una tarea, un trámite antes de poder meterse dentro de mí. Luca me dio placer después de correrse, asegurándose de que yo estuviese a su merced antes de simplemente…

Marcharse.

¿Y por qué me duele tanto que se marchara? ¿Qué esperaba? ¿Que se enamorara de mí o algo así? ¿Después de una noche y una montaña de mentiras?

Tiene razón. Estoy *mintiendo* a Luca. Sobre ser policía. Sobre tantas cosas.

Pero él me sigue deseando, y dios sabe que yo a él también. ¿Qué dice eso de mí? ¿De nosotros?

Dejo de intentar justificarlo y aprieto los ojos, visualizando su torso desnudo en mi mente. Su pecho ancho, justo a la altura de mis ojos. La cruz dorada que lleva, ondeando en mi cara mientras me folla.

Luca es musculoso, claro, pero además es *grande* donde importa. La forma en la que consigue ensancharme no se puede replicar con mis dedos finos, pero lo intento, jadeando su nombre mientras me introduzco dos dedos.

El chasquido de la puerta al abrirse me sobresalta, y saco los dedos deprisa.

—¿Diego?

—¿Crees que Diego va a entrar mientras te bañas? ¿Debería preocuparme?

No es la voz grave de Diego, sino la de Luca, y cuando me giro sus ojos verdes me miran desde arriba con una intensidad que no sabría interpretar. ¿Qué significa que me mire así? ¿Está enfadado?

Me muerdo el labio. —No es que me den mucha intimidad aquí.

—Los prisioneros no tienen privacidad.

Resoplo. —¿Así que lo admites? ¿Soy una prisionera?

—Nunca he dicho que fueras nada más que eso.

Sus palabras duelen aunque no deberían. ¿Por qué iba a importarme que me odie? Pero el corazón se me hunde igualmente.

—¿Puedes salir? Ya casi he terminado.

Él tararea en su garganta, balanceándose sobre los talones, y yo me limito a fulminarlo con la mirada.

—Si sólo vas a entrar aquí para insultarme... —empiezo, pero dejo la frase a medias cuando él se agacha junto a la bañera, arrodillándose.

—Tendría que haberte dejado ducharte antes —dice, y su tono suena casi arrepentido, lo que me hace mirarle con asombro.

Coge la esponja del borde de la bañera y la hunde en el agua, pasándola por mi espalda.

—Luca, ¿qué haces—?

Me hace callar suavemente, pasando la toalla mojada por la nuca. Se me eriza la piel de todo el cuerpo.

—Hasta los prisioneros merecen estar limpios —murmura, y ¿qué clase de persona soy si este simple gesto de amabilidad consigue hacerme llorar?

La tela se desliza sobre mi piel mientras él la frota aún más abajo, hasta la hendidura de mi trasero. Dejo escapar un jadeo

cuando mueve la tela por mi pecho, el borde rozando mi pezón erecto.

—Puedo lavarme yo —murmuro, pero no hago ningún intento de apartarme. En realidad, esto es agradable. Nunca nadie me ha bañado así, nunca se han ocupado de mí de esta manera. No desde que era pequeña.

Me acostumbré a cuidar de mí misma después de que mamá murió.

—Solo relájate.

Eso es fácil decirlo para él. No es él quien tiene a un mafioso peligroso lavando su propio cuerpo desnudo, mojado y vulnerable. Debería tener más miedo que excitación, pero mi corazón desbocado y mi piel sonrojada me delatan.

—Estás tensa.

—Ya lo creo.

—No pensarás que te haría daño, ¿verdad, duendecilla?

Le miro, los labios ligeramente entreabiertos.—¿Qué, me estás diciendo que debería sentirme segura contigo?

—¿Te he hecho daño?

—No físicamente.

—Y no lo haré —dice con firmeza, percibo algo sincero en sus ojos verdes—. Jamás te haría daño físico.

—Eso deja el daño emocional, el daño verbal... —dejo la frase en el aire cuando veo que aprieta los labios.

—Si me dices lo que quiero saber, no te sucederá nada.

Su voz es calmada, pero no me mira; simplemente me lava los brazos y las piernas. La tela se acerca a mi muslo interior y trato de no reaccionar, pero me estremezco.

—¿Te duele, duendecilla? —pregunta en voz baja.

—Un poco.

Él musita.—Fui demasiado brusco contigo.

—No —digo deprisa, incapaz de soportar su expresión dolorida—. Yo... me gustó.

—Aun así. Hay momentos para ser brusco y momentos para ser suave, y después de todo lo que has pasado...

Puedo notar que se culpa a sí mismo, que se está castigando.

No es tan cruel como habría imaginado. No es el monstruo del que habla el dossier. Y eso me tiene desconcertada.

—Todos los hombres pueden ser monstruos, cariño —decía siempre mi padre.

Pero hay más humanidad en este monstruo de la que jamás habría anticipado.

Cuando me toma la entrepierna en la palma de la mano, el pulgar presionando suavemente mi clítoris, dejo escapar un largo gemido. Muevo mis caderas buscando más fricción, aferrándome a su antebrazo con mi mano derecha. Desliza dos dedos dentro, solo hasta el nudillo, y no es suficiente.

—Por favor —susurro, y su mirada se cruza con la mía solo un instante antes de que me hunda los dos dedos profundamente, flexionándolos para arrastrar las yemas contra mi punto G.

Casi salto fuera del agua pero él no se detiene, su pulgar sigue rozando mi clítoris con cada embestida.

—Eso es, duendecilla. Déjate llevar para mí. Suéltate —me susurra al oído mientras sigo moviendo las caderas, desesperada.

Cuando me corro, grito su nombre, estremeciéndome por completo. No dejo de temblar porque sigue con el ritmo, moviendo

sus dedos dentro de mí mientras los sigo apretando.

Gime cerca de mi oído, rozando con sus labios mi sien.—Vamos, preciosa. Dame unos cuantos más.

Y como si sus palabras convocaran más orgasmos, no dejo de venirme, estallando alrededor de sus dedos, poniéndome tan húmeda con sus caricias que los sonidos de la habitación se vuelven obscenos.

—No puedo —jadeo cuando sigue moviéndose.

Él gruñe.—Sí puedes, duendecilla. Uno más.

Me quedo inerte, salvo por los temblores, cuando me corro por última vez, y sigue follándome con los dedos tanto tiempo que termino jadeando.

—Así me gusta —me elogia—. Buena chica.

Siento la piel ardiendo y espero que vuelva a marcharse, que suelte algún comentario cruel y se vaya como hizo la vez anterior.

Pero en vez de eso, deja salir el agua, se queda simplemente sentado a mi lado y me acaricia el muslo mientras el agua desaparece por el desagüe.

Estoy jadeando, agotada, y no protesto cuando me toma una toalla y me recoge en sus brazos, cubriéndome parcialmente con ella. Me lleva al dormitorio, ajustando mi cuerpo una vez para asegurarse de que la toalla cubra mis partes.

Me lleva delante de Diego en el pasillo. Diego ni siquiera levanta la vista.

Sigo esperando a que Luca se marche, pero no lo hace. Me tumba en la cama, las sábanas limpias, y termina de secarme antes de dejar la toalla en el cesto de la ropa. Estoy tan atónita que ni protesto cuando se mete en la cama conmigo y me acoge entre sus brazos.

Apoyo la cabeza en su pecho y mis ojos se van cerrando.

El latido del corazón del mafioso me arrulla hasta quedarme dormida.

20

LUCA

No duermo, solo escucho el sonido de su respiración pesada, sus pequeños ronquidos. Me desprendo de ella mientras la luz de la luna entra por la ventana. Miro el reloj: acaba de pasar la medianoche.

Debería haberme ido justo después de darle placer en la bañera. Si soy sincero, no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. He intentado mantenerme alejado de ella, pero en cuanto Diego dijo que estaba en la bañera…

No pude hacer otra cosa que imaginarla desnuda, y a partir de ahí ya no hubo vuelta atrás.

Supongo que, en parte, me sentía culpable por cómo la dejé tan de repente después de acostarnos, pero ¿cómo se supone que debo comportarme? Es mi prisionera. Mi enemiga.

Simplemente no puedo dejar de tocarla, joder.

No debería haber dormido con ella anoche, no debería haberla tenido en mis brazos durante horas. Esto no ayuda para nada a aclarar mis sentimientos confusos.

Diego levanta la vista de su libro cuando salgo al pasillo.

—¿Te vas? —pregunta distraídamente. No me pregunta por qué llevé a nuestra prisionera desnuda a la cama. Menos mal que Diego es un hombre de pocas palabras.

Asiento.—Solo quiero dar una vuelta en coche. Despejarme la cabeza.

—A la orden, jefe —dice Diego con un saludo torpe, y salgo de la casa, metiéndome en mi coche.

Puedo aprovechar para echar un vistazo a algunos de los envíos que tenemos pendientes, bajar a los almacenes. Conducir hasta la ciudad son noventa minutos, pero como no tengo sueño, no tengo nada mejor que hacer.

Pienso en Sophia durante todo el trayecto. Me pregunto cuál será su segundo nombre, quiénes son sus padres. Quiero saber más, y ojalá pudiera decir que es solo porque siempre he pensado que hay que conocer bien a los enemigos. Pienso en sus pechos, lo justos para llenar una mano, su culo perfecto.

¿Por qué esta mujer me tiene tan atrapado? Nunca me he enamorado, nunca he sentido nada por una mujer más allá de que caliente mi cama. Entonces, ¿qué tiene de diferente Sophia? Es preciosa, pero muchas mujeres lo son.

La mayoría, en mi opinión.

¿Será porque es policía? Debo admitir que esa fue parte de la razón por la que fui a por ella al principio: la emoción de lo prohibido, de algo que podría hacer que me atraparan.

Llego al primer almacén, uno que está medio en ruinas. Todavía no lo hemos arreglado; no queremos que los federales sospechen dónde guardamos las cosas. Una reforma repentina en un almacén inactivo los alertaría enseguida.

Cuando aparco, Arturo sale a recibirme, con el rostro algo inquieto.

—¿Ocurre algo, *Caputo*?

Niego con la cabeza al salir del coche.—Nada fuera de lo normal. Solo quería hacer una revisión al azar.

—Nico estuvo aquí antes —admite, y me quedo paralizado.

—¿Qué coño hacía Nico aquí?

Se encoge de hombros.—Lo mismo que tú. Venía a revisar el envío. No le dejé pasar.

Suelto un suspiro de alivio. Bendito sea Arturo y su odio hacia mi hermano.

—Bien. No dejes que meta las manos en los envíos.

—Ya lo sé. Siempre anda husmeando.

Especialmente cuando se trata de los cargamentos de cocaína que nos llegan de Colombia.

—¿Es pura?

—Todavía no está cortada. La semana que viene lo harán los nuestros.

Asiento. Arturo se queda quieto, rebotando en los talones.

—¿Quieres probarla?

Dudo un momento. No es algo que haga a menudo, pero como casi todos en este mundo, he probado de casi todo.

—Esta noche no.

No necesito nada que me quite el sueño ni que haga que mi mente siga dando vueltas. Ya me encargo yo solo de eso.

—Allá tú.

—Y no vayas a probarla tú tampoco, Arturo. Tienes a Chellsey de quien preocuparte.

Chellsey es su hija de cinco años, y Arturo baja la cabeza, pareciendo algo avergonzado.

—Tienes razón, *Caputo*. Nada de pruebas.

Asiento con firmeza. —¿Qué otros envíos tenemos pendientes?

—Solo una remesa de pistolas de Brasil. Unos cuantos ARs.

—¿Nico no sabe nada de esto?

Arturo niega con la cabeza. —Nico solo sabe lo que tú le cuentas, jefe.

—Ojalá tus palabras lleguen a oídos de Dios —murmuro—. Solo seguid vigilando.

—Así será.

Vuelvo al coche, cruzando la ciudad hasta el otro almacén donde deberían haber llegado las pistolas. Según mis correos, tenían que entregarlas ayer. Alfonso figura en el horario para estar allí y no me fío de los amigos de mi hermano ni en pintura.

Al llegar, Alfonso no aparece por ningún lado. De hecho, *no hay nadie*. Nuestro envío está desprotegido y quién sabe cuánto tiempo lleva así.

Maldigo en italiano entre dientes y llamo a mi hermano. No contesta, lo que no me sorprende en absoluto. O está tirado por ahí o sigue de fiesta en algún sitio. Apostaría lo que fuera a que Alfonso está con él.

Voy hecho una furia hacia el fondo y hago palanca para abrir las cajas. Parece que todo sigue en su sitio, al menos por ahora. Nico no habría sabido nada de este envío salvo que Alfonso se lo dijera, y estoy seguro de que lo ha hecho. Normalmente Nico asaltaba el envío, robaba lo que le apetecía y pretendía que habían sido los Cortados.

Pero yo siempre supe que era él. Lo peor de todo es que, si Nico quería armas, mi padre se las habría dado sin rechistar. Pero a Nico le gusta la emoción de robar.

Hago unas cuantas más llamadas, sin resultado, antes de soltar otra maldición por lo bajo y llamar a Diego. Es el único que me inspira confianza para esto y que además coge el maldito teléfono.

Contesta al primer tono.

—¿Qué pasa, jefe?

—Necesito que vengas a verme al centro. Te mando la dirección por mensaje.

—Vale, pero ¿y lo de—?

—Solo asegúrate de que está bien encerrada. No puede ir a ninguna parte y nadie sabe dónde está. Los únicos que lo saben son los dos hombres que traje la primera noche, yo y Diego. Y aunque no termino de fiarme de esos dos, no creo que sepan lo importante que es Sophia.

Intenté mantener todo el asunto lo más cubierto posible.

—En una hora estoy allí.

Fiel a su palabra, Diego aparece en menos de una hora y se baja de su coche de un salto.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunta, incrédulo.

Hablo entre dientes, apretando la mandíbula. —Eso es justo lo que me gustaría saber.

—Nico—

—No se supone que sepa nada de este envío, pero si lo supiera, estaría aquí.

—Por lo menos para robarse las armas.

Asiento con un gesto seco. —Así que necesito que te quedes aquí vigilando mientras busco a Alfonso.

—Cuenta conmigo, *Caputo*.

Le doy una palmada en el hombro. —Gracias, Diego. Por todo.

En realidad, lo digo sobre todo por su discreción respecto a lo de Sophia. Diego lo acepta sin darle importancia y se limita a encogerse de hombros.

—Solo hago mi trabajo.

Me marcho y recorro la ciudad en coche, buscando el coche chillón de Nico en los aparcacoches. Cuando por fin lo encuentro, está aparcado de cualquier manera, ocupando dos zonas rojas, con varias multas enganchadas en los limpiaparabrisas.

Suelto una maldición y golpeo el capó con el puño al pasar. Van a meter a Nico en la cárcel por las multas de aparcamiento antes de que nadie tenga oportunidad de acabarnos.

Entro a zancadas por la puerta de atrás del club de striptease llamado Peaches, sabiendo que estará en la zona VIP.

Tiro un fajo de billetes de cien a la stripper que se acerca con una bandeja de copas.

—VIP.

Ella asiente, mete el dinero en su tanga y me guía entre la multitud hasta el fondo.

—Unos gilipollas han pagado unas horas y se creen los dueños del local —murmura, y veo a Alfonso bebiéndose una botella de champán de un trago.

Le entrego poco a poco otro fajo de billetes de cien.—Déjame aquí detrás durante media hora, pase lo que pase oigas lo que oigas.

Ella parpadea con sus ojos oscuros y asiente, coge el dinero y desaparece discretamente.

—¡Riviera! —ladro, llamando a Alfonso por su apellido.

Se queda helado, deja caer la botella de champán al suelo. Se rompe en mil pedazos y la espuma se derrama por todas partes.

Nico se pone en pie a duras penas, frotándose la nariz con el dorso de la mano. Es evidente que ha estado consumiendo, y dios sabe qué han estado bebiendo y desde cuándo.

—Donny aguafiestas, aquí presente —farfulla, y yo tenso la mandíbula.

—No me hables, Nico. Esto no va contigo.

Alfonso traga saliva ostensiblemente, alza las manos y retrocede un par de pasos.

—*Caputo*, yo—

—Se supone que tenías que vigilar un envío.

Poco a poco la comprensión se insinúa en su rostro. —Oh, *joder*.

—Eso es, oh, joder —escupo, agarrándole de la camisa para estamparlo contra la pared—. Si te digo que hagas algo, lo haces.

—Venga ya, Luca. No es culpa suya. Fui yo quien le propuso salir de fiesta. Estamos celebrando—

No puedo evitarlo. Me vuelvo y le meto un puñetazo en la garganta a mi hermano.

Se atraganta y se lleva las manos al cuello, sin aliento. Mientras jadea y se dobla, vuelvo a empotrar a Alfonso contra la pared.

—Iré ahora mismo.

—No, no lo harás. Se acabó. Fuera de mi vista.

—Espera, jefe, no querrá decir que estoy *d-despedido* —balbucea, presa del pánico.

—¿Acaso he tartamudeado? Lárgate de una vez. —Lo suelto y se desploma casi hasta el suelo. No es tan idiota como para seguir cuestionándome, gracias a dios, y se va sin más.

No sé qué habría hecho si se hubiese quedado. Puede que lo hubiese matado.

Y en realidad, no es a él a quien quiero matar. Es a Nico. Mi hermano pequeño.

Me mira con los ojos vidriosos y yo me paso una mano por la cara.

—¿Qué estás *haciendo*, Nico? —pregunto, más exasperado que enfadado en este punto.

—Solo me estoy divirtiendo un poco. *Papá*.

Niego con la cabeza. —Si yo hubiese sido tu padre, a lo mejor habrías llegado a ser… alguien.

—Soy alguien. Soy Nico Rossi.

—Sí, y eso es todo lo que tienes a tu favor. ¿No te da vergüenza? Pasearte así, lanzarte a la coca y a las tías como si todo estuviese ahí solo para entretenerte.

Él sonríe con suficiencia. —¿No es así?

Suelto una risa sarcástica. —Estás viviendo de las rentas, Nico. Y siempre lo has hecho. Llegará el día en que alguien a quien no le asuste tu apellido te reviente. Y yo no estaré allí.

—Claro que sí —responde con ligereza, como si no me creyera—. Eres mi hermano mayor. Siempre me protegerás.

Aprieto los dientes, pero al final del día, tiene razón. Estaré allí. Le protegeré.

—Si tú o cualquiera de los tuyos me vuelve a fallar, lo pagarás caro —le digo, señalándole a la cara—. Y tienes razón, te protegeré. Pero de mí no va a protegerte nadie.

Nico palidece un poco. Exhalo largamente por la nariz mientras salgo de la zona VIP y me adentro en el callejón. Tengo que volver con Sophia, asegurarme de que no esté sola mucho tiempo.

Le doy otra patada a su coche al pasar junto a él. Tan inútil como cualquiera de las cosas que he hecho esta noche. Me siento derrotado por el comportamiento de Nico. Siempre pensé que maduraría, pero…

Empiezo a pensar que eso no es más que una quimera.

Acelero hacia la casa de campo, tomando la autopista, pero apenas llevo unos kilómetros cuando me doy cuenta de que tengo un Jeep negro detrás, cambiando de carril cada vez que yo lo hago…

No me están siguiendo. Es imposible.

Entorno los ojos, meto una marcha más y piso el acelerador, adelantando a un tráiler en un movimiento rápido. El Jeep me sigue, casi volcando al cambiar de carril.

Joder. Me están siguiendo.

No parece obra de los federales; suelen mantener varias distancias con los coches. Además, no conducirían un jeep. Sería un sedán sin distintivos.

Si fuesen los polis ya me habrían parado por llevar una luz trasera rota o cualquier otra excusa absurda. Nunca se sostienen las acusaciones, pero encantados aceptan el soborno igual.

Tomo la siguiente salida, recorro las calles en cuarta sin reducir para los semáforos en rojo ni para giros. Me cuelo en un callejón, hago un cambio de sentido y veo pasar el Jeep delante de mí. En el asiento del copiloto va un hombre con una máscara cubriéndole la parte inferior de la cara.

No consigo distinguir quién es.

El corazón me late con fuerza en el pecho.

Sophia.

Tengo que llegar hasta ella. Y rápido.

21

SOPHIA

Me despierto lentamente, la luna brillando a través del cristal de la ventana. Me incorporo, haciendo un puchero porque Luca no está. No sé por qué me sorprende.

Lo sorprendente es que siquiera se quedara conmigo anoche.

Supongo que pensé que sería bonito despertar a su lado.

Niego con la cabeza para despejarme. Estoy empezando a pensar como una loca otra vez, y todo porque me ha tocado como yo quería. Es como si estuviera hipnotizada por todos los orgasmos que me da. Tiene que ser eso.

¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Tres días? ¿Cuatro? ¿Ya han pasado cinco? Siento que las horas se desdibujan, sobre todo desde que duermo durante el día. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que pierda la cuenta por completo?

¿Scott le contará a Rosa que la quería? ¿Le dirá lo mucho que luché por ella?

Me tiembla el labio y me incorporo, estirándome. Al menos me siento limpia, y más relajada de lo que he estado desde que llegué

aquí. Los pantalones de chándal que me dio Diego no me quedan del todo bien, pero he atado el cordón para que no se caigan. Y la camiseta es cómoda, grande pero confortable.

Me pregunto si será ropa de Luca y un escalofrío me recorre la espalda. Están recién lavadas, así que solo huelen a limpio, no a él. Tal vez sea lo mejor.

No sé cómo me comportaría llevando puesta ropa que oliera a Luca.

Probablemente como una adolescente enamorada. Qué asco.

Me pongo de pie y empiezo a pasear por la habitación para hacer algo de ejercicio. Todo ha sido tan caótico y tengo un montón de energía nerviosa acumulada. Camino de un lado a otro hasta que me canso y me siento, respirando con dificultad. Supongo que podría hacer flexiones o algo así. Abdominales. Frunzo la nariz. Nunca fui mucho de ejercicio, salvo el cardio.

Espío por las persianas. Fuera está oscuro salvo por la luz de la luna, y no hay ningún coche en la entrada. Frunzo el ceño. ¿Eso significa que estoy sola aquí?

El corazón me late más deprisa por la emoción. ¿Podría intentar escapar ahora? Me acerco a la ventana, intento levantarla, pero la han pintado y está atascada. Suelto un resoplido, derrotada. Saco una horquilla de mi corte pixie y me arrodillo en el suelo, intentando abrir el cerrojo.

Nada.

No se mueve ni un milímetro.

Este sitio no parece una casa de seguridad, no lo parece salvo por el cerrojo, pero claramente está pensado para que la gente no salga. O tal vez para que no entren, supongo.

—¿Diego? —llamo, por si acaso—. ¿Luca?

Nada. Se han ido. De verdad estoy sola aquí, y sigue sin haber salida. Gimo y me dejo caer de espaldas sobre la cama, mirando al techo.

El ventilador de techo gira y gira y gira.

Voy a perder la cabeza aquí encerrada a solas con mis pensamientos todo el tiempo. Me incorporo de golpe, dándome cuenta de algo.

¿Y si los dos se han ido porque han detenido a Luca? ¿Scott pondría una orden de busca y captura? ¿Testificaría?

El corazón se me dispara en el pecho y me gustaría pensar que es por la emoción. Pero la idea de que Luca acabe pudriéndose en la cárcel no me alegra ni me emociona. Lo único que siento es… miedo.

No miedo a que salga y venga a buscarme. No, nada tan sencillo. Sino porque es el padre de Rosa, y aunque haya hecho todo lo que me ha hecho, aunque me haya secuestrado, eso todavía significa algo para mí.

El motor del coche suena con fuerza cuando llega y me sobresalto, dando un pequeño salto sobre la cama. Tiene que ser Luca o Diego.

Espero sentada encima de la cama, balanceando las piernas. Unos pasos se acercan a la habitación y se detienen delante.

—Adelante. Estoy decente —llamo, con un tono juguetón en la voz. Pero también hay cierta tensión en ella. Tengo miedo.

No de Luca. Ni siquiera de Diego.

Sino de estar sola aquí.

Luca tiene enemigos de sobra, tanto dentro como fuera de ese mundo. ¿Y si vienen a por mí?

¿Pero por qué lo harían? No significo nada para él. Solo estoy aquí porque no sabe qué hacer conmigo. Porque no cree en mi historia.

Carraspeo.—He dicho…—

El pomo de la puerta se mueve y de inmediato me quedo en silencio.

Retrocedo torpemente por la cama. Algo va mal. Diego ya habría abierto la puerta y Luca habría dicho algo.

—Me llamo Sophia Bianchi —digo rápidamente, asustada—. Soy una prisionera aquí.

Justo cuando termino de hablar, la puerta se abre de golpe, arrancada de sus bisagras.

Grito cuando un hombre enmascarado irrumpe, apuntándome a la cabeza con un rifle. No dice nada.

—Por favor —susurro—. Solo soy una prisionera aquí. No sé nada. No soy nadie…—

Le lanzo una almohada a la cara justo cuando empieza a acercarse a mí.

Entonces vuelvo a la ventana, un último intento, levantando el cristal con todas mis fuerzas. Un crujido me hace darme cuenta de que lo estoy consiguiendo: estoy abriendo la ventana.

La subo hasta la mitad antes de intentar escabullirme por ella. Estoy a punto de lograrlo, con una pierna ya fuera, cuando el hombre enmascarado me agarra y me tira hacia atrás.

Grito, pataleando y arañándole, pero en un instante me pasa la mano por el pelo corto y me arrastra hacia atrás.

Suelto un gruñido y jadeo mientras me arrastra hacia atrás, con una mano alrededor de mi cuello. Apenas puedo respirar por el minúsculo orificio que me deja en la garganta.

—¡Suéltame! —me retuerzo y vuelvo a gritar, pero él me tapa la boca con la mano.

—Cállate —musita entre dientes—. Déjame…—

Le piso el empeine *con fuerza* y él chilla, soltándome. Salgo disparada, corriendo hacia la puerta rota, y apenas lo consigo antes de estrellarme contra un pecho duro.

Levanto la vista, presa del pánico, ya lanzando brazos y piernas para defenderme, pero poco a poco comprendo que es Luca quien me sostiene, sus brazos rodeándome.

—Luca —suspiro, sin imaginar jamás que me alegraría tanto de ver a mi propio secuestrador.

Me mira durante una fracción de segundo, echando la vista atrás para ver qué hay a mis espaldas.—¿Te ha hecho daño?

—Yo…—

Luca maldice y pasa a mi lado hacia la habitación, pero ya es tarde: el enmascarado ya está arrancando el motor. Ha escapado por la ventana entreabierta.

No me doy cuenta de que tiemblo de arriba abajo hasta que él me sujeta por los brazos.

—¿Quién ha sido? ¿Has visto su cara?

Niego con la cabeza, sintiendo como si estuviera fuera de mi propio cuerpo.—Llevaba máscara. No lo sé.

—No pasa nada —dice, y frunzo el ceño, preguntándome por qué me consuela, hasta que siento las lágrimas correrme por la cara.

—Pensé… Tenía tanto miedo —admito, deshaciéndome en sollozos, y Luca me abraza, apretándome contra su pecho.

—Ya está. Estás bien. Estoy aquí ahora, duendecilla.

Me aferro a sus brazos, deseando suplicarle que se quede, que no me deje nunca más. ¿Qué clase de síndrome de Estocolmo es este?

Que el lugar donde me siento más segura sea en los brazos de mi propio secuestrador.

Las piernas me fallan y, en vez de dejarme caer, Luca se arrodilla conmigo en sus brazos, atrayéndome aún más cerca.

—Ahora estás a salvo, Sophia —dice, y escuchar mi nombre en sus labios me deja todavía más floja, como si físicamente ya no pudiera sostenerme en pie.

Me alza y yo rodeo su cuello con los brazos, escondiendo la cara en su pecho mientras me lleva al salón. Me sienta en el sofá y yo recojo las piernas bajo mí. Él se sienta a mi lado, pasando un brazo por mis hombros.

—No puedes dejarme sola —susurro, y él parece casi dolido al mirarme.

—Nunca, *bellissima.* No voy a dejarte sola nunca más.

No debería anhelar eso. No debería desearlo. Pero en realidad es lo único que quiero. Le quiero aquí, conmigo, protegiéndome. Si no puedo tener mi libertad, al menos quiero eso.

—A-aquí no es seguro —tartamudeo, aún sollozando, intentando contenerme pero sin lograrlo.

—Lo será —promete—. Haré que arreglen la puerta, pondré un doble cerrojo.

Sigue rodeándome con los brazos y no puedo evitar subirme a su regazo, sentándome a horcajadas sobre sus caderas y escondiendo la cara en su cuello.

—Todo va a ir bien —me asegura.

¿Qué me pasa para que de verdad le crea?

22

LUCA

No puedo alejarme más de un par de metros de Sophia sin que empiece a sollozar, así que me quedo cerca de ella, pidiéndole a Diego que nos traiga unas hamburguesas y patatas fritas. No puedo dejarla el tiempo suficiente como para obligarla a comer. Está asustada, y no le falta razón.

Me han seguido esta noche, y a ella la han atacado. No ha sido un Jeep el que ha salido de aquí, pero sé que están relacionados. ¿Pero quién? ¿Quién sabe lo suficiente como para saber que Sophia es importante para mí?

Solo Diego, y sé que él no me delataría. Y mucho menos a alguien leal a Nico. Así que, de nuevo, los únicos en quienes confío son Diego y Arturo. Alfonso es demasiado tonto para urdir algo así, así que eso nos deja a Johnny.

Sophia permanece en mi regazo, agarrada a mí, y el pecho me duele cuando gime en cuanto la muevo un poco.

—No voy a ir a ninguna parte, duendecilla. Solo me estoy acomodando.

Ella se acurruca aún más, y yo solo la abrazo, murmurándole palabras dulces al oído.

Para cuando se queda dormida, Diego ya ha llegado. La tumbo con cuidado a mi lado en el sofá. No se inmuta.

—He tenido que llamar a Joey Stacks y ofrecerle diez mil para que vigile el cargamento —dice Diego al entrar.

Suelto un gruñido y aprieto los dientes.—Genial, me encanta deberle dinero a ese usurero.

Diego se encoge de hombros.—Por lo menos él no canta siempre que cobre. Más de lo que puedo decir de algunos de tus hombres.

Le lanzo a Diego una mirada fulminante pero él ni se inmuta. Sabe que estoy entre la espada y la pared.

—Ya ni siquiera puedo confiar en mis propios hombres —murmuro, y Diego asiente.

—Llevo tiempo diciéndote que cada vez más de ellos son leales a Nico.

—Ser leal a Nico *es* ser leal a mí.

—No tal y como están las cosas —Diego se detiene, dubitativo.

—Suéltalo ya.

—Nico te está dejando como un pringado —dice sin tapujos, y parpadeo al oír su sinceridad, pero razón no le falta.

—¿Y qué se supone que debo hacer? Ya he intentado mostrarle las consecuencias…

—¿Después de años saliéndose siempre con la suya? Es demasiado poco, demasiado tarde, *Caputo*.

—¿Estás insinuando que mi hermano no tiene remedio?

—Si te queda el traje…

Me pongo en pie, hinchando el pecho, pero Diego no se achanta, solo me mira hacia arriba porque le saco algo de altura. Y la realidad es que tiene razón. Nico lleva demasiado tiempo haciendo lo que le da la gana con total impunidad.

Y no es como si mi padre fuera a ponerle límites a estas alturas.

—Necesito averiguar quién, aparte de ti y Arturo, me sigue siendo leal.

Diego va alzando los dedos mientras va nombrando.—Joey Stacks es leal al dinero, así que puedes ganártelo. Alfonso y Johnny están claramente en el bando de Nico. Luego tienes a los veletas…

—No puedo fiarme de ninguno —mascullo. Mis hombres se han ido reduciendo en estos últimos cinco años, desde que asumí el mando del imperio de mi padre. La mayoría de la ayuda que recibimos viene de hombres leales a Oscar Cortado, ya que somos aliados. Pero nunca podré confiar del todo en hombres leales a otra familia.

Los únicos dos hombres en los que puedo confiar son Diego y Arturo. ¿Cómo hemos llegado a esto?

—Puedo llamar a algunos de mis antiguos —ofrece Diego.

Asiento.—Hazlo. En quien confíes tú, confío yo.

—Quizá pueda reunir a cuatro.

—Envía a dos al cargamento para relevar a Joey. Que los otros vengan aquí. Necesitamos más seguridad aquí.

Diego echa un vistazo a la puerta del dormitorio, reventada.

—¿Alguien ha venido aquí a por ella? —Su voz se eleva incrédula.

Asiento con la cabeza. —No sé quién. Dijo que llevaban máscaras. Conducían un coche potente.

Diego silba. —Suena a gente de Nico.

Frunzo el ceño. —Pero Nico no sabe que uso este sitio como refugio.

—Alfonso sí lo sabe. Así que apuesto a que Nico también lo sabe.

Maldigo entre dientes. —¿Así que crees que es Nico? ¿Piensas que quiere hacerse con el imperio?

—No sé si quiere el imperio, pero desde luego intenta pillarte desprevenido. Y lo está consiguiendo, ¿no?

Me encojo de hombros, ya que los tengo rígidos.

—Supongo que sí. No quiero que la hagan daño.

Diego echa un vistazo a Sophia, que está acurrucada en el sofá, roncando suavemente.

—*¿Caputo?* —dice, y me giro para mirarle. —¿Qué es ella para ti?

—No lo sé —respondo, tan honesto como puedo—. Ahora, vamos a arreglar esta puerta.

Trabajamos durante una hora, sustituyendo la puerta por otra del taller de fuera. Encaja perfectamente y también tiene un cerrojo por fuera. Cuando terminamos, estamos sudando los dos, pero funciona y la habitación vuelve a ser segura.

Recojo a Sophia en brazos, en plan recién casados, y ni siquiera se despierta para rodearme el cuello, así que la acurruco contra mi pecho, la llevo hasta la habitación y la deposito suavemente en la cama.

Diego me observa mientras intento zafarme.

—Luca, no te vayas —susurra, aferrándose a mi brazo, y bajo la vista hacia ella.

—Ahora vuelvo —digo en voz baja, pero no me suelta; sus ojos azules me miran muy abiertos.

Diego me dedica una pequeña sonrisa burlona y me entran ganas de darle un puñetazo por eso, pero después cierra la puerta, echa el cerrojo y Sophia se relaja un poco.

—Dijiste que no te irías.

—No me iré, duendecilla —la tranquilizo, acariciándole el pelo. Ella se pega a mi mano, rodeándome la cintura con los brazos.

—Tengo tanto miedo, todo el tiempo.

Su voz es apenas un susurro; apenas puedo oírla.

—Te dije que no te haría daño.

—Te creo. Pero hay otra persona que me busca, y va a usarme para saber dios qué —balbucea, acurrucando la cara contra mi abdomen.

Aspiro hondo, sus manos sobre mí hacen que la sangre me hierva.

—No me toques así, duendecilla.

—¿Por qué no? —pregunta, casi desesperada—. Solo quiero que estés cerca.

—Estoy aquí. Estoy cerca. Pero si sigues—

Ella desliza una mano bajo la cintura de mis pantalones y me escapa el aliento, interrumpiendo mis palabras.

—Hazme el amor —suspira—. Hazme el amor y haz que olvide que tengo miedo.

—Sophia…

Pero está decidida. Tiene ese brillo en los ojos y, cuando quiero darme cuenta, está sentada a horcajadas sobre mí, besándome el cuello.

—Solo… déjame montarte —murmura, desabrochando mis pantalones. Es como si estuviera en celo o algo así; sus dedos ágiles

abren la cremallera en un instante. Libera mi erección y silbo entre dientes.

—Coge lo que quieras, duendecilla —le digo por fin, incapaz de aguantar mientras sus dedos pequeños rodean la base de mi polla.

Empieza a masturbarme despacio, subiendo y bajando por el glande y, de repente, me falta el aire, el pecho me sube y baja. Solo pienso en darle la vuelta y follarla como a ella le gusta, duro.

Pero eso no es lo que necesita ahora. Necesita algo que pueda controlar y, si eso tiene que ser mi polla, que así sea. No me voy a quejar.

Suelta un bufido frustrado, se pone de pie y se quita los pantalones de chándal moviendo las caderas. No se molesta con la camiseta y sus pezones se marcan a través de la tela. Los atrapo con las manos, deslizando los pulgares por sus puntas.

Sophia jadea, vuelve a cogerme la polla y me guía hacia su interior. Se sienta despacio, centímetro a centímetro, y me cuesta morderme el labio para no gemir tan alto que Diego pueda oírlo.

—Luca —susurra.

—¿Qué pasa, cariño? —le susurro, incapaz de tratarla con dureza cuando está así, desesperada por mí, ansiando estar cerca de cualquier manera. Me muero de ganas de darle la vuelta y follarla como un animal, pero no lo haré.

Ella lo necesita.

Y yo quiero dárselo. Dios me ayude, quiero darle todo.

La sujeto por las caderas, sin empujarla hacia arriba y abajo sobre mi polla, solo manteniéndola ahí. Cuando empieza a mover las caderas, no puedo evitar gemir su nombre ahogado.

Está tan apretada y húmeda mientras cabalga mi polla, y no puedo *respirar.* Necesito más, quiero que empuje más fuerte, pero

ella sigue yendo tan lento como puede. Es una tortura.

—Sophia —consigo decir, la voz tensa, y la pequeña diablesa *me sonríe*. Está disfrutando de esto.

No me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta hasta que ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Nunca me dejas tomar el control. Es agradable.

No le digo que solo tiene la ilusión de control, que si quisiera la pondría de espaldas y tomaría lo que necesito.

—No me importa cederte las riendas, duendecilla —gruño, mordiéndome el labio de nuevo para no correrme dentro de ella mientras se desliza sobre mi pubis.

—Me gusta tanto —jadea, empezando a saltar más fuerte, y suelto un gemido grave por el que seguro Diego luego se burlará de mí.

A estas alturas él ya sabe que Sophia no es solo una modelo que retengo para interrogar. Tiene que saberlo. Y seguro que me preguntará por ello, pero ahora mismo solo le agradezco que no sea del tipo insistente.

No cuestionará mis actos a menos que de verdad crea que me estoy metiendo en un lío. Y yo lo tengo todo bajo control.

¿Verdad?

Sophia clava sus uñas perfectamente cuidadas en mis hombros mientras me cabalga y el escozor hace que mis testículos se encojan.

—Estoy a punto —la advierto entre dientes apretados.

—¿Tan pronto? —me provoca—. ¿El gran mafioso se va a correr dentro de mí?

—Deja de hablar así —murmuro, lanzándome a besarle el cuello, mordiéndole la base y dejándole una marca.

Ella gime mi nombre y después hace un puchero.

—Pensé que se suponía que yo llevaba el control.

—Lo llevas, duendecilla —le aseguro con una sonrisa torcida—. Lo estás haciendo genial.

Se detiene, se queda completamente quieta y simplemente se hunde en mí, y yo gimo alto.

—No quiero que te corras aún —murmura, y una oleada de calor recorre todo mi cuerpo.

—No creo que puedas evitarlo, duendecilla, no si sigues…

Se retira de mí, gateando por la cama en dirección a mí, de rodillas.

—Quiero que te corras en mi boca —suplicó, y podría correrme justo ahí, solo de imaginar las palabras que acaba de decirme, sobre su cara.

—¿Quién soy yo para negártelo, *belissima?*

Sophia vuelve a cogerme el pene con la mano y se lleva lentamente el glande a la boca, chupando suavemente. El placer me atraviesa y suelto su nombre entre jadeos, luchando por no dejar que mis caderas se sacudan. No quiero atragantarla. Se supone que debe tener la ilusión de control.

Me toma más profundo, ahogándose un poco al tocar el fondo de su garganta. Mis caderas se sacuden involuntariamente porque ya no puedo controlarme, y vuelve a ahogarse, mirándome con los ojos azules inundados de lágrimas.

Pero no se detiene, sigue moviendo la cabeza, dejándose ahogar y atragantarse porque sabe que eso me da placer.

—Joder, ya casi, duendecilla, solo un poco más —suplico, incapaz de contenerme más.

Ella gime en torno a mí, hunde las mejillas, y me corro en el fondo de su garganta, volviéndola a atragantar. Ella tose pero lo traga todo, mirándome con los ojos llenos de lágrimas.

Le cojo la cara entre las manos, la atraigo hacia arriba por mi cuerpo para besarla, saboreándome en su lengua.

—¿Te sientes mejor, cielo? —le pregunto en voz baja mientras se acurruca en mi cuello.

—Un poco —admite, frunciendo el ceño. Me río. Es adorable; no puedo negarlo.

Y tampoco puedo negar lo que siento por ella. No sé lo que es el amor, no de verdad. Ni siquiera sé si mis padres se amaban. Creo que mi padre sí, pero ¿mi madre? No estoy tan seguro.

Creo que ella estaba menos enamorada y más arrastrada por el estilo de vida, embarazada, obligada a quedarse porque si no me perdería a mí y a Nico. Así que como modelo a seguir en el amor romántico, no tengo el mejor ejemplo.

Pero creo—no, sé—que estoy enamorado de Sophia.

No tiene sentido. Apenas la conozco, salvo lo que pude averiguar cuando se marchó por primera vez, que no era más que su trabajo policial. Sé que es trabajadora, que quería ascender. Pero su carrera se fue al traste hace unos años y eso respalda su historia de que perdió a su compañero.

Pero aún así no la creo. Al parecer, puedes amar a alguien en quien no confías, y eso me desconcierta.

—¿Confías en mí ahora? —pregunta con los labios entreabiertos.

—No —susurro, pero su expresión no cambia. No parece sorprendida —. ¿Confías tú en mí, duendecilla?

—Nunca —responde ella.

Y bueno, ahí está la clave, ¿no? Por mucho que yo sienta por ella, o ella por mí, no confiamos el uno en el otro.

Y no puede salir nada de una relación sin confianza.

23

SOPHIA

Sueño que corro y corro pero no llego a ninguna parte. No es que haya pegamento a mi alrededor, como en sueños anteriores, sino más bien que corro a cámara lenta. Paso una y otra vez por la misma escalera de caracol.

Mi padre está allí. De pie al final de la escalera de caracol, suplicándome. Su expresión es de dolor, las lágrimas le han dejado surcos en la cara. La última vez que vi a mi padre llorar fue el día que murió mi madre.

—Se ha ido —me repite una y otra vez en el sueño.

Tres días antes de mi undécimo cumpleaños.

Oigo las sirenas aunque sé que no pueden ser reales. Mi padre ya le había dicho a emergencias que ella no estaba. Miro a mi alrededor, intentando averiguar de dónde vienen las sirenas, y cuando miro de nuevo hacia la escalera ya no está mi padre sino Luca, con esa misma expresión de dolor en el rostro.

Se lleva la mano al costado. Cuando la separa, está ensangrentada y empiezo a gritar.

El grito muere en mi garganta cuando despierto; los brazos de Luca ya me rodean.

—Shh, shh, duendecilla, todo está bien —me susurra para tranquilizarme.

—He tenido una pesadilla —digo atontada.

—Lo sé. Te has puesto a llorar dormida.

Llevo la mano a la cara y me seco las lágrimas de las mejillas.

—¿Sobre qué has soñado?

Niego con la cabeza. —Nada.

El sueño parece bastante sencillo ahora que ya no estoy dentro. Tengo miedo de que Scott mande a la policía y acaben con Luca. No quiero perderle, aunque me haya secuestrado. Aunque me odie.

Aunque yo también debería odiarle.

Luca se sienta al borde de la cama y siento que el pánico me sube por la garganta.

—¿A dónde vas?

—Tengo que ocuparme de unas cosas.

Trago saliva con dificultad. —Ten cuidado.

Luca se me queda mirando de reojo, esbozando una media sonrisa burlona.

—¿Te preocupas por mí, duendecilla?

—N-no —miento—. Es solo que no quiero quedarme aquí sola si te pasa algo.

—Precioso —murmura, pero no se ofende. Parece… realmente contento.

¿Pero por qué le haría feliz que yo me preocupe por él? Me odia a muerte. No confía en mí.

Y, a decir verdad, no tiene motivos para hacerlo. Todo lo que descubro lo doy para el informe que enviaré a mis superiores. ¿Verdad? Sigo trabajando.

Pero no he conseguido centrarme en el trabajo desde que me llevaron. Cuando no me angustio por Rosa, lo único en lo que puedo pensar es en Luca.

Se viste y yo le pongo morros desde la cama, pero se va igualmente, dedicándome una leve sonrisa ladeada que le hace parecer diez años más joven.

Me quedo mirando la puerta después de que se marcha, apartando el flequillo de mi cara de un soplido.

Ahora tengo que buscar cómo matar el tiempo completamente sola. Como si me leyera el pensamiento, Diego desliza un libro de bolsillo gastado por debajo de la puerta.

¿Mansfield Park? ¿En serio? No te habría imaginado fan de Austen —le digo a través de la puerta.

—No —murmura—. Soy más de las hermanas Brontë, pero este estaba bastante bien.

Es de los pocos libros de Austen que no he leído, así que me siento en medio de la cama, con las piernas cruzadas, e intento perderme entre sus páginas.

—Debería haberse quedado con el otro —me quejo a través de la puerta después de terminar, unas horas después.

Diego suelta una carcajada.—¿Con el mujeriego?

—Podría haberle cambiado.

—Ah, eres de las que piensan que pueden arreglarle —bromea Diego, y yo resoplo, ofendida.

—No exactamente. Creo que todo el mundo está roto.

—Vaya forma nihilista de ver el mundo. ¿Tienes hambre?

No respondo y entonces la cerradura se descorre y abre la puerta de par en par.

—¿Para qué pregunto? Siempre tienes hambre.

—¿Me estás llamando gorda?

—*No*, mujer, no te estoy llamando gorda —gime, y no puedo evitar sonreír.

Diego es divertido cuando le coges un poco el truco.

Me recuerda a Scott, en cierto modo, aunque mucho más, bueno, directo.

—Tú y Luca crecisteis juntos, ¿verdad? —pregunto cuando Diego ya me tiene sentada en la isla, viéndole cocinar.

No sé qué está preparando pero huele de maravilla. Finas lonchas de carne rebozadas en pan rallado, que fríe en la sartén.

—Se me olvida que eres una tragona.

—Y siguen los chistes de gordos —murmuro.

Diego se ríe.—No era eso lo que quería decir y lo sabes. Eres muy atractiva… para ser policía.

—No sé si voy a poder soportar tantos cumplidos tuyos, Diego.

—Cállate.

Me pone el plato delante y yo empiezo a comer con ganas, alabando el sabor.

—Vas a hacer muy feliz a algún hombre cuando seas su esposa —bromeo, y Diego se ríe por lo bajo, pero sin pizca de humor.

—Lo intenté. No salió bien.

Su expresión me deja claro que no va a hablar más del tema y que mejor no insista. Así que carraspeo.

—Cuéntame algo de Luca. ¿Cómo era de pequeño?

—Un salvaje —responde sin dudar, y me sorprende tanto que ladeo la cabeza.

—¿Salvaje? ¿Luca? Parece tan… contenido.

—No siempre fue así. Tiene el genio de su madre.

—¿Conocías a la madre de Luca?

Él se encoge de hombros. —Más de lo que conocía a mi propia madre, sí. Prácticamente me acogió cuando tenía unos catorce años. Murió solo unos años después.

—Dios. ¿Así que realmente convivisteis los dos durante un tiempo?

—Cuando éramos adolescentes, sí. Habría acabado metido en muchos líos si no hubiera sido por su padre. Él habla de cómo mimaba a Nico, pero también dejaba a Luca salirse con la suya. Simplemente, Luca maduró. Nico nunca lo hizo.

Murmuro para mis adentros. He oído hablar de Nico, he leído sobre él en los dosieres. Parece peligroso. Es un bala perdida. Nada que ver con su hermano mayor. Aunque quizá, al fin y al cabo, no sean tan diferentes. Simplemente tomaron caminos distintos.

Diego me mira con curiosidad. —¿Qué dicen los polis de mí?

Le miro, mordiéndome el labio con nerviosismo. —¿De verdad quieres saberlo?

Él asiente.

Se lo cuento, empezando por su historial militar irregular y sus compañeros, que se negaron a decir una sola palabra mala sobre él.

Sus hombros se relajan. —No está tan mal.

—¿Pensabas que sabrían más?

—Sí. Mucho más. No se os da muy bien vuestro trabajo, ¿eh?

Echo la cabeza hacia atrás y me río a carcajadas, llevándome la mano al estómago. Después de un momento, me seco las lágrimas de la risa y vuelvo a la comida.

—No eres como ningún otro policía que haya conocido.

—Creo que me lo tomaré como un cumplido.

—No estoy segura de haberlo dicho como tal.

—Igual me lo quedo.

Diego se encoge de hombros. —Me da igual. Lo único para lo que me pagan es para entretenerte, así que…

—¿Tienes más libros?

—Unos cuantos, en mi furgoneta.

—¿Los llevas encima?

—Claro. Nunca sabes cuándo tendrás un rato libre.

—La mayoría jugaría con el móvil.

—Nunca me ha ido mucho la tecnología —dice, pero sé que es mentira. El ejército le tenía por un genio de la tecnología. Diego era un hombre enigmático, pero no me corresponde a mí averiguar sus secretos.

Ya tengo suficiente con preocuparme por Luca.

Frunzo el ceño. —Lleva mucho tiempo fuera.

—Puede que tarde un poco más. Hoy le toca salir a recaudar.

—¿No suele mandar a otro para eso?

—Normalmente sí, pero… —deja la frase en el aire—. Supongo que ya sabes que hay descontento entre los suyos.

—Desde hace tiempo.

Parpadea. —Me sorprende que los maderos lo hayáis pillado tan rápido.

—Nico Rossi siempre ha estado en nuestra lista. Llevamos años esperando que acabe rebelándose.

No sé por qué estoy diciendo la verdad a Diego. Supongo que simplemente me sale solo. En parte porque estoy preocupada por Luca. Pero creo que, en el fondo, estoy cansada de mentir.

Diego asiente. —Me preocupa desde que llegó a la mayoría de edad. Intento avisar a Luca, pero…

—¿No se lo toma en serio?

Suspira. —Es más bien que no sabe qué hacer con Nico. No es capaz de tratarle como trataría a cualquier otro. Sigue viéndolo como a su hermano pequeño.

—Diego —empiezo, y Diego emite un murmullo en respuesta, mientras termina su plato—. ¿Has visto la adaptación de 2005 de *Orgullo y prejuicio?*

—No soy muy de pelis —responde arrugando la nariz y yo suelto una carcajada, me levanto y friego los platos antes de saltar al salón, esperando que me siga.

Me sigue y yo me acurruco en el sofá, abro una de las muchas plataformas de streaming que Luca tiene contratadas. Pongo la película y, a mitad, Diego está *totalmente enganchado*.

Se inclina hacia delante, los antebrazos sobre los muslos, justo cuando el señor Darcy empieza a darse cuenta de sus sentimientos por Elizabeth.

Cuando acaba la película, yo ya me he quedado dormida, pero Diego sigue mirando la pantalla, con una enorme sonrisa en la cara. Es difícil no verlo adorable: este tipo grande y militar completamente rendido a la literatura del siglo XIX.

—¿Qué te ha parecido?

—Creo que debería ver más películas. ¿Alguna recomendación más?

Me río, pero él saca una libreta y un bolígrafo del bolsillo trasero y me mira muy serio.

Le digo algunas películas que creo que le gustarán y él las anota, guardando la libreta con cuidado en el bolsillo. Los mafiosos son muy distintos a como me los imaginaba.

Desde luego, esto nunca estaba en ningún dosier.

El tiempo pasa algo más rápido de lo habitual gracias a Diego y la televisión, que consiguen distraerme. Vemos un montón de películas de época y, cuando Diego se emociona hasta las lágrimas en una de ellas, ni siquiera le tomo el pelo.

Pero, a medida que transcurren las horas, mi sueño empieza a parecerme cada vez más real.

—¿Deberías llamarle? ¿Comprobar cómo está?

Diego pone los ojos en blanco. —¿Quieres que llame a mi *caputo* para ver cómo está?

—Solo para asegurarme de que está bien —le ruego, y Diego simplemente me mira.

—Estará bien. Es lo que hace siempre.

—¡Pero no suele hacerlo él mismo! —protesto. Es peligroso, moverse así, cambiando sus rutinas. Si normalmente manda a los secuaces y aparece él mismo…

Eso manda un mensaje al resto de la mafia. Dice que no puede fiarse de sus hombres.

Por la expresión de Diego, sé que él también lo sabe. Está tan preocupado como yo.

—Cuéntame más de cuando erais jóvenes.

—Tenía unos sueños enormes —murmura Diego—. Quería viajar. Salir de esta vida. Conocer a alguien. Asentarse. Siempre quiso tener hijos.

—¿Hijos?

Me duele el corazón. Quiso otra vida. No quería quedarse siempre bajo la sombra de su padre.

—Sí, siempre decía que quería una casa llena. Nosotros siempre nos reíamos, pero él lo decía en serio. Salió con un par de chicas en el instituto, pero nada cuajó. —Diego suspira—. Su padre siempre le presionaba, ya sabes, y la cosa fue a peor cuando falleció su madre. Luca tuvo que hacerse cargo de todo, incluso de cuidar de Nico.

—¿Cuántos años tenía Nico cuando murió su madre?

—¿Cinco, seis? —Diego hace una mueca—. No fue la mejor situación.

Así que Luca no solo lleva años barriendo detrás de Nico. Lleva haciéndolo toda su vida. No es de extrañar que siempre hayan chocado.

Quizá haya sido un error saber más sobre Luca, porque ahora una parte de mí añora a ese hombre en el que quería convertirse. Un hombre de familia.

Solo puedo rezar para que vuelva sano y salvo.

24

LUCA

Normalmente no suelo encargarme yo mismo de la recaudación. De hecho, nunca lo he hecho, así que todo esto es nuevo para mí. Hay un restaurante de la Bratva al que le ofrecemos cierta protección, y voy allí primero, anhelando unos *pierogies*.

Natasha, la mujer que es dueña del restaurante, me mira con sus grandes ojos oscuros cuando entro en el local. Me invita a sentarme en una mesa junto a la ventana y regresa con un vaso de agua y un fajo de billetes que me mete en la mano.

—¿Todo bien? —pregunta en un inglés cargado de acento.

—Por supuesto, Natasha —respondo en ruso con naturalidad, y veo cómo se le relajan los hombros—. Solo quería encargarme yo mismo de la recaudación este trimestre.

Ella se toca la nariz con un dedo y me guiña un ojo—. Mantén cerca a tus enemigos.

—Algo así.

Me trae una cesta de *pierogies* a la mesa y como con avidez. Hacía tiempo que no me sentaba a disfrutar de una comida casera.

—Mi hermano dice que tienes problema —dice, deslizándose en el banco frente a mí—. Que no eres capaz de confiar en tus hombres.

Frunzo el ceño—. ¿Te ha dicho esto Sergei?

La Bratva tiene una presencia menor en esta ciudad, pero se someten a nosotros, los italianos, porque llevamos tanto tiempo dominando el terreno. Quieren llevarse bien con nosotros, pero, por lo visto, Sergei no sabe mantener la boca cerrada.

Sus ojos oscuros se agrandan de nuevo—. No culpes a Sergei. Soy una vieja, cotilleando, *da*?

La observo con seriedad, pero al final le concedo un gesto de asentimiento. No voy a darle una paliza a Sergei. Está a punto de cumplir los sesenta y con suerte logra mantener unido lo poco que le queda de la Bratva.

Me deja con una pinta de cerveza y mis *pierogies*, y termino ambos antes de dejar un billete de cien dólares sobre la mesa para la camarera, o para Natasha. Para quien llegue antes.

El siguiente local es una tienda de conveniencia en la zona sur de la ciudad. Nos llevamos el treinta por ciento de sus ventas a cambio de ofrecerles protección las veinticuatro horas. Es un precio alto, pero ¿en esa zona? No van a encontrar nada mejor.

Ricky, el dueño, me recibe en la puerta con una sonrisa enorme.

—*¡Caputo*, cuánto tiempo! Normalmente mandas a tus hombres, ¿no?

—Normalmente —respondo con calma, y él desliza un sobre hacia mí. Lo peso con las manos—. Parece un poco escaso, Rick.

—Alfonso no vino a su turno anoche —dice, casi disculpándose—. Tuve que cerrar, no me sentía seguro.

Alfonso. Claro que no apareció, el muy cabrón.

Asiento con seriedad—. Esta noche enviaré a Arturo. No te preocupes, Rick. Te tengo cubierto.

Él vuelve a sonreír, aunque parece algo nervioso mientras sus manos revolotean sobre la caja registradora. Sé que probablemente tenga más dinero allí, pero si Alfonso no apareció, me sabe mal quitárselo.

Empieza a quedar claro que la mitad de mis hombres son leales a Nico, y que los únicos en los que realmente puedo confiar son Arturo y Diego. Y eso sin contar con ese cabrón enmascarado que fue a por Sophia.

Tengo que reunir a todos. Hacerles entender que ser leal a mí es la única manera de ser leal a mi padre. Las movidas de Nico son salvajes y no tienen el visto bueno de nadie. Yo hago mi trabajo.

Lo entenderán, y Nico acabará entrando en razón.

Tiene que hacerlo.

El tercer y último encargo es el más peligroso. Voy a recibir un envío de Colombia, el tercero de estos proveedores concretos. Me reuní con ellos la primera vez que empezamos a trabajar juntos, pero el hombre al que solo conozco por "Chip" no se anda con tonterías.

Le parecerá raro que aparezca yo en vez de uno de mis hombres. Tendré que dar explicaciones, porque estos tipos solo entienden de poder.

Aparco a una manzana del almacén, camino hacia allí y Chip me espera en la verja.

Él arquea una ceja, retador—. ¿El jefe en persona viene a por la mercancía? Algo tiene que ir mal.

—Todo está bien —miento descaradamente—. Solo quería hacer un poco de control de calidad.

—¿Quieres probar el producto?

Niego con la cabeza—. Solo quiero pagarlo. Confío en ti, Chip.

Él extiende las manos—. Un hombre solo debería confiar en los suyos, *Caputo*.

Pero ese es el problema. Ya no confío en la mayoría de los míos. Pero no puedo contarle eso a Chip, al menos, no con tantas palabras.

Dejo el maletín que llevo sobre una caja y lo abro, mostrándole los billetes de cien perfectamente apilados.

—Hay un poco más, por las molestias —digo con voz calmada y medida.

Mira el dinero sin mucho interés y luego asiente, cierra el maletín y se lo lleva.

—Mis hombres y yo te lo dejamos todo a ti, entonces —dice—. Pero un consejo, *Caputo*. El único hombre en el que puedes confiar es un hombre muerto.

Asiento bruscamente y Chip y los suyos se meten en sus coches y desaparecen a toda velocidad. Me quedo allí con el cargamento, el móvil en la mano, escribiendo a Arturo, cuando de repente se oye un disparo.

Me agacho de inmediato tras la caja, pero algo me abrasa el costado y llevo la mano hacia el calor. Al retirarla, la veo ensangrentada y el pánico me sube por la garganta.

Suenan dos disparos más y, cuando me asomo desde detrás de la caja y disparo, alcanzo a ver a un hombre enmascarado correr, deslizarse dentro de un coche y marcharse a toda prisa.

Joder.

No era uno de los hombres de Chip. Era uno de los míos, pero no sé quién. Tiene que ser alguien leal a Nico.

Estoy a hora y media del médico más cercano y no sé qué hacer ni adónde ir. Mi mente solo quiere escapar, alejarse de aquí, así que le hago caso y entro en el coche.

Arranco, pero no voy a toda velocidad hacia Charlie, nuestro médico. Acelero hacia la casa de campo. Hacia Sophia.

No consigo asimilar que me han disparado, a pesar de que cada vez respiro con más dificultad y siento el dolor en el costado con mayor intensidad. No creo que sea grave, pero no tengo cómo saberlo.

Diego tiene algo de formación como médico militar, quizá por eso me dirijo a la casa de campo. Pero sé la verdadera razón. Si voy a morir, quiero verla una vez más. Quiero ver su rostro por última vez.

Llego a toda velocidad, casi cayéndome por la puerta del conductor y tambaleándome hasta los escalones. Diego me recibe en la puerta, los ojos se le abren de par en par al verme.

—Joder —maldice, ayudándome a entrar en la casa y llevándome directamente al dormitorio. Sophia se incorpora apresurada y, al ver su rostro, mis hombros se relajan.

—Está sangrando —dice Sophia, con voz plana, como si no estuviera del todo presente.

Diego asiente bruscamente.—Tráeme unos trapos. Rompe una camiseta limpia si hace falta. Y agua caliente.

Sophia reacciona de golpe tras quedarse parada un instante, y lo siguiente que sé es que Diego me ofrece una botella de bourbon. Doy un trago y se la devuelvo, negando con la cabeza.

—Tengo que estar despejado. Alguien intenta matarme.

—No me digas —resopla Diego, maldice otra vez—. Bueno, esto va a doler. Tengo que buscar la bala.

Respiro hondo un par de veces para prepararme y Diego coloca su cinturón entre mis dientes.

Vierte bourbon sobre la herida y el dolor arde con fuerza. Me muerdo el cinturón de cuero, marcándolo mientras gruño.

Introduce el dedo en el agujero de mi costado y grito, pero solo salen sonidos apagados por el cinturón. Jadeo, respiro con dificultad, entrando y saliendo de la conciencia.

Cuando veo a Sophia junto a mí, le aprieto la mano con tanta fuerza que seguramente le duele.

—Sophia. Duendecilla —gimo con el cinturón en la boca, y ella me aprieta la mano mientras Diego sigue buscando la bala.

—Estoy aquí.

—Había mujeres buscándote —digo, y ella frunce el ceño pero no suelta mi mano—. En todas ellas te buscaba.

No sé ni lo que digo, las palabras me salen atropelladas antes de poder frenarlas. Quizá estoy muriendo. Quizás la bala ha rozado algo vital y estoy sangrando por dentro, porque todo lo que quiero es que Sophia esté cerca.

Todo lo que quiero es que sepa cuánto la he deseado, antes y ahora.

—No hables —me dice enseguida, poniéndome un dedo en los labios —. Vas a estar bien. Diego te va a curar.

—No hay bala —resopla Diego, por fin saca su dedo de la herida. Dejo salir un suspiro de alivio, las lágrimas corren por mi cara mientras él retira el cinturón de mi boca—. Ha atravesado de lado a lado.

—Gracias a Dios —suspira Sophia, derrumbándose en sollozos.

—Ahora no te vengas abajo —le dice Diego con seriedad—. Necesito que me ayudes a coserle.

—¡Yo no puedo coserle!

—Sí que puedes. Tienes los dedos más pequeños, podrás sujetar el hilo. Tengo sedal, nos valdrá hasta que podamos ver a Charlie.

—Hazlo —le ordeno, con la voz temblorosa pero la mirada firme.

—¿Sin anestesia? ¿Cómo—?

Le aprieto la mano de nuevo, casi haciéndole daño.—Puedo aguantarlo. Solo hazlo.

Ella inspira temblorosa y extiende las manos. Firmes como una roca.

—No hace falta que quede bonito, solo que deje de sangrar —le indica Diego, enhebrando el sedal en una aguja enorme. La sola idea de que esa aguja atraviese mi carne me da náuseas, así que aparto la mirada.

Diego resopla y vuelve a meterme el cinturón en la boca, echando más bourbon sobre la herida abierta, arrancándome un gruñido de dolor.

Sophia se sienta a horcajadas sobre mis caderas, mirándome con sus ojos azules llenos de lágrimas.

—No llores —digo, pero apenas se entiende con el cinturón, así que solo acaricio su rostro con una mano, asintiendo.

Ella niega con la cabeza y deja escapar un largo sollozo.

—Tienes que hacerlo tú porque tengo que sujetarle —apremia Diego, y Sophia vuelve a gritar antes de clavar la aguja en mi carne.

Diego me empuja hacia el colchón, sujetándome por los hombros, pero no puedo evitar retorcerme mientras ella sigue cosiendo. Parece que pasa una eternidad, entro y salgo de la conciencia, los bordes de mi visión se desdibujan mientras ella sigue pasando la aguja.

—Estás bien —suspira Sophia, cogiéndome la cara al terminar. Cuando recupero el enfoque solo veo el azul de sus ojos.

—Estoy bien —murmuro, la voz aún temblorosa y amortiguada por el cinturón. Diego lo retira, respirando él mismo con dificultad. Es la única muestra de que en todo momento él también ha estado preocupado.

—Has hecho un buen trabajo —le dice Diego a Sophia en voz baja. Ella se aparta y Diego venda la herida, sellando los bordes con cinta americana—. Así aguantarás hasta que Charlie pueda verte.

—Gracias —le digo, y lo siento con cada parte de mí.

—Estás bien —repite ella, como si no supiera decir otra cosa, como si esas fueran las únicas palabras que conoce.

—Estoy bien —repito, mirándola, pero los párpados se me cierran. Me apago, cayendo en la inconsciencia. Si ella es lo último que veo, estaré agradecido.

25

SOPHIA

Me dijo que me buscaba en cada mujer después de mí. ¿Qué significa eso? ¿Fue solo un delirio de fiebre, algo que dijo cuando pensaba que iba a morir?

No significa nada. No puede. No puedo permitir que signifique nada, porque ya estoy a punto de enamorarme de este hombre. Este hombre que me secuestró. Que me dio a Rosa.

Estoy hecha un lío, y que él esté herido no ayuda en absoluto.

—Está dormido —dice Diego, con alivio en la voz.

—¿Deberíamos despertarle? Él—

Diego niega con la cabeza. —No. Deja que descanse. Ha pasado por mucho. Yo me quedaré vigilando.

Sale por la puerta y el sonido del cerrojo echándose me recuerda que Diego aún no confía en mí. Que Luca tampoco, pese a lo que haya dicho.

Me muerdo el labio, mirando a Luca. Empiezo a levantarme desde el borde de la cama y Luca me agarra de la muñeca, tirando de mí hacia él.

—Quédate —murmura, a duras penas coherente.

No puedo decirle que no, no así, no después de haberle cosido yo misma con un cinturón entre los dientes. Me meto en la cama a su lado, acurrucándome cerca de él.

Él me rodea con un brazo, presiona sus labios contra mi sien, y las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos.

No es solo un mafioso. Algo que ningún dossier podría contarme es que Luca Rossi también es un hombre, quizá un buen hombre. Quizá el tipo de hombre que quiero.

No puedo permitirme pensar así, y menos ahora. Y menos cuando él está tumbado, herido y vulnerable a mi lado. Todavía tengo que idear un plan para salir de aquí, pero la idea de aprovechar este desconcierto, esta grieta, en mi propio beneficio me revuelve el estómago.

Luca lucha por su vida en más de un sentido, y yo solo puedo pensar en volver con Rosa. Ella me necesita, pero empiezo a darme cuenta de que quizá él también.

No, protesta la voz de la razón al fondo de mi mente. *No, él te secuestró.*

Y lo hizo. Pero ¿qué otra opción tenía? Yo *le* estoy mintiendo, diciéndole que ya no soy policía, diciéndole que Scott está muerto cuando en realidad sigue vivo.

Apoyo la cabeza sobre el pecho de Luca, escuchando los latidos de su corazón. Al principio van demasiado rápido, pero se estabilizan según se va quedando dormido, y yo dejo que su sonido me relaje.

Ni siquiera sé que me he quedado dormida hasta que la cama empieza a moverse y me doy cuenta de que Luca está intentando levantarse. Gruño y le empujo de nuevo hacia abajo en la cama.

—¿A dónde demonios crees que vas? —pregunto, exasperada, y él me mira parpadeando.

—A trabajar —ladra, pero cuando intenta incorporarse de nuevo, se le escapa una mueca de dolor y le empujo otra vez, con las manos en su pecho.

—Déjalo ya. Te han estado a punto de matar hace menos de veinticuatro horas. Tienes que esperar al médico.

—Charlie se tomará toda la vida en llegar —murmura—. Me iría mejor yendo yo mismo a verle.

Le empujo el pecho por tercera vez, decidida.

—No vas a salir de esta cama hasta que no te vea el médico.

—¿Y tú qué derecho tienes a mandarme?

Se levanta de nuevo y yo levanto los brazos, derrotada.

—Muy bien, pero si te caes de bruces no vengas llorando. Te vas a arrancar los puntos.

Luca gruñe mientras echa las piernas al lado de la cama. Ya está sin aliento.

Le miro con el ceño fruncido, cruzando los brazos. —Podrías tomártelo con calma unas horas, ya sabes. Solo espera al médico.

Él suelta un gruñido bajo, casi un rugido, pero su mal humor ya no me asusta. Sé que no me hará daño. No físicamente, al menos. Siempre podría soltar alguna crueldad, pero creo que voy endureciéndome con el paso del tiempo.

—Vale. Me quedo.

Sonrío de lado. —¿Es porque no puedes levantarte?

Me lanza una mirada fulminante. —Solo en parte.

Luca se tumba con cuidado y resoplo justo cuando el cerrojo se abre. Diego entra con otro hombre, pelirrojo, probablemente Charlie.

—¿Qué te has hecho ahora, tío? —pregunta Charlie, alto y bullicioso, y no puedo evitar sonreír. Ya me cae bien.

—Solo es un rasguño.

—Es una herida de bala —interviene Diego, y la mirada fulminante de Luca no sirve de nada para hacerlo callar—. Pero la bala entró y salió. En su costado.

—Se la he cosido, pero no sé muy bien lo que hago —admito.

—Lo ha hecho bien —dice Diego, y probablemente es el mayor elogio que jamás recibiré de él.

Charlie se acerca a la cama, y suelta un siseo de dolor al levantar la sábana y ver la herida irregular. Los bordes están juntos y ya no brota sangre.

—La verdad es que lo ha hecho bien —dice, suena casi impresionado, y no puedo evitar sentirme orgullosa—. La herida parece limpia. No hay indicios de infección. Tendré que quitar los puntos dentro de un par de días. ¿Qué has usado, hilo de pescar?

Diego asiente.

Charlie musita—Eso es suficiente. Volveré a mirar en un par de días. Os dejaré algunos analgésicos—

—Dáselos a ella —Luca hace un gesto con la cabeza hacia mí.

—¿A mí? —me llevo la mano al pecho—. Pero yo…

Pero Charlie ya me está poniendo unas pastillas en la mano.

—No más de una cada cuatro horas, ¿vale? —chirría, y mira a Diego. Diego saca la cartera y le pasa un fajo de billetes a Charlie—. Vuelvo en dos días. Hasta entonces, nada de conducir.

Luca suelta una maldición por lo bajo, pero Diego parece decidido.

—No dejaré que conduzca.

Si las miradas matasen, Diego estaría muerto en el suelo. Yo también. Pero, por ahora, la mirada de Luca no sirve de nada. Sabe que ni Diego ni yo le vamos a dejar que se reviente los puntos.

Charlie examina la herida una vez más y luego se marcha, dejando a Diego de pie en la habitación.

—Mantenedlo quieto. Iré a preparar el desayuno.

Luca gruñe pero no intenta moverse y yo asiento cuando Diego se va, cerrando el cerrojo tras de sí.

—Ahora estás encerrado aquí conmigo —bromeo, en parte disfrutando la idea de que se quede atrapado conmigo. Ahora podrá entender lo aburrida que he estado—. ¿Te duele?

—Un poco.

—Toma una de estas —le ofrezco una junto con un vaso de agua medio lleno que guardo junto a la cama.

Se la traga sin problemas y yo sonrío.

—¿Ves? No ha sido para tanto, ¿a que no?

—No empieces con el papel de enfermera Nightingale.

—¿Ah, no te gustaría verme con un uniforme de enfermera? —muevo el trasero y sus ojos me siguen con interés encendido. Intenta agarrarme por la cintura, pero me aparte ágilmente—. Nada de tonterías. Se te va a soltar un punto.

—Siempre podrías sentarte en mi cara —comenta con voz grave, y el calor me sube por el cuerpo, instalándoseme en el bajo vientre.

—¿Y tú qué sacarías de eso?

—Más de lo que te imaginas, duendecilla —dice, sonriéndome con picardía, y yo pongo los ojos en blanco aunque lucho contra la sonrisa.

Puede ser tan… diferente. Incluso divertido. Exactamente como fue aquella noche, hace tantos años. Aquella noche que me dio a Rosa.

Cuesta reconciliar al hombre sonriente en mi cama con el asesino del dossier.

Por eso estoy tan confundida. No es porque esté enamorada de él… ¿o sí?

No puede ser.

Ni siquiera puedo pensarlo mucho rato.

—¿En qué piensas? —pregunta de pronto.

Me quedo helada—Creo que valen más que un simple centavo.

—Tal vez. Depende de lo que quieras contarme.

Suelto un suspiro—¿Qué quieres saber?

Tengo que darle *algo*. Solo rezo por que no empiece a preguntarme por el trabajo, por mi compañero muerto…

—¿Quién era ese tipo que vino a recogerte?

Le miro parpadeando. ¿Después de todo esto, eso es lo que quiere saber?

—Te lo dije. Solo es un tipo.

—Un tipo. Qué convincente —gruñe, cruzándose de brazos, con el aspecto de un niño enfurruñado más que de un mafioso peligroso.

—Un amigo, ¿vale? *No* es mi novio.

—¿Así que estás soltera?

—La última vez que lo comprobé —respondo con tono socarrón, y no puedo evitar fijarme en el hoyuelo que le aparece en la mejilla cuando me sonríe.

Dios, puede ser tan guapo cuando le da la gana. ¿A quién pretendo engañar? Siempre es guapo, pero en momentos así, cuando parece casi un crío, consigue que mi corazón dé volteretas en el pecho.

—¿De verdad eso es todo lo que quieres saber?

—No. Quiero saber qué más sabes tú. Qué saben los polis. ¿Qué pone mi expediente?

Le menciono algunos de los antecedentes de menor que aparecen en el dossier, y parece sorprendido.

—Pensé que eso estaba sellado.

—No para la policía de Chicago —digo, con cierto orgullo en la voz, aunque ya no es el mismo de antes.

—¿Y te fuiste? ¿Por tu propia voluntad?

—Después de que mi compañero muriera, nadie quería volver a patrullar conmigo —digo con frialdad. Porque puedo imaginar que, si hubiese perdido a Scott, nadie querría estar conmigo. Probablemente era la segunda persona más importante de mi vida, después de Rosa.

—¿Y qué hay de él?

Me detengo un segundo—¿Qué pasa con él?

—¿Era tu… ya sabes —dice, como si no pudiera pronunciar la palabra.

—¿Mi novio? Por Dios, no. Scott… era gay.

Luca suelta una carcajada.—¿Así que perdiste a un amigo y decidiste dejar toda tu carrera? No me suena nada a ti, duendecilla.

—¿Y tú qué sabes de mí? —pregunto, con curiosidad—. Dijiste que me buscaste.

—Lo hice. Ni siquiera sabía tu apellido. Pero hablé con algunos de los tipos a los que detuviste. Dijeron que eras una buena poli. Justa.

—Bianchi.

—¿Qué?

—Mi apellido. Es Bianchi.

—Así que sí *eres* italiana.

—Ya te lo dije —respondo, haciendo un mohín, y Luca se ríe entre dientes, relajando los brazos a los costados. Parece estar cien veces más tranquilo, y me da la impresión de que tiene más que ver con la medicación que con mi presencia.

—Diego dice que hablas mucho de tu padre.

—¿Qué más dice Diego de mí?

Los ojos verdes de Luca se clavan en los míos.—¿Por qué te importa?

Quiero poner los ojos en blanco, pero sus celos evidentes me dan ganas de dar un respingo como una colegiala, así que estoy dividida.

—Diego parece un buen tipo. Es tu amigo, ¿no?

—Y tanto. —Hace una pausa.—Mi mejor amigo.

—No sabía que los mafiosos teníais mejores amigos.

—No los tenemos. Por norma general. Pero yo tuve suerte con Diego. Mamá lo acogió después de que sus padres se largaran.

—¿Le dejaron así sin más? ¿Cuántos años tenía?

—¿Quince? Algo así.

—Madre mía.

—No todos hemos tenido una infancia bonita como vosotros, los polis.

Sé que está bromeando, pero aun así hace que me irrite.

—Yo no tuve una infancia bonita. Encontré a mi madre muerta en su cama cuando tenía diez años.

Luca traga saliva de forma visible.—Yo... lo siento. No lo sabía, Sophia.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—¿Y de quién es culpa? —me mira intrigado—. Quería invitarte a desayunar al día siguiente, ¿sabes? Pensé en enseñarte la ciudad.

—¿Quieres decir... que querías volver a verme? ¿Después de aquella noche?

Asiente.—Por supuesto que sí. Pero simplemente... desapareciste. Incluso fui a la comisaría con la esperanza de que aparecieras, pero no lo hiciste.

Echo la vista atrás. Me tomé unos días libres después de aquella noche, avergonzada de mí misma por acostarme con un posible mafioso. Entonces no sabía exactamente quién era Luca, pero sí que seguramente era un criminal, y aun así me fui a la cama con él.

—¿Así que te crió tu padre? —Cuando asiento, él hace un sonido pensativo con la garganta.—A mí también.

—¿Pero no te llevas bien con tu padre?

—No es que no nos llevemos bien. Coincidimos en casi todo. Pero él siempre ha preferido a Nico.

—Tu hermano pequeño.

—El mismo. —Hace otra pausa, mirándome de reojo.—¿Qué dicen los dosieres sobre Nico?

Dudo y él frunce el ceño, incorporándose en la cama en vez de permanecer tumbado.

—No mucho. —Eso es cierto. El dosier de Nico solo contiene su historial de arrestos—impresionante—y unas cuantas páginas sobre su complicada relación con Luca.

—Tengo que llamarle. Ponerle al día de lo que ha pasado.

Me muerdo el labio, haciendo una mueca cuando saboreo hierro.—¿De verdad crees que es buena idea?

—¿A qué te refieres? Es mi hermano.

—Luca... ¿y si... y si Nico está detrás de todo esto? ¿De todo?

Luca frunce el ceño aún más.—No puede ser. Puede que se quede con algo de dinero, pero no mandaría matarme.

—¿Seguro que no?

Luca toma aire de forma brusca.—¿Qué derecho tienes a hablar así de mi hermano?

—Solo pensé—

—Has pensado mal, pequeña poli. —Masculla, incorporándose trabajosamente al borde de la cama. Sigue sin camiseta, pero lleva puestos los pantalones de vestir que no le quitamos anoche.

—Luca, no—

—Voy a darme una ducha. A menos que quieras acompañarme...

Deja la frase en el aire y no se atreve a mirarme. Sé que no es una invitación en serio. Solo lo dice para desviar la atención, para no pensar en lo que yo sé que es verdad: su hermano es un traidor. Y probablemente ha intentado matarle.

Me quedo en silencio y Luca sale de la habitación, dando un portazo y echando el cerrojo. Doy un respingo al oírlo, y rompo a

llorar.

Dios, ojalá pudiera llamar a Scott. Es mi mejor amigo. El único que de verdad me entiende. Sabía que yo aún no había superado lo de Luca. Intentó advertirme, pero no le hice caso.

Le echo muchísimo de menos, a él y a Rosa y Agnes, pero al mismo tiempo, no sé si echo de menos mi vida anterior. No echo de menos a la antigua yo, ingenua, demasiado confiada. No echo de menos las noches interminables patrullando, persiguiendo a delincuentes cuya mayor falta era trapichear algo de hierba.

Tengo que dejar de pensar así. Tengo que dejar de creer que significo algo para Luca.

Cuando todo esto acabe y su hermano tome el control, ¿qué será de mí?

Él no se preocupa por mí, y haría bien en recordarlo.

26

LUCA

Gruño al abrirme paso junto a Diego.

—¿Has estado escuchando toda la noche?

—Es mi trabajo —responde con naturalidad, sin dejar de leer su libro de bolsillo ni un instante.

Cojo una toalla y ropa limpia. He estado viviendo de una maleta, pasando todo mi tiempo entre aquí y el trabajo. No he ido a mi ático en una semana.

No puedo decir que lo eche mucho de menos. Nunca me ha parecido un hogar de verdad, solo un sitio al que escapaba cuando no aguantaba más a Padre y a Nico. Un lugar donde llevaba mujeres, me acostaba con ellas una o dos noches y luego las despachaba.

El único sitio donde realmente siento que estoy en casa es tumbado al lado de Sophia, pero no sé si estoy preparado para asumir eso, ni siquiera dentro de mi cabeza.

Abro el grifo de la ducha en el baño principal todo lo caliente que puedo. Antes esta era la habitación de mi madre, pero cuando

enfermó y hubo que ingresarla en el hospital, mi padre la convirtió en un despacho. Mejor dicho, en un trastero.

Cuando se fue, se llevó toda la alegría de esta casa con ella.

El agua caliente golpeando mi herida me hace soltar un grito, y Diego me llama desde fuera.

—¡Estoy bien! —ladro, apretando los dientes por el dolor. A pesar de las molestias, me lavo y salgo, me seco rápido y me visto con un chándal y una camiseta. No voy a ver a nadie que necesite impresionar. Hoy no.

—¿A dónde vas? —pregunta Diego cuando salgo al pasillo, recién duchado.

—A encontrarme con Nico. A contarle todo lo que ha pasado.

Diego me observa un largo rato, como si quisiera decir algo, pero acaba asintiendo solamente.

—Cuídate la espalda —dice en voz baja cuando salgo de la casa.

Gimo al deslizarme en los asientos de cuero porque me tira de los puntos. Odio estar herido. Me ralentiza, y ahora mismo necesito estar despierto.

Por lo menos no he tomado otro analgésico antes de salir. Esas pastillas me dejan cansado y atolondrado.

¿Y si le he dicho algo a Sophia? Estaba rara, casi nerviosa, como si estuviera de verdad preocupada por lo que le diría a Nico. Pero ella no le conoce como le conozco yo. Ella lo mira y ve a un mafioso. Yo lo miro y veo a un niño de diez años con los dientes torcidos, sonriendo hacia mí, deseando hacer todo lo que hace su hermano mayor.

Él no ha estado detrás de este intento de asesinato. Quizá haya sido alguno de sus amigos idiotas, pero él no. No ordenaría que me disparasen.

Diego también parece desconfiado, pero Diego desconfía de todo el mundo. Su carrera militar no fue precisamente un camino de rosas. Tenía sus motivos.

Pero Diego y Sophia no entienden cómo funciona la dinámica de nuestra familia. Padre saca a Nico de los líos. Yo soy el que le da consecuencias. Y puede que sea demasiado poco, demasiado tarde, pero no creo que Nico hubiera empezado una rebelión.

No me odia, solo es… joven y un poco idiota. Como yo antes. Bueno, quizá yo no era *tan* idiota, pero... todos tenemos nuestros vicios.

Nico sencillamente tiene más que nadie.

Llamo a mi padre y responde Cecilia con ese tono lento que me hace apretar los dientes de pura rabia.

—¿Hola? ¿Luca?

—Sí, Cecilia, soy yo —respondo con voz seca—. ¿Está Nico por ahí?

—Hace días que no lo vemos —arrastra las palabras, alargándolas porque va colocada de pastillas, de vino o de las dos cosas.

—Lo encontraré —le prometo.

—Ay, Luca —dice, su voz cada vez más insegura. Me llevo los dedos al puente de la nariz—. Eso sería maravilloso. Seguís viniendo los dos a cenar el domingo, ¿verdad?

Cenar. Genial.

Se me había olvidado por completo que había prometido eso.

—Sí, sí, por supuesto, dale recuerdos a Padre —digo rápidamente, colgando antes de que empiece a divagar otra vez.

Nico tiene un piso en la ciudad, y seguro que se ha quedado encerrado ahí desde que nos peleamos. Debería haber hablado en

vez de liarme a puñetazos, pero estaba enfadado.

Nico y Alfonso habían descuidado un envío muy importante, y Nico se merecía la nariz sangrando que le dejé. Seguro que lo sabe.

Aparco en el garaje y subo los escalones de dos en dos hasta el piso de Nico en el rascacielos. Llamo a la puerta como durante media hora hasta que se abre despacio, todavía con la cadena echada.

—¿Quién es?

Las palabras arrastradas de Nico no me dan precisamente mucha confianza sobre la conversación que nos espera.

—Soy tu hermano. Déjame entrar.

Él gruñe.—La última vez que te dejé entrar, casi me rompes la nariz.

Ahora parece que habla un poco más claro y yo gimo, empujando la puerta.

—Déjame entrar, Nico. Tenemos que hablar.

—Vale, vale. No te pongas nervioso.

Cierra la puerta y descorre la cadena, y antes de que pueda abrirla del todo, me abro paso hacia el interior.

Nico entorna los ojos para mirarme bajo la luz tenue de su piso, rascándose la barriga al descubierto.

—Tienes pinta de mierda —le suelto sin rodeos.

Es cierto. Ojeras bajo los ojos, huele a tequila y a marihuana barata.

—No he dormido —ladra él.

—¿Y de quién es la culpa?

—Echa la culpa a tu mercancía, tío, yo qué sé. —Se limpia la nariz con el dorso de la mano. Narinas costrosas, como si llevara

días esnifando coca.

—No se supone que debas tocar nuestra mercancía.

Se encoge de hombros y suelta una risa lenta y entrecortada.

—Ya, bueno. No me llaman 'dedos pegajosos' porque sí.

Trago saliva y le pongo las manos sobre los hombros. Se estremece, pero solo le sujeto allí, firme, mirándole a los ojos.

—Nico, tienes que espabilar. Pasa algo raro.

—¿Raro con qué?

Él resopla y escupe en el fregadero. Qué maravilla.

Aprieto los dientes y subo la camiseta para enseñarle la cicatriz irregular y los puntos. —Alguien me ha pegado un tiro, eso es lo que pasa.

Él abre los ojos de par en par y parece genuinamente sorprendido.

—Joder. ¿Estás bien?

—Estoy bien —respondo rápido, dejando caer la camiseta de nuevo en su sitio—. Pero tenemos que averiguar quién ha sido.

—¿Cómo era?

Niego con la cabeza. —Ni idea. Llevaba máscara. Iba en un muscle car.

—Diego conduce un muscle car —dice con sorna, y le lanzo una mirada asesina.

—No pretenderás decir que Diego es quien ha intentado matarme.

Lo pienso. Diego no estaba allí. Había vuelto a la casa de campo, vigilando a Sophia. ¿O *quizá sí*?

No. Diego no me traicionaría.

—¿Quién más podría ser? Es el único que lo sabe todo. Cosas que ni siquiera me cuentas a mí —señala Nico, y tiene razón.

Diego *sí* lo sabe todo. Es el único. Sabía exactamente dónde iba a estar esa noche, y se movió rápido, no como uno de los amigos idiotas de Nico.

—Y tú también estás actuando raro, últimamente —dice Nico. Le miro entornando los ojos.

—¿Raro cómo?

—Te pasas el día entero haciendo… lo que sea que haces en esa casa de campo.

La casa de campo. Sus palabras me dejan helado, todos los músculos en tensión.

—¿Cómo sabes lo de la casa de campo?

Nico resopla.—¿Cómo crees que lo sé?

Aprieto los dientes, acercándome a Nico. Él retrocede hasta chocar con la pared, los ojos muy abiertos y asustados.

—¿Te lo ha dicho Alfonso?

—Puede que sí —se encoge de hombros Nico—. Yo qué coño sé. Pero lo que sí sé es que *alguien* está largando tus secretos, hermano.

Me aparto de él y Nico se relaja.

—El domingo cenamos con el padre y Cecilia —anuncio, y Nico gime —. Ni una excusa. Tienes que venir.

—Sí, sí, lo que tú digas.

Salgo del piso de Nico con determinación, volviendo acelerado hacia la casa de campo todo lo rápido que el sedán me lo permite.

No puede ser Diego. Nico solo da vueltas, esperando que no haya sido uno de sus amigos tontos.

Me obligo a pensarlo bien, a no dejarme llevar, pero cuando me doy cuenta, ya estoy dentro de la casa de campo. Es como perder la noción del tiempo, como si hubiera estado ausente.

Pateo la silla de Diego antes de darme cuenta de lo que hago, y él se queda tumbado de espaldas, mirándome con los ojos tan abiertos como platos.

—¿Pero qué coño…?

—Tú has hecho esto —le acuso con rabia, agarrándole de la camisa y levantándole del suelo. Se pone en pie a trompicones, apartándome de un empujón.

—¿He hecho *qué*? ¿Has estado esnifando con tu imbécil de hermano pequeño?

—No hables de mi familia. —Le zarandeo, pero él solo me mira incrédulo.

—*Yo* soy tu familia, Luca. Siempre lo he sido. Lo sabes. Sabes que esto es cosa de Nico.

—Yo ya no sé nada —murmuro, pero le suelto. Diego niega con la cabeza y retrocede unos pasos.

—Yo ya no sigo con esto.

—¿De qué hablas? Diego, mira, lo siento. Nico…

—No. Se acabó, Luca. Soy tu hermano desde los quince años, pero siempre le eliges a él antes que a mí. Soy el único que ha estado a tu lado desde que secuestraste a esa puta poli…

—No la llames así.

—¿Y cómo quieres que la llame entonces, Luca? ¿Eh? ¿Tu novia?

Aprieto los dientes y siento cómo las manos se me cierran en puños a los lados del cuerpo.

—¿Vas a pegarme? —Me embiste el pecho con el suyo—. Hazlo, Luca. A ver si te atreves.

—No voy a pegarte —suplico, recobrando el control. Diego tiene razón. Siempre ha sido mi familia. Él no ha sido, y le he creído a Nico sin pensarlo dos veces.

—Se acabó. Hasta aquí he llegado. Haz lo que quieras con esa poli. Haz lo que quieras con tus hombres. Límpiale el culo a Nico hasta que cumpla cuarenta, por mí como si se lo limpias tú. Yo me lavo las manos.

Sale de la casa de campo dando un portazo, el rugido del motor alejándose mientras acelera, y yo maldigo y vuelvo a patear la silla. Es inútil, igual que todo lo demás en mí.

Todo se está viniendo abajo, y yo no hago más que empeorarlo.

27

SOPHIA

Me apresuro a la ventana en cuanto oigo arrancar el coche de Diego, observándole mientras saca el coche del garaje. Ha habido alboroto en la otra habitación, y ahora esto. ¿Qué ha pasado?

Mientras miro, Luca sale corriendo hacia la entrada, apoyando las manos sobre el capó del coche de Diego.

Empiezan a gritarse, pero no consigo entender nada mientras me asomo por la ventana. Al cabo de unos momentos, la puerta principal se da un portazo y oigo cómo se abre el cerrojo.

Diego se queda allí, sin mirarme.

—¿Tienes hambre?

—Siempre —respondo en voz baja, y de fondo, el sonido del coche de Luca alejándose me hace arquear una ceja—. ¿Han discutido mamá y papá?

Diego suelta una carcajada.—Algo así. Me ha sobrado un poco de ensalada griega de anoche, la he traído.

—Un italiano cocinando comida griega. Curioso.

—En realidad no es cocinar, está todo frío.

Me sirve un cuenco de un recipiente grande y tarareo contenta al probar un bocado, el queso feta y las aceitunas estallan en mi paladar.

—Todo lo que haces está buenísimo. No me explico cómo no te ha atrapado ya alguna mujer.

—Ya... ojalá tus palabras lleguen a oídos de dios.

—¿Cómo está Luca?

—Está... —Hace una pausa, deja el tenedor sobre la encimera y se inclina hacia delante, sonando exasperado—. Está confundido.

—¿Qué quieres decir con confundido?

—Me ha acusado de intentar matarle.

Me quedo boquiabierta mirando a Diego.—¿Tú? ¿Pero en qué está pensando?

Diego se encoge de hombros.—Ni idea, la verdad. Nico le ha comido la cabeza, es lo único que sé. Sólo está lanzando mierda a ver si se salva el culo.

—¿De verdad crees que Nico ordenó el golpe?

—Lo *sé*. Pero no puedo demostrarlo. —Diego aprieta los labios en una fina línea.

—¿Porque los hombres leales a Nico le protegen?

Él resopla.—En la medida que pueden, siendo tan idiotas como son. Me pregunto si Nico subcontrató el encargo. Si llamó a alguien de la Bratva, o incluso a los Cortado.

—Pero Oscar es leal a los Rossi.

—*Lo era* —aclara Diego—. Pero si hay dinero suficiente, cualquiera de los hombres de Oscar podría haber cambiado de

bando.

—¿Tiene Nico acceso a tanto dinero?

—Normalmente no. Pero si ganó mucho en una partida de póker, usaría ese dinero para eso. O prometería pagarlo. Los Rossi tienen mucha pasta, o al menos eso aparentan. Incluso Nico.

—El tipo que vino aquí... que vino a por mí. Era un profesional —reflexiono—. Se largó en cuanto llegó Luca. No era lo bastante tonto como para enfrentarse a él.

—Desde luego, así no son los hombres de Nico.

—Así que lo subcontrató —digo, pensativa—. Iría a la Bratva antes que a Cortado, ¿no?

—A veces le cobra favores a Natasha. Ella le cae bien, le hace pierogis, pero ni siquiera creo que se atreviera a ir contra Luca.

—Quizá no lo sabe —sugiero—. Quizá la orden fue destinada a alguno de sus hombres, y no directamente a ella.

—Ellos no mueven un dedo sin órdenes de Mamá Natasha.

—Cierto, buen apunte.

Diego me lanza una mirada de soslayo.—Eres demasiado buena en esto, ¿lo sabías?

Parpadeo.—¿Buena en qué?

—En atar cabos. Trabajo de investigación.

La palabra detective me hiela la sangre. ¿Sabrá Diego más de lo que parece? Incluso con todo lo que he avanzado con Luca, si se descubre la verdad, estoy perdida.

—Sólo era una patrulla.

—Una lástima. Habrías sido una gran detective.

Carraspeo y me centro en mi ensalada griega, necesitaba tener la boca ocupada para no seguir metiéndome en un lío mayor.

Diego y yo estamos sentados en el sofá, viendo una película de época, cuando Luca entra por la puerta. Estoy acurrucada junto a Diego, no demasiado cerca, adormilada, medio dormida.

—¿Ya estás mejor? —pregunta Diego con voz áspera, y Luca nos mira con el ceño fruncido. Hay algo en sus ojos que no consigo descifrar.

—¿Estás intentando conquistar a Sophia?

Diego le mira fijamente, y yo igual. ¿Pero de qué demonios está hablando?

—¿Pero qué coño dices? —espeta Diego, devolviendo mis pensamientos.

—Aquí sentados. Viendo películas románticas. Acurrucados en el sofá. —Le da una patada a las piernas de Diego, quitándolas del reposapiés, y Diego se levanta, apretando los dientes.

—Te quiero como a un hermano, Luca, pero me estás agotando la paciencia.

—¿Por eso intentaste que me mataran? —le exige Luca—. ¿Para quedarte con ella?

—Has perdido la puta cabeza —dice Diego, incrédulo—. Justo después de acusarme de intentar matarte, ¿me acusas de intentar quitarte a tu chica?

—No soy la chica de nadie —digo yo, pero nadie me hace caso.

La manera en que se rodean el uno al otro, como tiburones, no augura nada bueno.

—Diego y yo solo estábamos viendo una peli, Luca, estás siendo ridículo. —Le pongo la mano en el brazo y él me mira, con la rabia todavía evidente en su rostro.

—¿O has sido tú? ¿Has avisado a alguno de tus amigos policías? —me acusa, y yo cierro la boca de golpe, dando un paso atrás.

—Que tu hermano sea un inútil no es excusa para que la tomes conmigo —digo, y Luca parpadea al mirarme.

—Joder. Joder, supongo que tienes razón.

—Por supuesto que tiene razón. A lo mejor necesitas una buena noche de sueño —señala Diego, aunque sus hombros siguen tensos.

—Quizá sí —murmura Luca, y antes de que pueda decir algo, avanza hacia el dormitorio y desaparece dentro. No cierra la puerta.

¿Quiere que vaya tras él?

Miro a Diego y él se encoge de hombros, levantando las manos en el aire.

Respiro hondo y empujo la puerta del dormitorio, encontrando a Luca tumbado de espaldas en la cama, mirando hacia mí.

—Sophia. Duendecilla. Ven aquí.

Me invita a acercarme con los brazos y soy incapaz de resistirme; voy hacia él y cierro la puerta con el pie. Diego no echa la cerradura. Supongo que confía en mí hasta cierto punto. O quizá simplemente confía en que Luca no me dejará escaparme.

Sea como sea, se siente un poco como una victoria.

—¿Qué te pasa? —Subo a la cama. Él me atrae contra su costado, mi cabeza apoyada en su hombro.

—No lo sé —dice, frotando la nariz contra mi cuello—. Lo único que sé es que todo parece una locura salvo cuando estoy contigo. ¿Por qué será?

—Ojalá lo supiera —murmuro, sintiendo cómo mi piel se calienta mientras él desliza los labios por mi garganta.

—Eres lo único que tiene sentido, y eres una maldita *poli*.

No respondo, intuyendo que la frase es retórica, y él se da la vuelta, encerrándome entre sus brazos.

Suelto un jadeo—. Ten cuidado. Tus puntos...

—Tendré cuidado —promete, las palabras ahogadas contra mi piel mientras baja por mi cuerpo, me quita los pantalones cortos y presiona su rostro contra mis bragas, apartando la entrepierna para aspirarme.

Como siempre, me lo come como si fuera un banquete de cuatro platos, saboreando cada lametón. Cuando atrapa mi clítoris entre sus labios, gimo, llevándome la mano a la boca para contenerme.

Luca se ríe contra mi muslo—. Creo que Diego ya debe de haberse hecho una idea de lo que pasa aquí dentro, duendecilla. No hace falta que te calles.

Aun así, gimo contra mi mano.

—No me puedo creer que llegara a pensar que podías estar follando con él. No te atreverías, ¿verdad?

No sé qué decir y, en cualquier caso, no puedo hablar mientras él sigue succionando mi clítoris. Mis muslos empiezan a temblar a medida que me acerco y acerco al orgasmo.

—Eres mía —murmura justo cuando empiezo a espasmarme, metiendo dos dedos en mi interior. Vuelvo a jadear cuando aparta mi mano de la boca de un tirón, haciendo que el sonido resuene en la habitación.

—No deberías decir cosas que no sientes —digo cuando ya he bajado de la nube, cuando él está tumbado a mi lado con la boca cubierta de mis jugos.

—¿El qué? ¿Que eres mía? —Inclina la cabeza, curioso—. ¿Por qué no debería decirlo? Es verdad, ¿no?

Abro la boca para protestar, pero tiene razón, ¿verdad? Soy suya. Irrevocablemente. Sea lo que sea lo que eso diga de mí, es cierto.

—Jamás me acostaría con tu mejor amigo.

—Por supuesto que no lo harías —dice con seguridad, pero aun así pasa un brazo por encima de mí y me atrae más cerca.

—¿Y qué vas a hacer con Nico?

Suspira—. No se puede hacer nada. Tiene que ser uno de sus hombres, alguno que lo entendió mal. Él nunca ordenaría que me mataran.

Me quedo en silencio, porque no lo tengo tan claro. De hecho, estoy bastante segura de que Nico dio la orden, quizá a través de un intermediario, como sugirió Diego.

Pero no sé cómo hacerle comprenderlo.

Así que, en vez de eso, me muerdo el labio, le miro desde debajo de las pestañas, y le juego con la única baza que sé manejar.

—¿Vas a quedarte conmigo esta noche? No puedo... no puedo dormir aquí sin ti.

Es cierto, no solo una mentira bonita. Desde que aquel hombre enmascarado intentó cogerme, no he conseguido dormir en esta cama sin Luca.

—Me vendría bien descansar —admite, apretándome aún más. Yo pego el rostro a su pecho, dejándome relajar.

Se pone a roncar antes de que me dé cuenta, y yo me quedo tumbada un buen rato, pensando.

Nico va a derrocar el imperio de los Rossi, y no puedo hacer nada al respecto. No puedo contarle que toda la razón por la que me habían puesto encubierta era porque había disidencia interna.

Mis propias mentiras han acabado volviéndose en mi contra. No puedo evitar pensar en Rosa, rezando para que esté bien y feliz con Agnes. Ojalá pudiera llamar y saber de ella de nuevo.

Miro el móvil de Luca en la mesilla de noche. Probablemente nunca se enteraría, con lo profundamente que duerme, pero no puedo arriesgarme. No ahora, cuando Luca está tan descontrolado.

Siempre ha sido controlador, pero en estos últimos días ha estado errático y confuso. Nico le tiene completamente desquiciado. Y yo no puedo más que mirar, maldita por un conocimiento que no puedo compartir con Luca.

Supongo que esto es mi karma por haberme marchado en primer lugar.

28

LUCA

Me despierto despacio mientras la luz de la luna se cuela por la ventana. Desde que me dispararon tengo el horario de sueño hecho un desastre. Estoy agotado todo el tiempo, y si no duermo parece que mi cabeza está llena de abejas. Me he portado como un imbécil con Diego, dos veces en la misma noche, y tengo que pedirle perdón.

Me incorporo despacio, con Sophia todavía roncando a mi lado como un leñador. Sonrío al verla casi resoplar y despertarse a medias. Una vez me dijo que ella no roncaba. No entiendo por qué tanta gente en su vida le mintió, porque ronca como un camionero en ruta larga.

Paso los dedos por su brazo desnudo para despertarla y ni se inmuta. Acerco mis labios a su cuello, besando su garganta, y ella murmura algo ininteligible.

—Despierta, duendecilla —susurro contra su piel—. Quiero jugar contigo.

—¿Ah, que ahora quieres jugar? —resopla—. ¿Después de acusarme de follarte a tu mejor amigo?

—No actúes como si tú nunca me hubieras mentido, Sophia.

Ella resopla, y resulta hasta gracioso. *Es* adorable y estoy loco por ella. En parte es culpa suya que cargara contra Diego, acurrucándose junto a él en el sofá como lo hizo. Tiene que saber que me vuelve loco verla así de cerca de él.

Pero tiene razón. Diego nunca lo haría, y ni siquiera creo que ella lo hiciera. Nunca ha mostrado el menor interés en él antes. Es solo que todo parece patas arriba. Alguien intenta matarme, y cada vez tengo más claro que *sí* tiene algo que ver con mi hermano pequeño.

Aun así, no consigo hacerme a la idea de que pudiera encargar que me maten. Simplemente no encaja con Nico. Nunca ha sido tan organizado, siempre va improvisando. El que planea siempre soy yo, no Nico.

Pero no puedo negar que cada vez parece más sospechoso.

—'Toy despierta, 'toy despierta —balbucea cuando le clavo los dientes en la piel, abriendo sus ojos azul bruma. Poco a poco logran enfocarme—. No deberías estar tan activo, ¿lo sabes?

—¿Activo? Casi ni me muevo.

Paso la mano por su pecho, acariciando uno de sus pechos, y ella contiene el aliento en un suspiro.

—Aun así. Charlie dijo que tienes que tomártelo con calma.

—No ha dicho tal cosa —protesto, mordiéndole la piel de nuevo.

Ella da un respingo y se incorpora, cruzándose de brazos sobre el pecho. Lleva puesta una camiseta enorme, una que le traje yo, y unas bermudas de baloncesto de hombre que la engullen. Hago un esfuerzo por no sonreírle.

Estás enamorado de ella.

El pensamiento me asalta de repente y la sonrisa casi se me borra del rostro.

Sophia suelta un bufido.—Tendría que estar enfadada contigo.

Gimo.—No, duendecilla, no te enfades conmigo.

Me giro hacia ella y me duele la herida al tirar de los puntos.

—Pensaste que me acostaba con tu mejor amigo. Me acusaste de querer mandarte matar. ¿No tengo derecho a enfadarme?

—No he dicho eso —murmuro, sintiendo la culpa arderme en la nuca. Tengo que disculparme con ella y también con Diego, por todo lo que le he hecho pasar esta noche. Siempre está ahí para mí, y le acusé de querer matarme *y* de liarse con mi chica.

—Tienes que pedirle perdón a Diego —dice ella, tajante, y asiento con la cabeza gacha.

—Lo sé. Lo haré.

—Y mientras tanto, deberías compensarme a mí —sonríe con picardía y yo alzo una ceja.

—¿Y cómo hago eso?

—Seguro que se me ocurre algo —canta ella, y esta vez sí sonrío, sin poder evitarlo, con el pecho hinchado por todo lo que siento por ella.

—Así que sí te gusto.

Ella parpadea. —¿Qué?

—Si no te gustara, no te importaría que yo pensara que eres una tramposa y una mentirosa.

—Eso es muy cuestionable. —Se cruza de brazos sobre el pecho de nuevo.

—Tiene sentido —insisto, atrayéndola a mi regazo. Se deja caer sobre mí, sin fuerzas, y suelto una carcajada—. ¿De verdad estás enfadada?

—¿No lo estarías tú?

—Supongo que sí —respondo, siguiéndole la corriente. Me comporto como si fuera mi novia, pero no puedo evitarlo. Lo que siento por ella es, de alguna manera, lo único que tiene sentido últimamente.

Ella se muerde el labio, jugueteando con el borde de mi camiseta con las yemas de los dedos.

—Sé una manera de que te puedas redimir conmigo.

—Oh, estoy dispuesto a hacer lo que quieras, duendecilla.

—Déjame que te cuide —susurra, y mete la mano por dentro de mi camiseta, deslizándola hasta rozar uno de mis pezones con los dedos.

Aspiro aire bruscamente. —Quiero decir, ¿quién soy yo para negarme cuando lo pides así de bien?

—No empieces. No te vengas arriba con esto. Es solo que... me gusta dar.

—Y a mí me gusta recibir —digo en tono socarrón, y ella me da un manotazo, haciendo un puchero.

—He dicho que no te vengas arriba.

—Demasiado tarde.

Le dedico una sonrisa ladeada y entonces sus dedos se cuelan bajo la cinturilla de mi pantalón, su tacto me deja sin aliento.

Ya estoy medio excitado cuando saca mi polla del chándal y la miro, atrapando su mirada. Sus ojos abiertos de par en par, pupilas dilatadas.

Ella quiere esto. Quiere tenerme en su boca casi tanto como yo deseo estar ahí.

Es embriagador saber que me desea tanto como yo a ella.

Se desliza por mi cuerpo, besando mi vientre, mi cadera, y mi respiración ya es entrecortada.

Estoy completamente erecto cuando toma la punta de mi polla en la boca, chupando suavemente. Gimo, le paso una mano por el pelo. No la fuerzo, solo guío, pero se toma su tiempo.

Su lengua sale para recorrer mi parte inferior y jadeo, mi herida palpita donde los puntos empiezan a tirarme.

Ella frunce el ceño y se separa de mí. —Estate quieto. No vayas a reventarte los puntos.

Gimo con fuerza. —No puedes simplemente parar, duendecilla.

—Puedo hacer lo que me dé la gana. Este es mi premio porque has sido un imbécil.

Suelto una carcajada. —Está bien, cariño. Lo que tú digas. Tendré cuidado.

—Bien. —Vuelve a su tarea, llevándome más profundo en su boca, su saliva me cubre, facilitando que deslice hacia su garganta.

Gimo cuando empiezo a notar el fondo de su garganta, encontrando un ritmo mientras sube y baja la cabeza.

—Joder, duendecilla, no voy a aguantar —consigo decir, intentando no arquear la espalda y tirar más de los puntos, al tiempo que mis huevos se tensan.

Ella los acaricia con una mano y se me corta la respiración. Su boca está tan caliente, húmeda y resbaladiza... Gimo al correrme de pronto en su boca. Ella gime alrededor de mí, lamiendo y tragando hasta la última gota.

—Tendría que enfadarte más a menudo.

—Más te vale que no —dice saliendo de mí con un ligero chasquido y limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Me arreglo de nuevo el pantalón y ella se incorpora, aparentemente satisfecha.

—¿Eso es todo? ¿Era lo único que querías?

—Sí —responde alegre, sonriendo—. Voy a ver si Diego quiere acabar la película.

Frunzo el ceño. —Pensé que habías dicho que querías que me quedara. Que no podías dormir sin mí.

—He dormido —responde, y yo gruño y me froto la cara con la mano.

—Supongo que podríamos ver todos tu película cursi.

—No es cursi. Es *romántica* —insiste, pasándose las piernas al otro lado de la cama.

La miro y siento que las palabras me suben del pecho a la garganta. Palabras que ansío decirle, tanto que creo que voy a tener que coserme la boca para no pronunciarlas.

Te quiero. Te he echado de menos cada día durante tres años. Quiero que seas mía.

Pero eso es una locura. No puedo decirle nada de eso. Es mi prisionera. Es una *poli*, por el amor de Dios.

—Sophia —empiezo, sin saber hacia dónde irá la conversación.

Ella ladea la cabeza, mirándome.

—¿Dónde acaba esto?

Ella se queda helada. —¿Qué quieres decir?

—Esto. Todo esto. Nosotros. ¿Dónde acaba?

La desesperanza se cierne sobre mí como una sombra. No hay una buena manera de que esto termine, ¿verdad? No hay nada que podamos hacer para permanecer juntos.

—Eso... eso depende de ti —responde en voz baja.

—¿Cómo que depende de mí?

Ella resopla. —Tú eres quien me trajo. Tú eres quien me mantiene aquí, ¿no es así?

Tiene razón, pero yo tampoco sé cuál es el final de todo esto.

—Supongo que sí.

—Entonces dime, Luca. ¿Dónde acaba esto? Porque yo... —deja la frase en el aire.

Le tomo la cara entre las manos, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Porque tú qué, duendecilla?

—Porque estoy enamorada de ti —espeta, y mi boca se queda abierta mientras no aparto la mirada de sus ojos, buscando en su rostro. Quiero creerla. Quiero hacerlo porque el corazón me late desbocado y siento que floto a diez metros del suelo.

¿Pero puedo? ¿Puedo confiar en una sola palabra suya?

—Sophia, yo...

Me doy cuenta, demasiado tarde, de que hay una pelea en la otra habitación, que oigo a Diego gritar pidiendo ayuda. Me apresuro a incorporarme y Sophia me mira, ladeando la cabeza, confusa.

—Métete debajo de la cama —ordeno, y Sophia solo me mira. —¡Ahora!

Mi tono elevado parece sacarla de su trance. Obedece, cogiendo mi móvil antes de meterse bajo la cama. Apenas ha conseguido ocultarse cuando la puerta revienta contra sus bisagras.

Intento coger mi pistola, pero ya es tarde. Me están encañonando.

El hombre que acaba de entrar me resulta extrañamente familiar, el cabello oscuro le cae sobre la cara, pero no logro distinguirlo del todo. La máscara de camuflaje que lleva me desconcierta.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

Otro hombre enmascarado irrumpe en la habitación, arma en mano, y patea la puerta del armario, buscando claramente algo.

Aprieto los dientes, repitiéndome que no debo mirar hacia la cama. Si lo hago, lo sabrán.

El segundo hombre se coloca detrás de mí, retorciéndome los brazos con tal fuerza que me obliga a caer de rodillas cuando empuja.

No miro bajo la cama. Me esfuerzo por no hacerlo.

—Debajo de la cama —dice el hombre enmascarado del umbral.

—¡No! —grito, pero un tercer hombre entra en la habitación, también enmascarado, y se agacha para agarrar a Sophia por los tobillos. Ella grita cuando él la atrapa, pero logra sacarla de debajo de la cama. Se le parte la uña del índice al arrastrarse por la alfombra.

Sus ojos azules, desbordados de pánico, se encuentran con los míos, y el sonido de sus gritos ahogados mientras se la llevan es como si el mundo llegara a su fin. Mi móvil cae inútil a suelo. Espero que haya conseguido avisar a alguien. Aunque acaben arrestándome, deseo que ella encuentre una salida.

—Si le tocas un solo pelo de la cabeza, te juro por Dios que mataré a todos los que hayas querido en tu vida —le escupo. Dios, hay algo tan familiar en sus ojos...

Lucho por zafarme del hombre que me retiene, pero es inútil. Los puntos me tiran y no rindo al máximo porque acabo de resultar

herido. Se la van a llevar.

El hombre enmascarado que me observa se baja la máscara lentamente, dejando al descubierto unos labios llenos y...

Nico.

Por eso me resultaban tan familiares sus ojos. Son idénticos a los míos.

—Esa amenaza no vale nada, hermano. Yo nunca he querido a nadie.

—Quizá por eso eres así.

Avanza hacia mí y me golpea el rostro con la culata de la pistola. Un zumbido comienza a martillearme los oídos. Escupo sangre al suelo y Nico simplemente se echa a reír.

—Vosotros dos, tú y padre, siempre tan idiotas —musita con desdén—. Llevo semanas sin probar la coca, y ninguno de los dos os habéis percatado siquiera.

—Seguramente porque seguías comportándote como un imbécil.

Nico sonríe, señalándose la nariz con un dedo. —Y por eso ninguno de los dos se enteró de nada. Yo debería haber sido el heredero del imperio Rossi, Luca.

Me burlo. —¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Porque me lo merezco. Porque me lo he *currado*. Llevando años besándole el culo a padre, siendo su buen soldadito.

Suelto una carcajada sin poder evitarlo. —Te lo dieron todo en bandeja. Te mimaron, te lo consintieron todo. Eso es todo. Jamás confió en ti para nada.

—Y ese es exactamente mi problema. Si tan solo hubieras *confiado en mí*... —se queda a medias y yo levanto la vista hacia él, aún perplejo.

—¿Esperabas que yo confiara en ti? Tú intentaste *matarme*.

—Si hubiera querido que estuvieras muerto, ya lo estarías —dice Nico, desdeñoso.

Oigo el motor de un coche acelerando y alejándose y sé que se están llevando a Sophia. La determinación reemplaza a la desesperación. La encontraré. La encontraré y luego mataré a cada hombre que le haya hecho daño. Que haya osado arrebatármela.

—No te rindes fácil, ¿verdad? —pregunta Nico, y me golpea de nuevo con la culata. Casi agradezco que llegue la oscuridad.

29

SOPHIA

Grito y pataleo contra el maletero, pero es inútil. Quienquiera que conduzca no se inmuta, acelera calle abajo. Me zarandeo dentro del maletero, chocando de un lado a otro, y eso me revuelve el estómago.

Respiro hondo por la nariz, intentando calmarme antes de vomitarme encima. He cogido el móvil de Luca y he enviado a Scott tres palabras.

Soy Soph. Ayuda.

Solo puedo esperar que él consiga localizar el móvil de Luca. Si lo hace, le llevará hasta la cabaña, pero quizá desde ahí…

No lo sé. No sé si voy a salir de esta.

Rosie, cariño, lo siento tanto. He intentado con todas mis fuerzas volver a ti.

El maletero se abre de golpe y lanzo los puños, logrando golpear la cara de un hombre enmascarado. Él chilla y me da un puñetazo en la cara, y todo sonido desaparece del mundo.

Lo único que oigo es un zumbido lejano en los oídos, la visión borrosa mientras él me saca del maletero y me lleva a rastras por unas escaleras hasta dentro de una casa. Al poco, me lanzan a una habitación y reboto contra la pared, soltando un grito al magullarme la cadera.

Camino de un lado a otro, pruebo la ventana. Está pintada y cerrada, igual que en la cabaña. Miro hacia el techo alto. Este sitio es como cinco veces más grande que la cabaña, con techos abovedados. Intento mirar tras la persiana, pero fuera está completamente oscuro. Ni siquiera sé qué hora es. Scott seguramente estará dormido. Puede que ni siquiera se haya enviado el mensaje…

Me cruzo la cara de una bofetada, noto el corazón acelerado y empiezo a entrar en pánico. El dolor me hace recobrar el sentido y pruebo la puerta. Por supuesto, está cerrada. Desde fuera. Un cerrojo, como el de la cabaña.

Esto tiene que ser cosa de Nico. ¿Y si ahora mismo estoy en la mansión Rossi? No es que vaya a venir un equipo de asalto a rescatarme, no aquí. No se arriesgarán a entrar, no así.

Tengo que dejar de pensar de forma tan negativa. Tengo que luchar por volver con mi hija, luchar por volver con Luca. Estuve a punto de decírselo, casi le conté que tenemos una hija, que quiero que la conozca.

Porque quiero. Que Dios me ayude, sí que quiero que se conozcan. Quiero estar con él.

No sé cómo reconciliar eso con la parte de mí que es policía, con la parte de mí que quiere acabar con todo su imperio. Pero le quiero a él. Le amo.

Pero él no lo ha dicho. Tal vez no sienta lo mismo, o quizá simplemente nos interrumpieron. Supongo que nunca lo sabré.

—Lo sabrás —me digo en voz alta, intentando buscar una salida. Camino de un lado a otro durante un rato antes de golpear la puerta —. ¡Tengo que ir al baño!

—Te llevaré un cubo —dice la voz al otro lado de la puerta, y se me cae el alma a los pies. No reconozco la voz, pero tampoco sería raro. Solo conozco a los mafiosos por los expedientes, no en persona. Salvo Luca y Diego, ahora.

Tengo que estar preparada.

Me siento en el borde de la gran cama en el centro de la habitación, tensa y lista para atacar. Cuando el cerrojo hace clic al abrirse, corro hacia la puerta y acabo chocando contra un pecho macizo.

Al alzar la vista, reconozco esos ojos. Verdes, como los de Luca. Como los de Rosa.

—Nico —respiro.

—Veo que mi reputación me precede —sonríe como si fuéramos viejos amigos charlando.

—Intentaste matarle.

Él *chasquea la lengua*. —Como le dije a mi hermano, si hubiera querido matarle, estaría muerto. Solo pretendía darle un pequeño aviso.

Me aparto bruscamente de él, corriendo hacia la salida, pero gruñe y me agarra por la cintura, pegándome contra su pecho. La piel se me eriza cuando recorre mi brazo con los dedos.

—Eres guapa. Para ser policía.

Me quedo helada, todos mis músculos se tensan. —No soy una—

—Sophia Bianchi. Detective.

Sus palabras me hielan la sangre.

—¿De verdad crees que dejaría que mi hermano secuestrara a una policía sin que yo lo supiera? Por favor, Sophia. Dame un poco de crédito.

Le miro y me doy cuenta de hasta qué punto ha engañado a Luca. A Diego. A todos nosotros. Nadie pensó que fuera capaz de organizar un golpe, pero lo veo con la mirada clara, decidido. Lo ha planeado. Al detalle.

Y nadie lo vio venir, salvo la policía de Chicago. Y ni siquiera ellos sabían hasta dónde llegaba la traición de Nico.

—¿Qué vas a hacerme?—. Mis palabras salen quebradas y asustadas.

—Voy a utilizarte, por supuesto. Como cebo para mi hermano.

—¿Vas a matarle?

Parece pensárselo un momento, sus brazos de hierro a mi alrededor.

—No lo sé. Supongo que ya veremos.

Sonríe y me empuja contra la pared. Sobresaltada, golpeo con fuerza, mi pómulo chocando contra el yeso seco.

Por poco me deja inconsciente, la visión me tiembla por los bordes. Me sujeto a la pared, deslizándome lentamente hacia abajo mientras Nico sale de la habitación, dejándome sola en la oscuridad. Repto por el suelo, estirando la mano para dar con el interruptor de la luz.

Una luz mortecina proyecta mi sombra en la pared. Mi sombra y nada más. Es tarde, dios sabe qué hora será. ¿Es esto todo? ¿Es esta la última noche de mi vida? ¿De verdad no volveré jamás a mi pequeña Rosie?

Permanezco tumbada en el suelo unos instantes, compadeciéndome de mí misma. Mi padre siempre me decía que me

recompusiera, que luchara por lo que quiero. Y por encima de todo, lo que quiero es ver a mi niña otra vez, presentarle a su padre.

La única manera de que eso suceda es salir de aquí como sea.

Scott me rastreará. Lo sé. Siempre ha sido un pequeño genio de la tecnología. Creo que es un desperdicio que siga patrullando. En realidad debería haber recibido mi ascenso. Pero él nunca lo quiso. Era perfectamente feliz trayendo a los mismos delincuentes cada mes.

No como yo. Yo siempre quería más. Nunca estaba satisfecha.

—Cuando los humanos se conforman, mueren —solía decirme mi padre cuando me quejaba por cualquier cosa—. Mientras desees algo, estás viva, Sophia.

Sigo tumbada, respirando hondo e intentando calmarme. No conseguiré nada si no consigo mantener la calma. Lucho contra las lágrimas que queman en mis ojos, pensando todavía en mi padre. En sus cálidos ojos marrones. En la piel curtida de sus manos, las callosidades. Sostener sus manos siempre me recordaba lo duro que trabajaba, todo lo que sacrificó por mí.

Por Rosa.

Nunca me preguntó quién era el padre. Solo me dijo que estaba feliz de tener una nieta tan preciosa.

Volveré a verle. Volveré a ver a Rosa.

Hay algo atascado en el fondo de mi mente, algo importante, pero no consigo descifrar qué es. Cierro los ojos, dejando que mi mente vague.

—Voy a enseñarte algo, Sophia —me dijo una noche en la que no había mucho que hacer y llovía fuera—. Pero tienes que prometerme que no lo usarás a menos que realmente, realmente lo necesites.

—¿Usar qué? ¿Qué vas a enseñarme?—. Me balanceaba sobre los talones, ansiosa por aprender lo que fuese de mi padre. Tendría unos trece años, quizá, justo empezando a desarrollar el pecho.

—Solo puedes usarlo si estás en peligro. Si te ves atrapada. No para robar —me advirtió, sacando una bolsa del bolsillo trasero—. Te voy a enseñar con herramientas, pero puedes usar cualquier cosa. Una horquilla. Una tarjeta de crédito. Mejor si tienes las dos.

Mientras observaba, con los ojos como platos, mi padre me enseñó a forzar el cerrojo de la puerta principal de nuestra casa. Tardé horas en conseguirlo, y aún más horas en aprender a hacerlo solo con una horquilla.

—Pero, papá, ¿por qué iba a necesitar saber esto?

—No todo el mundo es bueno, Sophia —me dijo mi padre en voz baja.

Cuánta razón tenía.

De pronto abro los ojos y busco entre mi pelo, rezando por no haber perdido las horquillas que me puse tras la última ducha, las que llevaba la primera noche en que me secuestraron. Gracias a dios, encuentro una, luego otra. Suelto un largo suspiro por la nariz.

Habría estado bien recordarlo la primera vez que me secuestraron.

Me incorporo sobre las rodillas y me acerco despacio a la puerta, empezando a trabajar en la cerradura.

Tengo que concentrarme, para volver a ver a mi hija. Para poder, por fin, contarle a su padre que existe.

30

LUCA

Cuando recupero la conciencia, estoy atado a un poste en la mansión de mi padre, las muñecas inmovilizadas a la espalda con bridas de plástico que me hacen daño. *Joder*. Esto es peor de lo que pensaba.

Entorno los ojos en la penumbra de la habitación; la única luz es la de la luna entrando por la ventana. Estoy casi seguro de que estoy en el ala este, porque huele a polvo y abandono. Mi padre cerró esa parte de la mansión hace unos años, diciendo que la necesitaba como almacén.

Y ahora, Nico la usa como mi celda.

Carraspeo y llamo, a modo de prueba—¡Eh!

—*Caputo* —me responde una voz ronca.

—Diego —contesto, con el corazón desbocado de alivio—. Nunca pensé que me alegraría tanto de oírte.

—No te adelantes. Yo también estoy atado. Me han dado una paliza de campeonato. Tengo un ojo completamente cerrado.

—Nada que Charlie no pueda arreglar, ¿verdad?

Diego escupe con fuerza en el suelo.

—Creo que eso era un diente —dice, sin emoción. Y tengo que morderme el labio para no echarme a reír como un loco. Estamos metidos en un buen lío. En un embrollo, como diría mi padre.

—¡Nico! —grito—. Si vas a matarme, hazlo ya. Estoy harto de esperarte.

Nada. Solo se oye a Diego tosiendo y escupiendo otra vez. ¿En qué estado estará? ¿Tendrá una conmoción? No será gran ayuda en una huida si no puede pelear.

Arqueo la espalda con cuidado para ver si me duele algo. Noto el tirón de los puntos, pero eso ya lo tenía. Salvo por un dolor sordo en la cabeza, creo que estoy bien.

Nico aparece en mi campo de visión, con una amplia sonrisa. La máscara de camuflaje ha desaparecido.

De fondo, se escucha el grito desgarrador de una mujer. Siento cómo se me tensan los hombros.

—Es ella. Tu chica. Tu poli —dice Nico, en tono cantarín, como si se estuviese burlando de mí. Como si esto fuese un juego de niños y no nuestras malditas vidas.

—Padre no sabe nada de esto.

Nico resopla.—Lo que Padre no sabe no puede hacerle daño. Llevo semanas sembrando la duda, haciendo que Alfonso llegue tarde, desapareciendo dinero de las peleas.

Aprieto los labios, mirándole fulminante.—¿Lo hacías aposta?

Nico se encoge de hombros.—Había que exagerar mi faceta de bala perdida, ¿no? Haceros creer a los dos que estaba enganchado a esa mierda de coca que traéis de los colombianos. Haceros creer que soy un inútil.

Lleva planeándolo desde hace mucho. Años.

—¿Por qué? —pregunto, y es una pregunta tan sencilla que Nico silba como si le hubiera preguntado el sentido de la vida.

—Porque quiero lo que tú tienes —susurra Nico—. Quiero gobernar el imperio, seguir los pasos de Padre. El hecho de que seas mayor no te hace especial.

—No lo soy, Nico, pero podríamos haberlo hablado.

—¿Hablarlo? —pregunta, incredulidad en el ceño—. Sí, claro. Padre habría dicho de inmediato que soy demasiado joven, que tengo que dejarte a ti la carga. Siempre me lo ha dicho.

—No es tan divertido como crees, Nico. Es *trabajo*.

—¿Te crees que no lo sé? Estoy preparado para ello, Luca —insiste, señalándose el pecho, paseándose a mi alrededor.

Inspiro despacio por la nariz, con mucho cuidado. Ahora no es el momento de perder los papeles. Ahora toca esperar.

Callar. Estarse quieto. Como una piedra.

La única cosa que me enseñó mi padre y que se me quedó grabada.

Parece que en estas dos últimas semanas, Nico y yo hemos cambiado los papeles. Yo he sido el imprevisible. Él ha conseguido que todos piensen eso de mí.

—Tendré que matar a Diego, por supuesto —dice Nico, como si fuera lo más obvio del mundo. Mis ojos buscan los suyos.

—No tienes por qué matar a nadie, Nico.

—Por supuesto que sí —resopla—. Ni Diego ni la poli pueden seguir vivos. Saben lo que he estado tramando.

—*Yo* sé lo que has estado tramando. ¿Y conmigo qué piensas hacer?

Sonríe.—Ahí está la gracia, Luca. Padre no te va a creer. Le diré que eres *tú* quien llevaba semanas quedándose dinero, quien tenía

las manos largas con la coca.

—No te va a creer.

—¿Ah, no? Cuando le cuente que has estado usando la vieja cabaña de mamá como refugio para esconder a una *poli*… —

Aprieto los dientes. Nico tiene razón. A mi padre le horrorizaría saber que he secuestrado a una policía, pero le disgustaría aún más que estuviera usando la casa de mamá para tenerla allí. Se esforzó tanto por mantenerla al margen de todo esto, incluso después de su muerte.

—Todo esto se podría haber evitado. —

—Sí, podría haberse evitado —concede Nico, y por un segundo pienso que quizá no está completamente loco—. Si tú y padre me hubierais tomado en serio, todo podría haber sido diferente. —

—No vas a matarme —digo, intentando sonar más seguro de lo que me siento.

—Probablemente no. Ya veremos. ¿Vas a rogarme por tu vida, hermanito? —

Le miro con la mirada fría.

—Ven aquí y descúbrelo. —

Sophia ha dejado de gritar y empiezo a sentir el pánico, mi corazón desbocado en el pecho. Froto las muñecas, intentando conseguir algo de holgura en las ataduras con la madera áspera del poste. Se me clavan astillas en la piel, pero aprieto los dientes y lo ignoro.

—No querrás buscar pelea conmigo ahora, Luca —advierte Nico, pero hay un fuego en su mirada que me indica que quizá pueda provocarle.

—Eso es porque sabes que nunca ganarás una pelea justa conmigo —le provoco, y Nico aprieta los labios en una línea tensa.

Consigo liberar una mano justo cuando él se acerca a mí. Cuando lanza el puño, gruño y lo encajo, dejando que mi mandíbula absorba el golpe. El cerebro me rebota dentro del cráneo, sacudiéndose contra el hueso. Ha sido un puñetazo brutal, pero tengo que seguir.

Lanzo la mano libre y le golpeo por detrás de las rodillas. Nico cae con un alarido, haciéndose daño en las rodillas contra el suelo de madera.

Vuelvo a golpearle en el plexo solar, consiguiendo liberar también la muñeca izquierda, con las manos sangrando por la madera astillada. La sangre brota en su camiseta blanca, pero es la mía, no la suya.

Me abalanzo sobre él, respirando con dificultad mientras le lluevo golpes en la cara, el cuello, el cuerpo. Cuando por fin vuelvo en mí, Nico tiene un ojo hinchado y está inconsciente. Gimo y me aparto de él, con el cuerpo dolorido de arriba a abajo.

Podría matarle aquí mismo. Podría romper el cuello de este traidor ahora. Me iría mejor. A padre le iría mejor.

Pero solo puedo pensar en Nico, después de meterse en líos, lloriqueando y limpiándose la nariz con el dorso de la mano, mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Estás enfadado conmigo, Luca? —

Le aparté el flequillo de la cara. —No estoy enfadado contigo, campeón. —

Aprieto los dientes, odiándome por ser incapaz de hacerlo. Me incorporo tambaleante, apoyando la mano en el poste al que estaba atado. Vacilo un momento, pero luego me recompongo y corro hacia Diego. Quiero ir a Sophia, quiero encontrarla, llamarla, pero sé que puedo necesitar a Diego si aparecen más hombres de Nico.

Y vendrán. No hay forma de que haya hecho todo esto solo. Sé que al menos Alfonso está metido, seguramente Johnny también, quizá algún otro más.

Ayudo a Diego a incorporarse y él escupe más sangre. Los hombres de Nico realmente le han dejado hecho polvo.

—¿Cuántos hombres hay? —

Diego vuelve en sí aunque sigue aturdido, girando la cabeza para revisar la habitación.

—Solo he visto a dos, aparte de Nico. He reconocido la voz de Alfonso, pero no la del otro tipo. Puede que sea un novato. —

Asiento con firmeza. —Tenemos que encontrar a Sophia. —

Los ojos de Diego buscan los míos. —Estaba gritando. Luca— —

—Lo sé —ladro. No quiero pensarlo. No sé si le han pegado, si la han hecho daño. Solo sé que quien le haya puesto una mano encima va a ver la boca de mi pistola.

—Quédate aquí, cerca de la salida. Si ves a alguien, avisa. —

Diego se ríe sin alegría. —No puedo hacer mucho más. —

Le doy una palmada en el hombro. —Te arreglaremos en cuanto todo esto acabe. —

Diego asiente y salgo del gran vestíbulo hacia el pasillo. Hay tres puertas a la derecha. Una es el baño, las otras dos, dormitorios.

—¡Sophia! —susurro, sin querer gritar demasiado para no alertar al resto de los hombres de Nico.

Un sonido apagado sale de la segunda puerta y corro hacia ella, forcejeando con el pomo hasta que simplemente grito y la derribo de una patada. Hace falta una, dos patadas, y entonces la madera se astilla.

Las manos de Sophia atraviesan la madera rota antes incluso de que logre abrir la puerta. Se derrite en mis brazos, rodeándome el cuello con los suyos. Entierro la cara en su pelo, aspirando su aroma.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? —

Ella niega lentamente con la cabeza. —No lo creo. ¿Tú? ¿Diego? —

—Yo estoy bien, pero Diego está bastante mal. Tenemos que llevarle al médico en cuanto podamos. —

Asiente rápidamente. No está atada, sólo tiembla. Le acaricio la cara, buscando moratones, pero no encuentro ninguno.

Está bien. Está realmente bien.

—Tenemos que irnos de aquí —dice apresurada, gesticulando con nerviosismo—. Tenemos que salir, y Luca— —

El sonido de otra madera resquebrajándose me trae de vuelta a la realidad y giro la cabeza de golpe.

¿Qué será lo siguiente?

31

SOPHIA

No tengo mucho tiempo. En cualquier momento, Scott puede venir a por mí. Seguro que habrá traído a toda la caballería y tengo que sacar a Luca y a Diego de aquí.

No puedo dejar que los detengan.

—*¿Caputo?* —llama Diego y, acto seguido, un gruñido y el golpe de un cuerpo contra la pared me alerta de que la caballería ya *ha llegado*. Se me ha acabado el tiempo.

—Luca, escúchame —digo, sujetándole la cara entre las manos. Intenta zafarse de mí, pero lo retengo firme, mirándole a los ojos—. Tengo que decirte algo. Es importante. Es muy importante, Luca, y…

El equipo de asalto irrumpe por las ventanas, haciéndome brincar. Grito y miro horrorizada cómo Luca se echa mano al arma. Es puro instinto. No sé si siquiera habría llegado a disparar, pero no importa.

Los disparos retumban por toda la sala y alcanzan a Luca, la sangre salpicándome cuando las balas le atraviesan. Tres, formando un pequeño círculo, justo alrededor de su corazón.

—¡No! —grito, colocando la mano sobre una de las heridas, pero la sangre brota entre mis dedos y Luca jadea. Tiene los dientes manchados de sangre—. No, no, *joder*, Luca…

—Sophia —balbucea él—. Pixie.

Después, cae de rodillas, se desploma y vuelvo a gritar cuando los hombres uniformados se lanzan hacia mí.

—¡Atrás! ¡Puede que esté armado!

—¡Iros a la mierda! —les grito mientras lucho con los agentes, intentando llegar hasta Luca. Tras un breve forcejeo me sueltan y caigo junto a Luca, hecha un ovillo—. Cariño, escucha, tienes que escucharme.

—Nunca llegué a decírtelo —musita él despacio, tosiendo y escupiendo sangre. El corazón me va a mil. ¿Cuán grave es? ¿Se está muriendo? ¿Se está muriendo aquí mismo?—. Te quiero. Estoy loco por ti, Sophia.

El corazón se me encoge en el pecho. Esto no puede estar pasando. No puede estar pasando, porque él no lo sabe. No sabe que existe una niña preciosa llamada Rosa Bianchi, y no puede morir sin saberlo. Sin conocerla.

—Tenemos una hija —consigo balbucear, la voz casi apagada. Sus ojos verdes miran hacia el techo, perdiendo el foco. Le sacudo y él deja escapar una tos débil—. Tenemos una hija, Luca. Se llama Rosa y tiene tus ojos y no puedes morir porque tienes que conocerla. Tienes que…

Pero sus ojos se cierran y otro agente del equipo de asalto se acerca e, inclinándose, se quita la máscara y veo que debajo está Scott.

Una parte de mí, completamente enloquecida, quiere preguntarle desde cuándo está en el equipo de asalto, pero las palabras no salen mientras me aferro a Luca. Seguro que lo han

metido en el equipo sólo para esta misión. Es increíble lo que se puede lograr cuando formas parte del Departamento de Policía de Chicago.

—Sanitarios —susurro ronca, hasta que la voz se me quiebra y grito aún más fuerte—. ¡Sanitarios! ¡Scott, por favor!

Scott ladra una orden y un par de EMTs aparecen corriendo hacia Luca. A lo lejos, veo cómo meten a Diego en la parte de atrás de un coche patrulla.

Dios. ¿Qué he hecho?

Scott tiene que separarme de Luca a la fuerza y yo grito y me resisto.

—Eh. Eh, Soph, deja que trabajen.

—Ha perdido el pulso —grita uno de los técnicos, y el aire se me queda atascado en la garganta.

—Comienzo con las compresiones —dice el otro, presionando con fuerza el pecho de Luca. Forcejeo en los brazos de Scott, pero es inútil. Me sujeta firmemente contra su pecho.

—Déjales ayudarle —dice en voz baja, y me vengo abajo. Me rompo en sollozos, las rodillas cediéndome, pero Scott me sostiene, murmurando palabras dulces al oído.

Intenta sacarme del edificio, pero yo no quiero irme. No puedo apartar la mirada del sanitario que le practica la reanimación al padre de mi hija, al hombre al que amo.

—No va a sobrevivir, ¿verdad? —pregunto con la voz rota, y durante larguísimos segundos, Scott no responde.

—No lo sé —dice al fin, con la voz apagada, y el grito que surge de mi garganta me quema por dentro al salir.

Empiezo a perder la noción del tiempo. Un momento, estoy de pie en la mansión, mirando el cuerpo inmóvil de Luca mientras los

sanitarios trabajan sobre él. Al siguiente, estoy en la parte trasera de una ambulancia, alguien me toma la tensión. Scott chasquea los dedos delante de mi cara y así consigo volver en mí.

—Soph. ¿Estás conmigo?

—Estoy aquí —respondo con voz temblorosa—. ¿Luca?

—De camino al hospital. Soph, yo nunca habría ordenado que le dispararan, pero…

—Lo sé. Lo sé, fue a por su arma. —Me paso una mano por el rostro, y no me sorprendo al notar la palma empapada de lágrimas.

—¿Te ha hecho daño alguien?

Niego con la cabeza.—No.

—Soph, ¿qué ha pasado? —La voz de Scott suena baja, casi suplicante. Le debo una explicación.

—Tenías razón —digo, soltando una risa seca y sin humor—. Tenías tanta razón. Nunca debería haber ido a la pelea aquella noche.

—Cuéntame lo que ha pasado.

—Tengo que ver a Luca. Tengo que ir a por Rosa y tenemos que ver a Luca —digo con terquedad, y Scott frunce el ceño.

—Son las cuatro de la mañana…

—¡Son las cuatro de la mañana y ella nunca ha conocido a su padre y puede que esté muriéndose, así que tienes que dejarme ir a por ella! —grito, rompiendo de nuevo en sollozos, y Scott me rodea con sus brazos.

—Tranquila. Todo va a salir bien. Deberíamos… deberíamos ir primero al hospital, Sophia. Por si acaso…

Por si no sobrevive.

Vuelvo a perder la noción del tiempo, y de repente me ciegan las luces del hospital mientras Scott y yo avanzamos por los pasillos.

De fondo se oyen gritos, pitidos, el sonido de una línea plana.

Siguen trabajando en Luca. Su corazón todavía no late.

—Tenemos que ir a por Rosa —susurro, y Scott me escucha, pero no se mueve, de pie a mi lado, con el brazo alrededor de mis hombros mientras miramos a través del cristal.

—Haré que la traigan aquí —promete—. Pero ahora no, Soph. Piénsalo. Si llega ahora y lo ve así…

Aprieto los ojos para contener las lágrimas ardientes. Aun así se me escapan, resbalando por el rostro.

—Tienes razón. Siempre tienes razón, Scott. —Se me escapa algo de resentimiento en la voz y me odio por ello. No es culpa de Scott. Yo le pedí ayuda y me la ha dado, y no podría haberle pedido más.

—Soph—

—Déjame sola —suelto de golpe, y su rostro se entristece. Me ablando, y le acaricio la mejilla con una mano—. Te quiero, Scott, pero necesito que me dejes sola. Solo por ahora.

Scott me sostiene la mirada un instante más y luego asiente, baja los ojos y sale del pasillo hacia la sala de espera.

Me quedo allí, mirando cómo siguen machacando el pecho de Luca, intentando reanimarle.

—Tenemos pulso —oigo decir, y todo el sonido parece esfumarse del mundo. Mis oídos zumban y la vista me va y me viene. No me doy cuenta de que me estoy desmayando hasta que caigo al suelo hecha un ovillo.

Cuando recupero el sentido, estoy tumbada en uno de esos duros sofás del hospital y me duele el cuello. Scott me coloca un

paño fresco en la frente y la cabeza me late, pero me siento más despierta, más *presente* que en toda la noche.

—Ahí estás —dice Scott en voz baja, sonriéndome.

—Luca —jadeo, y Scott frunce ligeramente el ceño.

—No me dicen nada, solo que está en quirófano.

El corazón se me cae, como si se desplomara en el estómago.—¿Aún? ¿Qué hora es?

—Ya es de día —responde, y se agacha a mi lado, mirándome a los ojos—. Sabes que necesito tu declaración, Soph.

—Lo sé. —Las palabras me salen espesas y aclaro la garganta—. ¿Por dónde empiezo?

Scott saca una pequeña libreta del bolsillo trasero junto con un bolígrafo y toma notas.

—La noche del trece. Sábado. Empieza ahí.

—Ya sabes lo que pasó. Luca y Diego… me llevaron con ellos.

—¿Por orden de Luca?

Asiento, derrotada, con los hombros hundidos. No hay nada que pueda hacer para proteger a Luca de esto. Él se debate entre la vida y la muerte en ese quirófano y yo le estoy condenando.

Pero se acabó el juego. Ya no puedo seguir mintiendo, ni a Luca, ni a Scott, ni a mí misma.

—Estoy enamorada de él, Scott —susurro, y Scott aparta la mirada antes de volver a posar sus ojos en mí.

—Eso ya me lo imaginaba.

—He sido tan estúpida, Scott. No quería ser detective. Solo quería...

—¿Hacer que tu padre se sintiera orgulloso?

Asiento lentamente. —Supongo que es eso. Pero él no es solo un mafioso, Scott. También es un hombre.

Mi hombre.

No sé muy bien cómo decirle a Scott que quiero estar con Luca esté en la cárcel o no, pero ya encontraré la forma. No tiene por qué ser ahora mismo.

—¿Me dejas tu teléfono? Rosa se levantará dentro de poco.

Scott rebusca en su bolsillo y me entrega el móvil.

Marco el número de Agnes y ella descuelga al segundo tono, leyendo el identificador.

—¡Scott! ¿Has tenido noticias de Sophie? Rosa empieza a ponerse un poco nerviosa.

—Soy yo.— Mi voz suena rota y cansada, pero Agnes no parece notarlo.

—¡Oh, Sophia! ¡Eres tú! ¿Estás con Scott?

—Sí. Escucha, Agnes—

—Lo sé. Está justo aquí.— Trago saliva mientras un ruido de pasos se cuela en la conversación.

—¿Mamá?

Las lágrimas me corren por las mejillas y no intento detenerlas.

—Rosie, cariño. Mamá te echa muchísimo de menos.

—Yo también te echo de menos, mamá. ¿Vas a venir para que hagamos una fiesta de pijamas?

—No exactamente, pero voy a verte muy pronto, ¿vale, cielo?

—Vale.

—¿Te estás portando bien con Agnes?

—He sido una niña muy buena, mamá. No te lo puedes creer —dice ella, orgullosa, y siento que el pecho se me hincha de amor por mi hija.

—Te veré pronto, cariño. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Cuelga y, sin decir nada, le devuelvo el teléfono a Scott.

—Hablaba en serio sobre ir a buscarla. Si él sale de esta...

Scott asiente. —Encontraremos la manera de traerla, si él sale adelante.

Si.

Un hombre con bata de laboratorio, presumiblemente un médico, entra en la habitación, coge mi historial y lo hojea con rapidez.

—Soy el doctor Moreno. Estás deshidratada —dice sin más.— Pero no parece que sufras de desnutrición, así que solo te vamos a poner algo de suero.

—¿Y la pérdida de conciencia? —pregunta Scott, con el tono irritado.

El médico le mira, con los ojos un poco abiertos. —¿Es usted el marido?

—Mejor amigo. Puede contarle cualquier cosa —digo al médico.

—Probablemente sea todo el estrés, además de la deshidratación. La mantendremos aquí esta noche en observación, pero en mi opinión, podrá irse a casa mañana mientras tolere la comida.

Asiento, y me ruge el estómago. Hace muchas horas que Diego no me prepara nada.

—Creo que podría comer algo.

—Haré que el técnico te traiga un plato.

Sale de la habitación y yo miro a Scott, agotada.

—Nos habíamos quedado en el sábado. Cuando te llevaron.

Inspiro hondo y continúo.

—No estoy segura de cuántos días pasaron. Me dieron de comer, me dieron agua, esas cosas.

—¿Nadie te hizo daño?

Niego con la cabeza. —Solo me retuvieron. Nadie me golpeó ni nada.

—¿Él te interrogó?

Dudo un momento. —No con esas palabras.

Scott gime y se pasa una mano por el pelo.

—Solo cuéntame lo que pasó.

Abro la boca y las palabras salen a borbotones—todo. Cómo mentí sobre la muerte de Scott, cómo Luca y yo empezamos a enamorarnos, incluso lo buena persona que es Diego. Le cuento todo lo que he sentido durante la última semana, y Scott solo escucha, como haría un buen amigo.

—¿Me odias? —pregunto, con la voz rota, cuando termino.

—No podría odiarte nunca, Soph. Te quiero —responde con sinceridad.— Pero estás en un buen lío. No voy a poner todo esto en el informe. Solo lo esencial.

Exhalo un suspiro de alivio. —Gracias.

—No lo hago por ti —advierte, y mis ojos se clavan en los suyos. — Lo hago por Rosa. Ella no tiene que leer la historia de amor de sus padres en un informe.

Sonrío a pesar de mí. —¿Tú crees que es una historia de amor?

—Una historia de amor jodida y tóxica, pero sí.— Él también sonríe.

Le rodeo con los brazos.

—Me alegro de que estés aquí, Scott.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros a ti y a Rosa —afirma, y sé exactamente lo que significa.

Scott me cubre las espaldas. Siempre lo ha hecho.

32

LUCA

Parpadeo y, de repente, estoy en otro sitio, en la parte trasera de una ambulancia, con las sirenas aullando, y me duele el pecho como mil demonios. Abro la boca para hablar pero solo sale un susurro ronco.

—¿Sophia?

—No intentes hablar —me dice una sanitaria mientras me coloca una mascarilla de oxígeno—. Vamos de camino al hospital.

Abro la boca para protestar, para decirle que no necesito ir al hospital, que lo único que necesito es a Sophia, pero vuelvo a desvanecerme y, cuando recobro el sentido, hay alguien gritándome a la cara.

—¿El señor Rossi, verdad? Necesitamos que se mantenga despierto, ahora, venga, ¡abra los ojos!

Debería ser fácil, pero siento los párpados como si pesaran una tonelada. La siguiente vez que consigo abrir los ojos estoy en una habitación intensamente iluminada, la luz cae sobre mí sin piedad.

Entorno los ojos para protegerme, intento incorporarme y todo un coro de "¡No!" me detiene en seco.

—Está a punto de someterse a una cirugía a corazón abierto, señor Rossi —murmura una de las enfermeras, y lucho con más fuerza, intento levantarme, me obligo a moverme.

Pero apenas consigo mover los miembros. Estoy débil, claramente herido y no distingo ni el cielo del suelo.

—Solo va a echarse una pequeña siesta —canta la enfermera, pero hay demasiados médicos en la sala y todos hablan en susurros.

Es grave. ¿Cirugía a corazón abierto? Tengo que llegar hasta Sophia. ¿Qué me había dicho? ¿Algo que necesitaba contarme?

Una hija.

—Tenemos una hija, Luca.

Lo estoy recordando mal. Tiene que ser. Yo lo habría sabido si ella tuviera una niña, lo habría descubierto... pero ¿cómo? Ni siquiera sabía su apellido hasta que ella me lo dijo.

Lucho por mantenerme despierto, pero lo que sea que hayan puesto en mi vía me deja fuera de combate y, cuando consigo abrir los ojos, siento como si tuviera un elefante en el pecho.

Apenas puedo respirar, pero una voz comienza a perfilarse entre la niebla.

—Pulse el botón que tiene en la mano. Le ayudará.

Palpo a mi alrededor, lo encuentro y lo presiono; un calor me recorre la vía, llevándose el dolor y la presión. O al menos, haciéndome preocuparme menos por ello.

—¿Eres tú? —pregunto, abriendo un ojo con dificultad, y, en efecto, Sophia, con el rostro surcado de lágrimas, está sentada junto a mi cama, su pequeña mano entre las mías.

—Soy yo. Joder, Luca, lo siento muchísimo.

—¿Perdón por qué? —pregunto, un poco ido mientras intento concentrarme en su rostro. Sus rasgos bailan ante mí pero, por fin, se definen.

—Por haberte mentido. Por esconder...

—A nuestra hija —termino yo, mientras ella se queda callada, y la miro largo rato—. ¿Por qué me lo ocultaste?

—No te conocía. Pensaba, vamos, *sabía* que eras mafioso. Lo que no sabía era que eras *el* mafioso. —Se le escapa una risa tensa y aguda—. Pero tampoco tenía muchas esperanzas de que te importara. Al fin y al cabo, yo solo había sido una aventura de una noche.

Agarro su mano con fuerza.—Para mí fuiste mucho más que eso.

Parpadea.—¿De verdad?

Asiento con entusiasmo y me mareo, pero me da igual, le aprieto la mano con más fuerza.

—Creo que me enamoré de ti en el mismo instante en que te vi por primera vez.

Su rostro se tiñe de rubor y aparta la mirada.—No, no te enamoraste.

Suelto un bufido, fastidiado, y le sujeto la mano con más fuerza cuando intenta apartarse.

—Diego pensó que estaba loco, persiguiendo un fantasma durante meses después de aquella noche.

—¿Me buscaste?

—Te dije que lo hice.

—Supongo que no te creí —musita ella, ahora tímida, después de que yo haya explorado cada rincón de su cuerpo, de haber estado dentro de ella.

—Te quería entonces y te quiero ahora, duendecilla —le digo, y jamás he dicho algo con más sinceridad en toda mi vida.

—No deberías decir cosas que no sientes.

—Y tú no deberías decirme cómo tengo que sentirme —suelto, intentando alargar la mano para cogerle la barbilla. *Ah.* Estoy esposado a la cama.

Por supuesto. ¿Qué esperaba?

—Deberías estar enfadado conmigo —dice ella, temblorosa.

—Pues no lo estoy.

—¿Ni un poco?

Niego con la cabeza, sonriendo. —Es prácticamente imposible enfadarse con todo esto en el cuerpo.

Ella suelta una carcajada entrecortada. —Sí, bueno, cuando se te pase todo seguro que te enfadas conmigo.

—No lo creo —hago una pausa—. ¿Sophia?

—¿Sí? —Sus ojos azules se encuentran con los míos.

—¿Puedo conocer a mi hija? —No puedo evitar sonreír—. ¿Tiene los ojos tan azules como los tuyos?

—No —responde suavemente—. Verdes, como los tuyos.

Es como si una diminuta flecha me atravesara el corazón.

Ni siquiera puedo imaginármelo, una niña pequeña con su naricilla respingona y mis ojos. Dios, ojalá no haya heredado mi nariz enorme.

—¿De verdad me dejarás conocerla? Me gustaría que fuera aquí. No quiero que me vea en la cárcel.

Sophia hace una mueca, apartando la mirada, claramente sintiéndose culpable.

Quiero decirle que no debería. Quiero decirle lo mucho que me ha dado ahora que sé que tenemos una hija. Quiero decirle que es lo único que me hace sentir vivo.

—La traeré por la mañana —promete.

Sonrío, recostándome contra las almohadas. —No puedo esperar. Por cierto, ¿cómo estoy?

Ella suspira. —No lo sé. Los médicos no me dicen nada porque no estamos casados.

—Vaya. Arreglaré eso —me mira fijamente durante un minuto y yo solo grito—. ¡Doctor!

Sophia me manda callar, pero una mujer con bata entra corriendo, abriendo mucho los ojos.

—Estás despierto.

Los médicos me rodean y Sophia acaba relegada a un rincón de la habitación. Frunzo el ceño, intentando no perderla de vista mientras los médicos me enfocan con linternas en los ojos.

Les aparto con el poco movimiento que me permiten las esposas.

—Estoy despierto, estoy vivo, dejadme en paz.

Sophia intenta ocultar su sonrisa tras la mano, pero la veo reflejada en esos preciosos ojos azules.

—Ha sido una cirugía muy seria, señor Rossi —dice una doctora, y asiento lentamente.

—A corazón abierto, ¿no?

—Una bala atravesó su ventrículo izquierdo. Casi se desangra en la mesa.

—Pero no lo hice. ¿Verdad?

Ella se ríe. —No lo hiciste. No me estás hablando desde el más allá, señor Rossi.

Suelto un suspiro falso de alivio. —Bien, porque no querría perderme toda la diversión que me espera en prisión.

La doctora se tensa y Sophia ríe, escondiendo de nuevo la cara. Le dedico una sonrisa por encima de la cabeza de la doctora.

—Te vamos a mantener una semana o así para vigilar cómo te recuperas —dice finalmente, dejando de hacerme caso—. Pero creo que vas a salir adelante.

—Gracias —dice Sophia en voz baja.

Le doy un codazo a la doctora. —Todo lo que quiera comentar sobre mi salud, puede hacerlo con ella. Es mi esposa.

Sophia me mira boquiabierta. —No soy *tu* esposa.

—Todavía —digo alegremente, y la doctora alterna la mirada entre Sophia, las esposas y yo, claramente confundida.

Al final, se encoge de hombros.

—Volveré a verte al final de mi ronda.

Asiento y los médicos se marchan. Por fin, vuelvo a estar a solas con mi Sophia.

—¿Cómo es ella? —pregunto, incapaz de contenerme, y Sophia sonríe. Esta vez no lo oculta.

—Es preciosa. Cumple tres en abril.

—¿Y tiene mis ojos?

—Ajá. Y tu barbilla.

Frunzo el ceño. —Pero no mi nariz, ¿verdad?

Sophia se ríe. —No, tiene la nariz de mi padre.

—Tendré que conocerle. Pedirle tu mano.

—No creo que sea muy buena idea —responde, cautelosa.

Frunzo el ceño. —¿Por qué no?

—Bueno, odia a los mafiosos.

—Se me dan bien los padres. Ya verás —digo, porque ahora mismo, nada puede deprimirme. Puede que sea por los opiáceos recorriéndome el cuerpo o por la experiencia cercana a la muerte, pero ahora mismo, solo me siento feliz.

—¿Has conocido a muchos padres? —bromea Sophia.

—No exactamente —admito, sonriendo con timidez. De pronto abro los ojos, dándome cuenta de que he olvidado preguntar por alguien—. ¿Diego?

—Le tramitaron el ingreso y luego le trajeron aquí —responde ella—. No quisieron decirme nada porque no soy de la familia, pero…

—Soy su contacto de emergencia. A mí sí me lo dirán.

—Creo que está bien —dice ella, y yo asiento con la cabeza.

—Tiene la cabeza dura. Seguro que saldrá adelante. —Suelto un suspiro, sabiendo que aún me queda una persona más por preguntar—. ¿Y Nico?

—Le retienen sin fianza por intento de asesinato.

Parpadeo, sorprendido. —¿A mí?

—Entre otros. A Diego también. Y a mí.

—No te hizo daño, ¿verdad? —pregunto en voz baja, tomando su mano cuando ella me la ofrece.

Ella niega con la cabeza. —No. Apenas me tocó. Creo que… creo que podría haberlo hecho, si le hubieran dejado terminar.

—¿Quién más estaba allí?

—Otros tres tipos. No llegué a saber sus nombres, pero el equipo de asalto los detuvo antes de que pudieran causar más destrozos.

—Quiero sus nombres —digo entre dientes.

Sophia suspira. —No necesitas nombres. De todos modos, no puedes hacer nada desde aquí.

Me quedo en silencio. Hay mucho que podría hacer desde aquí, si ella lograse hacerme llegar un teléfono. Demonios, los venden en la tienda de regalos. Pero no puedo pedirle que me ayude a hacer nada ilegal. Bastante suerte tengo de que siquiera me hable, después de todo lo que hice.

—Pixie, lo siento.

Sus ojos azules se agrandan al mirarme.

—No pretenderás estar disculpándote conmigo después de todo esto.

—Todo esto empezó por mi culpa. Tenía que haber hablado contigo, haber explicado lo que significabas para mí.

—No estoy segura de que hubiera salido bien. —Deja asomar una sonrisa—. Estaba bastante empeñada en acabar contigo.

—¿Conseguiste lo que buscabas?

—No —responde en voz baja—. No lo hice. Seguramente solo te den un tirón de orejas.

—Puede que tenga que pasar unos años dentro —murmuro.

Los ojos de Sophia se llenan inmediatamente de lágrimas, y emito un sonido de desasosiego, deseando poder acercarla más.

—Ven aquí.

Ella se sienta al borde de la cama y yo me apoyo en ella, hundiendo la cara en su cuello.

—Todo va a salir bien. —Mi voz suena tranquila, apacible. Segura.

Ella asiente, pero no dice nada, sus ojos todavía inundándose de lágrimas.

—Sophia. Las cosas van a salir bien —repito, y ella comienza a llorar, escondiendo la cara en mi cuello.

Le arrullo suavemente, rozando con la nariz su garganta y apretándole la mano, porque es la única forma en la que puedo tocarla con estas malditas esposas puestas.

—Te mentí.

—Lo hiciste —asiento, besándole la frente.

—Mi compañero… él no murió. —Por fin toma mi mano entre las suyas.

—¿No? —No puedo decir que me sorprenda. Esa parte de la historia nunca terminó de convencerme.

—No. Es él quien vino a ayudarme. Formaba parte del equipo que te disparó. —La voz se le rompe y vuelve a llorar.

—Hiciste lo que tenías que hacer, pixie. No había otra salida más que avisar a los tuyos.

—Lo arruiné todo.

—Quizá. Pero te quiero igual.

—¡Deja de decir eso! —casi grita, pero no puedo evitar reír, incluso mientras solloza contra mi garganta.

—Te quiero, Sophia Bianchi. Quiero a nuestra hija. ¿Cómo se llama?

Sophia sorbe por la nariz. —Rosa. Rosa Elena.

—Rosa Elena Rossi —repito, saboreando el nombre en mi boca.

Ella hace una mueca. —Es Bianchi, porque no estabas ahí para firmar el certificado de nacimiento.

—Ojalá hubiera estado. —Le aprieto la mano. Tengo las palmas sudorosas, pero a ella no parece importarle—. Ojalá hubiera estado en todo: en cada cita, en su primera risa, en sus primeros pasos.

Se me quiebra la voz, se vuelve áspera.

—La traeré a verte tan a menudo como pueda.

Niego con la cabeza. —No ahí. No en ese sitio. Prométeme que nunca la llevarás allí, Sophia.

Ella traga saliva visiblemente. —Nunca la llevaré allí.

—¿Lo dices en serio? Si quieres venir a verme, no puedo impedírtelo, pero no dejaré que nuestra hija…

Detiene mis palabras sellando mi boca con la suya.

No puedo evitar sonreír contra sus labios.

Mi imperio se ha desmoronado a mis pies. He sido derrotado. Disparado. Me han abierto el pecho.

Pero me siento el hombre más afortunado del mundo con Sophia a mi lado y la promesa de conocer a mi pequeña.

Ahora, eso es lo único que importa.

33

SOPHIA

Salgo de la habitación de Luca y entro en el pasillo, con las manos temblorosas. Esta mañana me han dado el alta en el hospital. Scott me espera en el pasillo y me dedica una sonrisa vacilante.

—¿Cómo está? —pregunto.

—Bastante atontado, pero animado. —Suelto un suspiro profundo—. ¿De qué le acusáis?

—Secuestro. Intento de asesinato.

—No intentó matarme.

—En la práctica, casi lo hizo, Soph. No puedes esperar que mire hacia otro lado solo porque es el padre de Rosa.

Bajo la cabeza.—Lo sé. Lo sé perfectamente. Aún no entiendo ni cómo nos encontrasteis.

—Localizamos su móvil en la cabaña —explica Scott—. Era una pista muerta, salvo unas huellas de neumáticos que llevaban a la ciudad. Revisé imágenes de cámaras de seguridad de varios de sus edificios, incluida la mansión.

—¿Y el viejo?

—¿Lorenzo? No hay nada por lo que retenerle, y aunque lo hubiera, está consumido por el cáncer. Le concederían la libertad por razones humanitarias.

—¿Mientras Luca va a prisión? —mi tono rebosa incredulidad—. ¿Y si no quiero presentar cargos?

Scott niega con la cabeza, su rostro sombrío.—No puedes deshacer esto, Soph. Va a cumplir condena. No puedo hacer nada para evitarlo.

Me muerdo el labio, luchando por no llorar.

—No quiero eso.

—No me arrepiento de haberte salvado, Sophia. ¿Quién sabe qué habría pasado si no llego a tiempo?

—Lo sé. Lo sé, y también te agradezco que me rescataras. —Le abrazo con fuerza—. Solo que… todo esto es muy confuso.

—Ya lo sé. ¿Vas a buscar a Rosa?

—No sé qué decirle. Ni cómo prepararla.

Scott me pone una mano sobre el hombro.—Solo cuéntale la verdad.

Le miro fijamente.—¿Que su padre es un criminal? ¿Que tendremos que ir a verle a prisión?

Él suspira.—En la medida en que pueda entenderlo, sí.

Trago saliva con fuerza y asiento.

—Puedes coger mi coche. Todavía estoy con el papeleo de anoche —murmura Scott.

Me río.—No puedo decir que eche de menos esa parte del trabajo.

Parpadea sorprendido.—No me digas que no vas a volver, Soph.

—No lo sé —admito sinceramente—. No sé si sirvo para ser detective, Scott.

—Creo que vales para lo que quieras hacer —responde Scott cariñosamente, y yo sonrío y le abrazo de nuevo, fuerte. Me da las llaves y salgo hacia el aparcamiento, pulsando el mando hasta que localizo el coche de Scott.

Me siento al volante y conduzco hasta la casa de Agnes. Cuando llego, es casi mediodía y Rosa está jugando fuera, ensuciándose en la tierra.

—Mis zapatos están sucios —dice muy seria cuando la cojo en brazos, señalando sus pies, y yo me pongo a reír y llorar al mismo tiempo, mientras ella me mira como si me hubiese vuelto loca.

Quizá sea así.

Agnes aparece en la puerta, sonriendo detrás de la mosquitera. —Vaya, pero si es la desaparecida —dice, y yo me echo a llorar.

Agnes deja escapar un sonido angustiado y sale, coge a Rosa y me abraza con fuerza.

—Tranquila, Sophia. ¿Semana difícil?

—Podría decirse —sollozo—. Tengo que llevármela a casa, tenemos que hablar de unas cuantas cosas.

Agnes simplemente asiente. No insiste, y eso es algo que me encanta de ella.

—Muchísimas gracias, Aggie. Por todo —le digo, y cuando la abrazo de algún modo parece una despedida.

En cuanto llegamos a casa, Rosa corre a su habitación y saca las muñecas que más había echado de menos.

La dejo jugar un rato, sentada en silencio en el borde de su cama pequeñita.

—¿Mamá? ¿Jugamos?

—Todavía no, pequeña Rosie. —Me detengo, buscando palabras—. ¿Alguna vez has pensado en tu papá?

—No tengo papá —responde con total naturalidad, y siento como si me clavaran un puñal.

—Eso no es del todo cierto, cariño.

Me mira con esos inmensos ojos verdes.—¿Tengo *de verdad* un papá?

—Sí, lo conoces. Se llama Luca y vamos a visitarlo al hospital—.

Ella frunce el ceño. —¿Está enfermo?

—Un poquito. Se hizo daño y los médicos le ayudaron. Así que no puedes saltar encima de él ni nada de eso. Y... está atado—.

—¿Atado?

Me estremezco. —Con esposas. Solo para que no se levante y se haga daño—.

Estoy volviendo a mentirle a mi hija, pero no puedo soportar decirle que su padre va a ir a la cárcel. Aún no.

—¿Vamos ya? Mis zapatos están sucios—.

—Te voy a coger los negros—.

Esta vez, no pone pegas cuando la visto con un vestido vaporoso, medias y unas zapatillas altas. Le recojo el pelo oscuro con una cinta azul y ella da vueltas sobre sí misma con el vestido.

—¿Estoy guapa, mamá?

—Guapísima— le respondo con una sonrisa radiante, y la cojo en brazos, llevándola en la cadera mientras la guío hacia el coche de Scott.

—¡Tío Scott! —grita cuando ve el coche, con el rostro decepcionado al no verlo al volante.

—Nos verá en el hospital—.

—Me pregunto cómo es—murmura, apretando el vestido con sus pequeños puños, y me doy cuenta, algo tarde, de que está nerviosa.

—Papá te va a adorar— le prometo, y rezo porque su primer encuentro salga bien.

El guardia que vigila a Luca sale de la habitación cuando llego. Supongo que aún pertenecer al departamento de policía tiene sus ventajas.

Luca sonríe ampliamente al verme entrar, y cuando Rosa entra detrás de mí, sus ojos se abren al mirarla. Se le mueve la nuez al tragar saliva.

—Hola, preciosa— murmura, y Rosa esconde la cara tímidamente detrás de mis piernas.

—No seas tímida— le digo, y ella sonríe y se acerca despacio, poniendo poco a poco la mano sobre la suya.

Él se queda helado, mirándola como si fuese un animal acorralado, y entonces ella se pone de puntillas y le besa la mano.

—Encantada de conocerte, papá— dice con la voz más pequeña, sonriéndole; él cierra los ojos con fuerza y luego los vuelve a abrir. Rosa frunce el ceño. —Nada de llorar, ¿vale?

—Nada de llorar— responde él con voz ronca y parpadea rápidamente, con los ojos verdes húmedos.

—¿Ves mi vestido de princesa? —pregunta, girando sobre sí misma.

—Claro que sí. Mi princesa está guapísima—.

Ella ríe. —Yo no soy una princesa—.

Él frunce el ceño. —Sí que lo eres. Sois nuestras princesitas. ¿Y quieres que te cuente un secreto?

—Sí—, suspira ella, y no puedo evitar reírme ante su entusiasmo, luchando por no echarme a llorar yo también.

—Las princesas consiguen todo lo que quieren—.

—No todo— protesto.

Los ojos de Rosa brillan. —Hasta tarta para desayunar—.

—No— empiezo a decir, pero Luca me interrumpe.

—Sobre todo tarta para desayunar—.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo dejar de sonreír. Se le da bien estar con ella. Mejor de lo que habría imaginado. Una hora después, ella le está pintando las uñas con rotulador y él la mira como si hubiera colgado la luna en el cielo.

Otra hora más tarde, y ella ya duerme la siesta, hecha un ovillo contra él, con el pulgar en la boca.

Él la observa como si fuera algo raro, algo valiosísimo.

Le aparto el pelo oscuro de la cara.

—No consigo que deje de chuparse el dedo—.

—Ya se le pasará—.

—¿Y si no se le pasa?

—Sí se le pasará —dice con seguridad—. Es solo una niña, deja que chupe el dedo—.

—La dejarías salirse con la suya incluso con un asesinato—.

Me mira. —¿Y qué pasa si lo hago?

Me río. —No puedes darle todo lo que quiera siempre—.

—Ya verás—. Aspira una bocanada cuando ella se mueve y se acurruca aún más. —No me puedo creer que me haya perdido tanto de su vida—.

—Lo siento—, digo, la culpa me inunda, pero Luca me mira frunciendo el ceño.

—No lo sientas. Hiciste lo único que podías para mantenerla a salvo. Yo no... No sé si alguna vez seré un buen padre— dice en voz baja.

—Luca—

—No, deja que termine. La forma en que crecí, la forma en la que tanto Nico como yo *crecimos*, siempre tuvimos todo en contra. Nacimos para esta vida. Criados para ser mafiosos. Así que el hecho de que dudases de si sería una buena influencia en su vida... tiene sentido, duendecilla—.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Querías apartarla de esa vida. Yo también quiero eso. Solo quiero que sea feliz y esté sana—. Me mira muy serio. —¿No vas a llevarla a la cárcel, verdad?

Me quedo sin palabras. —No. No, Luca, si no quieres que lo haga—

—No quiero. El médico dice que me quedaré aquí por lo menos una semana más. Solo tráela a verme cuando puedas—.

—La traeré todos los días—.

—Un día sí y otro no— corrige—. No quiero que se canse de mí—.

Sonrío con tristeza. —No creo que nadie pueda cansarse de ti nunca—.

Él resopla. —Podría haberme engañado—.

Le cojo la mano. —Nunca debería haberme ido en primer lugar—.

—No. Hiciste bien en hacerlo. Solo desearía que las cosas fueran distintas. Ojalá *yo* fuera distinto.

—Pero sí eres distinto, Luca. Ya no eres el mismo hombre que fuiste.

—No lo sabes.

—Sí lo sé. Te quiero, Luca, y yo…

Quiero ayudarle. Quiero decirle que todo va a salir bien, pero no puedo. Como dijo Scott, no se puede hacer sonar la campana de nuevo. ¿Qué voy a hacer?

—No —dice Luca, cortándome, con la voz tranquila y suave—. Disfrutemos el tiempo que tenemos, ¿vale?

Asiento, aunque lo que realmente quiero es gritar.

No es suficiente. Nunca será suficiente.

No sé qué hacer conmigo misma cuando salgo del hospital. Mi casa me parece vacía, como si ya no me perteneciera. No sé si alguna vez fue verdaderamente mi hogar, pero desde luego ahora no lo es.

Sé lo que tengo que hacer. Solo me falta reunir el valor para hacerlo.

Y solo hay una persona en mi vida que me ha dado valor alguna vez.

Llamo a mi padre sobre las seis, sabiendo que es más o menos la hora a la que cena. El noventa por ciento de las veces, es una cena preparada, normalmente filete Salisbury.

—¿Hola?

Sigo usando el móvil de prepago que Scott me consiguió en la tienda de regalos, así que no reconoce el número.

—¿Papá?

—Ay, mi Sophie —suspira—. Hace tanto que no sé nada de ti. Sigo llamando.

—Lo sé. Lo sé, papá, lo siento. He estado… trabajando.

—¿Trabajando? ¿Infiltrada? Estarás yendo con cuidado, ¿no?

—¿Papá?

—¿Sí, cariño?

—¿Puedo ir a cenar contigo? Llevaré esa comida tailandesa que te gusta.

—¿Con los fideos de cristal? Sabes que no puedo resistirme a eso.

Sonrío, sintiendo cómo las lágrimas me pican en los ojos. Dios, cuánto le he echado de menos.

—Estaré allí en treinta minutos.

—Conduce con cuidado.

Dejo a Rosa en casa de Agnes y paso por el local tailandés a coger los fideos de cristal de mi padre y un pho para mí. Cuando llamo a la puerta, él me la abre y se aparta para dejarme pasar.

Entro y coloco la comida en la mesa de la cocina.

—¿A qué viene esta visita tan repentina, Sophie? —pregunta cuando ya estamos sentados uno frente al otro en la mesa.

—Ha sido una semana difícil —admito, jugueteando con mi pho con los palillos. Él usa un tenedor para llevarse los fideos de cristal a la boca.

—¿Difícil cómo? —pregunta después de tragar.

—Estaba infiltrada y, bueno, he conocido al padre de Rosa.

—¿Al padre de Rosa? —Parpadea, sorprendido—. ¿Y… cómo fue?

—Bien —respondo, midiendo mis palabras. No puedo decirle que su padre es Luca Rossi. Reconocería el nombre.

Se preocuparía por mí, y no puedo permitir que eso ocurra.

—¿Y ahora?

—Está en un lío. Lo han arrestado.

—¿Por tu trabajo de infiltrada?

—Sí.

—Pues entonces, cariño, deberías estar orgullosa.

Frunzo el ceño y le miro—. Pero no lo estoy, papá. No estoy orgullosa porque, en el fondo, es un buen hombre. Ha tenido una vida muy dura.

—¿Y eso excusa que haya cometido delitos? —Se burla mi padre—. Sophie. Sabes que eso no es así.

—¿Pero de verdad importa? ¿Las leyes? Todas son defectuosas —replico, y mi padre emite un murmullo pensativo, mirándome con curiosidad.

—Estás enamorada de él. Del padre de Rosa.

Le sostengo la mirada, con el labio tembloroso—. Sí.

—¿Y lo sientes? ¿Muy dentro, en los huesos?

—Sí —susurro, sin saber nunca cómo ponerle nombre a ese sentimiento.

—Dios. Sophie —suspira profundamente y deja el tenedor sobre la mesa—. ¿Y dices que es buen hombre? ¿Buen padre?

—Eso creo. Creo que lo será.

—Tienes que *saberlo*, Sophie. Tienes que tener la certeza de que, cuando todo se vaya al traste, él estará a tu lado. ¿Lo sabes?

Jamás mi padre me ha mirado así. Parpadeo, un poco asustada.

—Lo sé.

Mi padre levanta las manos, como si estuviera exasperado—. Pues entonces, solo hay una cosa que puedes hacer.

—¿Y cuál es? —pregunto, derrotada, con los hombros caídos.

—Luchar por ello. Luchar por ese sentimiento con todo lo que tienes.

—¿Qué? —Sus palabras me dejan boquiabierta—. ¿Estás diciendo que debería…?

—Estoy diciendo que te quiero, mi Sophie. Que te voy a echar de menos. Pero si te digo que apartes ese sentimiento, ese que yo sentí por tu madre, iría en contra de todo lo que siempre he creído.

—Ay, papá —corro a su lado y me lanzo a sus brazos. Él gruñe y me los rodea, abrazándome fuerte mientras sollozo contra su pecho —. ¿De verdad crees que podría hacerlo?

—Creo que puedes hacer cualquier cosa que te propongas —responde, con dulzura, repitiendo las palabras de Scott, y ahora tengo claro lo que debo hacer.

Tengo que hablar con Scott.

34

LUCA

A lo largo de la semana siguiente veo a Rosa cuatro veces. Cada día con ella es como una bendición. Apenas se ve al guardia cuando aparecen Sophia y Rosa, y por un momento casi nos sentimos como una familia de verdad.

Sophia viene a visitarme sola el viernes, y la noto un poco rara.

Se sienta cerca de mí, agarrándome la mano.

La miro, sabiendo que algo no va bien.

—Están pensando en darme el alta, ¿verdad?

Sophia me mira, con una expresión dolorida.—Lo están. Estás mucho mejor.

—No pareces muy entusiasmada con la idea.

—Cuando te den el alta…

—Voy a procesamiento. Lo sé. No es mi primera vez, duendecilla.

No le digo que han pasado veinticinco años desde la última vez que estuve en la cárcel, y entonces solo era un crío.

Pero aún me quedan contactos, aunque sean frágiles. El tiempo allí no será tan duro para mí. Ojalá pudiera decírselo. Quiero que entienda que, incluso en prisión, los tipos listos siguen siendo tipos listos.

—Diego ha pagado la fianza —dice, y yo sonrío.

—El muy cabrón. Bien por él. Me pregunto quién la ha puesto.

Se ríe.—No debería decírtelo, pero Scott me ha contado que fue Joey Stacks.

Abro mucho los ojos.—¿Joey puto Stacks, eh? Al final tiene corazón y todo.

Se pone seria y aprieta mi mano. Ojalá pudiera devolvérselo. Solo me quitan estas malditas esposas cuando tengo que ir al baño. Menos mal que al menos ya puedo hacerlo. Odiaba la sonda.

—¿Hoy viene Rosa? —pregunto, esperanzado, y ella niega con la cabeza.

—Hoy se queda con Scott y Derek —dice, sin dar realmente ninguna explicación.

Ella piensa que van a darme el alta hoy. Cree que este es nuestro último día juntos.

Se me cierra la garganta, pero ya he aceptado mi destino. He aceptado que voy a marcharme, quizá por mucho tiempo. Que mi imperio se desmorona bajo mis pies. Nos van a caer con todo el peso de la ley a Nico y a mí. Diego probablemente se librará solo con una palmada en la muñeca, pero no es ningún líder. No lo desea, y sinceramente, me alegro de que esto se acabe.

El poder volverá a mi padre, y cuando fallezca por el cáncer que le está devorando por dentro, los Rossi dejarán de existir.

Ni siquiera soy capaz de sentirme triste por ello. Tengo suficiente dinero en cuentas en el extranjero, de sobra para desaparecer

después de salir bajo fianza, pero no lo haré. Quiero estar lo más cerca posible de Rosa y Sophia. Todo lo que antes me importaba —el estilo de vida, el dinero, la violencia— ya no significa nada sin ellas.

Un leve golpe en la puerta sobresalta a Sophia y ella da un brinco. Últimamente está un poco nerviosa, pero no puedo culparla, después de todo lo que ha pasado.

Diego asoma la cabeza. Tiene la cara amoratada y con moratones negros en algunos sitios, pero el ojo lo tiene menos hinchado y su sonrisa brilla.

—¿Al final no han conseguido matarte, *Caputo*?

Le sonrío desde la cama.—No dan ni a una vaca en un prado.

Sophia se ríe y se levanta despacio.—Os dejo un rato a solas.

Sale sin decir nada más, y yo me quedo mirando la puerta por donde se ha ido, frunciendo el ceño.

—Parece que está un poco baja de ánimo —señala Diego, acercándose—. Seguro que es porque te tienen esposado.

—¿Esto? —sacudo las esposas— Estoy así desde el primer día. Creo que le molesta más que pronto me vayan a dar el alta.

Él asiente lentamente.—¿Cuál es el plan, jefe?

Le miro con una leve sonrisa.—No hay plan.

Diego abre mucho los ojos.—¿Cómo que no hay plan? Hay mil formas de salir de esta.

—Puede que sí, pero no quiero ninguna de ellas.

—¿Pero de qué *hablas*?

—¿Sabías que tengo una hija? —digo con alegría, y Diego me mira boquiabierto.

—¿Una hija? ¿Pero qué coño…?

—Rosa Elena —digo satisfecho—. Cumple tres años en un par de meses.

—Joder, *Caputo*, no sé ni qué decir.

—Di enhorabuena.

Él alza una ceja.—¿Enhorabuena?

Sonrío.—Gracias. Es preciosa. Sophia puede enseñarte fotos.

A partir de ahora, lo único que voy a tener de mi hija serán fotos. La idea me entristece, pero nada puede conmigo. Tengo una familia. Una familia de verdad.

—Luca... no puedes rendirte así.

—No me estoy rindiendo. Ahora tengo una familia, Diego. Una de verdad. Y nada ni nadie me lo va a quitar.

—Joder. —Diego mira a su alrededor, nervioso.— Conozco a algunos dentro, al menos puedo hacer que el tiempo allí sea un poco más llevadero para ti.

Me encojo de hombros.—Haz lo que tengas que hacer.

—¿No tienes miedo? No has estado encerrado desde el reformatorio, no sabes cómo es—

—Supongo que lo averiguaré.

—Estás sorprendentemente tranquilo con esto.

Me río.—Bueno, que tu imperio se derrumbe y descubrir que tienes una hija en la misma semana, te hace ver cuáles son tus prioridades, supongo.

—Y tu prioridad—

—Son ellas. Siempre ellas.

—¿Y estás seguro de eso?

Asiento con la cabeza.

Diego me observa unos segundos más y luego niega con la cabeza, suspirando.

—De acuerdo, jefe. Me aseguraré de que tu estancia dentro sea lo más llevadera posible, y de que no te trasladen fuera del estado.

—¿Puedes hacer eso?

—Conozco a suficientes polis y a gente dentro. Te tengo cubierto.

Le sonrío de oreja a oreja.—Te lo agradezco, Diego. De verdad.

Se queda un rato más conversando, hasta que finalmente se marcha de la habitación.

Sophia no regresa. No durante horas. Frunzo el ceño mirando la puerta, pero cuando se abre es el médico, no Sophia.

—La función de tu corazón está evolucionando bien —dice tras repasar mi historial.— Si todo sigue así, mañana por la mañana podrás recibir el alta bajo custodia.

Asiento con la cabeza, la garganta cerrada por la emoción que no consigo expresar.

No quiero ir a la cárcel. No soy tan ingenuo como para pensar que será fácil, ni siquiera con los contactos de Diego. Quiero estar con Sophia y Rosa, pero esa no es realmente una opción para mí.

Y aunque lo fuera, no sé si Sophia lo querría. Si me querría a mí. No así.

Cuando el médico se va, logro quedarme dormido un rato, preocupado por si no vuelvo a ver a Sophia ni a Rosa antes de que me pongan bajo custodia. Supongo que he tenido cuatro días. Tendrán que bastar.

La puerta se abre con un chirrido lento y me despierto de golpe, incorporándome.

—Solo soy yo —dice Sophia, entrando rápidamente a mi lado.— Pero tenemos que darnos prisa.

Entrecierro los ojos para mirar el reloj.—Es medianoche, Sophia. ¿Adónde se supone que vamos a ir?

—Lejos —susurra, y mientras la miro incrédulo, saca una llave y me quita las esposas, una a una.

Me froto las muñecas despacio, asombrado.—Sophia. Duendecilla. ¿Qué estás haciendo?

—¿Puedes andar?

—Hasta el final del pasillo y vuelta, todos los días —respondo, orgulloso.

—Voy a necesitar que camines un poco más que eso. Solo hasta las sillas de ruedas, y entonces podremos—

—Sophia. —Le cojo las muñecas y la obligo a mirarme.— No puedes ayudarme a escapar.

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer —espeta.— Déjame ayudarte, Luca.

Me quedo callado, escudriñando su rostro, pero ella tira de mí y, poco a poco, consigo ponerme en pie.

Ella me quita el gotero de un tirón y suelto un quejido.

—No seas quejica —murmura, y noto que está centrada en lo que hace. Me ayuda deprisa a ponerme un chándal y una camiseta.

—¿Cómo has montado todo esto?

Justo cuando pregunto, Scott entra en la habitación, mirando a su alrededor por si hubiera alguien escondido.

—Date prisa antes de que me arrepienta —dice con firmeza, y voy por el pasillo del hospital todo lo rápido que puedo.

Avanzo a paso de tortuga. Al llegar a la silla de ruedas junto al ascensor ya estoy sudando y sin resuello, pero lo he conseguido.

Sophia me lleva rodando hasta el coche, me ayuda a sentarme en el asiento del acompañante y luego se pone ella misma al volante.

Le acaricio la cara cuando entra y emite un pequeño gritito suave.

—Sophia. Te quiero —le digo con toda la sinceridad, y cuando la beso, ella gime contra mi boca y siento que mi cuerpo arde.

Introduce la lengua más allá de mis labios y ha pasado tanto tiempo que mi gemido es tan fuerte que probablemente resuena por todo el parking.

—¿Por qué haces esto? No tenías por qué hacerlo —le digo, mis manos aún sujetando su cara.

—Porque te quiero, Luca —responde, su voz suena fuerte y vulnerable a la vez.— Porque necesito que seas libre.

—No quiero estar sin ti —digo rápidamente.— Ni sin Rosa.

—Mientras seas libre, mientras estés bien —balbucea, pero la interrumpo con otro beso ardiente.

—Ojalá estuviera lo bastante bien como para hacerte el amor —le susurro.

Ella sonríe.—Menos mal que no lo estás. Mira. —Señala hacia atrás y, al mirar, veo a Rosa dormida en su sillita, chupándose el dedo.

Voy a ser libre. Y mis dos chicas están conmigo para despedirme.

¿Qué más puedo pedir?

Me duele el corazón mientras le doy las indicaciones para llegar al aeródromo.

Estoy dividido. Debería estar feliz, pero no puedo dejar de pensar en cuánto las voy a echar de menos.

35

SOPHIA

Scott nos sigue en su coche, y llega antes que yo, apoyado en el lateral de su vehículo.

Salgo del coche mientras los hombres de Luca llenan el depósito de su avión privado, y camino hacia Scott.

—Gracias por todo esto —le digo, y él me lanza una mirada.

—No lo menciones. Pero me lo debes. Para siempre.

Una sonrisa se me escapa y él también sonríe, riéndose.

—Te lo debo para siempre —prometo, y él me abraza, besándome la frente.

—¿Vas a estar bien? Después, quiero decir.

—Estaré bien —digo, aunque no estoy segura de que sea cierto. Siento que me arrancan el corazón del pecho mientras espero a que Luca deje el país y salga de mi vida para siempre.

—¿Adónde va?

Niego con la cabeza. —Pensé que era mejor no saberlo.

—¿Estás segura de esto, Sophia? No hay vuelta atrás. No nos lo van a vincular, he tenido cuidado, pero…

—Es lo correcto, Scott. Te lo prometo.

No parece demasiado convencido, pero me quiere y confía en mí.

Soy una mujer afortunada por tener hombres como Scott en mi vida. Hombres como Luca. Diego. Mi padre. Todos buenos hombres, a su manera.

Y quiero que Rosa también tenga esas buenas influencias cerca. Simplemente, no puede tenerlas todas a la vez. Si Luca se va…

Rosa se despierta y comienza a llorar, y yo corro hacia el coche. Luca tararea una canción en voz baja, y poco a poco ella se va calmando.

—¿Adónde vas, papi?

—Yo… —empieza Luca, con la voz quebrada.

Abro la puerta trasera y me siento al lado de Rosa, cogiendo su pequeña mano.

—Papá tiene que irse un tiempo.

—No —dice caprichosa, sacando el labio inferior—. No, papi se queda.

—No *puedo* —se lamenta Luca, mirando entre Rosa y yo con los ojos verdes llenos de lágrimas.

—Todo va a salir bien —digo, mientras las lágrimas me llenan los ojos y Rosa se retuerce para alejarse de mí.

—¡No! ¡Antes no tenía papi y ahora sí y no se va a *ir!*

Se quita los arneses y sale del asiento a toda prisa, atravesando la consola central para subirse al regazo de Luca.

Él la abraza fuerte aunque debe dolerle el pecho. Le va besando la mejilla suavemente.

—Todo irá bien, *belissima* —murmura—. Todo irá bien.

—¡Pero soy tu princesa! —le ruega ella—. Dijiste que podía tener lo que quisiera. ¡Y te quiero a *ti*, papi!

Se aferra a su pecho pero uno de los hombres de Luca nos llama, indicándonos que el avión está listo y no hay tiempo.

La arranco de sus brazos y Luca protesta, intentado retenerla, pero yo me la llevo.

—Esto tiene que pasar —le digo por encima de los gritos de Rosa—. Lo siento.

—No me voy a ir —dice Luca firme y yo gimo, exasperada, cambiando a una Rosa que lucha y chilla de cadera.

—Tienes que hacerlo. Por favor —le suplico, mirándole con los ojos inundados.

—No voy a dejar a mi hija solo para tranquilizar tu conciencia, Sophia.

—¡No lo hago por eso! Lo hago porque mereces ser libre. *Rosa* necesita saber que eres libre.

Luca me mira fijamente durante un largo instante y, finalmente, sale despacio del coche, apoyándose en el metal.

—Rosa Elena —dice en voz baja, y aunque no sé por qué, Rosa se calla, sollozando y mirándole—. Siempre estaré contigo. Y te escribiré cartas, ¿vale?

—¡No sé *leer!* —suelta ella, y Luca suelta una carcajada sorprendida.

—Mamá te las leerá.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo, Rosie —respondo con la voz temblorosa, los pies anclados al suelo, sintiéndome pegada al sitio.

—Tengo que irme, princesa —dice él con tristeza, besando la mejilla de Rosa al pasar a mi lado. Me mira largo rato, pero no me besa.

Está enfadado conmigo. Está enfadado porque le he ayudado, porque le dejo marchar, y no puedo culparle.

Yo también estoy enfadada conmigo misma.

Le observo subir las escaleras del avión y siento que el mundo se resquebraja.

Scott se acerca, toma a Rosa, que ya se ha calmado y ahora solo solloza, como si le hubieran roto el corazón.

Ella esconde la cara en el pecho de Scott y yo le miro, el pecho agitado.

—Ve con él —dice suavemente, y pienso que tal vez no le he entendido bien, porque los motores del avión rugen.

—¿Qué?

—Ve con él. ¿No quieres irte con él?

—No puedo. No puedo tirar todo por la borda —respondo, el aliento cada vez más corto. Siento que voy a tener un ataque de pánico.

—¿Qué es lo que vas a tirar? ¿Una carrera que no quieres? Has hecho que esto pase, Soph, y sé que no es porque *no* quieras estar con él.

—Por supuesto que quiero estar con él, Scott, pero no *puedo*. Rosa…

Scott le da palmaditas en la espalda y le besa la sien. —Rosa también quiere ir, Sophia. Ella necesita estar donde estés tú. Con su

familia. —Hace una pausa—. La voy a echar mucho de menos, pero es lo correcto.

—¿Y cómo sabes que es lo correcto?

—No lo sé —responde Scott, casi gritando por encima del ruido del avión. Ya están listos para despegar—. No sé si es lo correcto, pero *tú* sí lo sabes, Soph. Mira en tu corazón. Sabrás qué hacer.

Me devuelve a Rosa y se marcha, entrando en su coche. Le veo alejarse, mientras las lágrimas de Rosa empapan mi camisa.

Miro entre ella y Luca, entre el avión y mi hija, la luz de mi vida.

Entonces empiezo a correr.

36

LUCA

Subo al avión despacio, a causa de mi lesión, pero aún más lentamente porque no quiero irme. Solo quiero quedarme aquí. Ya lo había hablado todo con Diego. Iba a mantenerme en el estado para que Sophia pudiera venir a verme, para poder escribirle a Rosa.

¿Por qué acepté esto siquiera? Supongo que quería pasar más tiempo con ellas, solo unos minutos más para poder aferrarme a ello.

Arturo me espera en el interior del jet, sonriéndome de oreja a oreja.

—¿Listo, *Caputo*?

Parece sorprendido cuando levanto la vista hacia él. Seguro que tengo una pinta horrible.

—No —contesto con voz ronca—. Pero tenemos que irnos, ¿verdad?

—Es la hora.

Se dirige a la cabina para avisar al piloto de que estamos listos y yo avanzo hacia un asiento, dejándome caer en él con un quejido.

De verdad no estoy lo bastante bien para todo este viaje, pero no me importa. ¿Qué más da, al fin y al cabo?

Esto nunca iba a funcionar. Llevo enamorado de Sophia Bianchi desde antes de saber siquiera su apellido, pero siempre estuvimos condenados a acabar así. Yo no puedo ser *padre*. ¿En qué estaba pensando? ¿Que le enviaría cartas y fotos desde la cárcel? ¿Que asistiría a su boda por videollamada?

Sophia tiene razón. No hay otra salida.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta Arturo, y asiento con un leve murmullo.

Me sirve un solo vaso de whisky y me lo bebo de un trago, notando cómo el alcohol me quema la garganta.

Si voy a viajar y dejar atrás a mi familia, al menos que sea medio borracho.

—¡Esperad! —Un grito atraviesa el silencio y casi se me cae el vaso de whisky.

Me cuesta incorporarme y Arturo me ayuda. Camino como puedo hasta la puerta y veo a Sophia subiendo las escaleras apresurada, con Rosa en brazos.

—Dios mío —dice al entrar en el avión—. Dios mío, de verdad estoy haciendo esto.

—¿De verdad? Sophia. Pixie. —Le rodeo la cara con las manos, la beso, hago lo mismo con Rosa y Rosa se ríe.

—¡Vamos a volar! —exclama Rosa entusiasmada, y le asiento, sin darme cuenta al principio de que las lágrimas me corren por el rostro hasta que ella frunce el ceño—. No llores, papi.

—No lloro —le respondo, limpiándome la cara, incapaz de borrar la sonrisa.

—No me creo que esté haciendo esto —musita Sophia y yo me río y la beso otra vez.

—¿Dónde vamos? —pregunta Rosa, bajándose de los brazos de Sophia y paseando por la cabina.

—A Aruba —contesto.

—¿Dónde está Ruba?

—Muy lejos de aquí —responde Sophia, la sienta y le pone el cinturón—. Ahora prepárate, que ya casi es la hora.

—¡Hora de volar!

—Hora de volar —asiente Sophia, todavía en shock.

Sophia me ayuda a regresar a mi asiento y me siento, mirándola con una sonrisa bobalicona.

—No deberías *beber* con la medicación que te han dado —me dice, mirando el vaso vacío de whisky.

—No volveré a beber si no quieres.

Alza una ceja.—Estás demasiado complaciente ahora mismo.

—Haré lo que quieras.

Ella esboza una media sonrisa.—No deberías darme ese poder.

—Sí debería. Lo que queráis tú y Rosa, siempre lo tendréis.

—¿De verdad vamos a Aruba?

—Sí. Es precioso en esta época del año. —Hago una pausa.—En realidad, en cualquier época.

—¿Hay playa? —interviene Rosa.

Le sonrío.—Sí, princesa. Hay muchas playas y te llevaré a todas.

—Pero no nada más llegar —advierte Sophia—. Papi tiene que descansar un par de semanas.

—Un par de días —le susurro a Rosa, guiñándole un ojo. Ella me responde parpadeando y eso me hace reír. Le cojo la mano y tiro de Sophia para que se siente a su lado.

—Dios, ¿qué estoy haciendo? —gime Sophia, cubriéndose la cara con una mano.

—Estás empezando tu vida. Conmigo —digo con orgullo, pasando un brazo por los hombros de Rosa—. ¿A que sí, princesa?

—Eso es —bosteza Rosa, aún agotada por el vaivén emocional. Apoya la cabeza en mi hombro y se acomoda chupándose el pulgar.

Sophia me mira, los ojos azules muy abiertos.

—¿Qué vamos a hacer primero?

Me río a carcajadas.

—Creo que tenemos que ir de compras. No es que hayas hecho la maleta demasiado bien.

—Dios —murmura Sophia—. Soy una madre horrible.

Frunzo el ceño—. Eres la mejor madre que conozco.

—Probablemente soy la única madre que conoces.

—Bueno. Aun así.

Sophia me sonríe—. Estás entusiasmado con todo esto, ¿verdad?

—¿Que por fin sois mías? Puedes decirlo. Dilo, Sophia.

—¿Decir qué?

—Que sois mías. Las dos.

Sophia pone los ojos en blanco, pero sonríe—. Somos tuyas. Las dos. Para siempre.

—Para siempre —susurro, y ella se inclina sobre Rosa para darme un beso.

Horas más tarde, aterrizamos en Aruba y Arturo nos consigue un coche abriendo el capó y puenteando el encendido.

—Encantador —murmura Sophia.

—Prometo que los delitos irán disminuyendo.

Ella se ríe entre dientes—. Supongo que da igual. Ya estamos huyendo.

—No es la primera vez.

Ella parpadea—. ¿No?

—¿No viste mi arresto de hace diez años? —tarareo—. Ah, da igual, claro que no. Lo expurgaron. Me arrestaron por agresión, pagué la fianza y me largué a Europa durante un tiempo.

—¿Hiciste un viaje de mochilero por Europa?

—Desde luego que sí. ¿Qué pasa, no tengo pinta de ese tipo de persona? —le sonrío y respiro tan hondo como me permite el dolor del pecho.

Sophia me pone la mano en el hombro—. ¿Es por el corazón?

—Solo es el pecho. Me lo abrieron. Es normal que duela durante un tiempo.

—Deberías tomar la medicación.

—Luego, cuando estemos en el hotel —le prometo, y cojo la mano de Rosa—. Hora de buscarte un bañador, princesa.

—¡Que sea tipo vestido! —exige ella y sonrío, llevándola hacia la ropa de niña cuando llegamos a la boutique.

Elige un puñado de bañadores y Sophia también le coge algunos conjuntos.

—Vete y elige tus cosas —le animo—. Yo me quedo con Rosa.

—No la cojas en brazos —me advierte—. Ya tiraste bastante de ella en el aeródromo.

—Sí, señora —respondo, saludándola con la mano, y ella se ríe, negando con la cabeza mientras se dirige a la sección de mujer.

Tres mil dólares después, Rosa ya tiene ropa y juguetes nuevos.

Va paseando con una muñeca payaso bastante inquietante y Sophia la mira horrorizada.

—¿De dónde has sacado a Annabelle?

—No se llama Annabelle. Se llama Silly Sally.

—¿Silly Sally? Porque es un payaso.

—No, mamá —dice Rosa, exasperada con su vocecita—. Porque es *silly*.

—Ah, bueno, claro —añado, incapaz de ocultar la sonrisa.

Regresamos al hotel y, a pesar del dolor que me desgarra el pecho, sonrío cuando Sophia me ayuda a meterme en la cama.

—Tienes que tomar la medicación y descansar.

—Lo que tú digas, duendecilla —musito, mirándola desde abajo con una sonrisa radiante.

—¿Eso es todo lo que hacía falta para que hicieras lo que digo? ¿Huir contigo?

—Exactamente eso —le respondo, y la beso sin reservas. Mientras estábamos en la calle principal, he aprovechado para pasar por una joyería, y ahora meto la mano en el bolsillo del chándal y saco una caja de anillo—. Me pondría de rodillas pero... creo que me echarías la bronca.

—¡Luca, no puedes estar hablando en serio! —Se tapa la boca con la mano después de soltar un chillido al ver el anillo.

El anillo es de cuatro quilates. Y aún así no creo que sea lo bastante grande.

Se lo deslizo en el dedo—. Te pediría que te casaras conmigo, pero tengo que decirte que realmente no te queda otra opción. Siempre consigo lo que quiero.

—¿Y me quieres a mí? —pregunta ella, sonriendo.

—Os quiero a ti y a Rosa. Para siempre.

—Entonces nos tendrás —responde, por fin dándome su "sí", y sonrío contra sus labios cuando me besa.

Nunca imaginé que tener una familia pudiera sentirse así de bien.

37

SOPHIA

El día de mi boda, el sol brilla con fuerza y la brisa me azota el cabello, que en los últimos meses ha empezado a crecer de nuevo. Ahora casi me llega a los hombros, ya no es el corte pixie que llevaba antes, aunque Luca sigue empeñado en llamarme duendecilla.

Supongo que me puso ese apodo antes incluso de que me cortara el pelo, así que tiene sentido.

Observo la playa, con las treinta sillas colocadas para nuestros amigos y familiares. Bueno, no todos. No pude invitar a Scott. Que mi mejor amigo y padrino no esté en la boda es una faena, pero él y Derek vendrán a visitarnos dentro de un año o dos, cuando todo se calme.

Por supuesto, aún hay una orden de busca y captura contra Luca. Vivimos gracias a sus numerosas cuentas en el extranjero y el dinero en efectivo que tenía escondido en su jet. Es suficiente para mantenernos durante cinco vidas.

Agnes está aquí, sujetando a Rosa para que no empiece a lanzar los pétalos de rosa antes de tiempo. Está emocionada por ver cómo mamá y papá se casan.

La recepción la tendremos en la iglesia, pero yo insistí en casarme afuera, bajo el sol. Aruba tiene la mejor luz del sol. Deberían estudiarla.

No dejo de buscar a la única persona que más deseaba que estuviera aquí, aunque sabía que era difícil conseguir que viniera. Bajo la mirada y entonces mi padre pone una mano sobre mi brazo.

Me giro hacia él, boquiabierta. —¡Papa! No pensé que llegarías a tiempo.

—¿Dónde iba a estar el día que mi niña se casa con un mafioso? —pregunta, pero sonríe de oreja a oreja.

—Por fin vas a conocerle.

—¿Conocer al hombre que se lleva a mi hija? No sé yo —bromea, aunque sé que lo dice en broma.

Él y Luca ya hablaron por teléfono cuando Luca pidió mi mano en matrimonio. Al principio me pareció una costumbre anticuada, pero después de pensarlo un rato, me parece un gesto tierno.

—¿Vas a acompañarme hasta el altar?

—Por supuesto que sí.

Me ofrece su brazo y yo rodeo su bíceps con mi mano justo cuando empieza la música.

Mi padre se limpia los ojos con el dorso de la mano mientras nos acercamos a Luca, que viste un traje negro.

Mi vestido de novia deja los hombros descubiertos, es blanco clásico, con flores bordadas por todas partes. La cola se arrastra detrás de mí mientras camino y Rosa corre delante, esparciendo los pétalos de rosa.

Me río al verla saltar y hacer monerías.

Mi Rosita.

Vuelve a su asiento con Agnes y yo levanto la vista hacia Luca. Ya tiene lágrimas en sus ojos verdes. Alguien que fue tan hermético, ahora se ha abierto tanto con nosotras.

Parpadeo para que las lágrimas no arruinen mi maquillaje. Mi estilista, Cherise, me mataría. Luca insistió en tirar la casa por la ventana con la boda, sin escatimar en nada.

Sonrío mientras el sacerdote recita, repitiendo yo lo necesario para los votos.

—Te quiero —murmura Luca, cerca de mi oído, cuando toma mis manos y posa sus labios en los míos.

Por fin está casi del todo recuperado, y solo la cicatriz de la cremallera en su pecho delata que estuvo a punto de morir.

Nos lanzan alpiste y Agnes se queda con Rosa por nosotros. Va a cuidarla durante la semana en un hotel donde está todo incluido.

La verdad es que tengo ganas. No he tenido ni un minuto a solas con Luca desde que llegamos a Aruba, o al menos así lo siento. No hemos vuelto a ser íntimos, y empiezo a impacientarme. Sé que él también; entre sus heridas y todo lo que ha pasado, hace mucho que no estamos juntos como pareja.

No voy a negar que muero de ganas de hacer el amor de nuevo.

Luca y yo entramos en la iglesia de la mano, abriéndonos paso entre la gente. Van poniéndome dinero en la mano una y otra vez, hasta que tengo que pedir a Agnes que me traiga el bolso para guardarlo todo.

—Esto es demasiado —digo cuando Diego me mete un fajo de billetes de cien en las manos, probablemente haya unos diez mil dólares.

—Es lo que hacemos, cariño —dice él con sencillez, besándome en la mejilla.

Luca lo aparta con la mano. —Nada de tocar la mercancía.

—¿Vas a pegarme otra vez?

Luca se ríe. —No en el día de mi boda. —Hace una pausa—. ¿Cómo va todo?

Diego se encoge de hombros. —Tu padre hace lo que puede, que no es mucho. Cecilia ha dado un paso adelante y se está encargando de parte de la recaudación.

Los ojos de Luca se abren de par en par. —¿*Cecilia*? Supongo que al final ha encontrado su vocación.

—Puede que sí. Parece que le va bien. Tiene a un chico nuevo pululando por ahí, alguien a quien ha acogido, se llama Francis.

—Francis. Espero que le salga bueno.

Pensé que Luca estaría celoso de que su padre acogiera a otra persona, pero parece que está genuinamente contento. Es como si se hubiera quitado un peso de encima.

Luca sorbe su whisky y yo doy un trago a mi champán, feliz de poder disfrutar algo burbujeante por una vez. Ni Luca ni yo bebemos mucho últimamente, estamos demasiado centrados en Rosa. Luca ha sido un padre increíble, aunque algo permisivo. Ella de verdad *consigue* todo lo que quiere, pero yo también.

A mí simplemente me cuesta más pedirlo.

—¿Qué te pasa? —murmura Luca contra mi pelo, una mano en mi cadera para atraerme hacia él.

—Nada —digo con una sonrisa forzada—. Solo… quiero un poco de tiempo a solas.

—¿A solas? El deseo de mi duendecilla es una orden.

Antes de que pueda protestar, me coge la mano y me arrastra por el pasillo mientras salimos del salón de la recepción. Tengo que

casi echar a correr para seguirle cuando me empuja dentro de un cuarto de la limpieza.

—No es precisamente el Ritz —murmuro, aunque no puedo evitar sonreír.

Él sonríe, llevándose un dedo a los labios.

—El Ritz es después, duendecilla. Ahora solo quiero estar cerca de ti.

Sus labios se posan en mi garganta mientras me empuja contra la pared, aprisionándome con su cuerpo. Su pecho duro se aplasta contra el mío y gimo contra sus labios. Hacía tanto que no me tocaba así.

Él gruñe mientras pelea con la falda de mi vestido de novia, subiéndola a empujones hasta mis caderas. Suelto una risita y luego un jadeo cuando, por fin, consigue meter los dedos en mi interior. Los desliza por mis labios inferiores antes de meter uno, despacio, hasta el segundo nudillo.

No me da tiempo a procesar el placer antes de que lo saque, llevándose el dedo a la boca y chupándolo sin pudor.

—Luca —gimoteo, intentando no hacer ruido—. Esto está mal. Es sacrilegio.

Él frunce el ceño. —Esto no es sacrilegio. Es sagrado, *belissima*. ¿Una mujer y un hombre expresando su amor ante el Señor?

Suelto una carcajada. —Solo tú podrías hacer que algo tan inapropiado parezca perfecto.

—¿No te parece perfecto, duendecilla? —murmura contra mi garganta, girando las caderas para que su erección me roce la cadera.

—Siempre me haces sentir bien —admito entre gemidos, y él forcejea con sus pantalones hasta liberarse al fin.

Entra en mí despacio, sin dejar que me pierda ni un solo centímetro. Grito.

—Joder, duendecilla, no recordaba que fueras tan estrecha.

—Hace tiempo que no… —consigo decir, atrapando sus labios en un beso cargado de deseo. Él gime en mi boca.

—Y que lo digas. Creo que voy a venirme en cinco embestidas como un adolescente.

—Ni se te ocurra —siseo, y Luca se ríe contra mi boca, embistiéndome con más fuerza, haciéndome resbalar por la pared. —Más fuerte, Luca, por favor.

—A mi chica le gusta duro —gruñe, y sus palabras recorren mi columna como una descarga, haciendo que el calor se concentre entre mis piernas. Estoy tan mojada que agradezco no llevar bragas. Solo pensé que así no se notaría la marca debajo del vestido. No imaginaba que acabaría follando en un cuarto de la limpieza de la iglesia.

—Sí… Sí, joder, Luca, me corro —gimo, moviendo mis caderas al ritmo de sus embestidas. Luca gruñe, enterrando el rostro en mi cuello mientras sigue marcando su ritmo.

El orgasmo me arrasa como un tren de mercancías y me abandono, salvo por mis uñas aferrándose a sus hombros. Luca gime fuerte contra mi garganta, golpeando dentro de mí unas cuantas veces más antes de clavarse en lo más hondo. Siento sus pulsos al correrse en mi interior, y sonrío de felicidad.

—¿Sigues pensando que es sacrilegio?

—No. Ahora creo que es sagrado. —Me da un ataque de risa cuando Luca me ayuda a mantenerme en pie, llenándome el rostro de besos.

38

LUCA

Sophia y yo nos colamos de vuelta en la recepción, con el rostro de ella sonrojado, como si no hubiera pasado nada. El resto de la celebración pasa en un abrir y cerrar de ojos, no por el alcohol, sino porque estoy agotado de tanto organizar, y solo quiero llevarme a Sophia a casa.

—Creo que ha llegado la hora de dar algo de intimidad a los recién casados —dice Diego, y la multitud abuchea, aunque finalmente se calma.

—Quiero despedirme de Rosa —digo, frunciendo el ceño mientras busco a Agnes con la mirada.

Sophia se agarra a mi camisa—. No. Se pondrá como loca y querrá venir con nosotros.

—¿Y?

—¡Y tú la dejarías! —me espeta, frunciendo el ceño—. Necesito un rato a solas con mi marido.

Un escalofrío me recorre—. Dilo otra vez.

—¿El qué?

—Marido.

Ella sonríe y levanta la barbilla, mirándome—. Marido.

Gimo, inclinándome para besarla, y la cosa se empieza a calentar hasta que alguien carraspea.

Levanto la vista y veo a Arturo parado allí, con el rostro inexpresivo.

Le sonrío—. Eh, Art. ¿Qué tal todo?

—Voy a marcharme ya, solo quería despedirme.

—¿No me digas que ya te marchas de Aruba?

—Tu padre necesita mi ayuda.

Guardo silencio. Siento algo de culpa por todo lo que ha sucedido con el imperio de los Rossi.

—Mira. Él tomó sus decisiones —dice Arturo, claramente percibiendo la culpa reflejada en mi cara.

Asiento—. Tienes razón. Decidió confiar en Nico y le salió el tiro por la culata.

Sophia me aprieta la mano y yo bajo la vista hacia ella.

Me dedica una leve sonrisa—. ¿Por qué no volvemos ya a casa? Total, todos se están preparando para irse.

Nos despedimos de todos, repartiendo abrazos y saludando con la mano, saliendo despacio hacia la limusina. Le abro la puerta y voy recogiendo su vestido, apenas me cabe el cuerpo cuando subo y cierro la puerta.

Entre los dos hay un mar de tela, y Sophia pelea con él mientras yo no puedo evitar reírme a carcajadas.

—No veo el momento de quitarme esto.

—No veo el momento de arrancártelo.

—¡Ni se te ocurra! Este vestido tiene un millón de botones y nos ha costado demasiado como para—

La interrumpo con un beso, riendo contra sus labios.

—Vale. Nada de romper el vestido caro. Pero sabes que podría comprarte cinco más de recuerdo.

—Puede ser, pero Rosa también necesita un futuro —responde, terca.

No le digo que hay dinero de sobra para que hasta los tataranietos de Rosa vivan a cuerpo de rey.

—Y quizá debería buscarme un trabajo —prosigue ella, mientras bajo la ventanilla para que entre aire fresco.

Me burlo—. ¿Un trabajo? ¿Para qué?

—No es precisamente gratificante quedarse en casa contando el dinero.

—Tenemos gente que cuenta el dinero por nosotros.

Ella se ríe—. Justo de eso hablo. Supongo que nunca he vivido de esa manera. Siempre he tenido que buscarme la vida. Cuidar de Rosa.

—Bueno, ya la has cuidado tú suficiente para toda una vida. Ahora me toca a mí. Y te aseguro que no le faltará nada.

Llegamos a casa y salgo primero, ayudando a Sophia a bajar junto con todo su vestido arrugado.

Ella avanza hasta los escalones con paso torpe y yo la cojo en brazos con una mano, apoyándome en la barandilla con la otra mientras subimos las escaleras.

Ella da un gritito—. Me vas a dejar caer.

—No te voy a dejar caer, duendecilla. Te tengo.

Ella se aferra a mi cuello como si le fuera la vida en ello, pero no tropiezo. Estoy completamente recuperado aunque Sophia sigue preocupándose.

Aquí hay un médico, no Charlie, pero médico al fin y al cabo, y ya me ha dado el alta.

—Vas a reventar una —empieza a decir, pero la corto.

—Ya no tengo puntos que se puedan abrir, cariño, ¿recuerdas?

Ella me mira con un puchero mientras la siento en la cama—. Solo me preocupo por ti, Luca.

—Ya lo sé, *belissima*. Pero ya no tienes que preocuparte. Estoy completamente curado y no voy a meterme en más líos. Te lo prometo.

—Menos mal —susurra—. No puedo estar siempre preocupada por si no vuelves cada vez que sales de casa.

—Estando tú y Rosa aquí, apenas voy a tener que salir.

Ya he dejado la chaqueta en alguna parte de la fiesta, así que me desabrocho la camisa y me la quito.

Ella levanta la mano y recorre con los dedos mi cicatriz mientras yo me estremezco.

—Podrías haberte muerto —murmura, los ojos azules empañados por las lágrimas.

Le cojo la muñeca con mi mano, rodeándola con los dedos, y acerco su mano para rozar con mis labios sus nudillos.

—Pero no lo hice. Llamaste al médico y me salvaste.

—Si los sanitarios no hubiesen estado allí—

—Pero sí estaban. Scott se aseguró de ello.

—Le echo de menos —dice temblorosa.

Me río—. ¿Has bebido demasiado champán y te has puesto melancólica?

—Un poco —contesta, poniendo otro puchero—. Igual necesito comer algo.

—¿Qué desea tu corazón, hada?

—Hamburguesas. Bien grasientas. Y patatas fritas finitas —dice, mirándome con una sonrisa traviesa.

—Ocúpate de salir de ese maldito vestido. Yo llamaré al chef.

La observo, divertido, mientras intenta retorcerse para salir del vestido, logrando solo quitarse un par de las enaguas.

Hago el pedido y le ayudo con el resto, mis dedos hábiles desabrochando los diminutos botones mientras deslizo la mano por su espalda.

Cuando llega la comida, por fin se ha quitado el sujetador y respira profundamente.

—¿De verdad es tan difícil respirar con eso puesto?

—¿Con un vestido así? No tienes ni idea —responde, jadeando mientras toma aire.

Me río por lo bajo. El vestido queda hecho un montón en el suelo justo cuando llaman a la puerta y me giro.

Me encuentro con nuestro chef en la puerta, le coloco un billete de cien en la mano. Él me dedica una sonrisa y me saluda con un gesto, casi toda nuestra comunicación porque su inglés es bastante limitado.

—Asegúrate de darle una buena propina a Jorge —regaña Sophia, y yo pongo los ojos en blanco, todavía sonriendo.

—Siempre dejo buena propina.

—La gente rica debería dejar buenas propinas.

—¿Y qué más deberían hacer los ricos, hada? —pregunto, curioso, dedicándole una sonrisa ladeada.

—Querer a sus esposas.

—Bueno, eso es fácil, ¿no?

Me mira intrigada, arqueando la espalda mientras se tumba boca abajo. Me muerdo el labio; mi polla late dentro del pantalón mientras apoyo una mano en su trasero desnudo. Ahora está completamente desnuda, todas sus curvas perfectamente expuestas en mi cama. Justo donde debe estar.

—¿Por qué no te enfadaste conmigo cuando supiste que te mentí?

—Siempre supe que mentías, hada —respondo tranquilo. Hemos tenido esta conversación cien veces. Sophia tiene en la cabeza que merece ser castigada.

La castigué bastante antes de darme cuenta de que la amaba.

—¿Pero no estabas enfadado?

—Estaba enamorado —digo con sinceridad—. Demasiado confundido para estar enfadado. Los dos nos mentimos, hada, ¿verdad?

—¿Tú me mentiste?

—Me mentía a mí mismo. Me decía que te odiaba por irte. Por mentir.

—¿Pero no era verdad? —su voz suena pequeña y yo me quito el pantalón y me meto en la cama en calzoncillos. La acerco a mí, aunque sus hombros están tensos.

—No. No lo era. Solo me odiaba a mí porque no te tenía.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? Las cosas son distintas, hada. Te tengo. Y a Rosa. Y todo lo que necesito.

—¿No lo echas de menos?

—¿Echar qué de menos?

—La vida.

Murmuro, pensativo. —A veces. Algunas cosas. No echo de menos las sonrisas falsas, ni que la gente solo respetase el poder. No echo de menos las drogas, el alcohol, el caos. Echo de menos a Diego, pero él viene a verme.

—Eso es lo que yo siento. Echo de menos a la gente pero no el estilo de vida de ser policía —admite.

Es la primera vez que habla de haber dejado el cuerpo.

Claro, tampoco es que le dieran opción. Aparece como una de mis cómplices.

—¿Te arrepientes?

—¿De haber dejado la policía de Chicago?

Asiento, el corazón latiéndome fuerte. ¿Y si es así? ¿Y si quiere volver?

Ella niega lentamente con la cabeza, y mi pulso vuelve a serenarse.

—No me arrepiento de ninguna decisión que tomé. Todas me trajeron hasta aquí. Contigo y con Rosa.

Sophia se sube a mi regazo, se sienta a horcajadas sobre mis caderas y presiona su centro caliente contra mi creciente erección.

—Yo tengo bastantes cosas de las que arrepentirme, pero tú no eres una de ellas —digo con total sinceridad, aferrándome a sus caderas. Observo cómo se mueven sus caderas, el vaivén de sus

pechos. Es mejor vista que la que tenemos de la playa desde nuestra habitación, y eso ya es decir mucho.

Se desliza hacia atrás por mis muslos para bajarme los calzoncillos, liberando mi erección. Mi polla está completamente dura y rebota contra mi vientre.

Me acaricio mientras ella se coloca encima de mí, y la forma en que se deja caer poco a poco sobre mi polla hace que se me erice el vello de la nuca.

—Sophia, joder —maldigo, y ella sonríe satisfecha al oírlo, llevándose mis manos a sus pechos. Exhalo largo y los aprieto, deleitándome con la forma en que sus pezones duros se clavan en mis palmas—. Ojalá pudieras ver lo increíblemente bien que te ves cabalgándome. Tendría que invertir en un espejo en el techo.

Echa la cabeza hacia atrás riendo, arquea la espalda y la risa enseguida se transforma en un gemido.

Podría verla así todo el día. Aprieto los dientes cuando empieza a saltar sobre mi polla. Bueno, quizás no todo el día; si sigue así, no aguantaré ni un par de minutos más.

La guío sujetándola de las caderas, haciéndola saltar cuando le empiezan a temblar los muslos.

—Oh, Luca —jadea, y sé que está a punto.

—Eso es, hada. Desmelénate. Vente encima de mí —ronroneo, y ella grita mi nombre, hundiendo las caderas cuando alcanza el orgasmo.

Siento cómo su coño se aprieta a mi alrededor y dejo escapar un gemido fuerte, aferrándome a sus caderas y moviéndola con fuerza, embistiéndola desde abajo. A ella no le importa, sus gemidos comienzan a entrecortarse mientras se me rinde en brazos.

Rugí cuando por fin me corrí dentro de ella y ella se ríe, desmoronándose sobre mí y cubriendo mi cara de besos.

—Te gusta que yo esté encima —me provoca—. Siempre te corres enseguida.

—¿Y quién no se correría con tus pechos perfectos saltándome en la cara? —respondo con incredulidad—. No es justo.

—No estoy diciendo que seas un precoz, Luca.

—Dame un par de minutos para recuperarme y verás lo que es ser precoz.

Ella suelta una risita—. Eso ni siquiera tiene sentido.

—Eso lo dices tú.

Se aparta un poco para mirarme. Yo empiezo a ablandarme dentro de ella y la luz del sol entra por la ventana justo en ese momento, iluminando su rostro.

—Te quiero, Sophia Rossi.

—Yo te quiero más, Luca Rossi —susurra, y niego con la cabeza, enmarcando su cara con mi mano.

—Nadie ha querido nunca a nadie tanto como yo te quiero a ti.

—Supongo que ya veremos, ¿no? —pregunta, y vuelve a besarme.

Si te encantó la historia de Dante y Elena, vas a devorar toda la serie. Léela de una sola vez aquí.